KARIN LINDBERG

Amor en escocés



AMOR EN ESCOCÉS

PASIÓN EN EL LAGO NESS

LIBRO SEIS



KARIN LINDBERG



Copyright © Karin Lindberg 2026
Diseño de portada: Catrin Rausch
Imagen de portada: © Deopositphoto
Depositphoto @ankmsn, @MArisa_, @Freepik
Primera edición en español 05/2026

Social Media
Instagram @karinlindbergschreibt
Facebook karinlindbergauthor

Todos los derechos reservados.
Cualquier uso o reproducción de este libro —incluso en extractos— así como la traducción de esta obra solo está permitida con la autorización por escrito de la autora. Los personajes y las acciones en la novela son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia y no es intencionado.

Consigue tu libro GRATIS:



Más información en www.karinlindberg.info.

En mi sitio web podéis suscribiros al boletín gratuito. Además de todas las fechas actuales, recibiréis regularmente material adicional gratuito y oportunidades exclusivas de participar en sorteos.

Karin Baldvinsson
Am Petersberg 6a
21407 Deutsch Evern

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sobre el libro

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo

Gratis para ti
Acerca de la autora

KARIN LINDBERG

Amor en escocés

SOBRE EL LIBRO

Amor en escocés

Hace tiempo que Deirdre dejó de buscar al hombre de sus sueños. Y, desde luego, no esperaba encontrarlo en un pequeño pueblo de las Highlands escocesas. Pero Stuart es irresistible, y ella siente un flechazo inmediato, quizás porque precisamente no es el hombre adecuado. Las chispas saltan alrededor del carismático escocés, y para una mujer que tiene muchos problemas que resolver en este momento, jugar con fuego es una idea muy peligrosa...

CAPÍTULO 1



Deirdre miraba fijamente a través de la ventanilla de la avioneta mientras esta se acercaba lentamente a la pista. Apretó la frente contra el vidrio ovalado. En la torre del castillo de Inverness ondeaba la bandera escocesa. El río Ness serpenteaba grácilmente por la ciudad, y los rayos del sol arrancaban destellos dorados a la superficie del agua.

Dejó escapar un suave suspiro. Todavía le costaba asimilar que su mejor amiga, Michelle, hubiera decidido mudarse a Escocia. Para siempre. ¡Era una locura! Estaba tan lejos, y era tan… rural. Aunque Inverness era la ciudad más grande de las Tierras Altas, no dejaba de ser un lugar pequeño comparado con Londres. Antes de partir había buscado información en Google y descubierto que allí apenas vivían cincuenta mil personas. Y Kiltarff, el diminuto pueblo donde residía Michelle, era aún más pequeño.

Era increíble que Michelle hubiera cambiado la vibrante vida londinense por un lugar junto al lago Ness y, aún más sorprendente, que pareciera feliz. Deirdre echaba mucho de menos a su amiga, pero no podía imaginarse viviendo en un sitio tan tranquilo. Ella estaba hecha para las grandes ciudades, para la emoción de conocer gente nueva y disfrutar constantemente de nuevas experiencias.

Aun así, por Michelle, Deirdre estaba dispuesta a quedarse unos días en Escocia. Había aplazado demasiado la visita. Desde que Michelle se había mudado a principios de año no se habían vuelto a

ver, y ya estaban en junio. Además, estaba ansiosa por conocer a Wallace, el novio de su amiga. Aunque habían hablado por teléfono no era lo mismo que conocer a alguien en persona.

El aterrizaje en Inverness fue brusco. El avión rebotó varias veces en la pista antes de detenerse con un frenazo que hizo que Deirdre se inclinara hacia adelante en su asiento. Puso los ojos en blanco y comenzó a recoger sus cosas. No quería pensar que esa accidentada llegada fuera un mal augurio para el fin de semana.

Durante el corto vuelo había intentado trabajar un poco, pero hizo nada o menos. Por una vez, dejaría el portátil guardado en la mochila durante todo el fin de semana, quería centrarse completamente en el tiempo que pasara con Michelle. Estaba entusiasmada, pero también agotada. El típico problema cuando sufrías un permanente *jet lag*: estaba cansada cuando no tocaba y despierta justo cuando debía dormir.

Puede que en Kiltarff fuera diferente. Allí habría pocas distracciones y seguro que aún menos acción. Sonrió. Seguro que se dormiría por el aburrimiento y ni siquiera la compañía de Michelle podría evitarlo. Moriría de hastío, eso es lo único que podía esperar de una pequeña localidad escocesa junto al lago Ness.

Mientras terminaba de recoger sus cosas, se prometió no criticar la nueva vida de Michelle en las Highlands. Sabía que su amiga la entendería, pero no quería estropear la visita. Ella conocía bien la causa de su aversión por los pueblos pequeños: demasiadas malas experiencias en su infancia. Cuando era niña, su pequeño defecto de belleza probablemente también habría sido objeto de burla en una gran ciudad. Los niños eran crueles. Muy crueles. El hueco entre sus dientes fue motivo de burlas constantes en la escuela, y ese acoso había dejado cicatrices que aún dolían. Desde que abandonó el lugar donde nació, había preferido la vida de las metrópolis, donde la gente solía ser más tolerante con las pequeñas diferencias.

Aún tardó un rato en bajar del avión porque el resto de los pasajeros se movían demasiado despacio. Estaba acostumbrada a volar y a viajar, a veces su trabajo la llevaba a remotos parajes. Sin embargo, esta vez era distinto, se sentía melancólica, como si su

amiga la hubiera abandonado por Escocia… ¡vaya tontería! Nunca lo admitiría, pero se sentía sola sin Michelle.

Intentó tragar para deshacerse del nudo que se le había formado en la garganta, se puso en pie, colocó la mochila color crema y sacó la pequeña maleta del compartimento que había sobre los asientos.

La moqueta del suelo del avión enmudecía el sonido de los tacones de sus zapatos mientras se dirigía en fila india hacia la salida junto a los demás pasajeros.

Por suerte, no tenía que esperar por las maletas, había preparado poco equipaje, solo de mano, por lo que pudo dirigirse directamente a la terminal.

Atravesó las puertas y, según se adentraba en la zona de llegadas, empezó a buscar a su amiga. Enseguida sus ojos encontraron los de Michelle. Una cálida sensación invadió su pecho mientras avanzaba hacia ella.

—Todavía corres más rápido con tacones de nueve centímetros que yo con zapatillas —bromeó Michelle, mientras la abrazaba con fuerza.

Deirdre cerró los ojos y dejó escapar unas lágrimas de alegría.

—Me alegra tanto verte. Siento haber tardado tanto en venir.

—Lo importante es que estás aquí ahora. ¿Te ayudo con algo?

—No te preocupes, estoy bien. ¡Qué guapa estás! Parece que el escocés te trata de maravilla.

Michelle estaba radiante y sus ojos brillaban. Su atuendo era cuestionable, aunque ya cuidaría de guardarse su opinión sobre los pantalones verdes de *trekking*, las botas de montaña y una simple camiseta.

—El escocés tiene nombre —la corrigió con un guiño.

Deirdre rio.

—Lo sé. Estoy deseando conocer por fin a Wallace en persona, aunque también quiero matarlo por mantenerte aquí, lejos de Londres.

—Dale una oportunidad a Kiltarff antes de juzgar. Tal vez te enamores del paisaje, como me pasó a mí.

—No creo —respondió Deirdre con rapidez, aunque de inmediato se percató de que su tono había sido un poco brusco—. Quiero

decir… claro, es un lugar precioso, pero ya sabes que necesito el bullicio de la ciudad. *Pubs*, restaurantes, clubes y mucha gente.

Michelle negó con la cabeza, divertida.

—No intento convencerte de que es mejor que Londres. Pero ¿podrías darle una oportunidad a Escocia al menos este fin de semana? Hazlo por mí.

—Por supuesto. Escocia es fantástica. Solo espero que no tengas planeado llevarme de excursión… ¿verdad?

Michelle soltó una carcajada.

—¡Si vieras la cara que has puesto! No te preocupes, no te voy a llevar de caminata. Sería una misión suicida con esos tacones.

Deirdre sonrió aliviada mientras ambas salían hacia el aparcamiento.

En pocos minutos llegaron al coche de Michelle, cosa que en Londres les habría llevado al menos media hora. Alguna ventaja tenía que tener un aeropuerto pequeño. Michelle abrió el maletero y Deirdre lanzó su equipaje dentro.

—¡Genial! ¿Qué vamos a hacer resto de la tarde? ¿Comemos algo antes de ir a Kiltarff? —preguntó con entusiasmo.

—La verdad es que no. Wallace está cocinando para nosotras, si te parece bien.

—Claro —mintió Deirdre, que habría preferido pasar tiempo a solas con Michelle. Además, Inverness tenía más posibilidades de tener un buen pub que un pueblo junto al lago Ness.

Pese a la decepción, se obligó a relajarse. No compartía la decisión de Michelle de mudarse, pero no quería arruinar el poco tiempo que iban a pasar juntas criticando constantemente su nueva vida.

Al rodear el coche para dirigirse a la puerta del copiloto, notó algo curioso: el aire era diferente. Más fresco, más limpio. Respiró profundamente y, sin darse cuenta, parte de su tensión comenzó a desvanecerse.

Durante el trayecto hacia Kiltarff, se pusieron al día de sus vidas. Aunque se habían llamado con frecuencia en los últimos meses,

había cosas que no podían contarse por teléfono. Deirdre disfrutaba de la intimidad que sentía con Michelle. Hablar con ella era fácil, podía ser ella misma y confiarle cualquier cosa. Habló sobre sus proyectos laborales y sus desastrosas citas, mientras Michelle le describía su vida con Wallace.

Deirdre se alegró por su amiga, aunque eso significara verla con menos frecuencia en el futuro. En cualquier caso, estaba segura de que su conexión seguiría intacta sin importar cuánto tiempo estuvieran separadas. Justo iba a seguir hablando cuando el coche dio una sacudida y derrapó levemente.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! ¿Intentas matarnos? —gritó Deirdre, alarmada.

Michelle se encogió de hombros.

—No seas dramática, anda. Un pequeño problema del motor. Ya me ha pasado cuando venía a buscarte. El coche no es precisamente nuevo.

Deirdre se dio cuenta de que había exagerado, no había pasado nada, el motor solo había renqueado un poco. Estaba más nerviosa y estresada de lo que quería admitirse.

Resopló y dirigió su mirada a través de la ventanilla para distraerse. El paisaje había cambiado drásticamente desde que salieron de Inverness. Ahora viajaban por una estrecha carretera rodeada de colinas ondulantes y vastos brezales. El sol del atardecer iluminaba todo con una luz cálida y dorada. Un halcón alzó el vuelo desde un árbol cercano. Todo parecía más verde, más vibrante de lo que Deirdre estaba acostumbrada.

—¿Qué pasa? Estás muy callada de repente —preguntó Michelle rompiendo el silencio.

Antes de que Deirdre pudiera responder, el motor volvió a emitir un ruido extraño.

—¡Maldita sea! —exclamó Michelle, golpeando el volante.

—Deberías llevarlo a que lo revisaran —aconsejó Deirdre en vez de responder a su pregunta.

Mientras seguían avanzando, Deirdre notó que, a pesar de las casas viejas y pintorescas, había más vida en los jardines de lo que esperaba. Camas elásticas, juguetes infantiles... Había asumido que

solo vivían ancianos o ermitaños en estas montañas. Quizás había subestimado el lugar.

El coche seguía haciendo ruidos cada vez más inquietantes, pero, para su alivio, por fin entraban en Kiltarff. Ya casi habían llegado, y Deirdre sintió cómo su tensión volvía.

Al pasar por el castillo, Michelle señaló el imponente edificio.

—El castillo pertenece a unos amigos nuestros. Han convertido una parte en hotel. Lo inauguraron hace poco, y la fiesta de apertura fue espectacular. Precisamente el tipo de evento que a ti te gusta: un baile elegante y glamuroso.

—Tengo que admitir que el castillo tiene mucho encanto —respondió Deirdre, observándolo con más detenimiento.

—Deberías ver el interior. Después de la remodelación, simplemente es magnífico. Ellie y Kenneth, los dueños, son encantadores.

—¿Por qué no vamos mañana a tomar un café? ¿O solo está abierto para los huéspedes del hotel?

Michelle sonrió, con una expresión críptica que Deirdre no supo interpretar del todo.

—Cariño, de verdad no sabes nada de la hospitalidad escocesa, ¿verdad?

—No, nada —admitió Deirdre, frunciendo el ceño—. ¿Eso significa que sí?

—Claro, podemos ir a tomar té esta misma tarde. Pero antes, tengo que pasar por el taller de Stuart para que revise el coche.

—Qué pasa, ¿conoces a todo el mundo? —preguntó Deirdre, sorprendida por la red de conexiones de Michelle.

—Algo así. Muchos son mis pacientes, pero no todos.

—Increíble. ¿Quién secuestró a mi tímida y reservada Michelle y la reemplazó por esta mujer sociable?

Ambas rieron con complicidad.

—No, en serio —continuó Deirdre, suavizando su tono—. Me alegra mucho que te sientas tan bien aquí.

Aunque aún le dolía pensar en perder a su amiga en Escocia, era reconfortante verla tan feliz. Después de todo lo que había pasado Michelle, lo merecía.

—Mira, girando a la derecha después del canal está mi casa —indicó Michelle—. Pero primero, vamos al taller de Stuart.

Michelle activó el intermitente y giró hacia una carretera más ancha. Frente a una tienda con un letrero que decía Girvan's Hardware, se desvió por un estrecho callejón hacia un garaje.

Deirdre imaginó que el mecánico sería un hombre mayor, calvo, con barriga cervecera y un cigarrillo colgando de la comisura de los labios.

Cuando Michelle paró el coche, vio dos edificios. Uno más moderno, pintado de azul, con un letrero que decía Garaje Conway, y otro, más antiguo, construido con piedra color arena. En el patio, había varios coches perfectamente alineados. También montones de neumáticos, un contenedor de basura y bidones de aceite, junto con algunos vehículos destrozados cubiertos con lonas. Un grupo de palomas posadas en el tejado llenaban el aire con sus ruidosos arrullos.

—¿No te parecen un poco... más grandes esos bichos aquí? —preguntó Deirdre, frunciendo el ceño.

—No —respondió Michelle, divertida.

—Entonces, ¿por qué hacen tanto ruido?

Michelle esbozó una sonrisa.

—Te lo parece así porque estás acostumbrada al ruido constante de Londres que no te deja escuchar a las pocas aves que quedan.

—Puede ser —admitió Deirdre. Aunque sabía que el silencio era típico de los pueblos, no dejaba de resultarle chocante.

No pudo seguir pensando porque, en ese momento, la puerta del taller se abrió y un hombre de hombros anchos salió al exterior, iluminado por los últimos rayos del sol. Ese tipo no encajaba para nada con el cliché que Deirdre había imaginado.

Para empezar, era mucho más joven de lo que esperaba, quizá solo uno o dos años mayor que ella. Recordó que su nombre era Stuart. Vestía un mono de trabajo remangado que dejaba al descubierto unos brazos musculosos y definidos. Sus manos estaban sucias de grasa, evidenciando que había estado trabajando en algún motor. Tenía el cabello rubio ligeramente largo, una mandíbula

cuadrada y unos ojos azules expresivos que irradiaban confianza. Su sonrisa era abierta y cálida, como si lo hiciera con frecuencia.

«¡Aleluya!»

Ese hombre era el sueño hecho realidad de cualquier mujer que encontrara atractivos a los que trabajaban con las manos. Y Deirdre acababa de descubrir que era una de ellas. Por lo general, se inclinaba por hombres más… ¿sofisticados? Aunque, pensándolo bien, ¿qué significaba eso exactamente?

De todos modos, ¿quién dijo que tenía que tener algo con él? Apenas estaría allí unos días. Ahora se arrepentía, era una lástima, porque era muy atractivo.

Deirdre no tenía reparos con las aventuras fugaces, disfrutaba con ellas; era una mujer moderna y no se juzgaba a sí misma por ello. Pero en cuestión de relaciones, bueno, ahí no es que tuviera un buen historial. Demasiadas mentiras y desilusiones a lo largo de sus treinta y dos años.

Sacudió la cabeza, tratando de despejar esos pensamientos, y se aseguró de no estar mirándolo con la boca abierta. No esperaba encontrar a un mecánico *sexy* en un pueblo perdido como Kiltarff.

—Hola, Michelle —saludó Stuart, acercándose y dándole a Michelle dos besos, con cuidado de no mancharla.

Enseguida sus ojos se dirigieron hacia Deirdre, observándola con curiosidad. Sus labios dibujaron una sonrisa cómplice, como si supiera exactamente cómo lo percibían las mujeres. Deirdre se irguió instintivamente y sostuvo su mirada, aunque no pudo evitar que su corazón latiera más rápido.

—Esta es Deirdre —dijo Michelle, presentándolos.

Stuart sacó un paño del bolsillo de su pantalón y comenzó a limpiarse las manos, sin apartar los ojos de ella. Deirdre sintió cómo se entrecortaba su respiración.

«¡Oh, por Dios. Hasta los dedos los tenía atractivos. Y estaban sucios!».

Por primera vez, se dio cuenta de lo sensual que podía ser un hombre que trabajaba con las manos. Un calor inesperado se acumuló en su abdomen. «Maldita sea». En una escala del uno al diez, Stuart era un doce.

—Hola —balbuceó Deirdre, extendiéndole la mano casi por reflejo —. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —respondió él, levantando una ceja al notar sus uñas perfectamente cuidadas.

No le gustó la expresión que cruzó fugazmente el rostro de Stuart, aunque rápidamente recuperó la sonrisa, una amplia y magnética adornada por un par de hoyuelos que le daban un aire travieso, y mostró una hilera de dientes blancos y rectosa. La sombra de barba rubia que cubría su mandíbula lo hacía aún más atractivo.

Deirdre se dio cuenta de que no iba a estrecharle la mano y retiró la suya con discreción. Por supuesto. El aceite. No se había dado cuenta. Trató de no mostrar su incomodidad y mantuvo la compostura.

—No queremos que tu traje de diseño acabe lleno de aceite de motor, ¿verdad? —se excusó Stuart con un guiño—. Pero no tengo nada en contra de las caricias, al contrario. Puedes tocarme donde quieras.

Deirdre se quedó sin palabras. ¿Hablaba en serio? Hacía mucho tiempo que no escuchaba una insinuación tan directa.

Por desgracia, su comentario solo consiguió una cosa: que quisiera arrancarle la ropa y confirmar si realmente estaba tan bien dotado como aparentaba. Su corazón empezó a latir con fuerza, pero tenía experiencia en ocultar su nerviosismo. Respondió con una sonrisa dulce, sin decir nada.

Michelle, en cambio, reaccionó con un puñetazo en el brazo de Stuart.

—Ahórrate tus frases de ligón con mi amiga, Stuart.

Él torció los labios en una sonrisa descarada y volvió a recorrer con la mirada el cuerpo de Deirdre. Ella sintió cómo sus ojos parecían desnudarla. Sabía reconocer el interés sexual cuando lo veía, y con Stuart era más que evidente.

Dios mío. Sintió un ligero temblor en las rodillas.

Era un descarado, pero, a su vez, absolutamente irresistible.

Deirdre sabía que el vestido ajustado que llevaba realzaba sus curvas y alargaba visualmente sus piernas. Hacía tiempo que apredió

a sentirse cómoda con su apariencia, incluido el hueco entre los dientes que una vez fue motivo de burlas. Ya no era aquella niña tímida e inocente que dejaba que los demás la humillaran.

—Deirdre —intervino Michelle—, no le hagas caso. Stuart se comporta así con todo el mundo, pero es inofensivo.

—¡Oye! —protestó Stuart, fingiendo indignación—. No con todo el mundo, solo con las mujeres tan atractivas como tu amiga.

Lanzó otra intensa mirada a Deirdre antes de volverse hacia Michelle.

—Dime, Michelle, ¿qué puedo hacer por ti? Por tu expresión, parece que no has venido solo a presentarme a tu amiga, aunque me ha encantado.

Michelle sonrió, claramente divertida.

—No, no estamos aquí por eso. De hecho, te pediría que ni te acerques a ella.

Deirdre abrió los ojos de par en par, incrédula.

—¿Hola? ¿Sabéis que sigo aquí? Puedo cuidarme sola, gracias.

Lo cierto era que no le importaría en absoluto que Stuart quisiera acercarse un poco más… mucho más. Pero se marchaba el domingo y no tenía tiempo ni ganas para complicaciones. Aunque, un poco de diversión nunca estaba de más, y, por lo que veía, Stuart prometía mucho en ese terreno.

Michelle y Stuart volvieron a mirarla. Deirdre agitó la mano con impaciencia, algo molesta por el tono protector de Michelle.

—Estamos aquí porque el coche de Michelle está fallando, suena como si el motor fuera a morir de un momento a otro.

Stuart la observó con una mezcla de sorpresa e interés, como si no esperara escuchar algo tan coherente de su parte.

Típico. Deirdre estaba acostumbrada a que los hombres asumieran que una mujer no podía ser inteligente si también se preocupaba por su apariencia.

—Sí, Stuart, hay mujeres que tienen cerebro y, además, son atractivas. Y sí, en ese orden —añadió, arqueando una ceja.

Lo miró directamente, pero no pudo descifrar qué pensaba. La sonrisa arrogante de Stuart seguía firmemente instalada en su rostro, como si fuera una máscara imposible de quitar.

La tensión entre ambos era palpable. Michelle debió notarlo porque se interpuso entre ellos, temerosa de que las palabras fueran a más.

Deirdre sabía que no era para tanto, era difícil que la situación se convirtiera en una pelea, aunque Stuart le pareciera un poco engreído, detalle, por cierto, fácil de ignorar cuando alguien tenía un aspecto tan… bueno, tan perfecto.

«Deja de pensar en eso», se dijo a sí misma, sacudiendo ligeramente la cabeza. Tenía las hormonas fuera de control. Eso no era normal.

«Tampoco está tan bueno».

Mentira.

Suspiró internamente, resignada. Debía controlarse, aunque una pequeña parte de ella se arrepintiera.

—Nadie lo pone en duda —concedió Michelle antes de dirigirse a su amigo—. Stuart, ¿puedes echarle un vistazo a mi coche?

Durante un segundo que pareció eterno, las miradas de Deirdre y Stuart se cruzaron de nuevo. A ella no le pasó desapercibido el destello de deseo de sus ojos. Respiró hondo mientras Stuart por fin se giraba hacia Michelle, y agradeció que la tarde escocesa fuera lo suficientemente fresca para compensar el calor que estaba sintiendo.

—Claro, ¿quieres dejarlo aquí? —preguntó él.

De repente, un escalofrío agradable recorrió la espalda de Deirdre. Además de ser atractivo, su voz tenía un matiz áspero y *sexy*. No quería imaginarlo murmurando su nombre… pero ya era demasiado tarde.

«No hay duda de que sería un buen amante», pensó, y una parte de ella deseó que el fin de semana le ofreciera la oportunidad de confirmarlo. Pero enseguida se recordó que no había venido a Kiltarff para tener aventuras con desconocidos, sino para pasar tiempo con su amiga. Aun así, el viaje prometía ser más emocionante de lo que había anticipado, y eso le levantó el ánimo.

—Creo que será lo mejor —respondió Michelle con una sonrisa agradecida, entregándole las llaves del coche—. Toma, las necesitarás.

—Y el equipaje de tu amiga, tendré que llevárselo a algún sitio, ¿no? —preguntó Stuart con un tono que rozaba lo impertinente—. ¿Dónde va a dormir?

Aunque la pregunta fue bastante directa, a Deirdre no le molestó. De hecho, le halagó su interés. Le resultaba atractiva esa especie de agresividad con la que abordaba las cosas. Si fuera una situación distinta, quizás más seria o formal, tal vez lo encontraría excesivo, pero para algo casual, le resultaba divertido.

A Deirdre siempre le habían atraído los hombres seguros de sí mismos, y Stuart era la personificación de esa confianza, pero esa sonrisa arrogante la sacaba de quicio.

Michelle respondió por ella, explicando los planes, y Deirdre añadió:

—Puedo llevar mi propio equipaje, no es mucho. Solo estaré aquí el fin de semana. Sabes que no todas las mujeres necesitamos ayuda, ¿verdad?

—Deirdre… —refunfuñó Michelle, visiblemente incómoda con su comentario mordaz.

Stuart solo se encogió de hombros con una indiferencia casi teatral.

—Lo que tú digas, Deirdre —respondió, dejando que su sonrisa se ampliara un poco más. Luego se volvió hacia Michelle, haciendo tintinear las llaves en su mano—. Le echaré un vistazo y te llamaré.

—Gracias —respondió Michelle dándole un beso en la mejilla—. Que tengas una buena noche. ¿Trabajas hasta tarde hoy? ¿Tienes mucho lío?

Stuart chasqueó la lengua, como si la respuesta fuera obvia.

—No es que tenga mucho trabajo, pero quiero quedarme. Tengo un nuevo tesorito que quiero inspeccionar. Pero primero revisaré tu coche. No puedo dejarte sin medio de transporte.

Era evidente que Stuart disfrutaba de su trabajo. Poca gente consideraría ser mecánico un sueño, pero él parecía estar exactamente donde quería estar. Esa seguridad en sí mismo, sumada a un carácter servicial, lo hacía aún más interesante para Deirdre.

Después de despedirse con un «adiós» fugaz, aceptó a regañadientes que Michelle llevara rodando su maleta. Caminaron

juntas por la carretera principal y cruzaron el canal mientras el sol del atardecer se reflejaba en las tranquilas aguas del lago Ness.

La quietud del lugar era casi ensordecedora para alguien como Deirdre, acostumbrada al constante bullicio de Londres. Cada detalle, incluso el susurro de las hojas en las copas de los árboles, se sentía amplificado en el silencio. Era aterradoramente idílico.

—Si buscas una aventura, Stuart es definitivamente el hombre indicado para ti —comentó Michelle mientras cruzaban el canal—. Pero te lo advierto: no es de relaciones. Cambia de mujer tan a menudo como de pantalones.

Deirdre se rio, divertida. No le sorprendía en absoluto. Stuart tenía una aura magnética que era imposible ignorar. Su imagen seguía grabada en su mente: los antebrazos musculosos, el cabello ligeramente despeinado, las facciones angulosas… Pero lo que más la había impactado era su mirada intensa, tan cargada de deseo que parecía traspasarla.

—No estoy segura de que ese Stuart pudiera soportarme —dijo, sonriendo con picardía.

—¡Buena respuesta! —rio Michelle—. Que sepas que también lo intentó conmigo cuando llegué.

A Deirdre no le gustó escuchar eso, aunque no sabía exactamente por qué. Sin embargo, no dejó que Michelle lo notara.

—No te preocupes, no le romperé el corazón a tu amigo —bromeó—. Además, me voy el domingo.

—Créeme, no llegarías al corazón de Stuart aunque te quedaras más tiempo. Pero sí podrías llegar a sus pantalones.

—Que sepas que no estoy tan desesperada —respondió Deirdre, fingiendo indignación.

—Perdona, pero he visto cómo os mirabais. Si no hubiera estado allí, seguro que os habríais arrancado la ropa.

Deirdre se sorprendió de lo obvio que había sido.

—Tu imaginación no tiene límites, ¿verdad? —replicó, tratando de restarle importancia.

Era cierto que la química con Stuart era palpable. Pero no tenía intención de casarse con él, en todo caso, solo quería pasar un buen rato.

—¿Estás segura? —insistió Michelle, interrumpiendo sus pensamientos.

Afortunadamente, habían llegado a la casa de Michelle. Era una construcción antigua, pero parecía acogedora. Las jardineras de las ventanas estaban llenas de geranios, y junto a la puerta colgaba una canasta con pensamientos morados. En el felpudo se leía: «Bienvenida».

Aunque el estilo era recargado para su gusto, Deirdre no pudo negar que el lugar tenía su encanto. «Piensa en Michelle», se recordó mientras su amiga abría la puerta y la invitaba a entrar.

Un aroma delicioso inundó sus sentidos: hierbas, ajo, tomate y carne asada. Definitivamente, el viaje iba mejorando.

Wallace estaba de pie detrás de los fogones, con una cuchara de madera en la mano, cuando las dos mujeres entraron en la casa. Era atractivo, no tanto como Stuart, pero Deirdre entendía perfectamente lo que a Michelle le gustaba de él. Vestía unos vaqueros que realzaban sus fuertes muslos y una sencilla camiseta blanca que se ceñía a su musculoso torso como una segunda piel.

Primero besó a Michelle, y a continuación abrazó a Deirdre como si fueran viejos amigos. Su *aftershave* olía a un toque picante que le resultó agradable. Aunque Deirdre había planeado enfadarse con él por alejar a Michelle de Londres, descubrió que era imposible. Ya sabía que Wallace era honesto y simpático y ahora no pudo más que corroborarlo al encontrarse frente a él. Entendía por qué Michelle se había enamorado: parecía un hombre de fiar, y era evidente que adoraba a su amiga.

—Bueno, chicas, la cena está lista. Ahora os dejo solas —anunció Wallace después de unos minutos.

—¿Qué? ¿No te quedas? —preguntó Deirdre, sorprendida. Había asumido que sería una cena para los tres.

Wallace levantó las manos, sonriendo.

—Oh, no. Prefiero no escuchar las historias de chicas. Disfrutad vuestro tiempo juntas.

—Vaya, eso es muy considerado. ¿Cómo está tu hermana, por cierto? —preguntó Deirdre.

Hacía unas semanas habían descubierto por casualidad que el cuñado de Wallace engañaba a su esposa. El mundo era, a veces, más pequeño de lo que uno imaginaba. Aunque Deirdre no conocía personalmente al marido de Caitlin, había empatizado con ella. Sabía por experiencia propia lo que se sentía al ser traicionada. Pero ella lo tenía aún más difícil: había dos hijos y una casa de por medio.

—Va tirando. Lo está llevando bien, pero claro, no es fácil —respondió Wallace con un tono claramente afectado.

—Lo entiendo perfectamente. Por favor, salúdala de mi parte y dile que siento mucho las circunstancias en las que tuvimos que conocernos.

—Estoy seguro de que pronto os veréis en persona —intervino Michelle, dándole un beso rápido a Wallace antes de empujarlo suavemente hacia la puerta.

Michelle volvió a la cocina con una sonrisa de felicidad. Sirvió un poco de vino y puso la comida en la mesa.

—¿Por qué no te sientas?

Deirdre se sintió cohibida por un instante. Todo era muy distinto a lo que estaba acostumbrada. Michelle parecía haber madurado de repente: tenía una relación seria, sólida, que claramente significaba todo para ella, y probablemente se casarían pronto y formarían una familia. Michelle sería una madre maravillosa, de eso no tenía dudas.

Deirdre, por su parte, no veía nada de eso en su propio futuro. Su vida era inestable, llena de viajes constantes y semanas enteras viviendo con solo una maleta. De repente, sintió un nudo en la garganta**.** ¿Y si comenzaban a distanciarse? Una extraña sensación de vacío se instaló en su estómago. No era envidia, estaba segura de ello, pero tampoco era capaz de reconocer lo que estaba sintiendo.

—Buen provecho, cariño. Espero que te guste. A Wallace se le da muy bien la cocina —dijo Michelle con entusiasmo, levantando su copa.

Afortunadamente, no pareció notar que Deirdre estaba un poco alterada.

—Y también la cama —añadió Deirdre con un guiño, recuperando rápidamente su ánimo habitual. Probablemente todo se debía al

desfase horario y al estrés acumulado.

—Más que bien —respondió Michelle, con los ojos brillantes.

Rieron, brindaron y disfrutaron de la cena que Wallace había preparado. En un momento dado, el cansancio de Deirdre fue tal que apenas podía mantener los ojos abiertos. Michelle decidió dar por terminada la velada y la acompañó al dormitorio.

—Compartiremos cama, la casa no es muy grande.

—¿No hay más habitaciones? —preguntó Deirdre.

—Me temo que no.

—Es muy acogedora y sin duda mucho más espaciosa que la de Londres.

—Pero demasiado pequeña a largo plazo. Estamos buscando algo más grande. De hecho, ya hemos echado el ojo a una casa que nos gusta.

—Vaya, pues sí que vais rápido —comentó Deirdre, sorprendida —. Has dado un gran paso.

—Eso parece. Quizás precipitado, pero por fin siento que he llegado a donde quería, que he encontrado mi sitio.

Deirdre observó a Michelle y, por primera vez en años, fue incapaz de entender lo que su amiga sentía. Ella no tenía ni idea de lo que significaba establecerse, tener un hogar. Pero lo que sí estaba claro era que el lugar de Michelle ya no estaba a su lado, sino junto a Wallace.

—¿No quieres irte y dormir con él? —sugirió Deirdre.

Michelle negó con la cabeza.

—No digas tonterías. Me quedo aquí contigo.

Agradecía el gesto, pero no quería que Michelle se quedara. No porque no le gustara tenerla cerca, sino porque tenía que aceptar que su amiga había dado un gran paso en la vida, uno hacia adelante y ella no quería ser un obstáculo ni una carga.

—Cariño, voy a estar despierta toda la noche de todas formas. Estoy lidiando con un caso monstruoso de *jet lag* y tampoco te voy a dejar descansar a ti. ¿Qué tal si duermes con tu amorcito y quedamos para desayunar?

Michelle frunció el ceño.

—Qué pena.

Deirdre la abrazó con afecto.

—Si no te importa que me despierte mil veces durante la noche, puedes quedarte...

—¡Cómo me va a importar! Hace tanto que no nos vemos que sería absurdo no aprovechar la noche para estar juntas.

—Tú decides, pero te advierto que no será una noche tranquila. Si yo fuera tú, me iría con el escocés buenorro y echaría un vistazo bajo su *kilt* en lugar de soportar mi insomnio.

Michelle se rio, sacudiendo la cabeza.

—¡Eres incorregible!

—Anda, ve con él y nos vemos por la mañana. Incluso te doy permiso para despertarme si ves que se me hace tarde en la cama. Eso sí, considéralo un gran honor, que lo sepas.

Deirdre no era precisamente madrugadora. De hecho, nadie debía intentar hablar con ella antes de que tomara su primer café. Por las mañanas solo era capaz de gruñir, y el *jet lag* no hacía más que empeorar las cosas. Con tanto viaje se sentía en un estado zombi casi perpetuo.

Aunque Michelle protestó un poco más, finalmente accedió. Deirdre la convenció de que lo mejor para ambas era que pasara la noche con Wallace.

Cuando por fin se quedó sola, sintió cómo el cansancio se apoderaba de ella, pero también sabía que no se dormiría fácilmente. Tras desmaquillarse y lavarse los dientes, se puso un fino picardías de seda y se metió en la cama con el móvil en la mano para responder algunos correos electrónicos y mensajes.

Como siempre, tenía mucho trabajo. Estaba gestionando dos campañas a distancia, pero su profesionalidad le permitía controlarlo todo. Incluso agotada era capaz de organizar cosas importantes medio dormida.

Se dedicó a escribir y revisar mensajes hasta que los textos empezaron a desdibujarse ante sus ojos. En algún momento, sintió cómo los párpados le pesaban y empezaban a cerrarse solos. El teléfono se le resbaló de las manos, y finalmente se quedó profundamente dormida.

CAPÍTULO 2



El rocío de la mañana brillaba en la hierba mientras el sol se elevaba por encima de los picos de las montañas, bañándolo todo con una luz dorada. Los pájaros trinaban alegremente, y una suave brisa hacía que el susurro de las hojas en las copas de los árboles se convirtiera en un murmullo constante.

A Stuart le corría el sudor por las sienes y la espalda. Era temprano, demasiado temprano en realidad, pero no había dormido bien y se había despertado antes de que sonara la alarma. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y sabía por experiencia que la mejor manera de despejarse era haciendo ejercicio. Era sábado y, aunque tuviera mucho trabajo pendiente, la frustración no lo abandonaba.

«¡Ja! Vaya eufemismo».

El taller estaba lleno de vehículos, la gente confiaba en él y en sus habilidades. Pero los coches modernos no eran más que montones de electrónica disfrazados de vehículos. Reparar estos artefactos pagaba las facturas, pero eso no era lo que hacía que su corazón latiera con fuerza. Lo que realmente lo apasionaba era otra cosa, algo que aún no se atrevía a perseguir por completo.

«¿Por qué no dar el siguiente paso?», pensó mientras tropezaba con una piedra.

Soltó una maldición, casi cayó. El tropiezo empeoró aún más si cabía su humor. Aceleró el paso, giró a la derecha y tuvo que detenrse en seco ante una inesperada visión.

Deirdre estaba en los escalones frente a la casa de Michelle con un camisón de seda color crema. Se estaba estirando lentamente, alzando los brazos, arqueando la espalda y dejando caer la cabeza hacia atrás. Sus ojos estaban cerrados y su cabello brillaba bajo el sol de la mañana. La luz parecía envolverla como un halo, dándole la apariencia de una diosa.

Stuart se quedó inmóvil, clavado en la carretera como si hubiera sido convertido en piedra. El atuendo de Deirdre no dejaba mucho a la imaginación, sus pezones se percibían claramente bajo la fina tela. Tragó saliva y toda su sangre se dirigió a un lugar que no debía. La visión era hipnótica. No solo tenía un cuerpo con curvas perfectas, su rostro era elegante, sus ojos expresivos y su boca tremendamente sensual. Incluso ese pequeño espacio entre sus dientes delanteros que se apreciaba cuando sonreía le parecía encantador. Deirdre era mucho más atractiva que cualquier actriz que pudiera recordar. Cuando ella sintió su mirada, abrió los ojos y bajó los brazos. Stuart intentó recomponerse, pero no lo consiguió tan rápido como hubiera querido. Sus músculos faciales estaban tensos, y solo podía rezar para que ella no se diera cuenta del efecto que estaba teniendo en él. Era vergonzoso sentirse como un adolescente de quince años en un cuerpo de treinta y tres.

Fingiendo una calma que realmente no tenía, se pasó una mano por el cabello húmedo de sudor y dio unos pasos hacia ella.

—Buenos días, princesa —saludó con una sonrisa que combinaba suficiencia y descaro.

Los ojos de Deirdre se abrieron ligeramente, sorprendidos, pero un instante después sonrió, como si no tuviera el menor reparo en estar semidesnuda frente a él. Incluso tenía las uñas de los pies perfectamente pintadas, algo que Stuart notó al bajar la mirada.

—¿Princesa? —repitió ella, arqueando una ceja con aire escéptico.

Stuart intentó concentrarse en su rostro, pero ese pecho que subía y bajaba con cada respiración insistía en atraer su mirada.

«No le mires los pechos», se dijo, pero era más fácil decirlo que hacerlo. ¿Por qué se exponía así a esas horas? Una sensación desconocida le recorrió el estómago. ¿Celos? No, imposible.

Stuart se aclaró la garganta y, con un tono más ligero, añadió:

—Si no te gusta princesa, tendrás que decirme cómo prefieres que te llame.

Movió las cejas, satisfecho de haber recuperado su confianza habitual. Se sentía seguro bromeando con las mujeres.

Pero Deirdre no parecía estar de humor para seguirle el juego.

—¿No me digas que eres de esas personas que se levantan temprano y, además, tienen la necesidad de hablar con todo el mundo? Es horrible.

Stuart no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Y tú? ¿Te has caído de la cama o es que eres sonámbula? Eso explicaría que estés en la calle tan temprano.

«Mierda. Acababa de sonar como un novio celoso».

Deirdre frunció el ceño un breve segundo antes de apretar los labios.

—Aunque no es asunto tuyo, es culpa del *jet lag*. Curiosamente, caí rendida en la cama y he dormido como un tronco, así que ya estoy despierta. Por cierto, ¿qué problema tienes con mi ropa? —añadió, levantando la barbilla con un aire desafiante.

«Ninguno en absoluto». Pero en lugar de decir eso, respondió con descaro:

—Todos los problemas.

Los ojos de Deirdre se abrieron de par en par, y a continuación estalló en una risa melodiosa.

—Al menos eres directo. Me gusta. Pero, a diferencia de ti, yo no suelo levantarme de buen humor. Necesito café antes de soportar a la gente, así que ¡hasta luego! Bueno, o no. —Levantó una mano en un gesto de despedida y se dio la vuelta, moviéndose provocativa mientras volvía a entrar en la casa. La puerta se cerró con un golpe detrás de ella.

Stuart se quedó mirando la madera oscura durante unos segundos, incapaz de moverse. Había algo en ella que lo dejaba sin aliento, algo que iba más allá de la mera atracción sexual.

* * *

Deirdre aún tenía el pelo húmedo cuando se sentó a desayunar con Michelle. Eran poco más de las diez. Su amiga había traído cruasanes y bollos recién hechos, acompañados de mermeladas, nata y mantequilla. Disfrutaron juntas del desayuno, charlando relajadas.

—¿Has dormido algo? —preguntó Michelle, alzando una ceja mientras untaba mermelada en un cruasán.

—Como si alguien me hubiera golpeado con un mazo —admitió Deirdre con sinceridad. Aún estaba sorprendida de haberse despertado con los primeros rayos de sol atravesando las cortinas. No era normal para ella, pero había dormido de un tirón por primera vez en semanas.

Michelle sonrió con satisfacción antes de darle un mordisco a su cruasán.

—Ya ves, ya está funcionando.

—¿Qué está funcionando? —preguntó Deirdre, intrigada por el comentario. Por un momento, pensó en Stuart, pero descartó la idea de inmediato. No podía referirse a él... ¿o sí?

—La magia escocesa —respondió Michelle, riendo.

Deirdre puso los ojos en blanco.

—¿Magia escocesa? Por favor, menuda tontería.

—¡Para nada! No es ninguna tontería —replicó Michelle, todavía riendo.

—Sí, seguro. Magia escocesa. Por supuesto. —Deirdre negó con la cabeza, sonriendo de lado—. Mejor cuéntame, ¿qué vamos a hacer hoy?

—Después de desayunar vamos a dar un paseo en barco por el lago Ness. Wallace lo ha organizado para nosotras. No te marearás, ¿verdad?

—Difícilmente —respondió Deirdre con una sonrisa—. A menos que Nessie decida sacudir el barco.

—No creo que eso pase. —Michelle rio—. Luego iremos a casa de Ellie y Kenneth. Nos invitarán a sándwiches y té. Y esta noche iremos al Lantern.

—¿El Lantern?

—Es un *pub* que pertenece a unos amigos, Kendra y Alejandro. Ella es de Kiltarff y él, argentino. Forman un gran equipo. Esta noche es noche de *pub*. Seguro que te gustará. Así podrás socializar un poco y no aburrirte conmigo. —Sonrió ampliamente.

—¡Como si pudiera aburrirme contigo! Pero ese plan suena genial, estoy deseándolo.

Deirdre dio un sorbo a su café. Estaba de muy buen humor, algo poco habitual en ella a esas horas del día. Debía deberse al sueño reparador de la noche anterior… más que a la posibilidad de volver a encontrarse con Stuart.

En un principio, esa mañana, cuando había aparecido de repente, se había sobresaltado. Lo curioso era que justo antes había estado pensando en él. Fue extraño. Inesperado, sí, pero no inoportuno. Aunque por otro lado, ¿por dónde iba a salir a correr? El pueblo era diminuto. Seguro que la gente se cruzaba todo el tiempo. Una dinámica que podía ser soportable durante un fin de semana, pero que a largo plazo volvería loca a Deirdre. No soportaba la idea de vivir en una comunidad tan pequeña.

Por suerte, no tenía que hacerlo.

Deirdre decidió que era mejor centrarse en otras cosas agradables, como en Stuart. Era exactamente su tipo, y parecía que ella no le era indiferente. Le sorprendía ser capaz de recordar cada detalle de su rostro con claridad, como si lo hubiera grabado en su mente. La imagen de Stuart esa mañana, sudoroso y con la respiración agitada, le había provocado pensamientos bastante ardientes.

¿Él también lo había sentido? Si tuviera que apostar, diría que sí. En cualquier caso, la noche de *pub* sonaba como la oportunidad perfecta para volver a verlo. Un poco de diversión sin compromiso no le haría daño, pero prefirió guardar esos pensamientos para sí misma. No quería escuchar objeciones por parte de Michelle.

Tras el paseo en barco por el lago Ness, Deirdre sentía como si flotara.

—¡Ayuda! —exclamó al desembarcar junto a Michelle—. Creo que me habéis drogado.

Michelle se rio, mirándola con diversión.

—¡Anda ya! Estás preciosa, tus mejillas están sonrosadas. ¿Te ha gustado?

—Tengo que admitir que tu Wallace es encantador y divertido. La forma en que habla de Nessie y las viejas historias que cuenta hacen que el *tour* sea muy especial.

Michelle sonrió, visiblemente satisfecha.

—Sí, sabe hacer muy bien su trabajo. Pero además dibuja increíblemente bien. Desde que se ha decidido a compartirlos, hay una avalancha permanente de gente en la tienda de recuerdos porque todo el mundo quiere comprar sus ilustraciones de Nessie.

—Es fantástico.

Michelle ya le había contado a Deirdre el pasado de Wallace, incluidos los otros planes profesionales que tuvo una vez. Ahora parecía haber encontrado el equilibrio entre su talento y su vida en Kiltarff. Deirdre se alegraba por él y por Michelle. La vida de esa pareja parecía tan perfecta desde fuera que habría sido empalagosa para cualquiera, excepto para ellos mismos.

Deirdre sintió un pequeño tirón de nostalgia que reprimió de inmediato. Los hombres que habían llamado su atención siempre resultaban ser ególatras y superficiales. Por eso, hacía tiempo que había renunciado a la idea del amor romántico. No todo el mundo estaba destinado a tener un final feliz, por ello Deirdre había decidido disfrutar de su vida sin ataduras ni expectativas.

—¿Vienes? —la llamó Michelle, sacándola de sus pensamientos—. Queremos ir al castillo, he reservado mesa para nosotras.

—¿Con estas pintas? —Deirdre se miró. Para sus estándares, iba mal vestida: *leggings* ajustados de imitación de cuero, un top corto y una americana extragrande. En los pies llevaba unas zapatillas blancas que Michelle le había prestado, después de negarse rotundamente a dejarla subir al barco con tacones. Aunque había cedido, presentarse en un castillo con ese tipo de calzado le parecía un despropósito.

Michelle se colocó a su lado con una sonrisa tranquilizadora.

—Estás estupenda.

Deirdre puso los ojos en blanco.

—¿No puedo cambiar al menos las zapatillas por algo más elegante?

—Créeme, estás perfecta.

—De acuerdo… —Deirdre suspiró, resignada. No quería parecer una diva.

Juntas, caminaron por un estrecho sendero de grava que atravesaba los terrenos del castillo. De vez en cuando, algún conejo pasaba saltando cerca de ellas, mientras que otros retozaban por el césped, tomando el sol o mordisqueando la hierba. También había mirlos picoteando insectos en el suelo.

Cuando las puntiagudas torres del castillo de Kiltarff fueron visibles, las comisuras de los labios de Deirdre se curvaron en una sonrisa.

—Esto es como estar en Downton Abbey —comentó, con un deje de fascinación.

—¡Pues es mucho mejor! —replicó Michelle, entusiasmada—. Pronto lo verás. Además, va a celebrarse una boda de ensueño.

—Oh, ¿sí? ¿Quién se casa? ¿Alguna celebridad?

—De momento no. —Michelle negó con la cabeza—. Son Ellie y Kenneth. La ceremonia será en septiembre, cuando el pueblo esté más tranquilo.

—¿Más tranquilo? —Deirdre arqueó una ceja, incrédula—. ¿A qué te refieres?

—Es temporada alta. Hay muchos turistas. ¿No te fijaste en el embarcadero? Ellie montó allí su restaurante y está desbordada de trabajo.

—Ya… —respondió Deirdre, aunque no estaba segura de entenderlo del todo. Si Michelle consideraba que Kiltarff estaba lleno, no quería imaginarse lo desierto que debía estar en otoño o invierno.

Atravesaron una reluciente puerta giratoria dorada para entrar al castillo. Un sutil aroma floral impregnaba el aire estaba impregnado. El suelo, impecablemente pulido, reflejaba la luz que se colaba por los ventanales. Una música suave, procedente de altavoces

invisibles, flotaba en el ambiente, y había plantas verdes decorando estratégicamente el amplio vestíbulo.

Detrás del mostrador, una mujer tecleaba en un ordenador. Al notar su llegada, levantó la vista y sonrió.

—¡Michelle! —exclamó, dejando lo que hacía para acercarse.

—Hola, Ellie —respondió Michelle—. Déjame presentarte a mi amiga, Deirdre.

Deirdre, que había esperado una actitud más distante por parte de la futura esposa de un conde, se sorprendió cuando la abrazó como si fueran viejas amigas. Aunque la tomó desprevenida, devolvió el abrazo con calidez.

—Encantada de conocerte —dijo Ellie, sonriendo amablemente mientras se apartaba.

Ellie tenía una mirada limpia e irradiaba confianza y bondad. Percibió que era el tipo de persona que haría cualquier cosa por sus amigos. Por un instante, deseó ser parte de ese círculo, pero desechó el pensamiento rápidamente. Hacía falta algo más que solo dos días para forjar una amistad verdadera.

—Gracias, el gusto es mío —respondió Deirdre, notando un leve temblor en su voz. Por suerte, ni Michelle ni Ellie parecieron notarlo.

—Venid, os he reservado la mejor mesa en la terraza. —Ellie les hizo un gesto para que la siguieran—. Ahora solo tenemos disponible el menú pequeño, pero si prefieres algo en particular puedo preparar algo especial.

—Por favor, no te molestes —dijo Michelle con una sonrisa—. Esto es lo que teníamos en mente. ¿Cómo estás?

Ellie dejó escapar un pequeño suspiro.

—Para ser sincera, podría estar mejor. Estamos hasta arriba de estrés. No pensé que sería tan difícil encontrar personal adecuado. Pero no quiero aburrirte con mis problemas.

Atravesaron la espaciosa terraza que ofrecía una vista impresionante del lago Ness. El largo lago brillaba oscuro y misterioso, rodeado de interminables filas de árboles que parecían resguardar sus secretos. Deirdre comprendió por qué había tantas leyendas y mitos sobre esa masa de agua.

El paseo en barco había sido interesante, pero la vista desde el castillo era sencillamente espectacular. Por un momento, su mente profesional no pudo evitar pensar en cómo sería promocionar un lugar tan asombroso. Sería un juego de niños hacerlo mundialmente conocido. Pero rápidamente descartó la idea; ese no era su trabajo ahora, de hecho, se suponía que se había cogido el fin de semana de vacaciones.

Deirdre parpadeó un par de veces, se había quedado ensimismada mientras Michelle y Ellie ya habían avanzado. Su amiga le dedicó una sonrisa cómplice desde una mesa, donde ya estaba sentada. Deirdre se acercó y tomó asiento frente a ella.

Ellie regresó con una bandeja y anotó las bebidas. A continuación desapareció dejando tras de sí una energía vibrante.

—Ellie es todo un torbellino —comentó Deirdre, divertida.

—Sí, absolutamente. La adoro.

No tuvieron tiempo de seguir hablando, porque una elegante mujer se unió a ellas y abrazó a Michelle con familiaridad.

—Deirdre, esta es Ava. Ella dirigió la remodelación del castillo —la presentó Michelle.

Ava era guapa y exudaba una gracia natural que llamaba la atención. Llevaba un sencillo vestido hasta la rodilla y sandalias de tiras con tacones finos, pero su estilo tenía un aire sofisticado que Deirdre no pudo evitar admirar.

—Hola, encantada de conocerte —dijo Deirdre, sonriendo cordialmente.

Ava respondió con una cálida sonrisa.

—Yo también me alegro de conocerte por fin. Michelle me ha hablado mucho de ti.

—Espero que solo te haya contado cosas buenas —bromeó Deirdre, devolviéndole la sonrisa.

Ava soltó una pequeña risa.

—¡Por supuesto! Sé que viajas mucho y que tienes mucho éxito. Tu trabajo me parece fascinante. Aunque debo admitir que no me gustan demasiado las redes.

—Gracias —respondió Deirdre con naturalidad. ¿Por qué todo el mundo aquí parecía tan feliz y satisfecho? Incluso la agobiada Ellie

irradiaba amor por su vida en este lugar.

—Ava vino a Escocia por trabajo y terminó enamorándose de Colin —explicó Michelle con una sonrisa.

—Sí, pero no fue un flechazo inmediato —admitió Ava con un tono conspirador, acompañando sus palabras con un gesto teatral—. En fin, estoy segura de que no queréis escuchar mi historia de amor. Bastante tenéis vosotras con las vuestras.

Ava se volvió hacia Deirdre con una sonrisa.

—Ha sido un placer conocerte, pero tengo que despedirme. Me voy de vacaciones con Colin. Solo vine un momento para discutir unos temas con Kenneth.

—Te las tienes más que merecidas —comentó Michelle con un tono amable.

Ava se frotó la frente y suspiró.

—¡Y cómo las necesito! Aunque estoy algo preocupada por Ellie y Kenneth. Están agotados y últimamente no han tenido ni un día libre.

—Sí, tienen problemas con el personal. Lo hemos escuchado —dijo Michelle, encogiéndose de hombros.

—Me encantaría poder ayudarlos más, pero es imposible. No sé nada sobre los puestos que necesitan cubrir. Bueno, bellezas, ¡disfrutad de vuestro tiempo! Además, parece que el clima acompaña —añadió Ava con una sonrisa—. Debes haberlo traído tú, Deirdre. —Abrazó a ambas y se despidió.

Poco después, Ellie regresó con el pedido. Colocó cuidadosamente la bandeja sobre la mesa y dejó las bebidas y la comida.

—Si necesitáis algo, no dudéis en decírmelo —dijo, mientras se abanicaba con una mano—. Es una suerte que aún no tenga el hotel completo, porque no podría con todo. Aunque por otro lado, nos encantaría tener más clientes, pero no tengo tiempo ni de pensar en la publicidad. Esta locura diaria me tiene ocupada de la mañana a la noche.

Deirdre apenas conocía a Ellie, pero era evidente que estaba desbordada de trabajo.

—Si puedo ayudarte con algo, házmelo saber —se ofreció Deirdre con sinceridad—. Conozco muy bien el mundo *online*. Si necesitas ayuda con la web o con alguna campaña, soy la persona indicada.

Ellie la miró con un destello de gratitud y sorpresa, claramente conmovida por su ofrecimiento.

—¿De verdad? Dios mío, eso suena genial. Ahora mismo no sé ni dónde tengo la cabeza. Ni siquiera puedo planear mi propia boda. Solo tenemos la fecha, aún no hemos concretado nada. Estaría encantada de que pudieras ayudarme, aunque estoy segura de que ya tienes mucho trabajo.

—Siempre puedo sacar tiempo para las amigas de Michelle —respondió Deirdre con honestidad.

Ellie pareció percibir que no se trataba de una promesa vacía. Su sonrisa agradecida iluminó su rostro.

—¡Muchas gracias! Ya hablaremos entonces. De momento, disfruta de las vistas y de los manjares. Que aproveche.

Cuando Ellie se alejó, Michelle apoyó la cabeza en una mano y miró a Deirdre con una expresión pensativa.

—Creo que podrías ayudarles. Eres la persona que necesitan.

Deirdre levantó una mano en un gesto tranquilo.

—Que conste que no planeo dejar mi trabajo, que quede claro. Pero puedo echarles una mano. No me parece complicado dar a conocer este lugar tan increíble o darle a Ellie algunos consejos para la organización de su boda. Eso sí, con el tema del personal no puedo hacer mucho. Es un problema general en el sector de la restauración, y en sitios tan apartados más aún —remató con condescendencia.

Michelle frunció el ceño ligeramente y repitió, imitando su tono:

—En sitios tan apartados.

Deirdre resopló, entre divertida y culpable.

—Lo siento, no era mi intención que sonara mal.

Michelle respondió con una carcajada.

—Claro que la tenías, pero no pasa nada. No tiene por qué gustarte Kiltarff como a mí.

CAPÍTULO 3



—¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó Deirdre.

Michelle acababa de salir del dormitorio y entraba en el salón. Deirdre la miró fijamente, parpadeando un par de veces.

—¿Vas a ponerte eso?

Michelle llevaba un vestido hasta los tobillos adornado con un tartán sobre el hombro.

—Esta noche es noche tradicional en el Lantern. Los hombres llevan *kilts* y las mujeres… —empezó a explicar Michelle.

Deirdre la interrumpió levantando una mano.

—Sí, sí, ya lo he entendido. Perdona, pero es que me ha sorprendido. No puedo seguirte el ritmo en la conversión hacia una auténtica escocesa. Lo siento, me resulta muy extraño.

—¿No me queda bien? —preguntó Michelle, algo inquieta.

Deirdre sintió remordimientos de inmediato. No había querido hacerla sentir incómoda ni insegura. Agarró a su amiga por el hombro y la apretó con afecto.

—Oh, cariño, claro que sí. ¡Te queda espectacular! —respondió con entusiasmo—. Cuando me dijiste que íbamos al *pub*, pensé… no sé, imaginé otra cosa.

—Cuando te dije lo del traje tradicional debería haberte explicado que me refería a uno escocés. Lo siento. ¿Te molesta que no haya conseguido algo similar para ti?

—No —respondió Deirdre rápidamente, quizá demasiado—. Nadie me creería con un vestido así. No me pega, simplemente no encajo.

Por un instante, Deirdre lamentó ese hecho, pero enseguida recordó que jamás podría soportar vivir en el campo y la extraña sensación desapareció.

—Por lo que veo, al final sí que voy a destacar con mi atuendo, ¿verdad? —comentó con una sonrisa irónica.

Deirdre llevaba un vestido azul zafiro ajustado que le llegaba justo por encima de la rodilla, combinado con zapatos de tacón a juego. Aunque no tenía escote y era de manga larga, realzaba su figura sin dejar demasiado a la imaginación.

—Estás buenísima —declaró Michelle con un guiño—. Tendré que vigilarte esta noche.

Deirdre soltó una carcajada.

—Yo me cuido sola, ya lo sabes.

—Muy bien, entonces vamos. ¿Quieres que lleve yo las llaves?

—¡No hace falta! —dijo Deirdre, mientras metía el llavero y su tarjeta de crédito en el sujetador.

Michelle negó con la cabeza, divertida.

—Qué bueno saber que algunas cosas no cambian. ¿Nunca has perdido nada?

—¡Por favor! No con este método. Es infalible.

—De todas formas, no creo que necesites la tarjeta de crédito. Estoy segura de que habrá muchos que quieran invitarte a copas.

—Y estarán todos casados o serán viejos y feos —respondió Deirdre con sorna.

Michelle rio por lo bajo.

—Bueno, yo sé de alguien que estará esta noche que no es ni viejo ni feo.

—Ya, pero Wallace es tu novio.

Michelle la empujó suavemente.

—No me refería a Wallace, tonta. Me refería a Stuart.

—¿Tengo vía libre? —preguntó Deirdre, arqueando las cejas con picardía. Había pensado en Stuart, pero no había querido mencionarlo.

—No sé qué significa eso. Pero, como dijiste antes, eres adulta y puedes cuidar de ti misma. Ya te advertí sobre él. Busca muchas cosas, pero no una relación para toda la vida.

—Perfecto. Quizás habría que advertirle sobre mí —bromeó Deirdre.

El *pub* ya estaba lleno cuando llegaron. La mayoría de los hombres llevaban *kilts* y las mujeres vestidos similares al de Michelle. Pero lejos de sentirse fuera de lugar, Deirdre se encontró cómoda. El ambiente era relajado y acogedor. Aunque notaba que la miraban, no percibía escepticismo ni desprecio en esas miradas.

—Pareces sorprendida —susurró Michelle al oído—. ¿Qué esperabas encontrar? ¿Tan malo creías que sería?

—No, claro que no. Pero debo admitir que me llama la atención la edad de la gente, la esperaba mucho más mayor —respondió Deirdre, sonrojándose ligeramente.

—A mí me pasó lo mismo al principio. Tampoco me lo creía —confesó Michelle, riendo—. Y me sorprendió aún más Wallace. En el fondo fue divertido ver cómo intentó enseñarme su culo desnudo mi primera noche en el pueblo, casualmente aquí mismo, en el Latern. Si alguien me hubiera dicho en ese momento que hoy estaría con él, me habría reído en su cara.

Deirdre no quiso contestar que ella no era tan fácil de engatusar como su amiga.

Caminar hasta la barra fue toda una odisea, ya que paraban a Michelle constantemente para saludarla y abrazarla. Como era de esperar, se aseguró de incluir a Deirdre en las conversaciones para que no se sintiera excluida. La velada resultó ser sorprendentemente agradable y divertida. Le costó un poco acostumbrarse al acento escocés, aunque tenía un punto melodioso y llegaba a resultar casi hipnótico.

¿Dónde estaría Stuart?

Durante todo el día, Deirdre había imaginado que esta noche no volvería sola a casa, sino tal vez con él. Pero de momento no había aparecido.

Justo cuando empezaba a perder la esperanza, alguien entró al *pub*.

Era Stuart. ¡Santa madre de Dios!

Si ya le había parecido atractivo con ropa de trabajo, ahora era diez veces más deslumbrante. Stuart llevaba su *kilt* con orgullo y dignidad. Sus pantorrillas musculosas, perfectamente torneadas, eran un espectáculo, y su figura, resaltada por el atuendo, parecía diseñada para atraer miradas.

Sus ojos se cruzaron a través de la multitud, como si una fuerza invisible los conectara. Stuart comenzó a caminar con decisión hacia ella. Saludaba aquí y allá, pero apenas intercabiaba más que unas pocas palabras con cada uno.

Venía directo hacia ella.

Su pose decidida no dejaba lugar a dudas: Stuart sabía lo que quería. Y la quería a ella.

El corazón de Deirdre comenzó a latir con fuerza. Se aferró a su vaso de cerveza, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios. No necesitó que él dijera nada sobre su atuendo, podía leerlo en la intensidad de su mirada.

Por un momento, una idea cruzó su mente: tal vez no fuera tan buena idea pasar la noche con él.

Pero cuando Stuart llegó hasta ella y le dio un beso en cada mejilla, ya se había olvidado de buscar las razones, su cercanía hacía imposible pensar con claridad.

* * *

A Stuart no le apetecía ir al *pub* esa noche. El día había sido un desastre: lidiar con coches modernos llenos de tecnología innecesaria, clientes complicados y la sensación constante de que el día no tenía suficientes horas lo había puesto de mal humor. Sin embargo, todo cambió en el instante en que localizó a Deirdre entre los clientes.

De repente, parecía que la noche iba a mejorar.

«Tal vez. Si me salgo con la mía, seguro que sí».

Se abrió paso entre la multitud, saludando a algunos conocidos con una inclinación de cabeza, pero sin permitir que nada lo desviara de su objetivo: llegar hasta ella.

Deirdre parecía haber anclado los ojos a los suyos y lo atraía como si lo sostuviera con una cuerda invisible y tirara suavemente hasta ella. Por fin, llegó para saludarla. Esa mujer no solo tenía un aspecto espectacular, sino también olía de maravilla, un aroma fresco y floral tan único como ella.

—Me alegra verte por aquí —dijo Stuart con sinceridad.

Ella lo miró por debajo de sus pestañas entrecerradas y con una sonrisa traviesa dibujándose en sus labios.

—Pensé que tenías otros planes para esta noche.

Stuart sonrió ampliamente.

—Para nada, y menos sabiendo que estás en el pueblo.

Deirdre rio y echó la cabeza hacia atrás. Una risa contagiosa y provocadora al mismo tiempo. Era distinta y excitante y había algo en ella que lo desconcertaba, Deirdre le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Dudó un instante. Normalmente no le importaba el carácter de las mujeres con las que quería acostarse. ¿Podría ser que el hecho de ser amiga de Michelle hiciera que se planteara cosas extrañas?

—No te preocupes —dijo Deirdre de repente, como si leyera su mente.

Por un momento, Stuart temió haber expresado sus pensamientos en voz alta, pero ella continuó:

—Me iré de Kiltarff el domingo, así que no tienes que preocuparte por que vayamos a coincidir a menudo.

«Oh, vaya. O podía leer la mente o pensaba igual que él». Aunque ese pensamiento lo irritaba ligeramente, la atracción que sentía era mucho más fuerte que cualquier otra emoción.

—¿Qué tal una copa? —sugirió, manteniendo la calma.

—Estoy bien, gracias —respondió Deirdre, levantando su vaso con una sonrisa burlona—. Aunque si me dices que necesitas beber para soportarme, me marcharé.

Stuart soltó una risa baja y le dio un suave toque en la nariz.

—Sabes de sobra lo hermosa que eres, pero no me importa decírtelo de nuevo —se inclinó hacia ella, lo justo para susurrarle al oído—: eres irresistiblemente *sexy*. No puedo sacarme de la cabeza la idea de quitarte ese vestido. Desde esta mañana, maldita sea, desde ayer, no he dejado de pensar en ti.

Sintió un leve estremecimiento en Deirdre al escuchar sus palabras, y su propio cuerpo reaccionó de inmediato. Tuvo que retroceder un paso para recomponerse. Iba demasiado deprisa, incluso para él.

Estaba a punto de decir algo más, cuando Deirdre fue abordada por Michelle y Maisie que la involucraron en una animada conversación. Ella le lanzó una mirada de disculpa, y Stuart respondió con una sonrisa.

Había algo en ella que le fascinaba, iluminaba a los demás sin eclipsarse a sí misma. Una cualidad, muy poco común, que lo intrigaba profundamente.

«Suficiente, Stuart. Concéntrate».

Se dirigió al barra, pidió una Coca-Cola y charló brevemente con Kendra. No tardó en volver a buscar a Deirdre.

No fue difícil encontrarla. Estaba en un rincón con Maisie, riendo por algo que la librera había dicho. «Dios, esa risa...». Stuart tragó saliva. Quería acercarse a ella y dejar un rastro de besos en su cuello.

—Si sigues mirándola así, tendré que darte una servilleta para que te limpies las babas —comentó una voz femenina a su lado.

Stuart se giró ligeramente, arqueando una ceja.

—No te había visto, lo siento —dijo, reconociendo a Michelle.

Ella se encogió de hombros, divertida.

—Obviamente, tu mente estaba en otra parte.

—No puedo negarlo. Está increíblemente guapa.

Michelle rio.

—Es una vampiresa devoradora de hombres.

—Perfecto —chasqueó la lengua Stuart con una sonrisa—. Suena como mi tipo ideal.

—Sé amable con ella.

—Oh, eso puedo prometértelo. De hecho, seré muy dulce.

Michelle torció el gesto, mirándolo con cautela.

—Ella no quiere un escocés, y mucho menos una relación estable.

—¿Por qué? —preguntó Stuart, aunque ni siquiera él sabía por qué le interesaba tanto saberlo.

—Kiltarff es demasiado rural y tranquilo para ella. Nunca se quedará aquí.

—No tenía en mente casarme con ella.

—Y vuela de regreso a Londres mañana.

Stuart sonrió lentamente.

—Entonces todavía tengo una noche entera.

Michelle lo miró fijamente, frunciendo el ceño. Ella conocía su pasado, pero Stuart no estaba dispuesto a entrar en detalles ahora.

—Solo para que lo sepas, Stuart, Deirdre es importante para mí. Aunque parece fuerte, es más vulnerable de lo que aparenta. Es dura por fuera, como tú, pero ya sabes que se trata solo de una fachada.

La conversación comenzaba a incomodarlo, no necesitaba una charla profunda en ese momento.

—Michelle, aprecio tu preocupación. Pero como dijiste, tu amiga se va mañana. No hay riesgo de que alguien salga herido. Si ella acepta pasar conmigo esta noche, le dejaré claro lo que puede esperar: una noche increíble, orgasmos explosivos y absoluta satisfacción.

Michelle levantó ambas manos, fingiendo horror.

—¡Demasiados detalles, gracias! Estás muy seguro de ti mismo, ¿no?

Se encogió de hombros. Era su forma de evitar conversaciones profundas. ¿Por qué las mujeres no se daban cuenta de que los hombres eran diferentes? La mayoría no quería hablar constantemente de sus sentimientos.

—Si no hubieras elegido a Wallace podrías saber a qué me refiero —bromeó Stuart.

—¿He oído mi nombre? —dijo Wallace, acercándose con su característico aire relajado y rodeando con un brazo los hombros de su novia.

A Stuart aún le resultaba extraño ver cuánto había cambiado su amigo desde que estaba con Michelle. Los dos se complementaban perfectamente. Nunca habría imaginado que Wallace, siempre tan reservado, fuera capaz de abrirse a alguien como lo había hecho con ella. Se alegraba por ellos, pero eso era todo. Verlos juntos no significaba que él quisiera una vida similar. Era feliz con su vida de soltero.

Su amigo sostenía un vaso de agua, no bebía por su compromiso con los bomberos voluntarios. Stuart siempre lo había respetado. Además, ambos sabían divertirse sin necesidad de alcohol. Sin embargo, la razón por la que Stuart quería mantener la cabeza despejada esa noche era completamente distinta.

Giró la cabeza hacia Deirdre y la encontró mirándolo. Las comisuras de sus labios se alzaron casi imperceptiblemente y él lo tomó como una invitación. No solo por su sonrisa, sino porque Maisie se había marchado y se había quedado sola.

—Si me disculpais —se excusó Stuart con una ligera inclinación de cabeza hacia Michelle y Wallace antes de dirigirse a Deirdre.

CAPÍTULO 4



El aroma de Stuart envolvía a Deirdre y le dificultaba pensar con claridad. Estaba de pie frente a ella, con una mano apoyada en la pared junto a su cabeza. Sus miradas se cruzaron, y las chispas casi se hicieron visibles. La tensión entre ellos era palpable. Sin embargo, algo la detenía. Quería besarlo, pero no allí, no delante de todo el pueblo.

—¿Hay alguna norma sobre cúando irse de una velada como esta sin parecer maleducado? —preguntó Deirdre, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Stuart sonrió y consultó su reloj de pulsera.

—Tienes suerte. La hora de irse es ahora.

Ella le devolvió la sonrisa, mientras sentía cómo su corazón se aceleraba.

—Suerte, ¿para ti o a mí?

La frase era una estupidez, pero no se le ocurrió nada mejor en ese momento. Por fortuna, Stuart no pareció incomodarse.

—Tú decides —respondió mientras entrelazaba sus dedos con los de ella.

En vez de salir por la entrada principal, Stuart la condujo por un pasillo que pasaba junto a la cocina y conducía al patio trasero a través de una estrecha puerta.

El aire nocturno era fresco y agradable. Un búho ululaba a lo lejos, y el cielo, despejado y salpicado de estrellas, parecía calmo y

eterno. Deirdre tembló ligeramente. No había traído chaqueta y le sorprendió lo rápido que podía bajar la temperatura en Escocia, aun siendo verano.

Stuart percibió su incomodidad y pasó un brazo por sus hombros.

—Te ofrecería mi ropa, pero no sé si coincide con tus gustos.

—Estoy bien —respondió ella con un tono que reveló una inesperada timidez.

Stuart notó su vacilación, se detuvo frente a ella y la miró con una mezcla de asombro y anhelo que hizo que se le secara la garganta.

Cuando levantó la vista hacia él, se perdió en sus ojos. Había algo prometedor en ellos, algo que la desarmaba. Stuart llevó una mano hacia su nuca, y el roce envió un escalofrío por toda su columna.

—Te deseo —susurró, su voz cargada de sensualidad.

Deirdre, a pesar de los altos tacones, había tenido que alzar la cabeza para sostener su mirada. Sus palabras enviaron impulsos eléctricos a cada rincón de su cuerpo. Podía sentir un calor que emanaba de él y que intensificaba el deseo de apoyarse contra su pecho. Pero no se movió.

Ella estaba acostumbrada a coger lo que quería y cuando quería, pero también sabía jugar. Ofreció sus labios, dejándole claro que el próximo movimiento debía ser suyo. Todo lo que Stuart tenía que hacer era inclinarse y besarla. Quería que la tocara, lo deseaba tanto que dolía. Estaba segura de que sería un amante increíble, alguien que sabría exactamente cómo llevarla al límite, y no podía esperar.

Pero Stuart, para su sorpresa, dio un paso atrás y volvió a pasar el brazo por sus hombros con cuidado, casi con ternura.

—Me temo que este no es un lugar adecuado —dijo por fin, con una voz más áspera de lo habitual, como si contenerse le hubiera costado un gran esfuerzo.

Deirdre sintió una punzada de decepción, aunque la tensión entre ellos no había descendido ni un ápice. Agarrados, cual pareja de ancianos en lugar de dos casi desconocidos, caminaron en silencio por el puente del canal de Caledonia. Al llegar frente a la

casa de Michelle fue cuando Deirdre se dio cuenta de que se habían dirigido a casa de su amiga, no a la suya.

—Supongo que no hace falta preguntarte si quieres entrar —dijo ella, con la esperanza de que lo hiciera.

Esperaba que no se hubiera convertido de repente en un caballero y decidiera despedirse con un simple adiós. A pesar de la inseguridad, había sonado un poco arrogante. No se sentía tan confiada como solía, aunque no tenía ni idea de cuál era la razón.

Stuart permanecía inmóvil frente a ella, con las piernas ligeramente separadas. La luz de la luna resaltaba sus amplios hombros y su mandíbula parecía más marcada que nunca.

Deirdre esperaba un comentario lascivo, una broma. Pero en lugar de eso, Stuart la miraba fijamente, sin decir palabra. ¿Por qué no decía nada? ¿Iba a rechazar su oferta? El pánico comenzó a invadirla. Pero en ese momento él dio un paso hacia ella, aún sin tocarla.

—Si tú y yo cruzamos juntos ese umbral… —su voz, grave y profunda, hizo que a Deirdre se le erizara la piel—, no podré contenerme, Deirdre.

Escuchar su nombre en esa boca fue como un bálsamo. Lo deseaba aún más.

—Pero quiero ser sincero contigo —continuó Stuart—. No soy un hombre de hacer promesas ni de relaciones duraderas.

Aunque esas palabras eran exactamente lo que ella buscaba, sintió una punzada de pesar en el pecho. Era un sentimiento absurdo, totalmente fuera de lugar en ese momento, y lo reprimió con rapidez.

—Yo también soy así —respondió decidida.

Sacó la llave de su sujetador, la introdujo en la cerradura, abrió la puerta y lo invitó a entrar.

—Después de ti —dijo con firmeza, aliviada de que su voz ya no revelara inseguridad. No necesitó repetírselo y cerró la puerta cuando ambos estuvieron dentro.

Stuart encendió una lamparita y ella agradeció que la luz fuera tenue. La entrada quedó bañada por un cálido resplandor. Ninguno de los dos se movía, pero la tensión crepitaba en el aire como un

fuego invisible. Ella se apoyó en la puerta y lo miró, con una mezcla de desafío y deseo.

La lujuria brillaba en los ojos de Stuart mientras se acercaba lentamente. Apoyó ambas manos en la madera, una a cada lado de su cabeza, atrapándola sin rozarla. Su aliento, cálido y tentador, le bañó la piel. Eso era todo lo que necesitaba para intensificar el calor que se acumulaba en su abdomen. Deirdre esperó. Quería que él diera el primer paso. Pero, a pesar de su declaración anterior, Stuart parecía no tener prisa. Su deliberada lentitud empezaba a volverla loca.

«Este tío quiere torturarme», pensó, abriendo los labios como si el oxígeno alrededor de ellos comenzara faltar.

«Por fin», cruzó por la mente de Deirdre cuando Stuart acercó su boca a la de ella. El primer contacto fue delicado, un roce ligero como una pluma. La besó con cuidado, como si fuera lo más preciado que hubiera tocado jamás.

Un gemido escapó de sus labios mientras sus manos se deslizaban hacia las caderas de Stuart. Él mordisqueó suavemente su labio inferior y lo atrapó para jugar con los suyos. Aquel beso, sensual y casi cauteloso, encendió todos los sentidos de Deirdre. Y cuando, finalmente, sintió la presión de su lengua, perdió el control, se apretó contra el cuerpo de él y notó los duros músculos que la envolvían.

El profundo rugido que surgió de la garganta de Stuart le demostró que el deseo era mutuo, igual de intenso y abrumador.

El beso se volvió más apasionado, más hambriento. Las manos de Deirdre ascendieron hasta su cabello y se hundieron en él con desesperación. Las caricias de Stuart eran embriagadoras, despertaban unas sensaciones tan intensas como nunca antes había percibido. Sus dedos seguían cada curva de su cuerpo y la hacían temblar de placer. Incluso la fina tela del vestido le molestaba. Quería más. Quería sentir la piel de Stuart contra la suya, sin barreras.

El tiempo dejó de existir bajo sus caricias. No sabía si habían pasado segundos, minutos o más. De lo único que era consciente

era de que sus manos exploraban el contorno firme del trasero de Stuart cuando un zumbido interrumpió la magia.

Intentó ignorarlo, enfocándose en el momento, pero Stuart rompió el beso. Se pasó una mano por el cabello con un suspiro pesado y murmuró un breve:

—Perdón.

Deirdre lo miró, jadeando ligeramente, con el deseo aún quemando en su interior. Su mente, nublada por la lujuria, tardó en procesar lo que estaba pasando.

¿Había interrumpido el beso para mirar su reloj inteligente? Una ira sorda comenzó a formarse dentro de ella. No dijo nada, pero su decepción era evidente.

Stuart desvió la mirada hacia ella y, esta vez, Deirdre vio algo que no esperaba: arrepentimiento.

¿Qué significaba eso? Probablemente nada bueno. La inquietud comenzó a extenderse por su estómago.

—Tengo que irme —dijo él, finalmente, con voz áspera.

—¿Perdón? —Parpadeó varias veces, incrédula.

—Ha habido un accidente en un camino rural cerca de Invermorriston. Alguien se ha quedado atrapado en el vehículo. Los bomberos ya están en camino.

A lo lejos, una sirena rompió el silencio de la noche.

—No puedes estar hablando en serio —murmuró Deirdre, tirando de su vestido, que se había subido peligrosamente hasta sus muslos.

Stuart dio un paso hacia ella, pero al ver la expresión de su rostro, se detuvo.

—Ojalá fuera diferente, pero estoy de guardia. Si pasa algo así, no puedo rechazar el encargo. Lo siento mucho.

Su voz era sincera, y dedujo que hablaba en serio. Pero su decepción era tan profunda que no podía pensar con claridad. ¿Prefería irse a un trabajo de grúa en lugar de pasar la noche con ella? Aparentemente, sí.

—Claro. No te sientas presionado —respondió con frialdad, aunque sus palabras sonaron tan amargas como se sentía.

Deirdre abrió la puerta, permitiendo que el aire frío de la noche se colara en el pasillo. No volvió a mirarlo a los ojos.

—Lo siento mucho —repitió Stuart mientras pasaba junto a ella. Se inclinó y le dio un beso en la frente antes de salir.

Deirdre se quedó inmóvil, sorprendida por el gesto. Era demasiado íntimo, considerando lo poco que se conocían. Con rabia contenida, cerró la puerta de un golpe. El ruido retumbó en sus oídos, resonando como una burla. Se quitó los tacones con brusquedad y los dejó tirados en el pasillo.

Llena de frustración y lujuria insatisfecha, entró al baño. Se arrancó el vestido, lo dejó caer al suelo y se preparó para acostarse. Así no era como pensaba haber terminado la noche, no, en absoluto.

La mañana siguiente, mientras se sentaba con Michelle en la cocina del piso de Wallace, aún no se había recuperado del insatisfactorio final de la noche.

—¿Dónde está tu novio? —quiso saber Deirdre. Había asumido que Wallace se uniría a ellas para desayunar.

—Todavía está dormido.

—¿De verdad? —Deirdre frunció el ceño y miró a su alrededor. El piso no era grande, ni elegante ni moderno, pero resultaba acogedor. La pared estaba cubierta por dibujos hechos por Wallace, se notaba su estilo particular, idiosincrásico e inconfundible. No le sorprendía que sus dibujos estuvieran tan solicitados. A simple vista nadie creería que aquel hombre tan grande pudiera crear ese tipo de arte.

—La salida de ayer les llevó mucho tiempo —terminó de explicar Michelle.

—¿Estuvo allí? —Deirdre quería saberlo, pero no debería haberse mostrado sorprendida... no le dio tiempo a reaccionar.

—A juzgar por la expresión de tu cara, no te dio tiempo a llegar al orgasmo antes de que Stuart se fuera, ¿verdad?

Deirdre estuvo tentada de tirar un huevo duro a la cabeza a su amiga. Debía haber supuesto que Michelle se dio cuenta de que había salido del *pub* con Stuart, pero aun así, no quería hablar de la noche anterior. Todavía no podía creer que se hubiera ido en cuanto sonó la llamada.

—¡Vale ya! —Y para enfatizar su mal humor, soltó un bufido indignado, que Michelle replicó con carcajada que intentó tapar con la mano.

—Lo siento, pero si estuvieras viendo lo mismo que yo, también te parecería gracioso.

—Me encanta que te rías de mis desgracias… ya podrías compadecerte un poco de mí. Por cierto, ¿qué pasó por fin con el accidente?

—Por suerte no hubo daños graves que lamentar. Milagrosamente, la mujer solo sufrió algunos arañazos, pero el coche acabó para chatarra y tuvieron faena durante bastante tiempo. Wallace me contó todo al llegar a casa, al amanecer. Lo de esta noche le ha pasado factura, así que me alegro de que haya podido desahogarse conmigo y ahora esté dormido.

Deirdre sabía exactamente a qué se refería Michelle. Su amiga le había contado que Wallace había perdido a su pareja en un accidente similar hacía muchos años. Había pasado muchos años de duelo y solo fue capaz de enfrentarse a sus emociones cuando conoció a Michelle.

—Siento haber sido tan egoísta y haber pensado solo en mí —dijo Deirdre, apretando la mano de Michelle con un gesto de disculpa sincera.

—Puedo entenderte, de verdad. Desde tu perspectiva, puede ser frustrante. Pero así funcionan las cosas aquí. Si estás de guardia, acudes cuando te llaman. Es algo bueno y muy importante para la comunidad. Y además, parte de los ingresos de Stuart vienen de ahí. Tú sabes qué es eso. Seguro que más de una vez has hecho algo relacionado con tu trabajo durante una cita.

Deirdre quiso protestar, pero no encontró argumentos. En su lugar, murmuró algo ininteligible. Michelle tenía razón, pero eso no cambiaba el hecho de que estaba decepcionada por no haberse acostado con Stuart.

—Sí, bueno, alguna vez —confirmó sin entusiasmo y dio un sorbo a su café ya tibio.

—Míralo desde otra perspectiva, bastará con volver pronto a Escocia para compensarlo. Aunque, para ser sincera, aún no estoy

segura de que sea buena idea acostarte con él.

—¿Por qué no? —preguntó Deirdre, levantando una ceja—. Si dos personas están de acuerdo en qué quieren y en qué no, no tiene por qué haber arrepentimientos ni falsas esperanzas.

Michelle la miró con escepticismo.

—¿Y si esas dos personas solo se están engañando? Stuart es un gran tipo. Merece un amor de verdad. Igual que tú.

Deirdre levantó las manos en un gesto defensivo.

—Para, no me líes. No intentes casarme solo porque tú hayas encontrado a tu príncipe azul. Además, me da la impresión de que Stuart no es de los que van en serio. Es un mujeriego y un poco fantasma. Si intentas atarlo, se deshace de las cuerdas en lo que dura un pestañeo.

Michelle sonrió levemente.

—Sí, da esa primera impresión.

—Y yo no quiero una segunda impresión, Michelle. Así que, por favor, déjalo. Incluso si, hipotéticamente, hubiera algo más que solo deseo entre nosotros, el hecho de que mi vida no transcurra en Escocia sería un obstáculo. No podría vivir. —Miró la hora en su teléfono—. De hecho, el tiempo se me está acabando. Mi avión sale en seis horas.

Michelle suspiró.

—¡Qué lástima! ¿Volverás pronto a visitarme?

—No puedo prometerte eso, cariño. Tengo tanto que hacer que no sé ni por dónde empezar.

—Lo sé. Pero ya te echo de menos.

—Yo también. —Deirdre abrazó a Michelle, deseando que la distancia entre Londres y Kiltarff fuera más corta.

Después de desayunar, salieron a pasear por las orillas del lago Ness. Una familia de patos cruzó el agua cerca de ellas, nadando con tranquilidad, mientras las nubes formaban espectaculares figuras en el cielo. Deirdre tuvo que admitir que estaba impresionada por la belleza del paisaje. La majestuosidad de la naturaleza la calmó, incluso cuando sabía que ya tenía casi un pie en el aeropuerto. Se oía a unas palomas arrullar desde un roble, y vieron

una ardilla bajar del árbol y corretar por el suelo antes de trepar de nuevo al tronco.

—¿Has visto? Qué mona —exclamó Deirdre con una sonrisa.

—Sí, son adorables, ¿verdad? Por cierto, le di tu número a Ellie, ¿te parece bien?

—Por supuesto, solo espero que se ponga en contacto conmigo. Seguro que puedo darle algunos consejos para el hotel. Ese castillo es muy especial.

—Se lo recordaré. Venga, vamos a por mi coche y te llevo a Inverness.

—No quiero irme —admitió Deirdre, suspirando—. El fin de semana contigo se me ha hecho demasiado corto.

Michelle bajó la mirada al suelo.

—Lo sé.

Caminaron juntas por el pueblo envueltas en un silencio cómodo. Volvió a perder la noción del tiempo y del espacio, porque fue al llegar al taller de Stuart cuando Deirdre se dio cuenta de dónde estaban. Una parte de ella esperaba volver a verlo. La otra prefería que no apareciera.

Después de la noche anterior, se sentía incómoda de una manera que no lograba identificar. Estaba claro que Stuart no se había marchado porque no estuviera interesado en ella, sino porque el deber lo había llamado. Pero la insatisfacción por la parada brusca de sus besos salvajes aún no había desaparecido.

Deirdre siguió a Michelle, mientras su corazón empezaba a latir con fuerza.

—Me mandó un mensaje diciendo que me dejó la llave en algún sitio —anunció Michelle, mientras buscaba con la mirada—. Creo que dijo que estaba en uno de los neumáticos traseros.

Deirdre se sorprendió al sentir decepción porque Stuart no iba a aparecer, parecía que poco le importaba si volvía a verla o no. Por lo general era algo que a ella no la afectaba, pero por alguna razón con él era diferente, y aún no podía explicar por qué.

—Vaya, ¿qué pasa? ¿Por ser domingo no puede venir a darte las llaves personalmente? —refunfuñó, consciente de lo ofendida que sonaba.

Deirdre nunca había sido capaz de ocultar nada a su amiga, pero tampoco quería seguir hablando de ello. Ya lo habían discutido largo y tendido durante el desayuno. Michelle la miró fijamente, con una mezcla de curiosidad y paciencia.

—¿Te das cuenta de que Stuart es el último que termina en una emergencia como la de anoche? No se puede llevar el coche hasta que todo lo demás esté hecho: primero, estabilizar al ocupante, luego la policía hace el informe y así sucesivamente.

Deirdre bajó la mirada, sintiéndose culpable, se estaba comportando como una niña a la que le han quitado la piruleta. Si de verdad Stuart era la última persona en intervenir en una operación de rescate como esa, ¿por qué había desaparecido tan rápido? Tal vez, después de todo, solo quería marcharse. Un sentimiento de humillación burbujeó en su interior, recordándole lo mucho que odiaba sentirse rechazada.

«Basta», se dijo a sí misma con firmeza. No solía dar vueltas a los acontecimientos pasados, pero algo había con Stuart que la hacía replantearse todo. O tal vez sí sabía exactamente por qué: odiaba ser abandonada, odiaba no sentirse necesaria.

Aunque entendía racionalmente que la emergencia no tenía nada que ver con ella, su corazón no seguía la misma lógica. El pecho le ardía con una mezcla de decepción y rabia. Rabia consigo misma por preocuparse tanto, y rabia con Stuart por no explicarle mejor lo que pasaba.

Decidió canalizar sus emociones a través de la acción, cruzando el patio con paso firme. Su curiosidad natural se impuso y comenzó a mirar a su alrededor. A un lado, unos coches antiguos aparcados, cubiertos con lonas, parecían estar esperando a que alguien los devolviera a la vida. Aunque no era una gran aficionada a los coches, la imagen le recordó a Ellie y al castillo.

Los coches clásicos eran populares en las bodas. Tal vez podría darles uso. ¿Una colaboración con el hotel, quizás? Pero, ¿quién era el dueño de los vehículos?

«No es asunto tuyo», dijo una vocecita en su cabeza, aunque su mente ya barajaba posibilidades.

—¿Deirdre, vienes? —la llamó Michelle desde la entrada, sacándola de sus pensamientos.

—Claro, ya estoy aquí —respondió rápidamente.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Michelle con una extraña sonrisa, una que Deirdre no supo interpretar del todo.

—En realidad, no —mintió, sin ganas de hablar de Stuart ni de los coches.

Lo que realmente quería era irse. Volver a Londres, a la ciudad vibrante y llena de proyectos emocionantes que la esperaban. Allí podría olvidarse de su decepción sumergiéndose en el trabajo.

CAPÍTULO 5



Stuart observó cómo el coche de Michelle desaparecía del patio. Se había levantado al oír el ruido del motor. Aunque había comprado una casa en las afueras de Kiltarff el año anterior, seguía viviendo en el viejo piso sobre el taller. Aún no había tenido tiempo de reformarla y, para ser sincero, no quería contratar a un extraño para que lo hiciera. No solo por razones económicas, sino porque deseaba diseñar su hogar él mismo. Mientras suspiraba, se frotó la barba incipiente mientras sus ojos seguían la estela del pequeño coche. Había visto a Deirdre mirando sus coches clásicos, con una expresión extraña. ¿Qué significaba eso? Tuvo que recordarse que no le debía importar lo que pensara de él o si pensaba algo. Deirdre ya se había ido y tardaría en volver. Estaba claro que lamentaba no haberse acostado con ella, pero, por otro lado, se alegraba de no haberlo hecho. Había algo diferente en ella. Algo peligroso.

Por desgracia, era precisamente esa diferencia lo que encontraba irresistible. Nunca lo admitiría en voz alta, pero le gustaba que las mujeres supieran lo que querían. Deirdre no solo era hermosa, sino que también era inteligente, una combinación explosiva. Por eso era mejor que se hubiera ido. Entonces, ¿por qué sentía un nudo tan incómodo en la garganta?

—A la mierda —gruñó, mientras volvía a la cocina.

Solo llevaba puestos unos calzoncillos y sus pies descalzos resonaban sobre el viejo suelo de linóleo. Mientras echaba café instantáneo en una taza y calentaba agua, se preguntó qué hacer con el domingo, su único día libre.

Después de ducharse y vestirse, llenó su jarra térmica con café y decidió pasar por el Great Glen Trading Centre para ayudar a su abuela Shona.

Al entrar, la encontró detrás de la caja registradora, como casi siempre, atendiendo a los clientes con su característico buen humor. La abuela Shona, con su cabello blanco perfectamente peinado y su sonrisa cálida, parecía inquebrantable. Sus ojos verdeazulados, a pesar de estar un poco empañados por la edad, todavía brillaban con amor y energía.

Era un negocio familiar. Al principio, el taller estuvo en el cobertizo trasero hasta que se quedaron sin espacio en los años ochenta y lo trasladaron a su ubicación actual. Su padre y su abuelo, que ya no estaban con ellos, fueron quienes empezaron el negocio. Stuart intentó mantener su espíritu en el taller, pero le era imposible llevar también la gasolinera y la tienda. Su abuela se encargaba de ello, le encantaba interactuar con los clientes y, además, el trabajo la mantenía activa. Algunos días entre semana también ayudaba su madre, pero ella se encargaba de la contabilidad, que ya era bastante trabajo, y tenían personal extra para reponer los productos. En cualquier caso, les faltaban manos. Deberían reconocer que no daban abasto. Stuart se sentía responsable, pero no podía estar siempre allí, ni aunque quisiera.

—Hola, abuela —saludó Stuart, dándole un beso en la mejilla.

—Hola, cariño —respondió ella con una sonrisa que dejaba entrever algunos huecos entre los dientes—. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No estuviste ocupado toda la noche?

Stuart asintió. Por supuesto, Shona ya se había enterado de la operación de rescate. Era imposible tener un secreto en Kiltarff.

—Quería ver cómo estabas. Además, ya he dormido suficiente.

—Pues ya ves, todo está bien, hijo. Así que puedes irte tranquilo.

Pero Stuart no se conformaba con las palabras de su abuela. Sabía que Shona pasaba demasiadas horas al día en la tienda. Era

terca y no quería reducir su carga de trabajo, pese a carecer ya de juventud. Alguna vez habían hablado de modernizar el negocio con un surtidor automático, pero ella se negaba.

En silencio, recorrió los pasillos revisando la mercancía. Encontró huecos en los estantes de tostadas y congelados, así que se dirigió al almacén y los repuso. Después, salió al patio y arrancó algunos hierbajos que habían brotado entre las piedras. Cogió una escoba y barrió el suelo meticulosamente. Su abuelo y su padre siempre habían insistido en mantener todo impecable, y él continuaba con esa tradición.

Al terminar, regresó al interior y se sentó con su abuela para disfrutar del café que permanecía caliente en la jarra que había traído.

—¿Qué te parece si contratamos un aprendiz? Así tendrías algo de ayuda —sugirió, tanteando el terreno, aunque sabía que la abuela jamás aceptaría.

—No estoy a favor —respondió su abuela con un tono seco, ajustándose las gafas sobre la nariz mientras volvía a centrarse en su periódico.

Justo entonces, dos coches entraron en el patio para repostar. Stuart se mordió la lengua y se abstuvo de hacer comentarios, pero se sentía frustrado. Un surtidor automático sería una buena solución. Con un horario de apertura de nueve a seis, la tienda funcionaría perfectamente y su abuela no tendría que estar allí tantas horas. La miró de reojo. Aunque pequeña y delgada, la voluntad de Shona era como una fuerza de la naturaleza. Si él intentaba imponerse, sería capaz de cortarle la cabeza con un cuchillo de pan sin afilar. Exhaló con fuerza, rindiéndose, por el momento. Se dirigió al despacho trasero y redactó una oferta de trabajo para contratar un aprendiz. No pensaba discutirlo con nadie. No le gustaba nada que su abuela estuviera sola en la tienda hasta las diez de la noche, especialmente las noches de invierno. Antes, al menos tenían a Tobbs, el viejo *rottweiler* que, aunque era manso como un cordero con la familia, resultaba un disuasorio efectivo para los desconocidos. Desde que el perro murió, Shona había estado completamente sola, algo que Stuart no estaba dispuesto a tolerar por más tiempo.

—Ya basta —murmuró para sí, decidido.

Imprimió cuatro copias del anuncio. Colocó dos en las ventanas de la gasolinera y guardó los otros dos: uno para colgarlo en su despacho en el taller y otro para la tienda de Colin.

—Cariño, ¿qué haces? —La voz severa de su abuela sonó detrás de él.

Al darse la vuelta, la encontró con las manos en las caderas, mirándolo con una mezcla de enfado y diversión. Apenas le llegaba al hombro, pero su intensa mirada tenía un peso desproporcionado para su tamaño.

—Abuela, te guste o no, no voy a discutir. Necesitas ayuda en la tienda.

—Nunca la he necesitado y no la necesito ahora —replicó Shona con firmeza, como si con eso diera por zanjado el tema.

Antes de que Stuart pudiera reaccionar, su abuela arrancó los dos anuncios de las ventanas, los arrugó con precisión y los tiró a la papelera sin dudar. Stuart protestó sin emitir sonido alguno. Menos mal que todavía tenía dos copias más. Aunque prefirió no mencionarlo.

—Eres y serás incorregible. Que tengas un buen domingo, abuela —dijo con un suspiro resignado, antes de dirigirse al taller.

Como no sabía en qué ocupar el tiempo libre, hizo lo único que siempre le ponía de buen humor: trabajar en uno de sus coches favoritos. Esta semana se había comprado un Mercedes 280 verde. Sin embargo, el motor daba problemas y quería ver qué pasaba. Encendió la radio, se puso el mono de trabajo y desconectó de su vida cotidiana —al menos en su mente— para dedicarse al coche clásico.

* * *

El metro de Londres estaba insoportablemente abarrotado ese lunes por la mañana, ¿o solo se lo parecía a ella? Seguramente eran las secuelas de su estancia en Escocia, donde para ver gente tenías que buscarla con prismáticos. Ese pensamiento la animó, aunque al

mismo tiempo se sintió un poco culpable. El día anterior no había abierto el portátil ni había respondido los mensajes del móvil, pero no se la podía culpar por no estar disponible durante un fin de semana una vez al año, ¿no?

Llevaba meses aplazando una conversación importante con su jefe: quería pedirle un móvil de empresa. Aunque Deirdre pasaba gran parte de su tiempo fuera de la oficina, solo le habían proporcionado un ordenador. No se le daba bien negociar para sí misma, aunque en el trabajo no tenía problemas para regatear descuentos o condiciones especiales en los proyectos que le asignaban.

El metro se detuvo con una sacudida y Deirdre salió para mezclarse con la multitud que se apresuraba hacia las interminables escaleras mecánicas. Desde allí, tenía un trayecto de cinco minutos a pie hasta el edificio de oficinas donde trabajaba. Cuando salió a la luz del día, le decepcionó no ver el sol.

«No seas tonta», se dijo, aunque odiaba la bruma londinense. La ciudad parecía especialmente cargada ese día, y sentía que no podía respirar bien. Las sirenas, los cláxones y el constante bullicio sonaban en una cacofonía casi insoportable. Los ruidos cotidianos que normalmente no le molestaban ahora parecían demasiado intensos. Un golpe en el hombro la sacó de sus pensamientos.

—¿Por qué estás ahí parada, en medio? No dejas paso —le espetó un joven que llevaba auriculares, sin esperar respuesta y continuando su camino a toda prisa.

—Gilipollas —murmuró Deirdre mientras retomaba su camino hacia el trabajo.

Llegó a la oficina diez minutos después de las nueve y se sorprendió al notar que algunos compañeros la miraban furtivamente. Se llevó la mano a la cara, temiendo que se le hubiera quedado alguna miga del desayuno, pero no encontró nada. Era extraño. Seguro que no tendría nada que ver con ella, aunque sentía que estaba especialmente sensible esa mañana y no sabía por qué.

Cuando pasó junto a Zane, ignoró deliberadamente su mirada penetrante. Deirdre sabía bien cuál era su problema: lo había rechazado en un intento de ligue durante una fiesta del trabajo, y

desde entonces no le dirigía la palabra. Le resultaban agotadores los hombres que llevaban su orgullo herido como si fuera un cartel luminoso durante semanas, así que prefería ignorarlo.

Al llegar a su pequeño escritorio, Lucy se giró en su silla para mirarla. Sus espacios de trabajo estaban espalda contra espalda. Lucy tenía el rostro redondo, las mejillas regordetas y unos ojos marrones pequeños y un poco estrechos. Solía vestir ropa oscura, probablemente para disimular unos kilos de más. Deirdre no la consideraba gorda en absoluto, pero era evidente que ella tenía problemas de autoestima. Podía entenderlo, a ella misma le costó años superar sus propios complejos.

Durante su adolescencia, Deirdre había sido objeto de burlas por el hueco entre sus dientes delanteros, tanto que tuvo que cambiar de escuela. Ese pequeño defecto, como lo llamaban otros, fue una fuente constante de inseguridad. Tras graduarse, dejó su pueblo natal para trasladarse a la ciudad y estudiar Diseño de Medios y Ciencias de la Comunicación. Con el tiempo, aprendió a ver ese espacio entre sus dientes como algo especial: su marca personal, lo que la hacía única. Pero no fue un proceso fácil, de alguna manera le hizo desarrollar una especie de caparazón protector manifestado en su atención meticulosa a la moda y al maquillaje. Deirdre no salía de casa sin estar vestida y arreglada para la ocasión. Nunca en su vida la pillarían sacando la basura en pantalones de chándal.

No sabía de dónde provenían las inseguridades de Lucy. A menudo era un misterio para ella, a pesar de trabajar juntas. Aunque no eran las mejores amigas, habían encontrado una dinámica laboral que funcionaba.

—Hola, Deirdre. —Lucy frunció el ceño, tenía una expresión preocupada. Eso no era normal, generalmente daba la impresión de que veía a todos los demás como una amenaza o una molestia que debía mantener alejada.

—¿Pasa algo? —preguntó Deirdre mientras preparaba su ordenador y lo conectaba a la pantalla.

Lucy abrió los ojos de par en par y se inclinó hacia adelante, claramente a punto de decir algo, cuando el jefe salió disparado de

su despacho y se dirigió dando zapatazos hacia Deirdre. No había otra forma de describir su manera de andar.

A Deirdre se le revolvió el estómago. Su jefe no solía ser tan dinámico. Mike Miller, un hombre alto, delgado y de mediana edad, vestía ropa de diseñadores caros en combinaciones de colores alocadas. Últimamente se había rapado el pelo, dejando atrás su melena fina, y ahora lucía unas gruesas gafas negras que, según él, eran modernas, pero que para Deirdre resultaban demasiado extravagantes.

Se llevaban bien, en general, porque Deirdre era una empleada de confianza que parecía no conocer el fin de la jornada laboral ni de los fines de semana. El viaje a Escocia había sido una excepción. Pero Mike no podía enfadarse por eso. Además, había acumulado alrededor de sesenta días de vacaciones en los últimos cuatro años, días que simplemente no había podido coger por estar demasiado ocupada con proyectos. Deirdre amaba su trabajo —a veces demasiado— y, como quería seguir creciendo en su carrera, siempre intentaba cumplir.

—Deirdre, ven a mi despacho, por favor —gruñó Mike sin siquiera darle los buenos días. Giró sobre sus talones y se marchó rápidamente.

Arrugó el ceño, perpleja.

—¿Qué bicho le ha picado?

Lucy estaba sentada con la cabeza gacha y los ojos muy abiertos. Tomó aire como si quisiera decir algo, pero el mensaje de Mike había sido claro. Deirdre dejó el portátil y se dirigió a su despacho.

El corazón le latía con fuerza y sentía las piernas como de goma. Aunque no sabía de qué se trataba, después de la actuación de Mike estaba segura de que no serían elogios.

Cerró la puerta tras de sí, aunque no servió para hacer desaparecer la sensación de estar siendo observada. La desventaja de trabajar en una oficina abierta con un jefe literalmente sentado en una «casa de cristal» era obvia: todo estaba a la vista.

Mike estaba sentado tras su escritorio de diseño, sacando y metiendo la punta de un bolígrafo sin parar, clic, clic, clic, ¿parecía

furioso? Deirdre esperó a que la invitara a sentarse, pero como no dijo nada permaneció de pie. Se sentía estúpida, pero intentó ocultarlo. No obstante, no pudo evitar que las manos empezaran a sudar por los nervios. Las cruzó delante porque no sabía qué hacer con ellas.

Cuando el silencio se volvió insoportable, preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ti, Mike?

Mike lanzó el bolígrafo sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. Su postura era agresiva.

—¿Cómo puedes fingir que todo va bien?

Deirdre dio un paso atrás. No tenía ni idea de qué estaba hablando. Por un instante, se preguntó si estaría sufriendo un ataque de nervios.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó.

—Primero divulgas documentos confidenciales, publicas grabaciones íntimas de nuestros clientes y luego te escondes durante el fin de semana. ¿Intentas sabotearnos deliberadamente? ¿Has empezado a trabajar para la competencia? ¡No solo has perdido el encargo más importante, sino que también has dañado nuestra reputación y nos han anulado varios contratos más! ¿Y tú te quedas aquí fingiendo que todo está bien?

Mike gritaba tanto al terminar de hablar, que las paredes parecieron temblar.

Aunque no era dura de oído, a Deirdre le costaba seguir lo que él decía.

—¿De qué está hablando? Eso no puede ser —respondió, incrédula.

Mike se levantó de un salto, haciendo girar su silla varias veces. Su mirada era hostil, casi feroz.

—Habrá consecuencias. Estás despedida. Recoge tus cosas y lárgate. Nuestros abogados se pondrán en contacto contigo. Prepárate para una demanda por daños y perjuicios. ¡Y ahora lárgate! ¡Fuera de mi vista!

—¿Pero qué ha pasado? Por favor, Mike, hablemos de ello. No he hecho nada de lo que dices. Este fin de semana he estado en Escocia y…

—¡Cállate! —la interrumpió—. Lo tenías todo organizado. Deja de mentir.

Deirdre comprendió que no podía seguir hablando con Mike. No podía pensar con claridad y sentía la mirada del resto del personal en su espalda. Debía tratarse de un malentendido que se aclararía en seguida. Ella no había cometido ningún error, por lo que no debía pedir disculpas. Seguiría adelante, aunque fuera difícil y nunca la hubieran tratado así.

Un golpe en la puerta de cristal la sobresaltó. Margret, una compañera del departamento de recursos humanos entró. Era como un ratón gris tras unas gruesas gafas, con hombros estrechos y una mirada en permanente alerta. Quizás si no fuera a la oficina con ese estilo de abuela con la típica blusa blanca, daría otra impresión. Aunque no la conocía bien, la había ayudado en alguna ocasión, pero eso no la salvaría de tener que aceptar el despido.

—Hola, Deirdre.

El pesar de lo que estaba pasando estaba escrito en su cara. Deirdre no pudo evitarlo y saludó a Margret con una pequeña sonrisa. Se sorprendió de ser capaz de hacerlo. No tenía sentido, debía ser el *shock*. Era la primera vez que le pasaba… debía estar soñando y se despertaría en un momento. Pensó en pellizcarse, pero ya se sentía suficientemente humillada.

—¡Fuera! —volvió a gritar Mike, y Deirdre pestañeó.

Margret pareció hacerse más pequeña de lo que ya era, o al menos tuvo esa sensación.

—Vayamos a mi oficina —sugirió Margret girándose hacia Deirdre.

La siguió sin cuestionarlo, asegurándose de mantener la cabeza y la barbilla altas. Todo el espectáculo debía ser un error que pronto se aclararía. No pensaba irse con el rabo entre las piernas, eso significaría admitir que era culpable, de hecho, no sabía aún qué había hecho mal exactamente.

—Por favor, recoge tu ordenador y tu tarjeta de acceso —pidió Margret antes de irse hacia su pasillo.

Deirdre asintió. No podía hablar, tenía la garganta seca.

A menudo había visto escenas similares en películas, pero nunca pensó que podría pasarle a ella. Quizás se trataba de una broma pesada. Pero su esperanza desapareció cuando entró en la oficina de Margret y vio una pequeña mesa donde había una carta de renuncia y otros papeles que se suponía que debía firmar. Incluso había un bolígrafo preparado.

—Por favor, siéntate —pidió Margret—. ¿Puedo ofrecerte un vaso de agua?

—Gracias, pero no quiero nada. —Deirdre se sentó en una de las sillas.

Margret se sentó frente a ella, en el borde de la silla.

—Deirdre, lamento mucho esto —comenzó—, pero tengo que pedirte que leas los documentos que hay frente a ti con calma. Cuanto termines, necesito que me entregues tu ordenador y la tarjeta de acceso.

Cogió la primera hoja, pero no pudo concentrarse. Veía todo borroso. Levantó la vista.

—¿Sabes qué ha pasado exactamente? No tengo nada que ver con esto, de verdad, me cogí este fin de semana libre.

Margret la miró y asintió.

—No puedo decirte mucho. Lo están investigando. Pero si me preguntas, tiene mala pinta. El viernes, a última hora, varios documentos que no deberían hacerse públicos se filtraron. Como puedes imaginar, cualquier cosa relacionada con el medio ambiente corre como la espuma… Nuestro cliente, bueno, excliente, se ha arruinado y ha salpicado a nuestra reputación. Por abreviar… Y por si fuera poco, se han publicado fotos que muestran a los directores de dicha compañía pasándolo bien con… prostitutas.

Deirdre conocía las fotos, precisamente habían sido la razón por la que esa empresa había contratado una campaña de imagen. Nunca le había gustado ese tipo de gente, pero a veces era parte de su trabajo gestionar campañas de personas que no soportaba. En cualquier caso, de ninguna manera era razón suficiente para crear un escándalo. Era increíble que creyeran que había podido hacerlo.

—No he sido yo, Margret. Tienes que creerme. ¿Por qué razón iba a destruir mi carrera con esto?

Se dio cuenta de que estaba empezando a rogar, pero no podía controlarse. Afortunadamente, no era algo con lo que había que lidiar todos los días.

—Aunque todas las evidencias apuntan a ti, no creo que lo hicieras. El estado en el que te encuentras habla a tu favor. Pero yo no soy abogada, ni tu jefa, solo soy una empleada de recursos humanos. No puedo hacer nada por ti. Está claro que se están intentando minimizar los daños y reducir al máximo las consecuencias, pero necesitan una cabeza de turco. Y como todo salió de tu cuenta, te ha tocado a ti.

Deirdre sintió cómo las lágrimas pugnaban por salir. Firmó todos los documentos tras leerlos por encima.

—Por favor, mantén tus ojos y oídos abiertos. Yo… no he hecho nada, ni siquiera me he conectado en todo el fin de semana. La última vez que respondí un mensaje de trabajo fue el viernes y no volví a prestar atención al teléfono porque estaba visitando a una amiga en Escocia y quería pasar tiempo con ella. ¿Cuándo dices que pasó todo exactamente?

Los ojos de Margret se ensancharon y juntó las manos sobre el ordenador.

—Lo siento, pero no puedo darte más información. Los abogados se pondrán en contacto contigo. Te recomiendo que busques asesoramiento legal. —Hizo una pausa—. Solo por curiosidad, ¿alguien conoce tu contraseña?

El hecho de que Margret preguntara aquello la hacía pensar que la creía. Pero tampoco valía para nada si no podía probarlo. Su situación era desesperada.

—¡Maldita sea!

—¿Deirdre?

—Sé que no está permitido, pero Lucy y yo trabajamos juntas y me ha ayudado de vez en cuando. Tengo acceso a su cuenta, y ella dice que estamos en el mismo equipo. Pero no puedo descartar que otros compañeros también tengan acceso. No sé con quién más intercambia contraseñas Lucy. —De inmediato pensó en Zane. Él era el único al que creía capaz de querer vengarse de ella.

Pero ¿recurriría a algo así? Por otro lado, había muchos compañeros en la oficina a quienes apenas conocía. En el fondo, podría haber sido cualquiera. También existía la posibilidad de que alguien externo hubiera hackeado su cuenta, alguien sin relación con ella o la empresa. Tal vez alguien que quisiera perjudicar a los clientes.

Margret exhaló suavemente.

—No suena nada bien.

Deirdre lo sabía. Apenas podía respirar, sentía como si un elefante le estuviera aplastando el pecho.

—Ni siquiera sé exactamente qué está pasando. Yo no estaba allí —repitió, tratando de controlar su voz después de darse cuenta de lo alto que había sonado—. Lo siento. Estoy tan… conmocionada.

—¿Tienes problemas con alguien? No te conozco muy bien, pero, de algún modo, no creo que hayas hecho algo así. ¿Por qué lo harías? Pero todo apunta en tu contra. Lo siento, Deirdre. Tengo las manos atadas.

Estupendo. Margret no terminaba de creerla. Deirdre se revolvió el pelo con frustración.

—Entiendo. Supongo que está todo dicho.

Se levantó y cogió su móvil.

—Tienes que dejar todos los dispositivos aquí. Lo siento.

Deirdre negó con la cabeza.

—Es mi teléfono privado. No pueden quitármelo. Esta empresa ni siquiera podía darme un móvil de empresa. Por primera vez, me alegro de ello.

La mirada de Margret se suavizó.

—De acuerdo. No puedo prometerte nada, pero mantendré los ojos y los oídos abiertos. ¿Puedo ponerme en contacto contigo si me entero de algo?

La pregunta sorprendió a Deirdre. ¿No acababa de decir que no podía hacer nada por ella?

—¡Claro! —Deirdre escribió su número en un post-it amarillo que entregó Margret.

—No puedo imaginar qué razón tendría alguien para hacer algo así.

—Yo tampoco lo sé. Quizá Greenpeace ha pirateado nuestras cuentas. O alguien de la competencia que quiere cerrar nuestra empresa. ¡No puede ser por mí! —Era lo único que se le ocurría a Deirdre, pero sin duda era posible. La pregunta era: ¿quién tendría interés en sabotear esa campaña? Ella no tenía enemigos, así que no podía ser algo personal. ¿O sí? Hacía una hora habría puesto la mano en el fuego por ello, pero ahora ya no estaba tan segura. La cabeza le daba vueltas.

Margret asintió.

—Muy bien. Me temo que tendré que pedirte que abandones las oficinas y el edificio.

—¿Y mi sueldo, mis días de vacaciones? —Para Deirdre, la liquidación era una cuestión de supervivencia. Aunque se había matado a trabajar, sus ingresos no eran especialmente altos. Vivir en Londres era caro y nunca le sobraba nada a fin de mes. Si el dinero no llegaba, ya podía hacer las maletas. Ni siquiera sabía cómo iba a pagar a un abogado medianamente competente.

—Aunque Mike dijo que fuiste despedida sin previo aviso, las cosas son diferentes según la ley laboral. Eso es lo que acabas de firmar.

—Lo siento, no debí leerlo bien.

Margret asintió con simpatía.

—Te pagarán el dinero correspondiente a los días de vacaciones que te quedan. Son setenta y tres, por cierto, que es más de lo que mencionaste. Además, después de cuatro años en la empresa, tu plazo de preaviso es de tres meses. Seguirás cobrando tu sueldo durante ese periodo porque no se ha demostrado que seas culpable. Sin embargo, si pierdes el juicio, podrían presentar demandas contra ti. Pero eso es otra cuestión y no afecta tu salario.

—Si pierdo, estoy acabada. —Deirdre sabía que era humor negro, pero no pudo evitar sonreír irónicamente.

Margret asintió.

—La cosa no pintan bien. Lo siento mucho.

—Oh, Dios, realmente espero que esto se aclare.

—Como dije, no puedo prometerte nada, pero, a diferencia de muchos otros aquí, siempre me has tratado de forma amable y como

a una igual. Solo por eso, intentaré averiguar algo para que puedas estar más tranquila. Aún no sé cómo, pero creo que tengo una idea. —Sonrió—. Puede que a veces parezca un poco cascarrabias, pero ser una empollona tiene sus ventajas.

Deirdre no lo habría dicho tan directamente, pero le sorprendía que Margret fuera tan autorreflexiva. Era más lista de lo que había supuesto a simple vista. Aunque era consciente de que Margret no podría hacer mucho por ella, prefirió aferrarse a ese clavo ardiendo, al menos por el momento.

—Gracias —dijo Deirdre con voz débil, estrechando torpemente la mano de Margret porque no sabía qué más hacer.

Poco después, Deirdre abandonó el edificio con la mochila extrañamente vacía sin el portátil.

—Qué fastidio —murmuró, mientras cogía el metro para volver a casa. De camino, compró un paquete familiar de helado y una botella de vino. Necesitaba tiempo para digerir el golpe.

CAPÍTULO 6



A mediados de semana, el humor de Deirdre no mejoraba. Al contrario, después de una consulta en línea con un abogado laboralista estaba más deprimida que antes. Mordisqueaba desganada una zanahoria mientras miraba fijamente la pantalla negra de su teléfono móvil. Se suponía que tenía que estar rodando un anuncio en unos viñedos franceses y, después, viajar a Antigua. No iba a estar en casa ni un solo día durante el mes siguiente, lo que le recordó que tenía un problema completamente distinto y más grande, había alquilado su piso desde el viernes y durante tres semanas. No podía cancelarlo, necesitaba el dinero.

—Mierda —murmuró.

No podía ir a ver a sus padres. Se darían cuenta enseguida de que algo iba mal. Lo mismo pasaría con Michelle, lo notaría al instante. Deirdre no se sentía capaz de hablar de lo que le había pasado. Era demasiado absurdo. Ni siquiera podía reunir pruebas a su favor. No, primero tenía que resolverlo.

Lógicamente, todas sus cuentas de la empresa habían sido bloqueadas y no podía acceder a ninguna de las cuentas que había estado gestionado anteriormente. No es que tuviera intención de sacar algo de trabajo —que de un momento a otro había dejado de ser su responsabilidad—, pero quería ver qué había pasado. Ahora era imposible.

No podía imaginarse que Lucy la hubiera traicionado de esa manera tan despiadada. Tal vez fue Zane, él sí podría ser capaz de algo así. ¿O había sido hackeada desde el exterior? No encontraba respuestas a esas preguntas. Tampoco había salido mucho más en las noticias, ningún titular escandaloso salvo penas tres o cuatro artículos pequeños que habían recogido la historia. Para el resto del mundo, no era más que otro escándalo entre muchos, no lo suficientemente importante como para ridiculizar el fracaso de la campaña de imagen. Por desgracia, alegrarse de ello no le servía de nada.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —se quejó mientras daba otro mordisco a la zanahoria.

Pensó en su compañera. Seguramente había querido advertirle algo cuando entró en la oficina. La buena de Lucy. Siempre había agradecido que Deirdre asumiera las fuera de la oficina y los viajes. ¿O quizás eso había llevado a Lucy a traicionarla? ¿Tendría envidia de su posición? No, eso no tenía sentido. Lucy no parecía ser una mujer interesada en gestionar campañas de esa magnitud ni en lidiar con el estrés asociado a ellas *in situ*. Al contrario, siempre había estado contenta con su parte del trabajo porque prefería la paz y la tranquilidad.

Deirdre, en cambio, se desenvolvía de maravilla en el ajetreo de los rodajes. Tenía un don especial para ello y se le daba muy bien tratar con la gente. Su punto fuerte era pensar con claridad, incluso en situaciones extremadamente estresantes, y encontrar soluciones originales. Sin embargo, en cuanto a su propia vida, las cosas eran diferentes. En ese momento, se sentía perdida, como si alguien la hubiera dejado desnuda en medio de una calle llena de gente. Estaba bloqueada, no sabía qué hacer.

Era tan injusto. ¿Había acumulado mal karma en algún momento? ¿Quién podría desearle algo malo? ¿Zane, el imbécil? ¿O alguien de la oficina que, sin que ella lo notara, envidiaba su éxito? Tal vez. No se puede conocer bien a nadie. De repente, dudaba de cada uno de sus colegas. Lucy, por ejemplo, siempre había sido un poco reservada. ¿Pero maliciosa y mezquina? No, eso era una tontería. ¿Y Zane? Sí, él era imbécil, eso estaba claro.

Deirdre no pudo continuar con sus cavilaciones porque el teléfono sonó, reclamando su atención. En la pantalla apareció un número desconocido. Su corazón empezó a retumbar tan fuerte contra sus costillas que se sintió mareada. ¿Quién podía ser? Tenía miedo de contestar, pero sus ganas de averiguarlo eran aún mayores.

—¿Hola? —Su voz sonó débil e insegura.

—¿Deirdre? ¿Eres tú? Soy Ellie, de Kiltarff.

¿Ellie? Ni siquiera había pensado en ella. Deirdre soltó un suspiro de alivio antes de responder.

—Hola, Ellie. Me alegra oír tu voz.

—¿Estás bien? ¿Interrumpo algo?

—No —respondió Deirdre.

La respuesta servía para ambas preguntas, pero prefirió guardarse la explicación. Seguía desorientada, perdida, incapaz de contarle a nadie el desastre en que se había convertido su vida, y mucho menos quería empezar con Ellie. Era demasiado vergonzoso. Demasiado evidente. Demasiado devastador. Ni siquiera era capaz de encontrar las palabras para expresar lo que este escándalo significaba para ella, aunque lo intentara.

—Michelle me dio tu número y me dijo que podría pedirte consejo. Pero no quiero entrometerme ni molestarte. Sé que estás muy ocupada.

¡Ellie no tenía ni idea! No tenía absolutamente nada que hacer. Se se levantó del sofá y percibió el pijama manchado que llevaba puesto desde hacía tres días. Unas migas cayeron al suelo. Se había dejado llevar por la autocompasión. Por suerte, Ellie no había usado una videollamada.

—No te preocupes, Ellie, siempre tengo tiempo para los amigos de Michelle. ¿Qué necesitas? —dijo, consiguiendo que su voz sonara medio normal. Solo alguien que la conociera muy bien habría notado que algo iba mal.

Ellie soltó un profundo suspiro, uno que decía más de lo que podían expresar las palabras. Parecía realmente estresada. Deirdre volvió en sí de repente, olvidando por un momento su propio

desastre y concentrándose en Ellie, quien comenzó a explicarle su situación.

—Hay problemas por todas partes. Tengo que admitir que pensábamos que todo sería más fácil. Organizamos una ceremonia de inauguración por todo lo alto, a la que asistió muchísima gente. Pero solo una pequeña parte de los invitados reservó después. No sé en qué estábamos pensando; supongo que creímos que todo saldría bien, que con la fiesta estaría todo hecho. Probablemente fuimos unos ingenuos. Me preguntaba si podrías darme algunos consejos.

—¿En qué sentido? ¿Necesitas una campaña para el hotel? ¿O estás más interesada en la organización de bodas?

Aunque hacía apenas cinco minutos estaba destrozada, Deirdre se dio cuenta de que agradecía tener algo que la sacara de su bucle de autocompasión. Sin duda, era mejor ocuparse de los problemas de los demás que de los suyos propios.

—Ambas cosas —admitió Ellie con franqueza—. No tenemos ni idea de *marketing*. Ni siquiera sé por dónde empezar. Mi prometido, Kenneth, aprendió a tratar con los medios de comunicación gracias a su carrera profesional en el polo, y en su momento gestionaba sus redes sociales. Pero nos está costando trasladar esa experiencia al proyecto del hotel.

—Crear una cuenta personal interesante es algo completamente distinto a construir la marca de un hotel. Eso está claro.

—Exactamente. Estamos desbordados. Y, para ser sincera, ahora mismo no podemos permitirnos invertir mucho dinero en contratar una agencia grande. Sé que suena mal, porque tampoco queremos aprovecharnos de ti...

—Te entiendo. Tranquila, no te ayudaría por el dinero. —Si no ganaba el caso contra su empresa, estaría en bancarrota de todas formas. Por ahora, lo que más preocupaba a Deirdre era mantenerse ocupada para no perder la cabeza.

—Cuando la situación mejore, por supuesto que te pagaremos lo que corresponda —prometió Ellie.

—Podemos resolver eso más adelante. Como te dije, no es cuestión de dinero. Me encantaría ayudarte. El castillo de Kiltarff es maravilloso; lo que habéis hecho con él es único. ¿Tienes alguna

idea de lo que necesitas que organice, o prefieres que haga sugerencias desde cero?

—¡Dios mío! —Ellie dejó escapar un resoplido que sonaba a alivio y emoción—. ¿De verdad harías eso? Perdona, estoy llorando de alegría ahora mismo. ¡Eres nuestra salvadora! Había pensado en posponer la boda, pero no quiero hacerlo. Amo a Kenneth, y es importante para nosotros no esperar más.

—No pasa nada, Ellie, lo resolveremos —la tranquilizó Deirdre, dándose cuenta de lo bien que se sentía en su elemento—. ¿Qué tal si voy a Kiltarff este fin de semana y discutimos todo juntas? Estoy segura de que puedo encontrar ideas que funcionen con un presupuesto ajustado.

—No sabes el bien que me hacen tus palabras, Deirdre. Estaré encantada, y Kenneth también. Puedes quedarte en la *suite*, así al menos sacarás algo de tu visita.

—Aunque suena tentador pasar una noche o dos en la *suite*, no es necesario. Estaré encantada de ayudaros.

No podía decirle a Ellie cuánto agradecía realmente la distracción.

—Insisto. Es lo menos que puedo hacer. Además, deberías experimentar tú misma lo que ofrece nuestro hotel, ¿te parece?

Después de los días que había pasado, Deirdre no tenía fuerzas para discutir sobre su alojamiento. Si fuera necesario, incluso dormiría en un lecho de paja. Lo importante era escapar del carrusel de pensamientos que la atormentaba y de los opresivos confines de sus cuatro paredes en Londres. Además, así tampoco tendría que cancelar el alquiler, al menos por ahora.

* * *

Stuart se sentía inquieto en la zona de llegadas del aeropuerto de Inverness. ¿Por qué había dejado que Michelle lo convenciera para recoger a Deirdre? Ella le había explicado por teléfono que había tenido una urgencia en la consulta y no podía ir a recibirla, y él, sin pensarlo demasiado, se había puesto en marcha. Ahora, mientras esperaba, se preguntaba si habría sido demasiado impulsivo. Deirdre

podría llevarse una impresión equivocada al verlo. O quizá la correcta.

«Mierda».

Aunque no quería admitirlo, había pensado en ella y en la oportunidad perdida con más frecuencia de la que le gustaría.

«Solo es por el sexo», se dijo a sí mismo, intentando convencerse.

Las puertas correderas automáticas se abrieron y algunos pasajeros comenzaron a salir de la sala de recogida de equipajes. Pero Deirdre no estaba entre ellos. Stuart miró su reloj de pulsera, pasaban poco más de las siete de la tarde y el avión había aterrizado hacía más de media hora. ¿Por qué tardaba tanto? ¿O no había cogido el vuelo? No, ya se habría enterado.

Estaba a punto de llamar a Michelle, porque no tenía el número de Deirdre, cuando finalmente apareció en la zona de llegadas. Stuart se quedó boquiabierto. ¿En serio?

Deirdre parecía una estrella de cine, o llevaba, al menos, el mismo equipaje que una. Esa mujer tenía que estar loca.

En vez de un vestido, llevaba los pantalones más ajustados que Stuart había visto en su vida, que se ceñían a sus largas piernas como una segunda piel. En los pies, unas botas de tacón increíblemente alto. Alrededor del cuello colgaba un collar dorado brillante, tan grande y lujoso que solo podía ser bisutería. Un sombrero le daba un aire despreocupado, y las gafas de sol colgaban provocativamente del escote de su top. Sin embargo, lo más llamativo era la cantidad de equipaje que empujaba hacia Stuart.

Deirdre llevaba dos enormes maletas con ruedas y un pequeño carrito que maniobraba con asombrosa elegancia. Stuart, paralizado, no se dio cuenta de que podría ayudarla hasta que estuvo prácticamente frente a él.

—Gracias, puedo hacerlo sola —siseó con sarcasmo, en lugar de saludarlo.

—Yo también me alegro de verte —respondió él, esbozando una sonrisa de suficiencia para disimular su incertidumbre—. ¿Llevas un

cadáver ahí? ¿O dos? ¿Quién viaja con tantas cosas? Pensaba que solo venías para el fin de semana.

Deirdre lo fulminó con la mirada, con expresión claramente irritada. Aunque iba maquillada, Stuart notó las ojeras bajo sus ojos.

—Deja que me preocupe yo por mis cosas. ¿Podemos irnos ya? No me gustaría pasar la noche en el aeropuerto.

Stuart no entendió por qué se mostraba tan despectiva. En su imaginación, el reencuentro había sido ligeramente diferente. Decidió dejar de lado su decepción y tomó las dos maletas grandes.

—Vamos —dijo, comenzando a caminar.

No se dio cuenta de que ella llevaba tacones altos y caminó a su ritmo habitual. Le sorprendió que pudiera seguirle el paso. Deirdre, probablemente, sería capaz de correr una carrera de cien metros con tacones y salir victoriosa. Tenía una sensación extraña, por un lado, la encontraba irritante, y al mismo tiempo, increíblemente *sexy*.

Poco después llegaron a su grúa, que Stuart había estacionado en una zona prohibida. Por supuesto, no había sacado *ticket* de aparcamiento; nadie sospecharía que usaba el vehículo para asuntos personales.

Se fijó en Deirdre, su expresión lo decía todo, sin duda, habría preferido que la recogieran con una limusina. Stuart odiaba ese aire esnob, aunque no debería importarle cómo era ella, lo que hacía o lo que le gustaba. Pero por desgracia no podía ignorarlo, y eso lo desconcertaba.

Sin mediar palabra, cargó el equipaje en el asiento trasero de la cabina y no la ayudó a subir. Disfrutó viendo cómo luchaba para acomodarse mientras él saltaba al asiento del conductor con facilidad.

—Si tardas un poco más, me saldrán canas —bromeó, divertido.

Ella respondió con un portazo tan fuerte que el ruido resonó en sus oídos.

Stuart arrancó el motor, que rugió con estruendo, y puso el coche en marcha.

—En realidad, se suponía que Michelle venía a recogerme —dijo Deirdre, rompiendo el silencio tras unos minutos.

—¿No te envió un mensaje?

Deirdre sacó su teléfono móvil de un bolso sorprendentemente grande, casi como una cesta de la compra de un supermercado.

—Vaya, es cierto, no lo leí. Creí que habías venido corriendo voluntariamente a recogerme al aeropuerto.

Stuart chasqueó la lengua. Si su tono hubiera sido un poco más amable o coqueto, quizá habría suavizado la tensión con una broma. Pero como sonaba tan brusca y presumida, optó por defenderse.

—Para nada. Michelle me pidió que viniera porque tenía una urgencia en la consulta. Creo que los dos tuvimos nuestra oportunidad. Ya te lo dije: no soy un hombre para la eternidad. Pensemos que lo que pasó entre nosotros fue un accidente. Podemos ser amigos porque nuestros amigos son pareja, pero nada más. Por favor, no pienses que estoy aquí por tratarse ti.

Deirdre se tensó visiblemente al escucharlo. Stuart lo notó por el rabillo del ojo. Ella exhaló con fuerza, pero permaneció en silencio. Luego rebuscó en su bolso y sacó un pintalabios. Bajó la visera para comprobar su maquillaje en el espejo mientras replicaba.

—¿Los amigos de una pareja se convierten automáticamente en amigos? No es tan sencillo, querido. Además, no eres mi tipo.

Ese comentario dio en el blanco y Stuart entendió perfectamente la insinuación. La grúa, su trabajo manual, su estilo de vida sencillo. Todo contrastaba con el hecho de que estaba llevándola a un castillo, donde ella se alojaría en una *suite* de lujo durante el fin de semana. Eso bastaba para confirmar lo que él ya sabía, que no tenían nada en común. Era mejor mantener las distancias con mujeres como Deirdre. No podía lidiar con tanta superficialidad. No otra vez. Había aprendido por las malas lo que suponía dejarse llevar. Se había enamorado de una mujer así, una que lo había dejado en cuanto surgió la perspectiva de algo «mejor» que un mecánico. Quizá había sido demasiado ingenuo entonces, demasiado joven para distinguir entre fachada y realidad. Pero la pérdida de confianza lo había sacudido profundamente. No necesitaba volver a pasar por ese tipo de experiencia.

Por desgracia, no podía negar que Deirdre ejercía sobre él un efecto que le resultaba tan molesto como irresistible. Incluso ahora, mientras conducía, no podía ignorar su perfume y cómo se le

aceleraba el pulso al estar cerca de ella. Era terriblemente atractiva. Sus curvas parecían perfectas, y sus labios, hechos para besar.

Y, lo peor, no había olvidado lo que se sentía al presionar su boca contra la de ella. Pero no se iba a dejar llevar. Una pizca de deseo no compensaba el desdén que ella dejaba entrever con sus modales altivos. Antes que volver a tocarla, se convertiría en célibe.

CAPÍTULO 7



Deirdre se tumbó en el sofá de la *suite*, dejando que sus piernas colgaran del respaldo. Las ventanas estaban abiertas y el canto de los pájaros, junto al susurro de las hojas, llegaba hasta sus oídos. Michelle se había sentado frente a ella en un sillón aún vestida con su ropa de trabajo: pantalones y polo blancos.

Ya había podido hacer balance de la situación con Ellie y Kenneth. La pareja estaba claramente desbordada, pero, afortunadamente, Deirdre ya tenía un plan. El único problema era que no tenía un ordenador portátil para elaborarlo correctamente, pero, por suerte, aún contaba con su móvil, que, aunque ya no tenía acceso a la información de la empresa, guardaba todos los contactos importantes del sector.

—La verdad, no pensé que volvería a verte tan pronto —bromeó Michelle, sacándola de sus pensamientos.

—Yo tampoco —admitió Deirdre con franqueza.

Probablemente su tono había sido demasiado sombrío, porque Michelle la miró con curiosidad. Sintió los ojos escrutadores de su amiga mientras se quitaba una pelusa imaginaria de los pantalones.

—¿Quieres decirme qué está pasando?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? —Deirdre sintió cómo el calor cubría su rostro.

No le gustaba mentir a su amiga, pero en este caso no tenía otra opción. No podía hablar de ello, no aún. Si lo hacía se derrumbaría. Seguía aferrándose a la esperanza de que todo se aclarara, tarde o temprano, aunque, hasta ahora, Margret no había dado señales de vida, y ya había pasado una semana.

—Recuerdo que me dijiste que estarías de viaje todo un mes. ¿Por qué estás en Escocia y no en cualquier otro lugar del mundo? —insistió Michelle.

Deirdre apretó los labios. Tenía que inventar algo, algo lo suficientemente cercano a la verdad como para no levantar sospechas.

—Estoy... mi jefe me estresa.

—¿Qué quieres decir con «mi jefe me estresa»? —preguntó Michelle, entrecerrando los ojos—. No me digas que te liaste con él y ahora te está presionando.

La idea era tan absurda que Deirdre no pudo evitar reírse.

—¡Oh, Dios mío! ¡No! Cualquier cosa menos eso. Mike no es mi tipo. —Luego intentó cambiar de tema—. Hablando de eso, ¿por qué demonios tuviste que enviar a Stuart a recogerme? Fue un poco incómodo.

—¿Incómodo? ¿Por qué? No podía escaparme, y Wallace estaba ocupado con un grupo de turistas en el lago Ness. Pensé que tú y Stuart os llevabais bien, que incluso te alegrarías de volver a verlo. Para ser sincera, hasta me preocupaba que fuerais directos a la cama y no me diera tiempo a verte —dijo Michelle con una sonrisa traviesa acompañada de un guiño.

Deirdre arqueó una ceja y se quedó pensando qué responder. Recordó la actitud de Stuart en el aeropuerto y el ambiente gélido durante todo el trayecto.

—Sinceramente, no sé de dónde sacaste esa idea. Le besé una vez, y eso fue todo. Se acabó la historia. No habrá repetición.

Su tono sonó definitivo. Sin embargo, no podía ignorar que su corazón latía extrañamente rápido y sus manos empezaban a sudar.

Michelle puso un dedo en su barbilla, pensativa.

—¿Pasó algo más entre vosotros? ¿Aparte del beso? ¿O sigues molesta porque aquella noche tuvo que irse de repente al lugar del

accidente? Pensé que ya lo habíamos superado.

Deirdre levantó una mano para interrumpirla.

—Es agua pasada. Stuart no me interesa. Punto.

Michelle no parecía convencida. Inclinó la cabeza, observándola con atención, como si intentara leer la verdad en su rostro.

—De acuerdo. No voy a obligarte a acostarte con un amigo mío. Tal vez sea mejor que no lo hagas.

—¿Por qué?

«Mierda. No debería haber preguntado», pero no lo pensó. Su boca había reaccionado más rápido que su mente.

Algo brilló en los ojos de Michelle.

—Estás interesada en él, ¿verdad? —concluyó, dando en el clavo.

—¡No seas tonta, Michelle! Solo quería saber por qué querías disuadirme —intentó zafarse Deirdre.

—No quiero.

—Vamos, ya sabes a qué me refiero.

—Oh no, querida. Has dicho que no estás interesada, no hay nada más que decir.

Estupendo. Deirdre habría dado cualquier cosa por saber por qué Michelle tenía reservas sobre Stuart, pero no quiso insistir. Recordó una conversación anterior en la que su amiga le había dicho que Stuart se merecía un amor de verdad. Como a Deirdre no le interesaban los sentimientos en ese momento, tampoco necesitaba darle más vueltas. No quería enamorarse, ni de Stuart ni de ningún otro hombre. Eso solo le traería dolor y angustia, y ya tenía suficientes problemas en su vida.

—Y ahora dime, ¿por qué estás aquí en Escocia y no de viaje? —preguntó Michelle. Su tono no dejaba lugar a evasivas ni vaguedades.

La pregunta pilló desprevenida a Deirdre. Pensaba que el tema ya estaba zanjado.

—Ya te lo dije, mi jefe me tiene un poco estresada. O, más bien, el departamento de recursos humanos. —No era mentira, pero tampoco era toda la verdad—. He acumulado tantas vacaciones en los últimos años que me obligaron a cogerlas o las perdería.

—¿Qué? —chilló Michelle, enderezándose en su silla—. No puede ser.

Deirdre sintió cómo sus mejillas se encendían. Intentó mantener la calma, aunque sabía que no era buena ocultando sus emociones.

—No me preguntes, alguna nueva normativa. Hubiera preferido que me las pagaran, pero dicen que no podían hacerlo, y regalar mi tiempo a la empresa tampoco era una opción. ¿No dicen que me explotan porque estoy disponible todo el tiempo?

El argumento pareció calmar un poco a Michelle.

—Aun así, me parece curioso.

—Yo no hago las leyes ni las normas. ¿No te alegras de que esté aquí? —replicó Deirdre, intentando desviar la conversación y terminar con el interrogatorio.

—¡Por supuesto que me alegro! ¿Eso significa que te quedarás más tiempo que solo el fin de semana?

Deirdre no había planeado tanto tiempo. ¿Cómo iba a hacerlo? De momento vivía al día, a la espera de malas noticias o de un giro milagroso que, aunque improbable, mantenía sus esperanzas a flote.

—No puedo quedarme en el castillo mucho tiempo.

—¿Y qué planeas hacer? ¿Quedarte en Londres?

—No, ya sabes que mi presupuesto no me permite un viaje más largo. Eso no ha cambiado, y ya viajo constantemente por trabajo.

—Pero no me digas que quieres quedarte en Londres todo el tiempo. Piénsalo, estás ayudando a Ellie y Kenneth, y la mejor manera de hacerlo es estando cerca. Puedes quedarte en mi casa. ¡Tendrías paz, espacio y a mí! ¿Qué te parece? ¿A que suena genial?

Deirdre mordisqueó su labio inferior.

—Claro que me encantaría verte más de dos días, Michelle. Pero tú también estás ocupada.

«¿Escocia o los confines opresivos de su piso en Londres?», reflexionó en silencio. «Mierda».

Londres estaba descartado porque el piso estaba alquilado. Casi lo había olvidado. En realidad, no tenía otra opción, ¿verdad?

—Podría hacer una visita a mis padres —murmuró, más para sí misma que para Michelle.

—Claro que puedes hacerlo, pero por ahora te quedas aquí. ¡Decidido! El domingo te mudas temporalmente a mi casa. ¡Qué ilusión!

El entusiasmo de Michelle sorprendió a Deirdre, aunque, al mismo tiempo, sintió alivio de que alguien tomara la decisión por ella. Solo había una pega, no le apetecía encontrarse con Stuart constantemente, pero seguro que habría una forma de evitarlo, ¿verdad?

—Pero no he traido mi portátil —intervino, cambiando de tema mientras pensaba en cómo planificar una boda y una campaña publicitaria sin el equipo adecuado.

Desde luego, no podía decirle a Michelle que había tenido que entregar su ordenador. Todavía no. Aún no había procesado del todo lo que eso significaba.

—Tengo la solución, deja que yo me encargue. Tenemos varios ordenadores en la consulta. No son los últimos modelos, pero pueden conectarse a internet, y hay wifi en la casa. ¿Desde cuándo viajas sin tu portátil? Casi no te reconozco —dijo Michelle con un tono ligero, pero lleno de curiosidad.

Deirdre no sabía qué responder. Las palabras se le atascaban en la garganta, conmovida por el gesto de su amiga. Disimuladamente, se secó una lágrima con el dorso de la mano.

—¿Por qué lloras? —preguntó Michelle, de repente preocupada. Se levantó de su sillón y se sentó junto a Deirdre.

Deirdre moqueó, tratando de mantener la compostura.

—Ay, es que es tan agradable estar contigo. Te he echado tanto de menos estos últimos meses.

Eso era cierto, pero, de nuevo, no era toda la verdad. Había mucho más detrás de esas lágrimas que no estaba aún preparada para compartir. Michelle la envolvió en un fuerte abrazo.

—Yo también te he echado de menos. Ahora tenemos unas semanas para estar juntas, y vamos a aprovecharlas al máximo.

* * *

El ánimo de Stuart estaba por los suelos. Ni siquiera el hecho de que fuera domingo y brillara el sol lograba mejorarlo. Estaba en su casa, derribando con un mazo la pared que separaba el salón de la cocina. Se había quitado la camisa y trabajaba en vaqueros y calzado de seguridad. Había polvo por todas partes, pero el esfuerzo físico le sentaba bien. El sudor le corría por la cara y la espalda.

Sintió un movimiento detrás de la ventana que lo distrajo un instante. Probablemente fuera una ardilla o un pájaro saliendo de los arbustos. Pero ¿desde cuándo las ardillas llevaban vestidos blancos de verano y sombreros de paja? Antes de darse cuenta de que era Deirdre quien pasaba por la acera ya había desaparecido de su vista.

«Dios mío. Ni siquiera estoy a salvo de ella en mi propia casa».

¿O lo había imaginado? Podría ser. Tenía a esa mujer constantemente en su cabeza… era totalmente absurdo. Desgraciadamente, el hecho de que fuera una esnob de ciudad no cambiaba que pensara que estaba increíblemente buena.

Era vergonzoso cómo la sola idea de sus curvas despertaba impulsos de lujuria en su interior. Stuart apretó los dientes y golpeó la pared con el mazo, esta vez con más fuerza. La pared cedió un poco.

Para no distraerse, evitó mirar por la ventana. Al menos había algo positivo en su estado, por fin estaba progresando en las reformas de su casa. En cuanto Deirdre se fuera de Kiltarff, su mente volvería a la normalidad.

Seguramente, su frustración sexual solo se debía a que hacía tiempo que no se acostaba con una mujer. Las últimas semanas solo las había dedicado al trabajo. El día anterior tuvo la oportunidad de ir a Inverness, donde un amigo DJ tocaba en un club, pero prefirió quedarse en casa. Sus amigos también habían quedado en el *pub*, pero Stuart quiso evitar otro encuentro con Deirdre. Por diversas razones.

Deseo sexual o no, no quería verla ni tenerla cerca, ni siquiera en su cabeza. Aunque eso último, sin embargo, parecía ser lo más difícil. Cuanto menos quería pensar en ella, más se encontraba imaginando cómo sería besarla otra vez. Y algo más. Acariciarla por

todas partes. Explorar cada rincón de su cuerpo. ¿Suspiraría suavemente o gritaría de placer?

—Maldita sea —refunfuñó, bajando el mazo con frustración.

—Vaya, vaya, ¿por qué maldices así? —preguntó una voz detrás de él.

Stuart se giró sorprendido y vio a su amigo Lewis de pie en la puerta, mirándolo con curiosidad. Llevaba una gorra de béisbol, una camisa gris y unos vaqueros desgastados. Por su aspecto, nadie adivinaría que había hecho fortuna creando aplicaciones de juegos. Regresó de Estados Unidos hacía algún tiempo. Algunos decían que estaba aburrido; otros, que una mujer le había roto el corazón.

A Stuart no le interesaban los cotilleos, especialmente porque él mismo había sido tema de conversación tras ser abandonado en el altar. Un corazón no se rompía; de hecho, el suyo seguía latiendo en su pecho; él era la prueba viviente de que una mujer podía arruinarte la vida y, aún así, podías seguir adelante.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Stuart.

—Nada, me preguntaba dónde estabas. No había nadie en el garaje, ayer no estuviste en el *pub*, tampoco en casa de tu abuela…

—Dios mío, ¿quién eres? ¿Mi niñera? Como puedes ver, estoy ocupado. Si no vas a ayudar, será mejor que te vayas.

—Oh, muchas gracias, ya he tenido suficientes reformas. —Lewis levantó las manos en señal de rendición y negó con la cabeza.

Había remodelado una vieja granja, equipándola con todos los avances tecnológicos cuando regresó a Kiltarff.

—Ni que lo hubieras hecho tú solo —se burló Stuart—. Contrataste a un ejército para hacerlo por ti.

—Madre mía, estás que saltas. Solo venía a preguntarte si te podrías pasar más tarde. He desarrollado algo nuevo y me gustaría que fueras el primero en probarlo. Además, tengo cerveza en la nevera.

—Lo de la cerveza suena bien —respondió Stuart, secándose el sudor de la frente—. Pero ¿por qué sigues trabajando en más productos? ¿No has ganado ya suficiente?

Lewis arqueó una ceja.

—¿Por qué reparas coches clásicos?

—Porque me gusta.

—Exactamente. Así que ven más tarde y echas un vistazo a mi creación. Pero, por favor, ven de mejor humor, porque ahora mismo estás insoportable.

Stuart sabía exactamente a qué se refería Lewis. Estaba molesto consigo mismo y con su desequilibrio emocional.

—No te preocupes, esta noche estaré de mejor humor —prometió.

—¿Sí? ¿Por qué estás tan seguro?

Porque Deirdre, con suerte, ya estaría de vuelta en Inverness o donde fuera. Aunque no podía decirlo en voz alta, por supuesto.

—Simplemente lo estoy —respondió Stuart con un encogimiento de hombros.

—Muy bien. ¿Qué piensas de que Wallace y Michelle vivan juntos ahora?

¡Madre mía! ¡Qué cambio de tema! Stuart se quedó sorprendido.

—Pues que ni siquiera lo sabía.

—Sí, Michelle limpió la casa antes de que su amiga se mudara. Yo les ayudé.

Stuart dejó caer el martillo, que, por suerte, no le golpeó el dedo gordo del pie por poco.

—¿Qué?

Lewis frunció los labios con teatralidad.

—Sí, esa fue mi reacción también. Un poco pronto para ellos, ¿no? Ahora Wallace tendrá que bajar la tapa del váter y enrollar el tubo de pasta de dientes, claro. —Lewis rio con picardía.

Stuart puso los ojos en blanco, pero no replicó nada. Lewis no necesitaba saber que a él le daba igual que Michelle y Wallace vivieran juntos. Lo que realmente le incomodaba era enterarse de que, aparentemente, Deirdre estaba planeando alargar su estancia en Kiltarff durante un tiempo.

Eso no le gustaba. En absoluto.

Su ya pésimo estado de ánimo se desplomó aún más.

CAPÍTULO 8



En los últimos días, Deirdre había transformado la casa de campo en un auténtico centro de operaciones. El salón estaba lleno de portafolios, pizarras blancas y borradores de planes estratégicos en los que podía volcar toda su creatividad. Estaba agradecida por la distracción que el proyecto le proporcionaba y disfrutaba trabajando con Ellie y Kenneth, quienes le habían dado carta blanca. Ambos estaban más que agradecidos por sus consejos y sugerencias.

—Tenemos que organizaros una página web —les había dicho a principios de semana—. Puedo hacerlo, pero también necesitáis un sistema de reservas, ¿verdad? ¿Lo habéis considerado?

Kenneth y Ellie intercambiaron miradas, visiblemente avergonzados por no haberlo pensado antes.

—Descargué una aplicación para hacerlo todo yo mismo —admitió Kenneth.

La pareja necesitaba apoyo en casi todos los ámbitos. Por suerte, Deirdre no solo era multitarea, sino también muy ágil a la hora de encontrar soluciones. Los numerosos contactos que había acumulado a lo largo de los años le estaban resultando muy útiles. Por ejemplo, el fotógrafo que le debía un favor llegaría ese mismo día y realizaría la sesión para el hotel a un precio especial. Además, como agradecimiento podría disfrutar de la *suite* del hotel durante el

fin de semana, un pequeño incentivo que también ayudaba a Ellie y Kenneth.

Deirdre estaba satisfecha consigo misma y con los resultados obtenidos en su primera semana. Se colocó frente a la pizarra y marcó las casillas que decían «Imágenes profesionales para el sitio web» y el de «Folleto del hotel».

Estaba a punto de añadir otra idea a la lista cuando su móvil sonó. Había ignorado varias llamadas de Lucy durante la semana; no quería autocompadecerse ni tener contacto con su antigua vida. Pero al ver en la pantalla el número de la oficina de Londres del departamento de personal, sintió cómo se le helaba la sangre.

«Oh, Dios».

No quería contestar, pero tampoco podía ignorar la llamada. ¿Y si habían encontrado una solución a sus problemas? Ese pequeño rayo de esperanza era lo único que la ayudaba a no perder la cordura.

—¿Hola? —respondió con voz temblorosa.

—Hola, soy yo, Margret.

—Oh, hola.

Su corazón latía con fuerza mientras sujetaba el teléfono.

—Quería saber si ya has encontrado un abogado.

«Oh, no».

Eso no sonaba como la solución que esperaba.

—Bueno... —balbuceó Deirdre. La verdad era que no había hecho nada aparte de una consulta *online*. El abogado había sido claro, luchar contra una gran empresa con las pruebas en su contra era inútil.

—Por tu respuesta, supongo que aún no has leído la carta.

—¿Qué carta? —repitió Deirdre, mientras una sensación incómoda se extendía por su estómago.

Le había dado a su inquilino, un joven italiano que viajaba ocasionalmente a Londres por trabajo, una llave del buzón, pero no le había pedido que revisara su correo para evitar cualquier contacto que le recordara su situación. Había preferido sumergirse en el nuevo proyecto para ignorar su propio dolor. Ahora, la realidad volvía para golpearla con fuerza.

—Nuestro bufete de abogados te ha enviado una carta. Hay un plazo para que respondas, solo quería asegurarme de que lo sabías. La carta certificada fue aceptada, así que...

«Maldita sea».

Deirdre sintió náuseas.

—Er... sí, entiendo. Gracias por llamarme. ¿Alguna otra novedad?

—Lo siento, no. Hemos logrado que el escándalo sea lo menor posible, pero eso no cambia las acusaciones en tu contra.

—No, por supuesto que no. Aunque no sea culpable.

Sabía que era prácticamente imposible que todo se resolviera a su favor, pero escucharlo nuevamente de Margret fue como una bofetada.

—Bueno, hasta pronto, Deirdre. Siento no tener mejores noticias.

—No pasa nada —respondió, aunque la situación le pesaba como una losa.

Sabía que Margret no era culpable de nada, pero eso no aliviaba el impacto de sus palabras.

Después de colgar, tiró el teléfono descuidadamente a un lado. Comenzó a pasearse inquieta por la casa, incapaz de calmar su mente. Finalmente, reunió valor para llamar a su inquilino. El italiano le envió una foto de la carta por Whatsapp. Deirdre revisó las páginas en la pantalla y sintió que el aire se le escapaba. Salió de la casa, buscando espacio para respirar, y terminó en la gasolinera. Allí, su único objetivo era encontrar chocolate. Mucho chocolate.

Cuando se acercó a la caja con su cesta llena, Shona, la anciana encargada, le dedicó una sonrisa compasiva.

«Vaya, ¿tan obvio era que había recibido malas noticias?».

Deirdre no dijo nada. Había llegado a conocer mejor a Shona en los últimos días; sus visitas a la gasolinera solían coincidir con momentos en los que necesitaba reponer su dosis de azúcar. Le gustaba Shona, con su cálido y fuerte acento escocés.

—Esto huele a desengaño —comentó Shona mientras escaneaba los códigos de barras con el lector—. Sabes, mi nieto es soltero, podría presentártelo. Es un buen chico.

Deirdre no estaba segura de si aquello era una broma o una oferta genuina, pero tenía claro que si había algo que no necesitaba

en ese momento era complicarse más la vida con un hombre.

—No, gracias, no lo necesito —respondió con una sonrisa de disculpa.

—Eso es lo que dicen todos —replicó Shona con un guiño—. Son doce libras con treinta.

Deirdre pagó con la tarjeta y cuando estaba recogiendo su botín de chocolate una mujer entró en la tienda.

—Disculpe, ¿podría ayudarme a comprobar la presión de los neumáticos? —preguntó la mujer, visiblemente avergonzada.

Shona estaba a punto de levantarse para atenderla, pero Deirdre intervino.

—Yo puedo hacerlo. Quédate aquí, Shona. Vamos, no soy una experta, pero sé cómo comprobar el aire.

La mujer sonrió agradecida y juntas se dirigieron al área de servicio. Mientras Deirdre la ayudaba con los neumáticos, se enfrascaron en una conversación ligera. Bromeó, charló y le preguntó qué era lo que tanto atraía a los turistas de Escocia.

Deirdre tomó mentalmente nota de las respuestas, afinando un poco más el concepto que tenía en mente para el folleto del hotel.

—Gracias por ayudarme —dijo finalmente la mujer, sonriendo—. No sé por qué soy tan torpe para estas cosas.

—De nada. ¡Buen viaje y que disfrute de Edimburgo!

La turista subió a su coche de alquiler y se marchó a toda velocidad. La breve distracción de la conversación amistosa se desvaneció, y la fuerza de sus problemas le golpeó de nuevo como un puñetazo en el estómago.

Respiró hondo y echó a andar, pero apenas dio dos pasos antes de detenerse. No sabía adónde ir. No quería volver a la casa en ese momento. Necesitaba aire fresco.

Un cosquilleo en la nuca la hizo girarse. Se quedó sin aliento al encontrarse con la mirada de Stuart. Al parecer, él también se dirigía a la gasolinera. Por suerte, ya había hecho sus recados y, a juzgar por el ceño fruncido de Stuart, él debía estar pensando lo mismo.

No se habían visto en toda la semana; de hecho, no le había visto desde que la llevó de Inverness a Kiltarff. Por desgracia, eso no

cambiaba el hecho de que pensara en él con más frecuencia de la que le gustaría admitir.

«¡Ja! Vale, era mentira».

No dejaba de pensar en él, especialmente en la sensación de sus labios sobre los suyos. Probablemente, no era más que una táctica cruel de su cerebro para distraerla de los verdaderos problemas de su vida.

Después de la llamada con Margret, ya no podía seguir fingiendo que el juicio no era inminente. Apartó la mirada, dio media vuelta y se alejó en dirección al lago Ness. Seguro que encontraría un lugar bajo uno de los viejos robles donde atiborrarse de chocolate hasta sentirse enferma. No era una solución, pero en ese momento no se le ocurría nada mejor.

Caminó durante unos minutos hasta pasar frente a una gran casa señorial. Sabía que Maisie vivía allí con su novio Matt. Los había conocido en su primer día en Kiltarff, durante la salida al Lantern con Michelle. Prefería no recordar esa noche, había besado a Stuart y el recuerdo de cómo acabó aún la atormentaba. Debería alegrarse de no haberse acostado con él, pero, lamentablemente, su cuerpo no pensaba lo mismo.

Molesta consigo misma y con el mundo, Deirdre se dejó caer bajo la sombra de un roble. Era un milagro que no hubiera turistas; desde allí se tenía una vista perfecta del lago Ness. No había bancos ni señales de visitantes frecuentes, un auténtico descubrimiento.

Al principio pensó en incluirlo en el folleto, pero luego lo descartó. No estaba dispuesta a compartir ese idilílico lugar con nadie. Era suyo.

Abrió la primera chocolatina y le dio un buen mordisco. El recuerdo de todo lo que iba mal en su vida la inundó. Intentó contenerse, pero las lágrimas brotaron. Un llanto silencioso que se convirtió rápidamente en sollozos descontrolados. Se abrazó las rodillas y hundió la cabeza entre ellas, dejando salir todo el dolor.

—Oye, perdona, ¿va todo bien? —Una voz masculina la sacó de su trance.

Deirdre levantó la vista. Matt estaba de pie frente a ella, observándola con preocupación. Llevaba zapatillas de correr,

camiseta y pantalones cortos deportivos.

—Oh, Dios… —gimió, secándose los ojos apresuradamente. Le daba vergüenza que el novio de Maisie la viera en ese estado. Siempre había intentado controlar sus emociones en público. Había aprendido de adolescente que llorar solo la hacía parecer más débil.

Matt se puso en cuclillas y le apretó el hombro con suavidad.

—¿Puedo ayudarte?

Deirdre lo miró a los ojos, cálidos y compasivos, y tragó saliva con dificultad.

—Yo… no lo creo —respondió, sacudiendo la cabeza.

—Eres Deirdre, ¿verdad? Nos conocimos el otro día.

—Sí, lo sé.

Matt sonrió débilmente.

—Solo quería recordártelo por si pensabas que era un asesino en serie.

Deirdre tuvo que sonreír. Se secó los ojos y sorbió los mocos. Se sentía fatal, y, probablemente, su aspecto debía ser aún peor.

—Quizá no estaría tan mal que alguien me llevara y me hiciera desaparecer en una bolsa de basura negra —dijo con tono sombrío. Era una broma, pero sonó amarga y cínica.

—Vaya, eso no suena nada bien. Pero los problemas están para resolverlos. No pretendo saberlo todo, pero de lo que estoy seguro es de que no estás sola, Deirdre.

La amabilidad de Matt era demasiado para ella, la superaba. En Londres, la gente solía ser indiferente a los problemas ajenos, pero aquí estaba Matt, alguien que apenas conocía, mostrándose solidario. La abrumó, y rompió a llorar de nuevo.

—Ey, ey, lo siento. Ya he vuelto a meter la pata. Maisie es mejor en estos casos.

—No pasa nada —sollozó ella, tratando de calmarse. Respiró hondo antes de continuar—. No quiero arruinarte la noche del viernes, mejor que sigas tu camino.

—Estoy preocupado, Deirdre. ¿Por qué no me cuentas lo que te pasa? Quizá pueda ayudarte.

—Solo te haría perder el tiempo.

—¿Me dejas tomar a mí esa decisión? —bromeó él, sentándose a su lado.

—De acuerdo. Pero no digas después que no te lo advertí —respondió con una sonrisa irónica y triste.

Cuando terminó de explicarle el desastre en que se había convertido su vida, suspiró profundamente.

—No sé qué hacer ahora. No puedo demostrar nada. Pero no fui yo. Y ahora tengo una demanda de la que no me puedo defender.

—Pues has tenido suerte, soy tu hombre. El derecho laboral no es mi especialidad, pero soy mucho mejor que ese abogado *online*. Además, tengo una red de contactos muy buena.

—Me temo que no puedo permitírtelo.

Matt le apretó la mano con suavidad.

—Deja que yo me preocupe de eso. Tú estás ayudando a a nuestros amigos, así que yo te ayudo a ti. Así es como funcionan las cosas aquí.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

La miró con insistencia. Esa mirada la incomodó; no estaba acostumbrada a que alguien la defendiera. Normalmente era ella quien resolvía los problemas de los demás.

—No puedo —murmuró, avergonzada.

—Ven conmigo y le echaremos un vistazo tranquilamente. Mientras me doy una ducha, puedes tomar una taza de té o lo que sea. Maisie está en casa, ella sabrá qué ofrecerte.

Le gustó la estima con la que Matt hablaba de su pareja.

—No quiero que nadie se entere de esto. Oficialmente, estoy aquí para tomarme las vacaciones que me quedan. Me siento terriblemente avergonzada de estar en esta situación. ¿Y si alguien piensa que fui yo?

—Tranquila, no se lo diré a nadie, y Maisie tampoco. Si prefieres, puedo comentarle que necesitas asesoramiento legal. Ella no indagará, no somos así.

Deirdre le creyó.

—Gracias —dijo en voz baja, mientras sentía que sus ojos volvían a arder, esta vez de emoción.

* * *

A LA MAÑANA SIGUIENTE, el borrador de la carta de refutación estaba listo. Solo tenía que enviarlo.

Aunque todavía estaba aterrorizada, Deirdre se sentía un poco más segura que el día anterior. Cumpliría el plazo, aunque la carta no hacía más que rebatir las acusaciones en su contra. El lenguaje técnico le resultaba incomprensible y prefería no darle más vueltas.

Se dirigió a la gasolinera, donde también estaba la oficina de correos. Shona estaba sentada detrás del mostrador y la saludó con alegría.

—Buenos días —respondió Deirdre con una sonrisa tensa—. Necesito que esto salga por correo certificado. —Colocó el sobre sobre el mostrador.

Shona se ajustó un poco las gafas y consultó una tabla para verificar los gastos de envío correspondientes al tamaño del sobre. Luego tecleó algo en el ordenador.

—Está bien.

Le indicó el precio, y Deirdre pagó y guardó el recibo en su bolso. Mientras lo hacía, vio varias cajas apiladas en los pasillos esperando ser desembaladas.

—La chica que viene a ayudarme me dejó colgada —explicó Shona, al parecer no ajena a la mirada curiosa de Deirdre.

—Qué fastidio. ¿Puedo ayudarte? —se ofreció. Tenía tiempo; su próxima cita con Ellie y Kenneth no era hasta la tarde para elegir juntos las fotos de la página web.

—¿De verdad harías eso?

—Por supuesto. Cuando era estudiante, trabajé en el Seven Eleven de mi barrio. Siempre me gustó.

Sin esperar respuesta, Deirdre se puso manos a la obra, sacando el contenido de las cajas y determinando por sí misma dónde iba cada cosa. La tarea no requería mucha concentración y resultaba casi meditativa. Le encantaba ver el resultado final, cajas vacías y estanterías llenas.

—¿Dónde va el cartón? —preguntó finalmente.

Shona levantó la vista, asombrada.

—¿Ya has terminado? Eres más rápida que los bomberos.

—Será mejor que Wallace no oiga eso —bromeó Deirdre, encantada por el cumplido de la anciana.

—Deja la basura donde está. Mi nieto puede recogerla más tarde. Viene todos los días.

—Pero hasta entonces todo estará desordenado, y no queda bien —objetó Deirdre con firmeza—. Seguro que hay un contenedor en el patio trasero.

Shona asintió.

—Sí, en efecto...

Deirdre se encargó del cartón, aunque resultó algo incómodo porque el contenedor ya estaba bastante lleno. Luego cogió una escoba, barrió la entrada de la tienda y también se puso a arrancar los pétalos secos de las margaritas de las jardineras. Al terminar, dio un paso atrás y suspiró satisfecha.

El hecho de que llevara un vestido de verano y sandalias no había impedido que ayudara a Shona. Sabía lo que se sentía cuando te dejaban colgada. Sin embargo, en Kiltarff, hasta ahora, había experimentado todo lo contrario. Pensó en Matt y Maisie, quienes la habían apoyado tan cálida y desinteresadamente el fin de semana. Aquí, parecía que la gente del pueblo realmente cuidaban unos de otros.

Shona, tan amable como siempre, interrumpió sus pensamientos.

—¿Cómo puedo agradecértelo?

—¡Pero si ya lo has hecho! —respondió Deirdre con una sonrisa.

—No, no, tengo que pagarte algo. Has estado aquí más de dos horas.

—Por favor, no.

—Entonces al menos compra algo y te haré un descuento.

—Eso me parece muy bien.

Deirdre tomó una cesta y añadió algunos artículos: yogur, plátanos, tostadas, sopa en lata y, por supuesto, chocolate. En la caja, Shona le entregó una bolsa para meter la compra directamente.

—¿No vas a escanear nada? —preguntó Deirdre, desconcertada.

Shona negó con la cabeza.

—Esa es tu recompensa.

Deirdre suspiró, fingiendo indignación.

—¡Caray, Shona, ahora sí que me la has jugado!

Ambas rieron.

—¿Me necesitarás otra vez mañana? ¿Cuánto tiempo vas a estar sin ayuda? —preguntó Deirdre.

—Ahora me siento culpable. ¿No se supone que estás de vacaciones?

Deirdre notó que se ruborizaba.

—Er... no, no exactamente. Además, lo he disfrutado disfrutando.

—Estoy sola toda esta semana. Mi familia ayuda cuando puede, pero ya tienen bastante con sus cosas.

—Entonces volveré mañana por la mañana. ¿O prefieres que venga esta noche?

—No, no —respondió Shona rápidamente—. Mañana por la mañana será estupendo. Gracias, Deirdre, eres una buena chica. ¿Estás segura de que no quieres que te presente a mi nieto?

Deirdre soltó una risita mientras levantaba la bolsa con la compra.

—No, gracias. Con la compra me basta por ahora. Si mis necesidades cambian, te lo haré saber.

Le guiñó un ojo a Shona, quien respondió con un gesto de asentimiento y un pulgar hacia arriba.

Al salir, Deirdre se fijó en una nota en la ventana que no había visto antes. Era un cartel que anunciaba el próximo festival de verano de los bomberos. Habría un castillo hinchable para los niños, salchichas a la barbacoa, un puesto de cerveza y la oportunidad de explorar el parque de bomberos.

Wallace y Michelle lo habían mencionado, pero Deirdre no había prestado atención en su momento, demasiado preocupada por sus propios problemas. El evento sería en un par de días. Probablemente no podría evitar asistir, de lo contrario, decepcionaría a Michelle y a Wallace, y eso era lo último que quería.

«Además», se dijo a sí misma, «no tengo que esconderme de Stuart».

No quería pensar en él. El día había empezado bien, y ahora que había enviado la carta podía volver a concentrarse en el proyecto del castillo, cosa que haría sin duda. Silbando, se dirigió a la casa de campo. Le encantaba su pequeño centro de operaciones y le gustaba poder concentrarse plenamente en sus planes para el hotel.

* * *

Al final de una larga jornada laboral, Stuart estaba sentado en la trastienda de la gasolinera, frente a su ordenador, comparando distintos modelos de surtidores de combustible. Había resuelto fácilmente el problema de la impresora, su abuela se había olvidado de poner papel. Ya que estaba allí, decidió ser útil de una forma que realmente ayudaría al negocio familiar.

Con meticulosidad, comparó proveedores y elaboró una lista con tres posibles opciones. Los precios eran similares, pero las características variaban. Guardaba la información en un documento cuando unas risas y voces lo distrajeron. Reconoció una de ellas al instante, era la de su abuela, pero algo en la otra le resultó extrañamente familiar. Esa risa clara y la falta de acento escocés le provocaron un ligero cosquilleo en el estómago. La puerta estaba entreabierta, y Stuart, incapaz de resistirse, se levantó de su escritorio para acercarse hacia las voces.

Al asomarse, se sorprendió al ver a Deirdre. Estaba charlando con su abuela como si fueran viejas amigas. Se dio cuenta de que tenía la boca abierta y rápidamente la cerró.

Ya había visto antes el efecto que tenía Deirdre en la gente. Era abierta, se mostraba interesada y parecía ganarse a todo el mundo sin esfuerzo. Él debía ser la única persona en el pueblo a la que no le caía bien.

«Y con razón», se recordó a sí mismo.

De repente, su móvil sonó en el bolsillo, delatando su presencia.

—Maldita sea —murmuró, poniéndolo en silencio rápidamente, aunque demasiado tarde.

Las dos mujeres se giraron hacia él. No tenía escapatoria, así que fingió estar allí por otro motivo y avanzó con pasos largos y decididos.

—Hola —saludó brevemente a Deirdre antes de volverse hacia su abuela con una expresión más amistosa—. El problema de la impresora está resuelto. La máquina vuelve a funcionar de maravilla.

Sintió la mirada de Deirdre clavada en él, pero no cedió a la tentación de devolversela.

—Deirdre, querida, este es mi nieto. Qué bien que por fin lo conoces. Es soltero, por cierto. ¿A que es guapo?

Stuart sintió cómo el calor subía a su rostro. Su abuela tenía la costumbre de decir eso a todas las mujeres solteras, pero era la primera vez que le hacía sentir incómodo. Oyó a Deirdre murmurar y la miró.

Un error.

Le parecía tremendamente atractiva. Claro que lo era. ¿Qué esperaba? ¿Que se convirtiera de cisne a patito feo de la noche a la mañana? Difícilmente.

Sin embargo, tuvo que admitir que estaba aún más guapa que de costumbre. No llevaba una gruesa capa de maquillaje ni un vestido ajustado. Su tez estaba sonrosada y llevaba el pelo recogido en un moño suelto, con algunos mechones que enmarcaban su rostro. Su blusa amarilla de manga corta combinaba perfectamente con una falda vaquera, y unas sandalias de cuña completaban el conjunto. Solo le faltaba un sombrero de ala ancha para lucir perfecta en cualquier yate de Saint-Tropez.

—¡Abuela! —dijo Stuart, indignado.

Deirdre reaccionó más rápido que él, levantó una bolsa de la compra y la sostuvo frente a su torso como un escudo.

—Gracias, Shona, pero ya conozco a Stuart. No hace falta.

La forma en que enfatizó sus palabras, fría y arrogante, lo hizo enfurecer al instante. ¿Qué se creía esta mujer?

—¿A que es encantador? —insistió la abuela, sin poder morderse la lengua.

—Abuela, no necesito que me vendas, y menos aún a Deirdre —respondió Stuart despreocupo, aunque sentía un nudo apretándole

la garganta.

La abuela levantó una ceja y alternó su mirada entre los dos, captando la tensión en el aire. Finalmente, sonrió.

—Oh, ya veo. ¡Hubo chispa! Qué bien.

Stuart se quedó sin palabras. Se preguntó si su abuela estaba empezando a perder el juicio.

—Como bien ha señalado tu nieto, puedes ahorrarte los esfuerzos con nosotros —comentó Deirdre, con una sonrisa irónica y cortante.

Stuart apretó los dientes. ¿No podía mirarlo mientras hablaba? Actuaba como si él fuera invisible. Lo de esa mujer era increíble.

Shona sonrió, lo que lo confundió aún más. Miró furtivamente a Deirdre; tampoco parecía contenta. De repente, sintió que la situación lo sobrepasaba y, antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse, decidió marcharse. Que charlara con su abuela todo el tiempo que quisiera.

—Adiós —gruñó, apenas capaz de pronunciar una palabra, antes de salir por la puerta trasera de la gasolinera.

Mientras caminaba furioso hacia su casa, Stuart se preguntaba qué más podría haberle contado su abuela a Deirdre sobre él. Lo último que quería era que supiera algo de su pasado, especialmente el hecho de que lo habían dejado plantado en el altar. No le gustaba que le recordaran esa parte de su vida; le incomodaba. Había sido joven e ingenuo, y había ignorado todas las señales de advertencia.

Ya no era así, lo había superado, había cambiado, pero no quería que Deirdre lo supiera. Su lástima sería peor que el rechazo, y no estaba dispuesto a enfrentarse a eso.

Al llegar a casa, se dio una ducha para calmarse, y luego decidió ir al Lantern a tomarse una cerveza. Había trabajado sin parar en la reforma de su casa después del trabajo durante los últimos días, y hoy sentía que merecía un descanso. Además, un dolor en la ingle lo había estado molestando, señal de que necesitaba relajarse un poco.

No había quedado con nadie, lo que reducía la posibilidad de encontrarse con Deirdre. Además, había visto antes su bolsa de la compra llena de comida preparada, lo que le hacía suponer que se quedaría en casa.

Entró al Lantern y respiró hondo. Después de una rápida inspección, confirmó que ella no estaba allí.

«Menos mal».

El *pub* estaba tranquilo. Los turistas ya se habían ido; Kiltarff solo era una parada para la gran mayoría, y pocos se quedaban a pasar la noche. Eso significaba que en verano el negocio del Lantern era más activo durante el almuerzo.

Kendra lo saludó con un beso en la mejilla y poco después le puso una cerveza delante.

—¿Quieres comer algo? No tienes buen aspecto. No estarás enfermo, ¿verdad?

Stuart levantó una ceja.

—Suenas como mi madre.

Kendra rio.

—Me lo tomaré como un cumplido. Pero en serio, ¿dónde te has metido estos días?

—Mucho trabajo —respondió con brevedad, dando un sorbo a su cerveza—. Tengo que arreglar mi casa antes de que se derrumbe.

—Oh, demasiado trabajo. ¿Has comido bien? Tienes mala pinta, parece que hayas perdido peso.

—¿Esto es un interrogatorio?

Kendra rio de nuevo.

—Vale, entonces o tienes hambre o el corazón roto.

Stuart casi escupió la cerveza.

—¿Es que os habéis vuelto todos locos hoy? Tengo hambre, nada más. Tomaré pastel de carne, si tu querido argentino es capaz de hacerlo.

—La verdad es que estás de un humor de perros —comentó Kendra con una sonrisa ligera antes de desaparecer en la cocina. Cuando regresó, lo hizo con un gesto divertido en el rostro—. El argentino dice que si no te portas bien conmigo, te dará un puñetazo. Pero sí, hoy acertó con el pastel de carne. Está muy bueno.

Stuart asintió.

—Gracias. Lo siento, Kendra, no quería ser tan desagradable.

Ella le dio una palmadita en el brazo.

—No pasa nada, solo te estaba tomando el pelo. Puedes hablar conmigo, ¿lo sabes? ¿Qué te preocupa?

No quería hablar. Por suerte, la puerta del Lantern se abrió y entraron Deirdre, Ellie, Kenneth y Michelle.

«Perfecto. Allí estaba, justo la persona que quería evitar».

Stuart giró rápidamente la cabeza hacia su cerveza, con el ceño fruncido.

—Se trata de la abuela —dijo finalmente.

Era cierto, aunque solo parcialmente. Otra parte de su mal humor tenía un origen diferente, pero no quería pensar en ello en ese momento, y menos mientras escuchaba la risa melódica de Deirdre a sus espaldas.

—¿Está enferma? —preguntó Kendra confundida.

Al principio, Stuart no entendió a qué se refería. Entonces recordó que había mencionado a su abuela.

—No, afortunadamente no. Pero no quiere que la ayuden. Tengo ideas para la gasolinera, pero las rechaza constantemente. No tiene sentido. Se pasa todo el día allí, desde la mañana hasta la noche, cuando no es necesario. Quiero descanse, que reduzca el horario, sobre todo en invierno. El surtidor automático podría darle algo de alivio, pero se resiste.

—El otro día me preguntaba por qué aún no lo habías instalado. Pensé que era un problema de entrega —comentó Kendra.

—Sí, ya me gustaría —refunfuñó Stuart, dando otro sorbo a su cerveza.

Kendra le acercó un bol de palomitas.

—Podrías pedirle a Deirdre que engatusara a Shona. Se rumorea que hacen un gran equipo.

—¿Un gran equipo? —repitió él, confundido.

—¿No lo sabes?

—Dios mío, ¿qué pasa? —preguntó, impaciente.

—Deirdre ha estado yendo a la tienda toda la semana por las mañanas para ocuparse de la mercancía y ayudar a tu abuela en todo lo necesario, porque la chica que iba está enferma. Y luego trabaja en su proyecto para Ellie y Kenneth. Es polifacética, diría yo. Todo el mundo la adora.

Stuart reprimió un suspiro de fastidio mientras giraba el vaso entre los dedos.

—Sí, empiezo a darme cuenta —respondió, lo que hizo que Kendra sonriera ampliamente.

—Bueno, tengo que seguir trabajando —replicó ella, sin más comentarios, y se alejó hacia la barra.

Si Stuart no hubiera pedido comida, se habría marchado en ese momento. Pero no le quedó más remedio que esperar y resistir la tentación de volver la cabeza para buscar a Deirdre.

No entendía por qué reaccionaba de manera tan exagerada ante esa mujer.

CAPÍTULO 9



Tener algo en el estómago había mejorado su humor. Stuart acababa de salir del Lantern y observaba el cielo del atardecer. El sol poniente pintaba el horizonte con colores casi cursis, mientras el lago Ness parecía más místico de lo habitual. Era una suerte que no fuera un sentimental, porque sería fácil dejarse arrullar por el ambiente romántico. Decidió ponerse en marcha, ignorando el paisaje.

—¡Eh, espera! —gritó alguien detrás de él.

Stuart se quedó helado. Deirdre apareció a su lado.

«¿De qué demonios va todo esto?».

Se volvió hacia ella y se sorprendió al verla sonreír tímidamente.

«¿Habían aparecido extraterrestres en el lago y sustituido a la Deirdre que conocía por una versión más amistosa?».

No es que no fuera amable con los demás, pero parecía haber hecho una excepción con él. Hasta ahora.

—¿Qué quieres? —refunfuñó, desconfiado.

—Vamos, te acompañaré un rato —sugirió ella.

No podía negarse sin parecer grosero, así que asintió.

—Como quieras.

Sabía que ella era perfectamente capaz de seguir su ritmo, con tacones altos y todo. Quizá por eso aumentó un poco la velocidad, pero Deirdre no se quejó, aunque tuvo que dar algunos pasos

apresurados para mantenerse a su lado. Le pareció gracioso y reprimió una sonrisa.

El trayecto al taller no duró más de cinco minutos. Ninguno de los dos habló, y Stuart no entendía qué quería de él tan de repente. Seguro que no tenía que ver con el consejo de su abuela.

«Difícilmente».

No le gustaba cómo reaccionaba su cuerpo ante esa absurda idea. Su cabeza sabía exactamente qué hacer, pero el resto de él... Bueno, todavía quería besarla. Y mucho más que eso. Stuart se cruzó de brazos cuando pararon.

—Ya hemos llegado —dijo, seco.

Los ojos de Deirdre recorrieron el entorno, como si buscara algo, para después mirarlo directamente a la cara. A Stuart se le cortó la respiración.

«Maldita sea».

El brillo en sus ojos tuvo un efecto devastador en su autocontrol.

«¡Al diablo!».

—Yo, um... tengo una pregunta para ti —empezó ella, con una voz sorprendentemente dulce. Y definitivamente diferente a lo habitual.

Por un breve instante, pensó que ella podría sentir lo mismo que él. Quizá también se preguntaba constantemente cómo sería...

—Stuart, sé que esto puede sonar un poco inesperado, pero... —dijo, y él contuvo la respiración.— Me preguntaba si podríamos tomar prestados tus coches de época para el castillo de Kiltarff de vez en cuando. Los vi el otro día y pensé que serían perfectos para bodas y ocasiones especiales. Acabo de hablarlo con Ellie y Kenneth, en el *pub*, y les encanta la idea. ¿Qué te parece?

Stuart parpadeó varias veces, incrédulo. ¿Había oído bien?

Deirdre le miraba expectante, con esos ojos enormes que solo conseguían irritarle más.

Donde hacía un momento sentía el deseo ardiendo en sus venas, ahora solo quedaba ira.

—Olvídalo —dijo, ronco, mientras la furia lo invadía. «¿Cómo pude siquiera creer, ni por un segundo, que…?». Cortó sus pensamientos en seco, furioso consigo mismo.

—Pero Stuart —protestó Deirdre, frunciendo el ceño—. Por supuesto, recibirías una tarifa razonable por el alquiler.

—A ver, Deirdre, ¿no me has oído? He dicho que no.

Ella apretó los labios brevemente y cruzó los brazos frente al pecho. Sus miradas chocaron como si fueran espadas desenvainadas. El corazón de Stuart latía demasiado rápido. No era solo rabia. Había algo más que Stuart no podía evitar, aunque le costaba admitirlo incluso para sí mismo. Permaneció en silencio, resistiendo el impulso de decir algo que pudiera empeorar la situación.

—Entiendo que yo no te guste. No sé por qué, pero no viene al caso. Te agradecería que fuéramos profesionales, por favor —sugirió Deirdre, con tono firme.

Stuart expulsó el aire lentamente, un gesto que a ella casi le pareció divertido. Deirdre se destensó y dejó caer los brazos como si acabara de recordar algún consejo sobre comunicación: «no seas hostil con la persona de la que esperas un favor». Pero él no cambió su postura. La idea lo irritó aún más.

«¿Así que solo había sido amable con él porque quería algo?».

Eso le trajo a la mente recuerdos de su pasado, recuerdos que prefería mantener enterrados. No. No volvería a dejarse engañar por alguien que actuaba por puro interés.

—Si fuera por mí, podría entenderlo —continuó Deirdre—. Pero esto es por Ellie y Kenneth. Y ellos dos te caen bien.

«Dios. Esa mujer sabía exactamente qué botones presionar».

Pero Stuart no cedió. Ni siquiera tuvo que verbalizarlo, Deirdre entendió perfectamente su negativa. Ella levantó una ceja, con expresión desafiante.

—Eso es lamentable, Stuart. En Kiltarff, la gente se apoya, se ayuda. Eres la primera excepción que me he encontrado.

Sus palabras dieron en el blanco, aunque intentó no mostrarlo. Pensó en lo que Kendra había dicho antes en el *pub*, que Deirdre ayudaba a su abuela todas las mañanas. Y por cómo reaccionó, parecía que no sabía que él era el famoso nieto al que Shona siempre intentaba emparejar. Eso era, al menos, un punto a su favor.

Pero todo lo demás… hablaba en su contra. Su comportamiento, sus demandas. Ni siquiera por su abuela podía cambiar de postura. Y esto no tenía tanto que ver con los coches clásicos como con un asunto de principios. Aunque no podía definir exactamente cuáles eran esos «principios».

Deirdre tenía razón en que ayudar a Ellie y Kenneth era lo correcto. Lo sabía, lo sentía. De hecho, él mismo podría haber tenido la idea de alquilar sus coches clásicos para ocasiones especiales. Pero había algo en su interior, un bloqueo, que no podía superar.

Además, no quería que se sentaran extraños en sus coches. Esos coches eran suyos. Sus tesoros.

—Buenas noches —dijo finalmente, con un tono sobrio y frío.

Y luego se giró, dejándola de pie en medio de la calle. Bastante que no había salido corriendo desde el principio.

Dos horas después, Stuart seguía sintiéndose fatal. Lo peor de todo no era que se sintiera como un gilipollas, sabía perfectamente que había actuado como uno. Su terco comportamiento había sido inadecuado. Ellie y Kenneth eran importantes para él, y sabía lo duro que estaban trabajando para hacer realidad su sueño de convertir el castillo en un hotel. Por supuesto que debía ayudarlos.

Si era necesario, él mismo podría conducir el coche para llevar a una pareja de novios.

Stuart dejó escapar un sonido que era mitad maldición, mitad gruñido.

Había intentado acostarse después de entrar en su piso, pero dormir era imposible. La vocecita en su cabeza lo torturaba.

«Ve a ver a Deirdre y discúlpate».

¿Pero de qué serviría?

Además, corría el riesgo de atraparla entre sus brazos y la besarla salvajemente. Era ridículo, pero, por desgracia, existía ese peligro.

Por un instante, consideró aliviar la frustración sexual por otro lado. Pero sabía, por la experiencia de las últimas noches, que su rostro aparecería en su mente en cuanto lo intentara. Esa mujer se

había incrustado en sus pensamientos, y no quería alimentar aún más esa obsesión. Ya lo había intentado antes y solo logró desearla aún más.

«Esta mujer me está volviendo loco».

—Mierda —refunfuñó y se levantó de la cama de un salto.

Se vistió mecánicamente y salió de su casa hacia la cabaña de Deirdre. Quizá ya estuviera dormida. Una parte de él lo deseaba fervientemente, aunque otra esperaba lo contrario.

«Voy a necesitar un psiquiatra antes de perder completamente la cabeza».

Cuando llegó y vio la luz encendida tras las ventanas, exhaló con fuerza. Sus manos empezaron a sudar. ¿Debería o no debería? Había repasado varias veces qué decirle, pero cuando llegó a la puerta y llamó, su mente se quedó en blanco.

«Completamente en blanco».

No se reconocía, y eso no le gustaba nada. Quizá todo sería más fácil si se acostara con ella. Tal vez después podría seguir con su vida como antes. Sin embargo, dudaba que ella estuviera interesada en reanudar ese tipo de actividades.

Y, además, no había venido por eso. Menos mal que se acordó.

Pasó lo que pareció una eternidad antes de que ella abriera la puerta. Estaba a punto de llamar de nuevo o, directamente, marcharse, cuando Deirdre apareció por fin frente a él. Llevaba la misma ropa que antes.

«Afortunadamente».

Aunque, al mismo tiempo, pensó que era una pena que no llevara una de esas camisas de seda que dejaban muy poco a la imaginación. De repente, sintió la garganta seca.

—Hola —graznó.

Deirdre lo miró con escepticismo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... quería disculparme contigo.

Sus ojos se abrieron un momento por la sorpresa antes de volver a serenarse.

—Ya veo.

Parecía una pregunta más que una afirmación.

«Caray, esta mujer consigue que hasta pedir disculpas sea un martirio».

—Siento haber sido tan... duro contigo —logró decir, aunque con esfuerzo.

—Vale, aceptado —respondió ella de repente, como si las palabras hubieran salido solas. Luego añadió—: ¿Te gustaría entrar?

Él dudó un momento, sopesando si habría algún trasfondo en su invitación. Normalmente, cuando las mujeres lo invitaban a entrar, había un motivo claro. Pero con Deirdre nunca podía estar seguro. Ella era un misterio, un libro cerrado no era nada comparado con ella. Y eso le ponía furioso. Demasiado para alguien que intentaba mantener siempre el control.

—No sé si es una buena idea —respondió con indecisión.

Deirdre hizo un gesto casual con la mano, añadiendo una risita dulce. Parecía un poco artificial, pero, lamentablemente, envió oleadas de placer directas a su abdomen. Después de todo, solo era un hombre. Stuart respiró hondo, intentando mantener la compostura.

—Vamos, no muerdo —dijo ella con una sonrisa que, esta vez, parecía sincera.

«Pero podrías», pensó.

—No quiero que nos peleemos como el perro y el gato cada vez que nos veamos —dijo Deirdre, con tono serio—. Entra, lo hablamos, lo arreglamos, y cada uno puede seguir con su vida. Enterremos el hacha de guerra.

Sonaba razonable, así que Stuart asintió.

—De acuerdo.

Deirdre se hizo a un lado y le dejó pasar. El aroma de su perfume captó de inmediato la atención de Stuart.

«¿Por qué esta mujer tenía que oler tan bien?».

Todo en ella parecía estar perfectamente calibrado para desquiciarlo. Bueno, casi todo.

Al entrar en la sala de estar, Stuart se detuvo sorprendido.

—¿Qué ha pasado aquí? —casi chilló, mirando alrededor.

—Lo sé —dijo ella desde su lado—. Pero es como mejor pienso. Un poco de caos creativo nunca hace daño a nadie.

Deirdre sonrió y, aunque él apenas la miró de reojo, el gesto envió una punzada a cierta zona que le hizo sentirse incómodo. No se atrevió a mirarla directamente, temía perder el poco autocontrol que le quedaba si lo hacía. Si se acercaba demasiado, estaba seguro de que haría algo de lo que se arrepentiría más tarde.

«Y eso no solo sería inapropiado, sería un error garrafal».

Stuart decidió avanzar y fingir que revisaba las notas. Una nota en una esquina capturó su atención. En ella, Deirdre había subrayado dos veces las palabras «coche clásico» alrededor de otras palabras clave.

«Por supuesto».

Eso le recordó exactamente por qué estaba allí.

Se giró hacia ella y se sorprendió al encontrarla de pie a tan solo un metro de distancia. Era como si hubiera estado siguiéndole y mirando por encima de su hombro. Un delicado rubor cubría sus mejillas, pudo notarlo incluso bajo la tenue luz de la cabaña.

—Deirdre —empezó, y su nombre salió de sus labios con sorprendente facilidad. Su voz sonó un poco áspera, aunque esperaba que solo él lo hubiera notado.

—¿Sí? —respondió ella, con una leve inclinación de cabeza.

—He estado pensando en lo del coche antiguo.

—¿Tan rápido?

Una leve sonrisa apareció en los labios de Stuart.

—Sí, tan rápido. Por supuesto que quiero ayudar a Ellie y Kenneth. Solo hay una cosa más... Puede que pienses que soy mezquino o quisquilloso, pero tengo un apego especial por mis coches. No cualquiera puede conducirlos.

—Por supuesto que contrataríamos a alguien cualificado —respondió Deirdre con seguridad—. No puede ser tan difícil. Y tampoco lo tendrías que hacer gratis.

—No se trata del dinero —dijo Stuart, sacudiendo la cabeza—. Es que esos vehículos son algo especial. He puesto mi corazón y mi alma en ellos. Puede que no lo sepas, pero he restaurado esos coches desde cero, buscando cada pieza de repuesto y cuidando cada centímetro de la pintura... —a pesar de temer parecer tonto,

continuó —: esos coches son como bebés para mí. No podría soportar que alguien los rayara o les diera un golpe.

Ya lo había dicho. Ahora que pensara que estaba loco si quería. Stuart se preparó para un comentario sarcástico de Deirdre, como solían hacer muchos de los que lo rodeaban.

—Puedo entenderlo. Lo siento, no lo había pensado —respondió ella con sinceridad.

Los ojos de Stuart se abrieron de sorpresa.

—¿No te parece una tontería? —preguntó, incrédulo.

Deirdre dio un paso hacia él, acercándose más de lo esperado. Stuart se dio cuenta de la poca distancia entre ellos solo cuando ella carraspeó y retrocedió.

—No es ninguna tontería —dijo ella con calma—. Claro que son objetos únicos que no se pueden sustituir fácilmente si pasara algo. Es una pena. Probablemente no se pueda hacer nada, habría sido demasiado fácil. No te preocupes, ya se me ocurrirá otra cosa.

Se dirigió a la pizarra y empezó a garabatear junto a las palabras «coche clásico». Stuart leyó que había escrito «Buscar en internet otros proveedores» y, al hacerlo, se sintió incómodo.

«No quería que buscara otros proveedores».

—Espera —dijo, quitándole el bolígrafo de la mano.

Sus dedos se rozaron, y ambos se sobresaltaron. El rotulador cayó al suelo. Ambos se agacharon al mismo tiempo para recogerlo, y sus miradas se encontraron. Por un momento, el mundo pareció detenerse. El aire a su alrededor se cargó de electricidad. El crepitar de la tensión sexual era palpable.

Fue Deirdre quien se levantó primero, rompiendo el contacto, y con un gesto firme dejó el bolígrafo sobre la mesa, como si quisiera disipar la conexión que acababa de tener lugar entre ellos.

—Encontraremos una solución —dijo Stuart, intentando romper el silencio que se había instalado entre ambos.

Deirdre lo miró, pero su expresión era un enigma. ¿Incertidumbre? ¿Confusión? Lo que estaba claro era que no había satisfacción en su mirada, y Stuart sintió una urgencia repentina de salir de allí antes de hacer algo estúpido.

—Tengo que irme —refunfuñó, evitando mirarla.

Salió furioso de la cabaña, sintiendo el calor de sus emociones mientras la puerta se cerraba tras él.

* * *

Las manos de Deirdre seguían temblando mucho después de que Stuart se hubiera ido. No lograba entender las reacciones de aquel hombre. Justo cuando creía que empezaba a descifrarlo, él le demostraba que estaba completamente equivocada. Se quedó frente al panel, contemplando las notas dispersas. ¿Significaba eso que Stuart ayudaría a Ellie y Kenneth con los coches antiguos? ¿Por qué al principio se había negado y luego, de repente, parecía estar dispuesto a colaborar? Quiso imaginar, por un breve instante, que lo había hecho por ella, pero sabía que no era el caso. La lealtad hacia sus amigos había sido un argumento mucho más poderoso que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho.

«Lástima», pensó por una fracción de segundo antes de llamarse a sí misma estúpida.

Decidida a no lidiar con aquellos sentimientos contradictorios, cogió el portátil que le habían prestado en la consulta de Michelle y empezó a trabajar en la página web del hotel. Había discutido todos los detalles con Ellie y Kenneth y estaba lista para comenzar.

Siguió meticulosamente cada uno de los pasos, perdiéndose en la tarea como una forma de distraerse. No fue hasta que sus ojos comenzaron a arder de cansancio que se dio cuenta de la hora. Miró el reloj, eran poco más de las cuatro de la mañana.

—Oh, mierda —protestó, guardando su trabajo antes de apagar el ordenador.

Se dirigió al baño y se lavó los dientes. La ventana estaba abierta y dejaba entrar el aire fresco del amanecer. Un rayo de luz en el horizonte iluminaba el cielo, y los pájaros ya comenzaban a entonar su primer canto del día.

Había algo tranquilizador y mágico en aquel momento. Deirdre respiró profundamente un par de veces, intentando absorber algo de esa serenidad antes de acostarse. Pero, a pesar del agotamiento, el

sueño no llegó tan rápido como esperaba. Su mente se centró en Stuart, en su mirada intensa, en la forma en que sus labios se curvaban al hablar y, sobre todo, en los sentimientos que aquel beso habían despertado en ella. Apretó una almohada contra su cara y dejó escapar un gemido frustrado.

«No quiero pensar en él», se repitió. «Y mucho menos mientras estoy en la cama».

Sin embargo, su cerebro tenía otros planes. La escena que habían protagonizado volvía una y otra vez, la chispa que había saltado entre ellos cuando el bolígrafo cayó al suelo. Incluso ahora, el recuerdo hacía que su corazón latiera más rápido.

«Maldita sea».

Sabía que no tenía sentido. Que pensar en él no llevaba a ninguna parte. Intentó contar ovejas. Intentó concentrarse en cualquier otra cosa. Pero, inevitablemente, sus pensamientos se mezclaron en un revoltijo de imágenes y emociones, hasta que el caos adoptó un rostro humano. Un rostro demasiado familiar.

Deirdre se despertó sobresaltada y se sentó en la cama de un salto. Parpadeó, cansada, mientras notaba cómo el sol inundaba ya la habitación. Había conseguido dormir, pero no fue un sueño reparador. Y, definitivamente, había sido demasiado corto. Un vistazo al reloj le reveló que ya eran más de las ocho. No tenía tiempo para desayunar, pero no le importó. Se duchó a la velocidad de la luz, se puso ropa cómoda y se dirigió hacia la gasolinera de Shona. Hacía días que había dejado de usar tacones. No encajaban con su rol de reponedora y, curiosamente, se sentía igual de cómoda en zapatillas.

Después de intercambiar unas palabras con Shona, comenzó su rutina diaria. Cada vez era más eficiente, incluso planificaba los pedidos nuevos y hacía sugerencias.

—Aprendes increíblemente rápido —la elogió Shona a la hora de comer, cuando Deirdre terminó sus tareas.

Ella sonrió, satisfecha, pero no tuvo tiempo de responder. Una mujer salió del despacho y se acercó a ellas. Había algo familiar en su aspecto. Era de complexión robusta, pero vivaracha, con unos ojos marrones brillantes y una barbilla marcada. Su rostro, surcado de arrugas, irradiaba amabilidad, como si sonriera a menudo.

—¡Tú debes de ser Deirdre! —exclamó con entusiasmo, avanzando hacia ella—. Qué bien que por fin nos conozcamos. Soy la hija de Shona, la madre de Stuart, Betty.

Deirdre parpadeó, sorprendida.

«Así que el parecido familiar era real, después de todo».

—Encantada de conocerte —dijo, tendiéndole la mano.

Betty ignoró la mano extendida y, en su lugar, la abrazó con calidez.

—Ni siquiera sé cómo darte las gracias. Has sido de gran ayuda esta semana, mucho más competente y rápida que cualquiera que haya trabajado aquí antes que tú.

Deirdre sintió que se sonrojaba ante el entusiasmo de Betty.

—Gracias —murmuró, algo incómoda, pero también halagada.

Betty se apartó, con una sonrisa genuina que iluminaba todo su rostro.

—Te lo digo en serio, muchacha. Stuart debería pasarse por aquí y tomar nota. Pero, bueno, ya sabemos cómo es mi hijo —añadió, riendo suavemente.

Deirdre no pudo evitar sonreír.

«Sí, ya sabía cómo era Stuart, y eso era parte del problema».

La vergüenza se extendió por Deirdre, y sintió el calor en sus mejillas mientras enrojecían.

—Gracias —dijo tímidamente.

—¿Qué tal si vienes a cenar a casa? —sugirió Betty con entusiasmo. Luego se volvió hacia Shona—. Mamá, quizá por una vez podrías cerrar la gasolinera temprano, ¿no?

La anciana pareció meditarlo.

—Um, la verdad es que no me gusta mucho la idea, pero podría estar bien. Como excepción.

—Ni que no hubiera gente en el pueblo dispuesta a trabajar unas horas para ganar un dinero extra. Los adolescentes, por ejemplo, estarían encantados de trabajar aquí de vez en cuando para completar su paga —dijo Betty, con tono persuasivo.

—Ya estamos otra vez —refunfuñó Shona—. Me las apaño bien sola. Pero haré una excepción por Deirdre. Llamaré a Pam para ver si puede venir hoy.

Deirdre percibió una dinámica en la conversación que no terminaba de comprender. Quedaba claro que Shona prefería estar al mando en la gasolinera y no delegar ni siquiera unas horas, aunque también estaba claro que Betty sabía cómo presionarla. Había pensado en declinar la invitación, pero temía parecer grosera. Además, Betty le caía bien, al igual que Shona.

—¿Estás libre esta noche? —quiso saber Betty, mirándola con curiosidad.

Deirdre asintió. No tenía planes aparte de las tareas de Ellie y Kenneth, y estas podían esperar.

—Sí, claro, me encantaría. ¿A qué hora voy?

—No antes de las ocho —intervino Shona rápidamente.

Betty la miró con resignación antes de dirigirse de nuevo a Deirdre.

—A las siete estará bien, ¿verdad, mamá?

—Sí, sí, a las siete entonces —murmuró Shona, agitando la mano.

—¿Sabes dónde vivo? —preguntó Betty.

—Er, no, todavía no.

Betty le dio las indicaciones, y Deirdre, mientras asentía, se preguntó si Betty estaría casada. Quizá divorciada.

«No sería raro».

—Nos vemos entonces. Hasta luego —dijo Deirdre antes de salir de la gasolinera.

Mientras se dirigía al castillo para su reunión con Ellie, el cielo se había ido oscureciendo y cubriendo por espesas nubes, un viento fresco soplaba desde el oeste. Las primeras gotas gruesas empezaron a caer antes de que alcanzara la entrada del hotel. Deirdre echó a correr.

Con la respiración agitada, llegó a la puerta giratoria justo cuando el aguacero empezaba a caer en todo su apogeo. Se abanicó con la mano mientras recuperaba el aliento y se dirigió hacia Ellie, que estaba en la recepción hablando por teléfono.

Cuando Ellie colgó, le sonrió y se acercó a darle un abrazo.

—Justo a tiempo, ¿eh?

Deirdre rio, todavía jadeante.

—Sí, por suerte. Aún no me acostumbro a que el tiempo aquí cambie tan rápido.

—Pero por lo demás, te sientes cómoda con nosotros, ¿verdad?

Deirdre dudó por un momento.

En realidad, había estado tan ocupada que apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre Kiltarff. Había una razón por la que podría sentirse incómoda, aunque no quería pensar en ella ahora. Por otro lado, el silencio de Londres tras enviar su carta al bufete de abogados le recordó que quizá debería contactar con su inquilino. Pero rápidamente descartó el pensamiento. Notó que Ellie seguía esperando una respuesta, por lo que sonrió y dijo con sinceridad:

—Sí, estoy muy feliz aquí. Me gusta la vida en el pueblo mucho más de lo que imaginaba.

Esa era realmente la verdad, y Ellie, que obviamente podía leer entre líneas bastante bien, asintió con conocimiento de causa.

—Me alegra oír eso. Al principio cuesta un poco adaptarse, lo sé. Mientras no estés deseando volver a Londres lo antes posible...

—Er, no. En absoluto.

Era cierto, y el hecho de que responder le hubiera resultado tan fácil hizo que reflexionara un momento.

—Me hace feliz oír eso. Quizá seas como Michelle y te quedes para siempre —dijo Ellie, sonriendo.

Deirdre no quiso corregirla.

«Definitivamente, no viviría en Kiltarff».

Por desgracia, su futuro era completamente incierto. Antes de continuar, optó por cambiar de tema.

—¿Nos ponemos en marcha? —sugirió, sacando el móvil para consultar la lista de tareas pendientes que se había enviado por correo electrónico. Se había dejado el portátil en la casa, pero no suponía un problema, trabajar desde el móvil no era tan cómodo, pero sí suficiente.

—Por desgracia, no tengo a nadie para cubrir la recepción, así que tenemos que quedarnos cerca. Solo tenemos tres habitaciones ocupadas en este momento, y los huéspedes se han ido tras el desayuno. ¿Te apetece un café? —preguntó Ellie.

Deirdre, aunque hambrienta y sintiendo el peso de la corta noche, no quería poner en apuros a Ellie.

—Está bien, gracias. No necesito nada.

—¿De verdad que no?

Deirdre sonrió.

—No, tenemos mucho que hacer. Pongámonos a ello.

Ambas se sentaron detrás del mostrador de recepción, donde había dos sillas. Deirdre tomó la iniciativa:

—Veamos. Ya hemos decidido el lugar de la boda, ¿verdad? —bromeó.

Ellie rio suavemente.

—Sí, eso está resuelto.

—La iglesia también está reservada. El padre de Maisie se ocupará, ¿verdad? —preguntó Deirdre.

—Exactamente. Esa es la idea.

—¿Y la floristería?

—Sí, también está arreglado.

—¿Lo ves? Vamos bien. —Deirdre sonrió, haciendo una pausa antes de preguntar—. ¿Y el vestido de novia?

Ellie se movió un poco incómoda.

—No, todavía no tengo vestido.

Deirdre frunció los labios.

—Entonces ya es hora de remediarlo, ¿no crees? ¿Dónde se pueden comprar vestidos de novia por aquí?

—Em... ¿Inverness? ¿Edimburgo?

—¿Tienes alguna idea en mente? ¿Quieres ir hacia el altar como una princesa de cuento de hadas?

—¡Oh, no hagas eso! —protestó Ellie, haciendo reír a Deirdre.

—¿Quieres que echemos un vistazo juntas? Podemos buscar *online* primero y localizar algunas direcciones.

Ellie dudó un momento antes de hablar.

—Tengo una idea, pero temo que no esté al nivel del conde. Kenneth llevará falda escocesa, y ambos hemos convenido que yo lleve un vestido blanco. Eso es todo lo que ha dicho, porque quiere que yo elija, quiere que le sorprenda.

Deirdre sonrió ante la sinceridad de Ellie. Era evidente cuánto se amaban.

—Eso es muy romántico. Estoy segura de que Kenneth confía plenamente en ti.

—Entonces creo que son mis propias expectativas las que me bloquean. Quiero hacerlo feliz.

—Lo lograrás si tú misma te sientes bien ese día —dijo Deirdre con firmeza.

Ellie asintió, pasando la mano por su frente.

—Tienes razón. Pero a veces me siento insegura... No soy de la nobleza, y en momentos como este me siento abrumada.

Deirdre le puso una mano en el brazo para tranquilizarla.

—Todo irá bien. Vayamos de compras este fin de semana. Seguro que encontramos algo. ¿Te parece llevar a tus amigas?

Ellie sonrió.

—Es una buena idea. Me gusta lo pragmática que eres.

Deirdre tomó nota mental de que, además de buscar el vestido de novia, podrían organizar la despedida de soltera en el mismo viaje, y Edimburgo sería un lugar perfecto para ello. Después de la cita con Ellie, planeó pasarse por casa de Maisie. Una de las ventajas de Kiltarff era lo cerca que estaba todo. En Londres, habría pasado medio día en el metro antes de poder tachar dos tareas de su lista.

Deirdre y Ellie trabajaron sin descanso durante varias horas. Abordaron todas las cuestiones pendientes y dieron los primeros pasos importantes. Kendra había proporcionado contactos para el *catering*, y Ellie revisaría la lista de invitados con Kenneth a última hora para poder enviar las invitaciones. Iban tarde, pero no demasiado, lo cual era una buena noticia.

—Va a ser una gran fiesta —prometió Deirdre con una sonrisa.

Ellie la abrazó con tanta fuerza y afecto que, por un segundo, Deirdre sintió que no podría respirar.

—No sabes lo agradecidos que estamos. Y te prometo que te daremos una jugosa gratificación en cuanto el negocio empiece a funcionar.

—En realidad, no se trata del dinero —respondió Deirdre con sinceridad.

—Lo sé, pero aún así queremos hacerlo —insistió Ellie, sonriendo.

Después de despedirse, Deirdre se dirigió a casa de Maisie.

Mientras caminaba por la carretera principal, un mareo repentino la detuvo en seco. Sintió cómo su visión se nublaba y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se agarró a una farola y cerró los ojos, intentando estabilizarse. A través de la niebla de su mente, oyó el sonido de un coche frenando y pasos apresurados hacia ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó una voz masculina. Una voz demasiado familiar.

Deirdre apenas podía procesarlo, pero la sensación de unos brazos fuertes sujetándola la hizo apoyarse sin reservas. Se dejó caer en los brazos de Stuart y descansó la frente sobre su hombro mientras intentaba recuperar el control de su cuerpo.

—¿Estás borracha? —preguntó él.

La frase le golpeó como una bofetada. El momento de debilidad pasó reemplazado por una mezcla de furia e indignación.

«¡Será idiota!».

—¿Borracha? —replicó bruscamente, aunque su voz no sonó tan firme como deseaba—. ¿Qué se te ha pasado por la cabeza? ¿Qué quieres?

Captó un atisbo de preocupación en la mirada de Stuart antes de que su expresión volviera a endurecerse. O quizás se lo hubiera imaginado.

—¿Que qué quiero? Es curioso. Casi te desmayas como la Bella Durmiente. Solo quería ayudarte.

Aunque seguía algo mareada, Deirdre levantó una mano con un gesto impaciente.

—Ya has comprobado que estoy bien. Puedes seguir tu camino, donde sea que vayas. No permitas que yo te detenga.

—Claro, decir gracias sería demasiado, ¿no? —refunfuñó Stuart mientras volvía a su coche.

—¡Gracias! —gritó sarcástica—. ¡Gracias por insinuar que me entrego al alcohol a plena luz del día!

Lo vio marcharse a toda velocidad en un coche que no reconoció. Probablemente era una prueba de conducción tras una reparación.

«¿Qué más da? No me importa en absoluto».

Todavía molesta y agotada, continuó hacia la librería de Maisie. Al llegar, la librera la miró con preocupación.

—¿Qué te ha pasado? Estás pálida como un fantasma.

Deirdre sonrió débilmente.

—No tuve tiempo de maquillarme adecuadamente esta mañana.

—Y probablemente tampoco para el desayuno, ¿eh? ¿Y el almuerzo también se te ha pasado?

Deirdre se removió incómoda. Maisie había dado en el clavo con demasiada precisión.

—Algo así.

—Caray, Deirdre, te estás excediendo con el trabajo. Tienes que reponer fuerzas o acabarás desplomándote.

Deirdre no quiso contarle lo cerca que había estado de desmayarse en medio de la carretera.

—Tienes razón —admitió con un suspiro—. ¿Puedo pedirte un café? Necesito cafeína.

—El café solo no será suficiente —declaró Maisie con severidad —. Pero estás de suerte, me acaban de traer una quiche recién hecha. Todavía está caliente, así meterás algo en el estómago.

Deirdre no protestó. Estaba demasiado agotada para discutir y, además, el aroma de la quiche era irresistible.

Al probar el primer bocado, gimió de placer.

—¡Madre mía, esto está buenísimo!

Maisie sonrió con satisfacción.

—¡Ja, ja, ja. Te lo dije!

Deirdre terminó de masticar y añadió:

—Pero en realidad estoy aquí por algo completamente diferente.

Le habló entonces de sus planes para la compra del vestido de novia y la despedida de soltera de Ellie.

—Podría organizar algo para el fin de semana. ¿Puedes reunir a las chicas y ver quién viene?

—Claro, no hay problema. ¿Necesitas que hagamos algo?

—Sí, venir de ganas de pasarlo bien —bromeó Deirdre.

—Eso por descontado. —Maisie rio—. Eres increíble, ¿lo sabías?

Deirdre desvió la mirada, le incomodaban los elogios.

—Gracias, pero no soy tan especial.

—Oh, sí que lo eres. A la vista está. En un abrir y cerrar de ojos, desde de la nada, eres capaz de organizar algo especial. Tienes un talento extraordinario.

Deirdre sonrió débilmente, sin saber cómo responder. Nunca había sido capaz de encajar bien los halagos. Maisie cambió de tema mientras la observaba con curiosidad.

—¿Sabes algo ya de Londres?

—Todavía no, pero intentaré enterarme de algo hoy —respondió Deirdre con un tono más serio.

—Bueno, aunque Matt está fuera por negocios, está disponible para ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, gracias. Sois muy amables. No sé qué haría sin vuestro apoyo.

Al terminar, Deirdre sacó su móvil para pagar la quiche y el café, pero Maisie negó con la cabeza.

—Invita la casa. Te avisaré cuando sepa quien está disponible el fin de semana, ¿vale? Con Ava no podemos contar, aunque no podemos culparla. Está en Italia con Colin.

—¡Claro! Pero seguro que lo pasaremos bien.

—Estoy convencida de ello.

Deirdre se despidió con un gesto amable y salió de la librería-cafetería, mirando su reloj. Eran poco más de las seis. Decidió volver a la cabaña para refrescarse y cambiarse de ropa antes de la cena en casa de Betty.

No es que la ocasión requiriera un atuendo formal, pero Deirdre quería verse bien y no porque esperaba volver a ver a Stuart, aunque, también, un poco por eso. Después de casi caer al suelo en un ataque de debilidad delante de él, no quería avergonzarse esta noche. No otra vez.

CAPÍTULO 10



Deirdre se encontró con un pequeño dilema. Quería llevarle algo a Betty como muestra de agradecimiento, pero no tenía nada en casa. Podría pasar por la gasolinera y comprar algo, pero Shona no le dejaría pagarlo, y, además, sería absurdo comprar un vino a la madre para luego llevárselo a la hija.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró ajustándose el vestido frente al espejo.

Se había puesto un vestido de verano sin mangas, largo hasta el suelo, con los colores del arco iris; encima llevaba una chaqueta corta tipo bolero, ya que por las noches en las Highlands el aire era fresco.

Salió de la casa, cerró la puerta de la casa y metió las llaves y el móvil en un pequeño bolso. Aún no sabía qué llevar a la cena. Caminó lentamente por el sendero mientras pensaba en alternativas. Justo entonces, una mariposa revoloteó junto a ella y se posó en una margarita solitaria que brotaba de una grieta en el asfalto. De repente, una idea surgió como un destello.

Deirdre se dirigió al prado más cercano y recogió un ramo de flores silvestres. No conocía sus nombres, pero eran preciosas, las había moradas, amarillas y rosa pálido. Formaban un colorido ramo que reflejaba la vitalidad del campo. Esperaba que Betty entendiera el detalle del pequeño gesto y no pensara que su regalo era una tontería. No tenía nada más.

Mientras recorría la corta distancia hacia la casa de Betty, situada cerca del taller de Stuart, el nerviosismo crecía en su pecho. No entendía por qué estaba tan inquieta, pero el corazón le latía con fuerza cuando empujó la pequeña cancela del jardín y avanzó hacia la encantadora casa.

La vivienda parecía acogedora, al menos en el exterior, con macetas llenas de flores adornando las ventanas y frondosos rosales trepando por una de las paredes. Todo parecía cuidado al detalle. Apenas había levantado la mano para tocar el timbre cuando la puerta se abrió de golpe. Betty, con un delantal ligeramente manchado sobre su vestido y las mejillas sonrojadas, apareció con una cálida sonrisa.

—¡Hola, hola! ¿Por qué no entras?

Deirdre, tímida, le tendió el ramo de flores silvestres.

—Buenas noches. Estas son para usted. Espero que le gusten las flores del prado.

Los ojos de Betty se abrieron de par en par antes de iluminarse con una a mezcla de asombro y alegría que llenó todo su rostro.

—¡Dios mío, qué bonitas! Son raros los detalles así hoy en día. ¿Las recogiste tú misma?

—Sí, claro —respondió Deirdre con algo de vergüenza, aunque alegre al ver que su pequeño esfuerzo había valido la pena.

Betty la abrazó y cogió las flores con entusiasmo.

—Bueno, antes ya pensaba que eras genial, pero ahora te has ganado mi corazón con este ramo. Debes haber sido enviada desde cielo.

Deirdre intentó detectar sarcasmo en el tono de Betty, pero no encontró nada más que sinceridad. No supo qué responder, así que simplemente sonrió. Betty le hizo señas para que entrara.

—¡Eres la primera! Stuart y mi madre aún no han llegado. Siempre llegan tarde. El negocio, ya sabes.

Le dirigió a Deirdre una mirada llena de resignación, claramente acostumbrada a lidiar con cenas servidas y comensales que llegaban tarde.

El olor que salía de la cocina era delicioso, una mezcla cálida de hierbas y carne asada que le hizo agua la boca.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció Deirdre.

—¡Tonterías! No, no. ¿Quieres un vaso de vino? —preguntó Betty mientras revisaba la estufa—. He preparado cordero, espero que no seas vegetariana. Debería haberte preguntado, pero... bueno, se me olvidó.

—No, no soy vegetariana, no te preocupes —respondió Deirdre rápidamente.

Betty exhaló con alivio.

—Gracias a Dios.

La expresión de consuelo de Betty fue tan cómica que Deirdre tuvo que reprimir una carcajada.

Betty llenó un jarrón con agua, colocó las flores silvestres en él y las llevó al comedor, que conectaba directamente con la cocina. La casa tenía un aire acogedor y algo anticuado, pero estaba impecable. Mientras Betty seguía con su tarea, Deirdre observó las fotos familiares colgadas en la pared. Había una foto de boda de Betty y un hombre con una sonrisa cálida. También había otras más recientes: niños pequeños, adolescentes y un joven Stuart en su graduación.

Cuando Betty regresó, notó la mirada de Deirdre en las fotos.

—Stuart tiene hermanos y hermanas, pero ninguno vive ya en Kiltarff —explicó Betty mientras sacaba una botella de vino de la nevera—. Su padre murió poco después de que Stuart terminara la escuela.

—Lo siento mucho —respondió Deirdre con suavidad.

Betty asintió, aceptando las palabras de consuelo.

—Sacaba muy buenas notas, las mejores de toda la familia y, de hecho, quería estudiar ingeniería mecánica. Pero cuando murió mi marido, decidió quedarse aquí y hacerse cargo del taller. Creo que está contento... o al menos eso espero. Es un hombre muy especial, aunque hay que conocerlo. —Betty hizo una pausa y sonrió—. A Stuart no le gusta que cotillee sobre él, pero bueno... soy su madre.

Deirdre no pudo evitar sonreír. Podía imaginarse perfectamente a Stuart protestando por cualquier comentario que considerara demasiado personal. Betty sirvió vino en dos vasos y levantó uno hacia Deirdre.

—Salud. Me alegra tanto que hayas venido.

—Gracias por la invitación —respondió Deirdre, levantando su copa.

Brindaron y, antes de que se diera cuenta, Deirdre estaba absorta en una conversación con Betty. Hablaron de la vida en Kiltarff, de las Highlands y de anécdotas familiares de Betty. El tiempo pasó volando, y Deirdre apenas se dio cuenta de los minutos que se deslizaban mientras reía y asentía, sintiéndose cada vez más a gusto.

* * *

Stuart llegó a casa de su madre con la abuela a rastras. Ya antes de entrar en la casa, oyó risas en la cocina. Llegaban tarde, lo que se debía, solo y exclusivamente, a que no había habido forma de sacar a la abuela de la gasolinera antes. Stuart estaba un poco molesto, aunque, por otro lado, se alegraba de haber retrasado su reencuentro con Deirdre. Una excusa estúpida, pero cierta.

Shona se adelantó para saludar primero a Deirdre, como si formara parte de la familia desde hacía años, y luego a su hija Betty. Ambas mujeres estaban sentadas en la cocina con la cena en el fuego y, a juzgar por sus mejillas sonrojadas, no era la primera copa de vino que cada una se tomaba delante de ellas. ¿Cómo lo hacía Deirdre? Parecía que envolvía a todo el mundo con una especie de magia a una velocidad récord.

—Buenas noches —saludó Stuart, un poco rígido.

Su madre le dirigió una mirada para hacerle saber, sin palabras, lo que pensaba del hecho de que él y la abuela llegaran tarde. Él se limitó a encogerse de hombros, porque no le veía sentido a justificarse ante su madre por ello.

—Hijo, puedes ir llevando la comida al comedor. Está todo en la placa y en el horno para mantener el calor.

—Por supuesto, mamá —respondió, sin mirar a Deirdre.

No tenía que hacerlo; ella era omnipresente. ¡Ese vestido! ¿De verdad? Como si quisiera ir a un festival. Por desgracia, le gustaba.

Le quedaba fantástico.

En cuanto todos estuvieron sentados a la mesa, Betty repartió la comida. Stuart debía encargarse de las bebidas. Mientras descorchaba una nueva botella —pues las señoras ya habían vaciado la primera antes de la comida—, volvió a oír la musical risa de Deirdre. Un escalofrío le recorrió la espalda. Casi se sacude.

«¡Maldita sea!».

¿Por qué era siempre tan irascible y testaruda con él?

«¡Socorro!».

No estaba celoso de que Deirdre se llevara tan bien con su madre y su abuela, ¿verdad? Algo no iba bien…

Antes de volver al comedor, Stuart bebió medio vaso de vino para calmar los nervios. Sin duda era la mejor solución para una velada entre tres mujeres. Solo esperaba que su madre no le hubiera contado a Deirdre nada sobre su pasado. La habían invitado porque querían agradecerle en familia su trabajo y ayuda en la gasolinera, no para tenderles una trampa. O eso esperaba, porque ese empeño habría estado condenado al fracaso: Deirdre y él eran tan compatibles como la realeza británica y Megan Markle.

Volvió en silencio al comedor con la botella de vino. Aunque los demás ya habían empezado, le pareció bien. Sirvió las copas sin decir una palabra, se sentó y les deseó buen provecho.

Comió en silencio, escuchando y observando a las mujeres. No podía evitarlo. En algún momento, Deirdre se dirigió a él, había estado contado lo de la despedida de soltera de Ellie y él solo se había enterado a medias, sobre todo porque estaba ocupado intentando no mirarla todo el rato. Era absurdo lo incómodo que se sentía cerca de ella. Tenso. Sobrecargado.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —preguntó Deirdre con tono despreocupado—. Quizá podrías llevarnos a Edimburgo y traernos de vuelta a casa. Seguro que tienes un coche grande en el que quepamos todas. Si no, tendría que conducir yo, y no creo que así sea tan divertido.

Stuart dejó el tenedor en la mesa y miró a Deirdre con asombro. ¿Se suponía que iba a ser el chófer de un grupo de mujeres que iban a emborracharse en Edimburgo? Ni de coña. Sobre su cadáver.

—Mmm, me temo que será difícil, tengo el taller lleno y mucho trabajo —evadió con tono neutro.

Deirdre enarcó una ceja y luego sonrió con dulzura.

—Vaya, es una pena, pero ya me lo imaginaba. Menos mal que ya había preguntado a Lewis y dijo que podría encargarse.

«¿Lewis?» Stuart se quedó helado.

«¿Cuánto hacía que le conocía? ¿Había algo entre ellos? ¿Y por qué le preguntó primero a Lewis?».

—Stuart, podrías hacerle el favor a tus amigas —le reprendió su madre, mirándole fijamente.

Stuart apretó los dientes.

—Por supuesto, quizás pueda arreglarlo. Pero no iremos en ningún coche clásico.

A Deirdre se le iluminó la cara y le brillaron los ojos.

«Mierda».

El efecto de la ilusión de Deirdre fue directo a su polla, que empezó a retorcerse lujuriosamente en sus pantalones.

—Oh, eres muy amable —balbuceó Deirdre.

¿Estaba actuando o realmente se alegraba? No pudo decirlo. Era una mujer difícil de leer.

—Sí, está bien —refunfuñó Stuart, mirando su reloj de pulsera. Eran poco más de las nueve.

Pensó en Lewis. Seguro que le interesaba. Desde luego él le había echado el ojo a Deirdre. Pero su amigo era casi peor que él en cuanto a mujeres. Cuando no estaba trabajando toda la noche, dormía en la cama de la aventura de turno. ¿Se podría Deirdre enamorar de él?

—Y bueno, ¿tienes planes? —quiso saber su abuela. Su mirada era cómplice, penetrante, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

No quería que lo examinaran, no quería que nadie lo hiciera, por eso no respondió a la pregunta de la abuela.

«Cielos. ¿Cuánto más iba a durar la cena?».

Por primera vez en mucho tiempo, se alegró de que la abuela prefiriera quedarse en la gasolinera. Eso reducía la probabilidad de que algo como esta cena volviera a ocurrir en un futuro próximo.

Tras el postre, la legendaria tarta de chocolate de su madre acompañada de una copa de licor, empezó a recoger la mesa. Mientras las tres mujeres charlaban como si fueran mejores amigas desde hacía cien años, él se ocupó de fregar los platos. Stuart acababa de cargar el lavavajillas cuando Deirdre apareció a su lado. Se enderezó. Tenía los ojos un poco vidriosos. Se estremeció.

«Maldita sea».

Si no fuera tan atractiva... Respiró hondo.

«Mierda».

Era imposible controlar sus impulsos con ella cerca.

—Solo quería despedirme —le explicó con una sonrisa.

¿Había olvidado que a ella no le gustaba? Eso parecía.

Stuart cerró el lavavajillas, se acercó a Deirdre y la abrazó, algo torpemente. Para su sorpresa, Deirdre no lo soltó; al contrario, se aferró a él con fuerza. ¿Se equivocaba, o había suspirado?

«Maldita sea».

Su cuerpo reaccionó de inmediato, y de una manera demasiado obvia. Debía apartarla; eso sería lo más inteligente. Pero se sentía demasiado cómodo teniéndola entre sus brazos, sintiéndola tan cerca. Y apostaría a que ella sentía lo mismo.

«Probablemente sea por el efecto del alcohol», pensó.

Y, por suerte, ese pensamiento bastó para apagar su libido. Que ella tuviera que emborracharse para soportarlo cerca, era algo que su ego no podía tolerar.

—¿Necesitas ayuda o puedes llegar a casa? —preguntó mientras daba un paso atrás.

Por supuesto, se dio cuenta de que la había ofendido, y ya se estaba arrepintiendo. Pero era mejor así, aunque no lo pareciera en ese momento.

—Soy capaz de cuidar de mí misma.

—Pues hoy no lo parecía a la hora de comer —refunfuñó.

Deirdre frunció los labios como dispuesta a rebatir, pero luego dejó caer los hombros y tras un breve suspiro se despidió.

—Lo que tú digas. Buenas noches.

«¿Qué le pasaba hoy? ¿No estaba de humor para una pelea verbal como de costumbre?».

Casi pensó que era una pena. De algún modo, disfrutaba de esas pequeñas riñas. Sin añadir nada más, salió de la cocina y se marchó.

Su madre y la abuela llevaron los últimos vasos del salón.

—Qué velada tan agradable —exclamó la madre, dándole un beso en la mejilla. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzarlo—. Gracias por recoger.

—Claro, sabes me encanta. Abuela, ¿quieres que te lleve a casa?

Ella ya se alejaba hacia el pasillo.

—Puedo recorrer cincuenta metros por mi cuenta, muchas gracias. Oh, mira, Deirdre ha olvidado algo. ¿Se lo podrías llevar, Stuart?

La abuela apareció en la puerta de la cocina agitando el bolso más pequeño que jamás había visto. ¿Qué cabría ahí? ¿Un sello?

—¿De verdad tengo que hacerlo? —protestó.

—No seas tan quejica —le reprendió su madre—. ¿Qué pasa? ¿No te gusta Deirdre?

—Oh, sí, le gusta. Ese es el problema. —La abuela soltó una risita.

Stuart puso los ojos en blanco. Era una conversación que no quería tener ni escuchar. Así que le arrebató el minibolso a su abuela.

—Está bien, iré a acercárselo. Buenas noches.

Stuart fue corriendo hacia la casa de Deirdre. Ella aún no había llegado cuando él la alcanzó.

—Has olvidado algo —dijo, llamando su atención para no asustarla.

Ella se dio la vuelta y, al ver el bolso que agitaba en el aire, se quedó helada.

—Oh, mierda. Qué estúpida soy.

No era la reacción que esperaba después de la escena de la cocina. Cómo no…, pero es que esta mujer nunca se comportaba como él imaginaba. Ese era el gran problema. Stuart se acercó a ella y le tendió el bolso. Probablemente le pareció raro que extendiera el brazo con rigidez, pero no quería acercarse más de lo necesario. Por diversas razones.

—Gracias. Tranquilo, no te invitaré a entrar, no te preocupes. No hace falta que pongas esa cara de asco —siseó mientras rebuscaba en el minibolso hasta encontrar la llave, lo que le tomó un tiempo sorprendentemente largo.

Realmente no tenía ni idea de lo mucho que le gustaría entrar, pero se guardó el comentario y se limitó a encogerse de hombros.

—De nada.

Ninguno se movió. Cuando se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, exhaló y comenzó a respirar con normalidad. Se estaba comportando como un idiota y eso le ponía de los nervios.

—Buenas noches, entonces.

—Espera.

—¿Qué?

«Mierda», su voz había sonado esperanzada.

—Gracias por lo del viaje a Edimburgo. Y sobre los coches clásicos para el hotel, ¿puedo llamarte mañana?

—Claro —respondió de forma cortante—. ¿Siempre estás pensando en el trabajo? ¿No desconectas? —Incluso él notó lo molesto que sonaba su tono.

Deirdre enderezó los hombros.

—Bueno, es que me gusta mi trabajo. Es una pena que a ti no te guste.

—No es eso.

—¿Entonces qué pasa? Me miras con tanto asco que tengo la impresión de que te parezco insoportable.

No tenía ni idea y, sin embargo, de algún modo, tampoco iba tan desencaminada. Ese era su dilema. Le gustaba Deirdre, la deseaba, pero había algo en ella que le recordaba demasiado a su ex, alguien que solo pensaba en su carrera y en el dinero. Por eso no entendía por qué Deirdre le fascinaba tanto. Pero, claro, eso no podía decírselo. No tan directamente, al menos.

—No tienes ni idea —fue todo lo que consiguió decir antes de girar sobre sus talones y ponerse a salvo de sí mismo.

Un segundo más y habría confesado la verdad. Y la habría besado.

CAPÍTULO 11



Stuart se sentó con Lewis en el sofá y comenzó a jugar con él a la versión de prueba de su último prototipo.

—He oído que mañana te llevas a las chicas a Edimburgo —comentó Lewis con indiferencia, llevándose a la boca unas cuantas almendras tostadas.

Lewis podía ser un noctámbulo y un empollón, pero siempre se aseguraba de comer sano. «Un poco extraño», pensó Stuart, considerando que, cuando él jugaba, prefería las patatas fritas. No es que lo hiciera a menudo, pero... en fin, daba igual.

—Sí, pensé en hacer algo por la humanidad. ¿Por qué? ¿Prefieres encargarte tú? —Stuart no miró a su compañero, pero sabía perfectamente qué pretendía.

—No puedes negarle nada a Deirdre, ¿verdad?

Stuart se envaró. El impulso de golpear a su amigo apareció tan repentina y bruscamente que perdió la concentración y causó que cayera por un precipicio en la pantalla y perdiera una vida en el juego.

—Mierda —murmuró Stuart, maldiciendo—. ¿Acaso te gusta a ti? No creo que a Michelle le hiciera gracia que te lanzaras a por Deirdre para luego dejarla y volver a tus líos —gruñó.

Lewis se rio, lo que molestó aún más a Stuart.

—¿A Michelle o a ti?

—Tú flipas. ¿Por qué debería importarme? Esa mujer es extremadamente agotadora.

—Si no te importa, ¿por qué siempre actúas como si te hubieran pinchado con un alfiler en el culo cada vez que Deirdre está cerca o alguien menciona su nombre?

Stuart dejó el mando con una calma deliberada.

—¿Te pasa algo en el cerebro? ¿Qué llevan tus almendras? ¿Ácido prúsico? Creo que tienes alucinaciones.

—Podría ser que llevaran veneno en pequeñas cantidades, pero no, no es por las almendras.

—Genial, tío, te aseguro que consigues ponerme de los nervios —Stuart se levantó de golpe—. Tengo que irme. Como bien te has comentado, mañana me espera un día jodidamente ajetreado. Todavía no sé cómo voy a lidiar con esa pandilla de locas.

Al menos no estaba mintiendo del todo, pero lo decía más por Deirdre que por el resto.

—Tío, también podría llevarlas yo. Mi camioneta es lo suficientemente grande...

—Gracias, pero tengo el vehículo adecuado —dijo Stuart, consciente de que sonaba molesto.

«Joder, tengo que relajarme».

Si incluso Lewis ya le estaba molestando con Deirdre, cualquiera podría notar que esa mujer le estaba volviendo loco. Tal vez debería dejar que Lewis se encargara del viaje. Sí, sería una buena solución antes de que dijera o hiciera algo estúpido. Cuanto menos tiempo pasara con Deirdre, mejor. Incluso si eso significaba arriesgarse a que Deirdre terminara en la cama con Lewis. No le gustaba la idea. En absoluto. Sin embargo, tenía que mantenerse alejado de ella, a toda costa.

—¿Sabes qué? Me has convencido. Llévate a las damas con tu gran furgoneta. En realidad, me estás haciendo un favor, uno muy grande. Estoy hasta arriba de trabajo y no tengo tiempo. Solo acepté porque mi madre y la abuela me presionaron con esas miradas que ellas saben lanzar. Deirdre fue muy inteligente al planearlo, es capaz de manipular a la gente sin que se de cuenta.

Lewis mordisqueó unas cuantas almendras más, disfrutando cada una de las reacciones de su amigo.

—De acuerdo —fue todo lo que dijo.

—Vaya, ¿ahora te ahorras los comentarios? ¿Qué pasa? —dijo Stuart, irritado.

Lewis se encogió de hombros y sonrió.

—¿Qué más puedo decir? Ya te dije que puedo llevar a las señoritas. No me importa. Además, seguro que será divertido.

Stuart quiso decir algo, pero no lo hizo. Si hubiera soltado algo como «no te acerques a Deirdre», habría parecido más estúpido de lo que ya se sentía y Lewis asumiría que estaba celoso.

«Pero no lo estoy», se dijo Stuart, intentando convencerse.

—¡Genial! Pues entonces diviértete —gruñó. Por desgracia, sonó tan sarcástico como pretendía.

Antes de que pudiera hacer más tonterías, Stuart se despidió y dejó a Lewis solo con la versión de prueba de su nuevo juego.

* * *

—No hay correo —le había dicho antes el inquilino a Deirdre.

Eso era bueno. Muy bueno. ¿Verdad?

No estaba segura, pero tampoco tenía tiempo para pensar en ello. Estaba a punto de salir camino a Edimburgo. Aún así, llamó a Lucy para ver si había noticias, pero no contestó.

«Y una mierda».

Entonces llamó a Margret para asegurarse. La directora de recursos humanos respondió al cuarto tono, a pesar de ser sábado.

—Hola, Deirdre, ¿cómo estás? —oyó decir a Margret al otro lado de la línea.

—Estoy bien, gracias —respondió Deirdre, lo cual era cierto. Vivir y trabajar en Kiltarff había aportado a su vida una estabilidad que no había tenido en años. Dormía mucho mejor, y por las mañanas se sentía descansada y con energía suficiente para afrontar el día—. Siento llamar en sábado.

—No hay problema. La verdad es que es más inteligente si no hablamos mientras estoy en la oficina. Como puedes imaginar, tu nombre no es precisamente popular allí en este momento.

No sonó reprobador ni molesto, más bien comprensivo, lo cual agradeció Deirdre.

—¿Entonces no hay nada nuevo, Margret?

—Puedes llamarme Maggy.

—Eh, vale. Maggy, ¿alguna novedad? ¿Se ha aclarado algo?

—¿Mantienes que tú no fuiste quien hizo las filtraciones?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —rugió Deirdre, aunque enseguida se calmó—. Lo siento. Lo repetiré de nuevo, no fui yo.

—Bueno, vale. Sabes que te creo. He estado pensando…

«Dios mío».

¡Esa mujer era un poco especialita!

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Si pudieras demostrar que no fuiste tú, la situación, por supuesto, mejoraría.

«¡Oh, no!».

—Sí, pero ¿cómo lo hago?

—Hablé con unos amigos, pero me dijeron que no podían hacer nada.

Deirdre se quedó sin palabras.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué amigos?

—Bueno, soy un poco rara, ya te habrás dado cuenta. Mi pasión, mi intimidad… —Maggy vaciló, y Deirdre rogó que no empezara a hablar de sus preferencias sexuales—. Paso mucho tiempo en comunidades *online*, jugando y cosas así. Pensé que alguien podría ayudarme, pero ninguno de mis amigos tiene esas habilidades.

Deirdre puso los ojos en blanco.

«Madre mía».

Esa mujer hablaba con acertijos, no entendía a dónde quería llegar.

—No te sigo —admitió sinceramente.

—Ya, lo siento, suelen decírmelo. A ver, Deirdre, si pudieras probar que no fuiste tú, te librarías. Decías que estabas en Escocia en ese momento.

—Sí, claro.

—Entonces bastaría con averiguar desde qué dirección IP se difundieron los documentos, los vídeos y el resto del material.

—¿Y cómo se supone que puedo hacerlo?

—¿Por casualidad no conocerás a un *hacker*?

Deirdre tomó aire.

—Eh, no. Resulta que no. Si fuera así seguro que sería rica.

Maggy soltó una risita.

—Al menos te lo tomas con humor, eso es bueno. Pero en serio, creo que esa es la única opción que tienes.

—Genial —murmuró Deirdre, desanimada. ¿Dónde iba a encontrar a un *nerd* así?

—Ojalá tuviera mejores noticias para ti. Lo siento.

—No es culpa tuya, pero gracias de todos modos. Cuídate. Adiós, Maggy.

Deirdre colgó y tiró el móvil sobre la cama. Se sentó y dejó caer los hombros. Su situación seguía siendo desesperada. Era deprimente.

Un claxon la sacó de su enimismamiento. Se alegró por ello y decidió dejar sus problemas en segundo plano. Se levantó de un salto, cogió sus cosas y se apresuró a salir. Lewis la saludó desde su furgoneta con las ventanillas oscurecidas. Ella sonrió ampliamente al entrar, le devolvió el saludo, cerró la puerta y se sentó en el asiento del copiloto.

Aún seguía sorprendida de que Stuart hubiera cancelado con tan poca antelación, y también un poco decepcionada. Suponía que probablemente tendría sus razones, y quizá era mejor que no estuviera allí. Por ese día, no iba a volver a pensar en Stuart, mejor se centraría en Lewis.

—¿Estás listo? ¿Te has tomado un valium para los nervios?

Lewis se rio.

—No lo necesito, no te preocupes. Me suelo llevar bien con las mujeres. Muy bien, de hecho. —Le guiñó un ojo, y Deirdre imitó su tono coqueto.

Pero no iría más allá, si bien le caía bien Lewis, hoy no se trataba de ella, hoy era el día de Ellie.

—¡Perfecto! Entonces, ¡pongámonos en marcha!

* * *

El día en Edimburgo fue todo un éxito. Encontraron el vestido perfecto para Ellie y, además, estaba disponible dentro del corto plazo que tenían. Tras eso, ya no hubo quien las detuviera; las cuatro damas se dejaron llevar.

«Lo que ocurría en Edimburgo se quedaba en Edimburgo», pensó Deirdre divertida, aunque, en realidad, no había sucedido nada digno de mantener en secreto.

Habían comido y bebido en un *pub* y, luego, se habían ido a bailar y a beber hasta que no pudieron apenas tenerse en pie, tanto por el dolor en las plantas de los pies como por la borrachera. El pobre Lewis se había ganado el cielo al soportarlas, especialmente porque no habían parado de ingerir cócteles y bebidas estimulantes.

El lunes, Deirdre todavía tenía un ligero dolor de cabeza. Se preguntaba cómo estaría el resto del grupo.

Lewis había sido el chófer perfecto. Deirdre había charlado con él durante el viaje de ida, pero apenas recordaba el regreso. Sabía que se dedicaba al desarrollo de aplicaciones de juegos, pero acababa de surgirle una idea: ¿podría él proporcionarle un contacto que la salvara?

Deirdre se levantó de un salto, llena de una nueva emoción recorriendo su cuerpo. Antes de aferrarse demasiado a esa esperanza, se recordó a sí misma que debía mantener la calma.

«Solo es una idea, una posibilidad», pensó.

Pero aun así, era mejor que nada, lo mejor que había tenido hasta el momento.

La empleada temporal de la gasolinera había vuelto al trabajo, lo que significaba que, a partir de ahora, Deirdre tendría las mañanas libres para dedicarse por completo a la organización de la boda y el *marketing* del hotel. Iba a tener el día muy ocupado, lo cual le venía bien, la ayudaba a no caer en pensamientos inútiles. En su situación,

y en este momento, no servía de nada agobiarse con qué pasaría en el futuro.

«De alguna manera, conseguiré salir adelante».

A primera hora de la tarde, Deirdre sintió que necesitaba aire fresco; su energía estaba por los suelos. Decidió combinar lo útil con lo necesario y dar un paseo hasta el taller de Stuart. El asunto de los coches de época para bodas y eventos aún no estaba zanjado, y quería saber si por fin Stuart estaba interesado o no. Sin embargo, la idea de enfrentarse a él de nuevo la ponía nerviosa.

«Pero tenía que hacerlo».

Deirdre se miró al espejo. Llevaba una blusa informal combinada con unos veraniegos pantalones de lino. Se veía bien, más despierta y vital de lo que se había sentido en meses. A pesar de las preocupaciones que cargaba, tenía más energía que en los últimos tiempos, cuando los constantes desfases horarios y los frecuentes vuelos habían mermado su ánimo. Para su sorpresa, apenas echaba de menos el ajetreo y el bullicio. Quizá, después de todo, el escándalo que la había apartado de su anterior trabajo tenía algo bueno, la había obligado a tomarse un respiro.

Antes de salir de la casa, se puso un jersey sobre la blusa. El día estaba fresco. Cuando llegó al taller, unos minutos más tarde, se sintió inquieta. No veía a Stuart por ninguna parte. Decidió acercarse y comprobar si todavía estaba allí. La puerta lateral del taller no estaba cerrada, así que la empujó con cuidado y entró. El aire olía a aceite, metal, goma y motores. En algún lugar, la música rebotaba en las paredes metálicas.

«Así que aún está aquí», pensó.

—¿Stuart? —llamó Deirdre, y su voz sonó casi como un grito en la quietud del taller.

—¿Qué pasa? —respondió Stuart.

Salió rodando de debajo de un coche. Estaba tumbado sobre una tabla, con un destornillador en la mano y un poco de grasa en la cara. Cuando la vio, la expresión de su rostro se tensó. Sin embargo, al menos se levantó y se acercó a ella.

—Deirdre.

No fue un saludo cálido, simplemente la nombró. No parecía feliz, como si no le hiciera gracia verla. Deirdre no se sentía bienvenida, algo que tampoco le parecía nuevo tratándose de él.

—Yo… um… Quería hablar contigo del tema de los coches clásicos. Para el hotel. Tengo pendiente solucionarlo.

Él enarcó una ceja y recorrió con su mirada, lentamente, su cuerpo antes de volver a enfocarse en los ojos. A Deirdre le ardieron las mejillas.

«¡Será descarado!».

—¿No tiene Lewis ningún coche clásico en su garaje? —preguntó Stuart, con una sonrisa arrogante dibujada en sus labios.

«¿Lewis? ¿Por qué le mencionaba? ¿De qué iba esto?».

No lo entendía, pero ese comportamiento grosero la alteró. Desgraciadamente, no hizo que desapareciera el efecto que tenía sobre ella. Stuart estaba demasiado guapo con su mono de trabajo, las mangas remangadas, los dedos manchados de aceite y esos fuertes antebrazos que parecían cincelados a propósito. Tampoco había que olvidarse de cómo destacaban sus anchos hombros.

«Lástima que sea tan idiota».

Se mordió el labio inferior antes de contestar.

—Creo que no. Pero si no quieres que usemos los tuyos, solo tienes que decirlo y buscaré otra solución. Estoy segura de que Ellie y Kenneth entenderán que quieras guardar tus tesoros para ti y no compartirlos.

Deirdre sabía lo que hacía al nombrar a la pareja. Stuart era un amigo leal, de eso no tenía duda.

«Con todos, menos conmigo», pensó.

No quería tomárselo como algo personal, pero era muy difícil. No, más que difícil, era imposible. Stuart solo se comportaba de forma fría y despectiva con ella, como si no la soportara. Lo que no entendía era qué había hecho para merecer ese trato.

Stuart sacó un paño del bolsillo de su pantalón y comenzó a limpiarse los dedos con calma mientras respondía:

—Estoy seguro de que encontraremos una solución.

«¿Qué se suponía que significaba eso?».

Necesitaba algo sólido, un compromiso con el que poder trabajar… o una negativa definitiva.

—¿Puedes ser un poco más específico? —Deirdre empezaba a perder la paciencia. Le resultaba casi imposible mantener la calma. Su pulso se estaba acelerando y estaba muy molesta por su comportamiento arrogante.

—De acuerdo. Tenemos que contratar un seguro y preparar un contrato como el de un coche de alquiler. De vez en cuando puedo hacer de chófer, pero como ves, tengo una empresa y, por tanto, bastantes obligaciones —explicó finalmente con calma.

—Un contrato, sí, claro.

Tras la confusión inicial, se puso muy contenta de que accediera y, sin pensar demasiado, le echó los brazos al cuello.

—¡Gracias, eres un encanto!

Cuando tomó conciencia de lo que estaba haciendo, lo soltó de golpe y lo miró. Stuart tenía las pupilas dilatadas, y su mirada estaba fija en sus labios.

«¿Eran imaginaciones suyas o respiraba más rápido?».

Desde luego, a ella sí le estaba pasando. Le costaba respirar, y él olía tan bien…

«Dios, ¿por qué de repente hace tanto calor en el taller?».

Stuart no la tocó, pero la intensidad de su mirada tuvo el mismo efecto. Lo que iba a pasar parecía tan inevitable como el amanecer tras la noche. Deirdre cerró los ojos, anticipando un beso.

—¡Buenas noches! Venía a recoger mi coche —gritó alguien detrás de ellos.

Deirdre y Stuart se sobresaltaron, y ella se apartó y bajó la mirada al suelo con rapidez, llevándose una mano a la garganta en un intento de calmar sus latidos acelerados. No solo estaba avergonzada, sino completamente aturdida por lo que había estado a punto de ocurrir.

«¿En qué demonios estaba pensando?».

En nada. En nada en absoluto. Una vez más, se había dejado llevar por sus emociones. Era insoportable. Por más que intentaba entenderlo, no podía explicar por qué ese hombre en particular la hacía sentir tan vulnerable. Miró a Stuart de reojo. Parecía tan

sorprendido como ella, pero se recompuso con rapidez y atendió al cliente con tono profesional.

—La factura se enviará por correo electrónico, como de costumbre —explicó Stuart.

Deirdre se debatía entre quedarse o marcharse. No sabía si podría controlarse y no quería hacer el ridículo, así que optó por la huida.

—Ya hablaremos del contrato entonces, ¿de acuerdo? —consiguió decir, con una voz tan temblorosa como el resto de su cuerpo, y empezó a encaminarse hacia la salida.

—Espera un momento. ¿Tienes prisa? —preguntó Stuart.

—Yo, um… necesito ver a Lewis para comentarle una cosa.

«¿Por qué tenía que mencionar a Lewis?».

Era cierto que debía hablar con él sobre el tema de la IP, pero podría haberlo hecho el día siguiente. La expresión de Stuart se endureció y sus labios se tensaron, formando una línea recta en su boca.

—Oh, claro. Lewis. Cómo no. Ya arreglaremos lo del contrato más tarde —dijo, con una voz apagada.

El cliente miró de uno a otro, lo que aumentó la incomodidad de la situación. Deirdre, sintiéndose atrapada, se retiró rápidamente.

—Adiós —consiguió decir antes de salir con torpeza al exterior.

Deirdre se había quedado en *shock* tras el encuentro con Stuart. Mientras caminaba por la calle, intentó despejar su mente. No podía permitir que ese caos emocional la desviara de sus objetivos.

Sabía dónde vivía Lewis y esperaba que no se molestara por visitarle sin avisar. Desde fuera, su casa parecía un edificio del siglo pasado. Por algún motivo, se había imaginado a Lewis viviendo en un elegante *loft*. Pulsó el timbre y, poco después, la puerta principal se abrió con un suave zumbido.

«Automática, por supuesto».

Al entrar, enseguida se dio cuenta de que probablemente lo único que quedara de la construcción original fueran las piedras grises y sin labrar de la fachada. En el interior, el gres del suelo y la tenue iluminación de las paredes evocaban un ambiente cálido y sofisticado. Incluso olía ligeramente a azahar. Era sorprendente. Las

líneas limpias y modernas del mobiliario daban al antiguo edificio un carácter único, sin desentonar ni hacerlo parecer fuera de lugar. Impresionante. Deirdre no pudo evitar admirar lo que Lewis había logrado con su hogar.

—Hola, Deirdre, ¿a qué debo el honor? —Lewis apareció por el pasillo, descalzo, con unos pantalones holgados y un jersey de cachemira gris.

Lewis era atractivo, pero, por suerte o por desgracia, su corazón no se aceleraba cuando estaba cerca de él. Más bien afortunadamente, porque ya tenía suficiente con las reacciones que provocaba en ella un tal Stuart. No, mejor no pensar en eso. Pero el recuerdo de la tensión en el taller seguía demasiado fresco como para deshacerse de él por completo.

—Quería preguntarte algo, si no interrumpo… —dijo finalmente.

Lewis le dio un abrazo rápido, amistoso.

—¡Tú nunca interrumpes! Pasa, por favor.

—Ya estoy dentro —bromeó, riendo.

Deirdre lo siguió por el pasillo. A los pocos metros, llegaron a una sala de estar diáfana. Por dentro, la casa era mucho más grande de lo que le había parecido por fuera. Probablemente porque Lewis había eliminado algunas paredes y reforzado el techo con vigas de acero, lo que daba al espacio un aire moderno y abierto. Las persianas estaban bajadas hasta la mitad y dejaban entrar la luz justa. En un lado de la habitación había varios monitores dispuestos sobre una gran mesa de trabajo. En la esquina opuesta, una cocina compacta y funcional compartía espacio con un sofá y dos enormes sillones que parecían muy cómodos.

—Vaya, qué bonita es tu casa —dijo Deirdre, admirada.

—Muchas gracias. ¿Puedo ofrecerte algo?

—Oh, no, te lo agradezco. No quiero molestarte demasiado, solo quería hacerte una pregunta.

Lewis levantó una ceja, estudiándola.

—Venga, pareces un conejo en medio de la carretera deslumbrado por los faros de un coche. ¿Qué te pasa? Siéntate, anda. —Se acomodó en uno de los sillones y señaló el otro para que ella hiciera lo mismo.

Deirdre tomó asiento y miró alrededor con curiosidad.

—Dime que no tienes un robot que te traiga Coca-Cola cuando das una palmada —bromeó.

—Mmmm… de hecho, tengo algo parecido —respondió Lewis con una sonrisa.

—¡Ja, ja, ja! Qué raro, ¿es porque no te gusta la gente?

—Claro que sí, pero no quiero a nadie dando vueltas mientras trabajo. Además, muchas veces duermo hasta tarde por las mañanas. Me gusta tener mi espacio, mi paz y mi tranquilidad.

—Lo entiendo. No pretendía criticarte ni nada parecido.

—Lo sé. No me lo había tomado así.

Deirdre sonrió y, por un momento, se preguntó por qué era capaz de llevarse tan bien con todo el mundo, excepto con Stuart. Apartó ese pensamiento y se centró en la razón de su visita.

—Necesito tu ayuda.

Lewis arqueó una ceja con interés.

—Déjame adivinar. ¿Otro viaje a Edimburgo? —bromeó—. Parece que te divertiste mucho.

—Por supuesto, fue un viaje genial, aunque todavía tengo el estómago algo revuelto por todo lo que bebimos. Pero no es una petición de ese tipo. Se trata de algo completamente distinto.

Deirdre se armó de valor y le explicó a Lewis su problema, pidiéndole discreción. Logró contarle todo sin echarse a llorar, lo que consideró un progreso. Sin embargo, mientras describía la gravedad de la situación, no pudo evitar sentirse miserable.

—Creo que podemos solucionarlo —dijo Lewis una vez terminó su monólogo.

Deirdre parpadeó, incrédula.

—¿En serio?

Lewis asintió.

—Dame unos días, ¿vale?

Deirdre se sintió más ligera, como si de repente una enorme carga desapareciera de sus hombros. Aunque aún no había nada solucionado, el hecho de que pensara que podía ayudarla la permitió respirar aliviada.

—Uf, no veas el peso que me quitas de enima. Ni siquiera sé cómo agradecertelo.

Lewis levantó una mano.

—Ya lo solucionaremos a su debido tiempo… Tranquila, solo bromeo. No te pediría nada a cambio.

Deirdre se sonrojó.

—Ya bueno, ya me entiendes… te pagaré.

Lewis sonrió ampliamente.

—Te he entendido, tranquila. No necesito que me pagues, de ninguna forma.

Charlaron unos minutos más, relajados, hasta que Deirdre decidió marcharse. Mientras se dirigía a su casa, silbaba en voz baja, sintiéndose un poco más liviana por primera vez en muchos días.

CAPÍTULO 12



Ya se acababa la semana y Stuart estaba sentado en su oficina, navegando por sus sitios web favoritos de coches clásicos. Había ofertas interesantes. Sentía unas ganas irresistibles de comprar más vehículos y devolverles la vida poco a poco. Sin embargo, nunca se había parado a calcular el coste exacto ni estimar el tiempo que le tomaba cada proyecto. Los coches antiguos eran, a menudo, una auténtica caja de Pandora. Necesitaba verlos en persona para decidir si el esfuerzo valía la pena.

«¿Pero cuándo».

Ahora mismo estaba demasiado ocupado. A pesar de ello, hacía tiempo que albergaba ese deseo, creía que podría convertirlo en un de negocio, aunque no paraba de preguntarse qué tipo de clientela buscaría coches clásicos restaurados en un sitio como Kiltarff.

—¿Qué haces? —preguntó su madre, sacándolo bruscamente de sus pensamientos. Se apresuró a cerrar la página del navegador.

—Nada.

Nunca le había contado sus sueños. En parte, porque temía que no los aprobara. Stuart llevaba el taller tal y como lo hicieron su abuelo y su padre, y estaba seguro de que ellos estarían felices por ver que seguía funcionando. Sin embargo, dudaba de que fuese un negocio rentable a largo plazo. Los coches modernos tenían cada vez más tecnología integrada, y el *software* necesario para repararlos solo estaba disponible en los concesionarios

especializados. Cada día era más difícil atender todos los vehículos. Pero no quería sacar ese tema con su madre en ese momento. Ella se sentó frente a él, en el escritorio desde donde llevaba la contabilidad.

—Espero que no estés navegando por páginas porno —dijo, sin rodeos.

Stuart puso los ojos en blanco.

—¡Mamá! Dejé esa etapa atrás hace mucho tiempo.

—¿De verdad? —replicó con una ceja levantada—. Últimamente estoy algo preocupada por ti. Te veo demasiado solo. ¿Por qué no buscas una buena chica?

—¡Mamá!

—¿Y qué pasa con Deirdre? A mí me parece simpática.

Stuart apretó los labios, sintiendo cómo la irritación se expandía por su pecho.

—Sabes perfectamente lo que opino sobre ese tema. —Se había hartado de las relaciones. Después de su experiencia con Sandra, no quería saber nada del amor.

—¿Quieres quedarte solo para siempre?

Stuart levantó las manos, frustrado.

—Te aseguro que estoy bien así.

—¿En serio?

Stuart resopló, decidido a no tener esa conversación con su madre. No otra vez.

—Tendrás que olvidarte de Sandra en algún momento.

—La olvidé hace mucho tiempo.

—¿Entonces por qué sigues solo?

—De verdad, mamá, a veces eres como un grano en el culo —refunfuñó, poniéndose de pie—. Creo que voy a dar por terminado el día y acercarme a ver a la abuela.

No tenía paciencia para explicarle que podía ser perfectamente feliz sin tener que lidiar con las complicaciones de una relación. Entendía que su madre quisiera una familia para él, pero en algún momento tendría que aceptar que esa no era una opción.

—¿No vas a ir al festival del fuego?

Stuart miró a su madre. La verdad es que no le apetecía mucho, pero no podía fallar a Wallace y Lewis. Ambos eran bomberos voluntarios, y para ellos era importante que él estuviera allí. En otro momento no habría dudado, pero la verdad es que no estaba de humor.

—Sí, claro.

—¡Pues espero que no vayas así!

Stuart miró su ropa de trabajo, cubierta de manchas de aceite.

—Dime, ¿por qué me tratas como a un niño pequeño? Es obvio que me voy a cambiar.

Su madre sonrió suavemente.

—No sé, es que te noto distraído. Como si algo te preocupara. ¿Qué es? No pueden ser problemas financieros porque estoy al día con las cuentas. ¿Tiene que ver con alguna mujer?

—Mamá, creo que te imaginas cosas.

—No te habrás enganchado a las apuestas, ¿verdad? ¿Algún sitio *online*?

—No sé si estás viendo demasiadas series policíacas en Netflix, pero tu imaginación se está descontrolando.

—Stuart, ¡que te conozco! Hay algo que no me estás contando. Siento mucho si crees que no puedes hablar conmigo, pero sé cuando algo te perturba.

Su expresión preocupada le inquietó un poco, pero no podía decírselo. No era el momento. Rodeó la mesa y la abrazó.

—Mamá, por favor, no te preocupes. Todo está bien, de verdad.

No parecía muy convencida, pero sonrió de todos modos.

—Muy bien entonces. No insisto. Pero, por favor, ¡ve y diviértete! Creo que trabajas demasiado.

—Me pregunto quién me habrá inculcado eso —bromeó.

Su madre rio.

—De tal palo tal astilla, dicen.

—¿Has podido hablar con la abuela sobre el surtidor? Esto no puede seguir así.

—Ni lo intentes, sabes tan bien como yo que esa mujer es más terca que una mula.

Stuart suspiró.

—Lo sé.

—Podrías pedirle a Deirdre que hable con ella. Tengo la impresión de que esa chica sería capaz de hacer que la abuela reconsiderara su opinión. Es increíble lo que Deirdre ha conseguido en una sola semana. La abuela ha digitalizado el sistema de pedidos. ¿A que es genial?

Stuart parpadeó, sorprendido.

—¿Qué quieres decir? ¿Ya no envía faxes a los proveedores?

Betty sonrió.

—No. Ahora está todo en el ordenador, y la abuela puede hacerlo sola.

Stuart se quedó mudo por un momento.

—¿Hablarás con ella? —continuó su madre.

—¿Con la abuela?

—No, cariño, con Deirdre.

No quería. No quería pedirle nada. Cada vez que entablaba conversación con Deirdre era un caos. O terminaban peleándose… o queriendo besarse.

Era absurdo. Pero tal vez su madre tuviera razón. Si había una sola posibilidad de que Deirdre pudiera convencer a la abuela, debía intentarlo. Tenía que arriesgarse. A lo mejor tenía pensando acercarse al festival del fuego y allí podría hablar con ella, en un lugar público, rodeados de gente, donde la tentación de besarla sería menor… ¿verdad?

* * *

La fiesta de los bomberos había sido todo un éxito. Durante la mañana, se había preparado un programa completo dedicado a los niños: concursos, juegos y un castillo hinchable. Deirdre había ayudado a Michelle pintando caras y entreteniendo a los más pequeños. Debido a la temperatura sorprendentemente alta para los estándares escoceses, decidió ir a casa a refrescarse antes de volver para la programación de la tarde.

Habría una orquesta versionando éxitos musicales que animaría a los asistentes del pueblo; Deirdre esperaba poder bailar un poco. Aunque no estaba segura de qué canciones tocarían, la idea de moverse al ritmo de la música la entusiasmaba.

Tras salir de la ducha, se paró frente al armario pensando qué ponerse. No era una decisión fácil. Si se hubiera tratado de una salida a una discoteca, habría elegido su vestido dorado, ese que le quedaba de maravilla, pero era demasiado llamativo. Necesitaba algo con clase, pero que no fuera excesivamente de provocativo. Quería llevar un vestido, eso sí lo tenía seguro. Se llevó un dedo a los labios, revisando su vestuario hasta que su mirada se detuvo en un vestido de satén verde.

«Sí, este servirá».

Sacó la percha y se lo superpuso frente al espejo. No era una prenda exagerada ni demasiado ajustada, pero sabía que el tejido se ceñiría a sus curvas como una segunda piel.

—¡Perfecto! —murmuró, y buscó ropa interior a juego.

Luego, se maquilló con cuidado y se recogió el cabello. Para terminar, sacó algunos mechones y los rizó ligeramente, dejando que cayeran sueltos alrededor de su rostro. Se sintió satisfecha con el resultado. Muy satisfecha.

Deirdre sonrió a su reflejo en el espejo, aunque una pequeña punzada de melancolía la atravesó al notar el pequeño hueco entre sus dientes delanteros. Hoy por hoy tenía la suficiente confianza en sí misma para aceptar su «defecto», pero durante la adolescencia había sido el blanco de constantes burlas. Recordar esos años aún dolía un poco. Con el tiempo, había aprendido que era única y que ese detalle no la definía. Sin embargo, las bromas y el acoso que sufrió entonces habían dejado huella. Fue mucho el tiempo durante el que creyó que aquellas palabras malintencionadas tenían algo de verdad, y le costó entender que probablemente solo fueran resultado de la envidia.

«Si pudiera hablar con mi yo adolescente, le diría: "No creas a nadie que intente hundirte. Eres única y perfecta tal como eres"».

Sabía que intentar tener siempre un aspecto perfecto era, en parte, una coraza. Una manera de asegurarse de que nadie tuviera

motivos para criticarla. La verdad era que, aunque había avanzado mucho, tal vez aún no había superado del todo esa inseguridad.

—Basta de comerse la cabeza —se dijo, y metió un poco de dinero en el escote antes de salir.

Dejó el teléfono en casa y, poco después, ya iba caminando hacia el parque de bomberos con unos tacones que llamaban la atención. Apenas había avanzado cuando un bocinazo la sorprendió. Se dio la vuelta y soltó una carcajada al ver a Lewis en su furgoneta, detenido a unos metros de ella en la carretera. Bajó la ventanilla, mientras sonreía ampliamente.

—¿Te llevo? —se ofreció.

—Claro. Gracias —respondió Deirdre igual de sonriente. Aunque sabía caminar con tacones altos, últimamente no los utilizaba tanto y no iba a rechazar la ayuda.

—Estás despampanante —dijo Lewis efusivo, una vez que ella subió.

—Gracias. Tú también.

Y no mentía, Lewis era muy atractivo. Llevaba su uniforme de bombero, y le quedaba bien.

«Muy bien, de hecho».

Este hombre estaba guapo con cualquier atuendo. Sin embargo, para Deirdre no era más que un buen amigo.

—¿De dónde vienes? Creía que te habías quedado en el parque de bomberos —preguntó, curiosa.

Al igual que ella, Lewis había pasado todo el día en la fiesta, mostrando a los niños los vehículos y explicándoles el equipo con más paciencia de un santo, mientras Deirdre y Michelle se encargaban de pintarles la cara.

—Tenía algo que hacer —respondió él con una sonrisa pícara, evitando dar detalles.

Deirdre decidió no insistir. No quería parecer entrometida. Justo cuando estaba a punto de cambiar de tema, llegaron al aparcamiento. Tampoco importaba, cualquier conversación pendiente podía esperar; además, si Lewis hubiera tenido alguna novedad sobre sus pesquisas, se lo habría dicho.

Para su sorpresa, él se bajó rápidamente para abrirle la puerta del copiloto y ayudarla a salir como todo un caballero. Desde allí, la música a todo volumen llenaba el aire y se respiraba el ambiente de la fiesta. Deirdre estaba deseando unirse.

—¿Qué pasa? ¿Crees que no sé cómo comportarme con una dama que lleva tacones de un metro de altura? —bromeó Lewis, sonriendo.

Deirdre rio con ganas.

—No sé… Quizá sea no estoy acostumbrada a que me cortejen así.

—Debería sentirme ofendido…, pero no lo estoy —respondió él con un guiño y le ofreció el brazo—. Puede que no nos dirijamos a un baile de cuento de hadas, pero quiero acompañarte sana y salva a través de esta grava. Nunca me perdonaría que te rompieras un tobillo mientras vas conmigo.

Deirdre echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Qué gracioso! Te aseguro que no necesito ningún tipo de protección, pero gracias de todos modos.

Dicho eso, se aferró a su brazo para disfrutar del amable gesto. Justo en ese momento, sintió un hormigueo en la nuca y, como si algo invisible la guiara, giró la cabeza hacia un lado. Allí estaba Stuart, también de camino a la fiesta.

«Cómo no».

Al verlo, una mezcla de irritación con algo más la recorrió. Stuart estaba espectacular. Llevaba una camisa ajustada que acentuaba su torso y unos pantalones informales combinados con deportivas.

«¿Por qué demonios tiene este hombre ese efecto sobre mí cuando otros no me importan lo más mínimo?».

Y a juzgar por la expresión en su rostro, no estaba de buen humor. Su cara parecía una tormenta en su mayor apogeo.

—¡Hola! —llamó Lewis con naturalidad.

Stuart respondió con un gesto seco, limitándose a levantar la mano de manera rígida y hosca.

—Stuart siempre está de tan mal humor —murmuró Deirdre en dirección a Lewis.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —Lewis soltó una risa suave mientras seguían caminando.

—¿De qué?

—Nada, nada. Debería ser Stuart quien te lo dijera. Yo no soy quien para meterme en sus cosas.

Deirdre no entendió a qué se refería Lewis, pero tampoco tuvo tiempo de pensar en ello porque ya habían llegado a la fiesta. Decidió no mirar alrededor buscando a Stuart, aunque la tentación era fuerte. Habían montado un pequeño escenario, y una banda animaba el ambiente. Los bajos retumbaban en el sistema de sonido y hacían vibrar el suelo bajo sus pies. Michelle y Wallace ya estaban allí. Su amiga se le acercó rápidamente y le puso en la mano una bebida que parecía Coca-Cola. Deirdre dio un sorbo y arrugó la nariz.

—¿Qué es esto tan fuerte?

—Coca-Cola con ron —le susurró Michelle con una sonrisa traviesa—. Menos es nada.

Deirdre no tenía idea de que la gente siguiera bebiendo eso, pero no se iba a quejar. Un manhattan o un daiquiri rosado habrían estado fuera de lugar en esa fiesta.

«Una bebida rústica encaja mucho mejor, desde luego».

Brindaron juntas, y Caitlin, la hermana de Wallace, se unió al grupo.

—¿Ya has acostado a los niños? —preguntó Michelle.

Deirdre había conocido a Caitlin en persona esa misma mañana mientras pintaba caras de niños. Hasta ahora solo habían coincidido brevemente por videollamada, debido a ciertas cuestiones desagradables relacionadas con el matrimonio de Caitlin. Como no habían tenido tiempo de conversar mucho, Deirdre se alegró de volver a verla.

—Mi madre los cuida esta noche para que pueda salir —respondió Caitlin, alzando su vaso hacia Deirdre y Michelle—. Pero es raro estar aquí sola. Tengo la sensación de que todo el mundo me mira con lástima.

Deirdre empatizó con ella. Caitlin había pasado por mucho. Era una mujer maravillosa que no merecía haber sido engañada.

—Yo también he venido sola —dijo Deirdre, con intención de consolarla.

Aunque, en realidad, también era un recordatorio para ella misma. Llevaba años soltera. Normalmente, iba a las fiestas con una amiga o simplemente no iba. Por suerte, Caitlin no se sintió ofendida por el comentario.

—El divorcio sigue su curso. Aún no soy oficialmente libre hasta que se finalicen las formalidades —dijo Caitlin, suspirando—. Pero poco a poco me voy acostumbrando a ser madre soltera. Mi ex ha resultado ser una completa decepción. Ya no se interesa en absoluto por sus hijos. No pensé que lo haría, pero me ha sorprendido para mal. —Dio un sorbo a su bebida antes de continuar—. En fin, no quiero quejarme. La vida es bella. Sé que, con el tiempo, llegaré a alegrarme de que este matrimonio haya terminado. Pero aún no estoy en ese punto. Todavía no.

—Quizás hoy encuentres a algún soltero atractivo que te ayude a superar la pena —bromeó Michelle con un guiño.

Caitlin agitó la mano, rechazando la idea.

—Oh, no. Prefiero que los hombres permanezcan alejados de mí de momento. Estoy centrada en mis hijos… y en mi trabajo. Durante años no pude trabajar porque mi exmarido no quería. Ahora tengo que hacerlo porque se niega a pagar la manutención. Pero no pasa nada. Me encanta mi trabajo, así que, quizás, debería agradecerle que me haya engañado. Al menos ahora puedo volver a hacer lo que me hace feliz, aunque sea difícil compaginarlo todo.

—Eres matrona, ¿verdad? —preguntó Deirdre, recordando la conversación anterior.

—Sí, exacto. Así que, si estás embarazada, soy tu mejor aliada.

Deirdre levantó la mano, riendo.

—De momento no, de hecho, ni siquiera hay hombre a la vista.

Michelle enarcó una ceja y sonrió.

—Eso será porque no quieras.

Deirdre siguió la mirada de Michelle y vio a Stuart, de pie un poco más lejos, con una cerveza en la mano y el ceño fruncido.

«¿Pero este hombre está alguna vez de buen humor? ¡Es insoportable!».

Con un suave suspiro, Deirdre se volvió hacia Michelle y Caitlin.

—Lo que tú digas. ¿Bailamos? —sugirió, y ambas aceptaron de inmediato.

El grupo en el escenario comenzó a tocar una versión de *Smoke on the Water*, una de las canciones favoritas de Deirdre, y las tres se lanzaron a la pista de baile. Lo dieron todo.

Michelle y Caitlin se divertían tanto como ella. Había muy buen ambiente, y Deirdre no paró de moverse hasta quedarse sin aliento y con las plantas de los pies ardiendo.

—Necesito un descanso —anunció a las dos mientras se dirigía al puesto de bebidas para comprar agua.

Tras pagarla, se alejó unos pasos del bullicio para recuperar el aliento, con la botella en la mano. Ya era noche cerrada, y el camino estaba iluminado con innumerables antorchas que otorgaban al lugar una atmósfera cálida y mágica. La música, aunque sonaba amortiguada por la distancia, seguía marcando el ritmo de la fiesta.

—Hola, Deirdre —la llamó alguien.

Giró la cabeza y vio a Lewis doblando la esquina. Se había quitado la chaqueta y desabrochado el botón superior de la camisa.

—¿Sí? —respondió ella, curiosa.

—Quería hablar contigo otra vez... Tengo noticias.

El corazón de Deirdre dio un vuelco y luego pareció caer hasta la parte posterior de sus rodillas, haciendo que casi le fallaran.

—¿Buenas?

Lewis no tuvo oportunidad de responder, porque en ese momento apareció Stuart. Parecía molesto. Evidente, ¿acaso tenía otra expresión facial? Deirdre ladeó la cabeza, y su mirada chocó con la de Stuart, llena de una furia tan intensa como la que él le dirigía.

* * *

Stuart no pudo aguantar ni un segundo más. Llevaba horas viendo a Deirdre moverse por la pista de baile, y se le hacía imposible concentrarse en sus propios asuntos. Estaba jodido. O, más bien, él era quien lo había jodido todo. Le parecía un milagro que pudiera

mantenerse en pie sobre esos zapatos, y aún más increíble verla bailar como lo hacía. Cuando Deirdre abandonó la pista, quiso acercarse para hablarle sobre la abuela y la gasolinera, pero para cuando fue capaz de decidirse, ella ya no estaba. Al menos, esa era la excusa que se puso a sí mismo: que tenía que hablar con ella y por eso no podía dejar de buscarla con la mirada. Cuando la perdió de vista, se fue en la misma dirección por la que había desaparecido, temiendo que ya estuviera camino a casa. De ser así, habría perdido la oportunidad de tener una conversación con ella.

Pero estaba equivocado. No se dirigía a su casa. La encontró hablando con Lewis. O más bien, muy cerca de Lewis. Sus cabezas estaban juntas, demasiado íntimamente juntas.

«Un segundo más tarde y habría interrumpido lo que estuvieran haciendo».

Esa idea bastó para que la sangre le hirviera. Era una sensación insoportable.

—¡Déjala en paz! —advirtió Stuart, sin poder contenerse.

Lewis, lejos de parecer sorprendido, sonrió. ¿A qué venía eso? ¿Intentaba provocarlo? Stuart no quería creer que su compañero tuviera algo con Deirdre, pero los celos lo dominaban. El impulso de apartar a Lewis de Deirdre era fuerte, casi incontrolable, pero Stuart lo reprimió y se irguió, intentando mantener la compostura.

—¿Estás loco? —le espetó Deirdre, con una mezcla de incredulidad y enfado.

No podía contradecirla porque sabía que estaba haciendo el ridículo.

«Desgraciadamente».

Lewis levantó ambas manos en un gesto de rendición, sin parecer molesto ni enfadado, más bien… demasiado tranquilo.

—Será mejor que os deje resolver esto —dijo Lewis, acercándose a Stuart y dándole una palmada conciliadora en el hombro antes de marcharse.

Stuart no pudo hablar, solo se sintió aliviado de que Lewis se hubiera marchado. Deirdre, sin embargo, no parecía tan tranquila. Si las miradas matasen, Stuart habría caído al suelo fulminado. No

podía culparla. Ni siquiera él podía explicar por qué se estaba comportando como un troglodita impulsivo.

Y aun así, no podía negarlo por más tiempo. Tenía que enfrentarse a los hechos, no podía luchar contra su deseo. Lo necesitaba y no había vuelta atrás. Tenía que pasar una noche con Deirdre. Eso era lo que más deseaba. La deseaba a ella, y necesitaba saber si ella sentía lo mismo. Después de eso, tal vez podría seguir con su vida.

Stuart se detuvo a un metro de ella.

«Maldita sea», pensó al observarla con detenimiento.

Ese vestido… ese maldito vestido debería estar prohibido. Había llegado el momento de la verdad.

—Te deseo, Deirdre. Te he deseado desde el primer segundo y te sigo deseando ahora. Tal vez incluso más. He intentado luchar contra esto, pero la atracción que siento es más fuerte que mi voluntad. —Ya lo había dicho.

La vio abrir los labios, sorprendida, e incluso notó cómo la vena de su cuello palpitaba salvajemente. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Deirdre dio un pequeño paso hacia él, acercándose lo justo para que Stuart sintiera el calor que emanaba de su cuerpo.

—¿Me deseas?

Ella lo miró directamente a los ojos, y él vio el mismo deseo que lo llevaba consumiendo tanto tiempo.

—No puedo pensar en otra cosa. Dominas mis sueños y estás en mi cabeza cuando estoy despierto. No tengo ni idea de lo que me pasa, pero creo que ya es hora de que sea sincero contigo.

—¿Entonces no me odias?

«Oh, Dios. ¿Cómo podía haber pensado eso?».

Aunque, reflexionando sobre su comportamiento, no era una idea tan descabellada.

—La única persona a la que odio es a mí mismo, porque soy incapaz de resistir al deseo que siento. Y también odio un poco a Lewis...

La última frase provocó una suave sonrisa en Deirdre.

«¡Cielos!», cuando ella le miraba así, Stuart sentía como si alguien hubiera encendido una luz en su interior. Ella brillaba y

conseguía apagar cualquier pensamiento negativo que persistiera en su mente.

—Entonces, ¿a qué esperas? —susurró ella, sin moverse.

—¿Entonces tú también me deseas? —murmuró él, acercándose lentamente. Su corazón latía con fuerza, retumbando en la garganta, la boca se le había secado.

—¡Idiota! Por supuesto que sí. Anda, ven aquí.

Deirdre lo sujetó por la camisa para tirar de él y estrellar su boca contra la suya, en un beso lleno de exigencia y pasión. Stuart reaccionó instintivamente, estrechándola entre sus brazos mientras le devolvía el beso con igual intensidad. Su cuerpo dejaba claro cuánto la deseaba; su cerebro, entretanto, había dejado de funcionar. La lujuria y el deseo bullían en sus venas. No había olvidado lo bueno que era besarla, pero este superaba con creces el primero.

Solo cuando escuchó el sonido de la puerta de un coche cerrándose de golpe se dio cuenta de que ese no era el lugar adecuado para lo que tenía en mente. Se separó de ella lo justo, la levantó en brazos y empezó a caminar.

—Eh, ¿qué haces? —chilló Deirdre, sorprendida, mientras rodeaba su nuca con las manos y se reía.

—Tenemos que dejar este festival. No quiero que nos convirtamos en el cotilleo estrella del pueblo.

—Tiene sentido, pero quizá la gente hable aún más de nosotros porque me has sacado en brazos de la plaza —respondió ella, medio divertida, medio molesta.

Su tono, cargado de emociones, le dejó claro a Stuart que el beso había significado tanto para ella como para él. Aquello le dio esperanzas y aumentó su expectación por lo que estaba a punto de suceder.

—Además, te quiero para mí —añadió Stuart, con un tono cargado de deseo—. No quiero hacer lo que pienso hacer contigo en público. Al contrario, será muy privado...

Deirdre suspiró suavemente y le lamió el cuello con la lengua. La inesperada respuesta lo tomó por sorpresa, y un leve jadeo escapó de sus labios.

«Dios», pensó Stuart, «nunca había corrido tanto por el pueblo, y mucho menos con una mujer en brazos».

Sin embargo, el acelerado ritmo de su respiración no tenía nada que ver con el esfuerzo físico. Cuando llegaron a la casa de Deirdre, la bajó con cuidado y la puso pie frente a él.

—¿Me invitas a entrar hoy? —preguntó, con la voz áspera, mientras su corazón golpeaba con fuerza contra sus costillas.

Deirdre sacó una pequeña llave de su escote y sonrió con picardía.

—Por favor, insisto.

El alivio que lo inundó fue casi abrumador, pero Stuart se obligó a no pensar en sus confusas emociones, ni en lo que vendría después de esa noche. Solo quería concentrarse en el ahora, en ella. Mientras Deirdre jugueteaba con la cerradura, Stuart se colocó detrás de ella y le dio un tierno beso en el cuello. Notó cómo Deirdre se estremeció, gesto que le complació enormemente.

Cuando la puerta finalmente se abrió, Deirdre lo tomó de la mano y lo llevó directamente al dormitorio. Sin titubeos. Sin rodeos. Cada movimiento dejaba claro lo que quería de él. El aroma único de su piel, mezclado con una pizca de perfume, lo envolvió al entrar en la habitación. Ella se movía con una naturalidad y una elegancia que lo tenían hechizado, la cabeza alta, la espalda recta y completamente consciente de sus encantos. Stuart la observó mientras se quitaba el vestido con una mezcla de habilidad y sensualidad, hasta que la prenda se deslizó por sus piernas, quedándose en ropa interior y tacones. Se le había secado la boca, tuvo que hacer un esfuerzo para poder hablar.

—Eres increíblemente hermosa —susurró, sintiendo cómo la sangre abandonaba su cerebro y viajaba hacia reinos más bajos.

Deirdre se acercó a él y empezó a desabrocharle la camisa. Stuart clavó la mirada en sus ojos, levantó las manos y empezó a deshacerle el peinado. Mechón a mechón, con cada horquilla retirada, su pelo cayó sobre sus estrechos hombros. La tensión sexual no paraba de crecer.

Cuando Deirdre le hubo quitado la camisa, se agarró a su nuca para besarle de nuevo. Los labios se abrieron y las lenguas se

abrieron paso. De la garganta de Stuart salió un oscuro rugido. Ni en sus fantasías más salvajes había imaginado que estar con ella fuera así.

Deirdre se apretó contra su cuerpo, mientras se frotaba contra su erección y lo volvía loco. Si no tenía cuidado, se correría como un adolescente antes de empezar. Apenas podía controlarse y aún no estaban desnudos.

—Espera —jadeó Stuart y la empujó suavemente sobre la cama.

Se puso sobre ella y empezó a cubrir de besos su cuello mientras exploraba con las manos sus curvas. Los suaves gemidos de Deirdre lo volvían loco. Deseaba tanto a aquella mujer que le dolía. Le acarició los pechos hasta que ella se retorció impaciente debajo de él. Entonces le desabrochó el sujetador y lo tiró descuidadamente a un lado. Por fin podía dedicar atención a sus pechos sin que la tela le molestara. Mordisqueó suavemente primero un pezón y luego el otro. Deirdre arqueó la espalda y gimió suavemente. Cuando empezó a juguetear con los botones de sus pantalones, él la ayudó. Se incorporó; los malditos chinos le apretaban demasiado, aunque al mismo tiempo le vino bien para tomar distancia. Respiró agitado mientras deslizaba los pantalones por sus caderas, seguidos por los calzoncillos.

Deirdre se había incorporado, apoyada en los antebrazos, para observarle. Dejó que su mirada se deslizara por su cuerpo, llena de aprecio y empañada de lujuria. Su polla palpitaba lujuriosamente.

—Ven aquí —susurró, llamándole con el dedo.

Stuart obedeció y enseguida cubrió de caricias la delicada piel de su escote mientras bajaba hacia la sensible zona alrededor de su ombligo y le quitaba las bragas. Por fin yacía desnuda frente a él. Por fin la tenía donde él quería. Le separó los muslos, se abrió camino hasta su lugar más íntimo con mil besos, y deslizó las manos bajo sus nalgas.

—¡Sí, justo así! —gimió ella cuando encontró su botón del placer con sus labios. Mientras lo rodeaba lentamente con la lengua, ella le clavó las uñas en la espalda.

Stuart intentaba controlar su respiración, le volvía loco la pasión con la que ella reaccionaba. No tardó en hacerlo cada vez más

rápido, cada vez más fuerte.

—¡No pares! —jadeó.

¡Bajo ningún concepto! Quería que se corriera, que explotara bajo él y se dejara llevar. Su polla estaba dura como una roca, la lujuria inundaba su cuerpo, él también estaba a punto de correrse.

Cuando Deirdre le apartó, levantó la cabeza irritado. Su cerebro estaba tan nublado por el deseo que no se dio cuenta de lo que ella quería.

—Preservativo —murmuró y se detuvo un momento—. Necesitamos un condón. Te necesito dentro de mí, ¡ahora!

Se sintió aliviado, por un momento le preocupó haber hecho algo mal. Aunque que no había traído preservativos, no esperaba que la velada fuera a dar ese giro. Mierda… si se hubiera preparado mejor... Sin embargo, se alegró cuando vio a Deirdre desaparecer en el cuarto de baño con un «ahora vuelvo». Apenas pasaron unos segundos cuando regresó con un paquete cuadrado plateado, que le vinieron bien para respirar un poco y controlar su lujuria. No estaba seguro de no haber llegado a correrse si la hubiera llevado al clímax con la lengua. Solo recordarlo era suficiente para que se le cortara de nuevo la respiración.

Deirdre abrió el paquete y empujó suavemente a Stuart contra las almohadas. Enseguida le agarró la polla y la frotó varias veces por su piel aterciopelada. Stuart apretó los dientes y soltó una maldición. Verla así era demasiado excitante, no podía soportarlo. Cerró los ojos y se centró saborear las sensaciones. Stuart sintió cómo desenrollaba el preservativo. La idea de que estuviera a punto de sentarse sobre él fue suficiente para llevarlo de nuevo al borde. No podía permitírselo; tenía que durar más, mucho más.

Stuart se incorporó y besó a Deirdre con pasión, mientras recorría con las manos su piel caliente la retenía ligeramente para tumbarla boca arriba. Se colocó entre sus muslos y se deslizó dentro de su calor húmedo con un movimiento suave.

«Maldita sea».

Estaba tan estrecha y tan preparada para él.

Deirdre suspiró lujuriosa y movió la pelvis bajo él. Stuart apretó la mandíbula y cerró los ojos. Era tan increíblemente erótico y

excitante que apenas podía contenerse. Cuando empezó a aumentar el ritmo, creyó volverse loco. Oleadas de placer recorrían su cuerpo mientras los gemidos subidos de tono de Deirdre seguían subiendo la temperatura. Ella, igual de excitada, se retorcía debajo de él y sus empujes exigentes le pedían ir cada vez más deprisa, algo incompatible con los intentos de Stuart por retrasar su clímax. Estaba duro. Extremadamente duro. Pero más allá del placer y la lujuria había algo hermoso, una experiencia nueva que no sabía cómo clasificar. Cuando se acostaba con una mujer, nunca tenía problemas para controlarse, no le costaba dejar atendidas las necesidades de ella antes de correrse él.

Pero esta vez era diferente. Era más. Mucho más. Demasiado para él.

Stuart gritó mientras era catapultado fuera de este mundo por su orgasmo, no pudo contenerse más tiempo. Su cuerpo se estremeció, perdió el control y sus terminaciones nerviosas se encendieron como fuegos artificiales. Sus caderas continuaron empujando mientras seguía dejándose llevar por el placer y la liberación. En ese momento, Deirdre gritó y le rodeó con sus muslos.

Stuart se desplomó sobre ella, respirando agitadamente, incapaz de hablar o moverse. Se sentía avergonzado por no haber conseguido durar más tiempo. Afortunadamente, ella también se había corrido.

«¿Verdad? Mierda».

La incertidumbre le invadió como una ducha fría. Había estado tan preocupado por sí mismo, por el infinito placer que lo invadía —que le había cogido completamente por sorpresa— y por no dejarse ir, que no podría afirmarlo con seguridad.

Lentamente, se retiró de ella y se tumbó a su lado. Deirdre sonrió débilmente, con los ojos entrecerrados. Buscó señales en su rostro, parecía satisfecha, pero ¿lo estaría?

«¡Joder!»

¿Por qué le había apartado antes? Hubiera conseguido que que corriera y así no tendría dudas. ¿Debería preguntar?

Stuart no sabía qué podía hacer sin parecer idiota. Había pensado que acostarse con ella lo cambiaría todo, que después ya

no la desearía. Pero precisamente el sexo lo había cambiado todo, por supuesto, solo que ahora estaba más obsesionado con Deirdre que nunca...

—Perdona — murmuró Stuart confundido y fue al baño a limpiarse y deshacerse del condón.

Cuando volvió, ella seguía tumbada, desnuda, y le sonreía.

Normalmente, cuando veía una película en la que el hombre hacía la famosa pregunta «¿Qué tal lo he hecho?» siempre se reía, y ahora tenía las mismas cinco palabras en la punta de la lengua. No sabía cómo preguntar si había tenido un orgasmo sin hacer el ridículo. Deseaba que ella hubiera experimentado tanto placer como él, pero en ese momento lo dudaba. ¿Cómo pudo perder el control de esa manera? Algo así no le había ocurrido en la vida. Nunca.

Además, le encantaría y estaba dispuesto a repetir, pero la idea de que ella no hubiera disfrutado tanto como él le detuvo.

«Mierda. ¿Por qué tenía que se tan complicado?».

No se reconocía.

Stuart se tumbó junto a Deirdre y la estrechó entre sus brazos. Estaba un poco tenso, ¿se habría percatado ella?

—¿Todo bien? —se decidió a preguntar por fin.

—Sí, claro, ¿y tú?

Joder. Vaya mierda de comunicación. No entendía qué le pasaba con esta mujer.

—¿O estás pensando en Lewis? —salió de su boca sin poder controlarlo.

«Mierda. ¿De dónde había salido eso?»

Deirdre se incorporó de golpe. Su rostro se había puesto blanco como el papel, y su boca se había abierto en una mezcla de incredulidad y enfado.

—¿Quién o qué coño crees que soy? —siseó en un hilo de voz cargado de furia contenida.

Antes de que él pudiera responder, levantó una mano para detenerlo y seguir ella.

—Si esto fuera una película, te daría una bofetada y te echaría a patadas, pero esto es mi vida, y yo no soy violenta. Lo que sí voy a

hacer es pedirte que te vayas. No necesito que nadie me insulte, y menos tú.

Deirdre salió de la cama, se envolvió en el edredón y desapareció, tras un sonoro portazo, en el cuarto de baño.

—Me cago en… —protestó Stuart, llevándose una mano al pelo en un gesto de frustración.

Había metido la pata hasta el fondo, y ahora no sabía qué hacer.

El sonido del agua de la ducha llenó el silencio. Stuart se acercó a la puerta del baño y apoyó la frente en la madera.

—Deirdre, lo siento.

—¡Fuera de aquí! ¿Es que estás sordo? ¡Piérdete, Stuart! Ya has conseguido lo que querías.

El tono hiriente de sus palabras lo atravesó como un cuchillo. Cerró los ojos con fuerza, intentando encontrar algo, cualquier cosa, que pudiera arreglar la situación. Pero ninguna idea llegó.

«Soy gilipollas».

No había otra palabra para describirse. Respiró profundamente, debía respetar los deseos de Deirdre. Por el momento, lo mejor sería marcharse.

—Lo siento —repitió, con un volumen lo suficientemente alto para que ella lo oyera a través de la puerta.

Sabía que no le perdonaría fácilmente. Tanta estupidez merecía ser castigada.

CAPÍTULO 13



Aunque Deirdre apenas había dormido, se despertó muy temprano aquel domingo, por lo que tuvo tiempo de pasar por la gasolinera de Shona para comprar cruasanes recién hechos antes de salir a dar un paseo por el lago Ness. Pero en vez de ir hacia el lago, sus pasos la llevaron a la puerta de Michelle. Cuando llamó, su amiga no tardó en abrir.

—Hola, Deirdre, buenos días. Pasa —saludó Michelle, con una cálida sonrisa. Llevaba una camiseta demasiado grande y un pantalón de pijama a rayas. Tenía el pelo recogido en un moño algo desordenado.

—Espero no interrumpir nada —dijo Deirdre mientras abrazaba a su amiga.

—No, en absoluto. Me alegro de verte. Además, me preguntaba por qué habías desaparecido ayer tan de repente y espero respuestas. —Michelle arqueó sus cejas con expresión inquisitiva, y Deirdre levantó la bolsa de cruasanes a modo de ofrenda.

—¿Has desayunado ya?

—No, la verdad es que no.

El sonido de la ducha en el baño le confirmó que Wallace seguía en casa. Deirdre no pudo evitar que sus pensamientos volvieran a la noche anterior y al incómodo desenlace. Había acudido a Michelle porque necesitaba analizar el incidente y, sobre todo, el confuso mensaje de Stuart. No lo entendía.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —preguntó Michelle, sacándola de sus pensamientos.

Michelle la empujó suavemente hacia la pequeña cocina, donde el aroma a café recién hecho llenaba el aire. La máquina de filtro burbujeaba, y a Deirdre le pareció entrañable que Wallace y Michelle siguieran utilizando un modelo tan anticuado.

—¿Estás segura de que no quieres que te cambie la casa? Aquí apenas tenéis espacio —dijo Deirdre mientras Michelle sacaba platos y los colocaba sobre la mesa de la cocina.

—No seas tonta, ¿qué más espacio necesitamos? —respondió Michelle—. Con una cama y una mesa nos basta.

Deirdre rio mientras colocaba los cruasanes a una panera.

—Había olvidado que estás enamorada.

Michelle le guiñó un ojo.

—En serio, no tienes que preocuparte por el piso. Vamos a ver dos casas la semana que viene. Sobrepasan un poco nuestro presupuesto, pero da igual. Quizá podamos arreglárnoslas.

—Entonces, ¿estás lista para el siguiente paso?

—¿Y cuánto tiempo se supone que se debe esperar? Ambos estamos seguros de querer hacerlo y no tenemos por qué retrasarlo.

Michelle sonrió y Deirdre se alegró sinceramente por ella, su amiga merecía un lugar al que llamar hogar y un hombre maravilloso a su lado. Después de todo lo que había pasado, por fin tenía un futuro prometedor.

Sin embargo, esa felicidad despertó en Deirdre un inesperado anhelo de estabilidad. Hacía apenas unas semanas habría considerado imposible cansarse de viajar, lo cual, a la vez la irritaba, sobre todo porque había llegado a Kiltarff con otros planes. Lo que debía haber sido un refugio temporal se empezaba a convertir en algo como un hogar.

—Cruzo los dedos para que una de las casas sea la adecuada —dijo finalmente, rompiendo la pausa antes de que Michelle notara algo extraño.

Prefería cortar el devenir de sus pensamientos, no quería que su amiga la malinterpretara. Después de todo, Deirdre no planeaba

quedarse en Escocia. Tan pronto como resolviera el desastre de su trabajo se marcharía.

Michelle sirvió café, puso mantequilla, mermelada y nata sobre la mesa, y se sentó frente a Deirdre.

—Aquí, cuando compras una casa de campo, casi siempre tienes que reformarla, salvo que se trate de la propiedad de alguna pareja cuya relación se haya ido al garete. El karma, supongo. Yo prefiero la primera opción, así podríamos diseñar todo a nuestro gusto. Aunque claro, es caro y lleva tiempo, pero no tenemos prisa. Aún nos las arreglamos bien con poco espacio, pero cambiará cuando tengamos hijos. Que tampoco es que vaya a ser ya mismo, si bien ninguno de los dos queremos esperar eternamente. —Michelle rio antes de morder un cruasán.

Deirdre estaba a punto de responder cuando Wallace entró en la cocina. Llevaba pantalones cortos y un polo con el logotipo de Loch Ness Cruises, la empresa que dirigía junto a su padre. Enseguida saludó a Deirdre con un beso en la mejilla.

—Hola, Deirdre, me alegro de verte.

Luego se giró hacia Michelle. El beso que le dio a ella fue mucho más intenso, y se prolongó lo suficiente como para que Deirdre apartara la vista, incómoda. Cuando por fin se separaron, Michelle se apartó el pelo de la cara con gesto avergonzado y las mejillas sonrojadas.

—Hasta luego, cielo —murmuró antes de aclararse la garganta.

Wallace sonrió ampliamente.

—Divertios. Le deseo suerte a Stuart.

Los ojos de Deirdre se abrieron de par en par.

«Oh, vaya».

Al parecer, todo el pueblo ya sabía que la noche anterior se había marchado del festival del fuego con Stuart. En realidad, no debería sorprenderse. Probablemente también habían visto cómo se besaban o cómo la había cargado en brazos y llevado consigo. Negarlo no tenía sentido, y tampoco estaba dispuesta a hacerlo. Más bien al contrario, quería contárselo todo a Michelle. Para eso había venido.

Deirdre sonrió de forma misteriosa y levantó una mano en un gesto despreocupado. Luego cogió un cruasán y lo untó con

mantequilla. Cuando Wallace salió de la casa, Michelle se inclinó hacia Deirdre con curiosidad.

—¡Y ahora dispara! ¿Por qué tienes cara de llevar días llorando?

—Ni siquiera sé por dónde empezar —suspiró Deirdre, dejando el cruasán en el plato—. No entiendo a los hombres.

—¿Hombres, en plural? —preguntó Michelle, arqueando una ceja.

—Perdona, tienes razón. No entiendo a Stuart —admitió Deirdre, frunciendo los labios.

—Mmm… Según lo que me han contado, anoche parecía estar todo bastante claro. Y, a diferencia de la última vez, no hubo ninguna emergencia de por medio, ¿verdad?

Deirdre enterró el rostro entre las manos.

—No, no la hubo.

Volvió a levantar la vista y miró a Michelle con el ceño fruncido.

—¿Entonces qué pasó? —insistió su amiga—. Deberías estar radiante y sonriente, creí que Stuart sería bueno en la cama… ¿o no os acostasteis?

Deirdre pensó en la noche anterior, en el placer que había sentido en sus brazos.

—Tuve el mejor orgasmo de mi vida.

—¿Entonces por qué parece que te doliera algo? ¿Fue demasiado… no sé, demasiado duro? ¿Te hizo daño?

Deirdre negó con la cabeza, no tenía nada que ver con el sexo, el problema fue cómo se comportó después.

—No, no fue eso. Eso es lo extraño. El tiempo que estuvimos juntos fue perfecto, al menos para mí. Tuvimos sexo de ese que pone tu mundo del revés, y luego, cuando se acaba, Stuart vuelve a ser el mismo gilipollas de siempre.

—¿En qué sentido? —preguntó Michelle, ladeando la cabeza.

—Cuando terminamos, no me abrazó, ni volvimos a follar, ni nada. Es verdad que no pretendía que nos jurásemos amor eterno, al menos no era mi intención. Solo quería divertirme, pasar una noche con él, ya sabes…

Michelle asintió, esperando que su amiga continuara, sabiendo que había algo más.

—¿Pero?

—Sí, claro, aquí viene el gran «pero» —continuó Deirdre, tomando un sorbo de café—. Stuart se fue al baño para deshacerse del condón, y cuando volvió a la cama conmigo, va y me pregunta, de repente, que si estaba pensando en Lewis.

Michelle abrió los ojos, sorprendida.

—¡¿Perdona?!

—Eso mismo… Imagina cómo me quedé yo. Debe de ser que cree que soy una especie de… no sé, perra caliente que se acuesta con cualquiera. Perdona que hable así, ¡pero estoy tan cabreada! ¿De dónde se ha sacado eso? Insinuar que estaba pensando en otro justo después de follar con él.

Deirdre apretó los puños, su corazón martilleaba de rabia mientras hablaba y sentía un nudo en la garganta y en la boca del estómago. Michelle puso una mano sobre la de Deirdre y la apretó con cariño.

—Deirdre, lo único que puedo decirte, por propia experiencia, es que a veces los hombres son idiotas. Idiotas de verdad.

—Lo sé. Pero nunca había conocido a alguien tan… tan contradictorio. ¿Por qué tenía que cagarla así? Cuando por fin me acuesto con él, va y suelta eso.

Deirdre cerró los ojos con frustración, mientras Michelle sacudía la cabeza con resignación.

—Suele pasar que, a veces, los hombres no saben cómo manejar lo que sienten. Quizá Stuart esté… no sé, confundido, o incluso celoso. Aunque no es excusa para ser tan imbécil.

Deirdre asintió, tratando de calmarse.

«Tal vez Michelle tenga razón», pensó, aunque seguía sin entender cómo alguien podía ser tan estúpido justo después de algo tan perfecto.

—¿Qué pasó después? ¿Hablasteis de ello? —preguntó Michelle.

Deirdre bufó, exasperada.

—¡¿Hablar de ello?! ¿Y qué sentido tenía? Lo eché de la casa, corrí al baño y fingí que me duchaba. Cuando salí, después de haber convertido la habitación en un baño turco, ya se había ido. Pero me dejó una nota. Toma, léela tú misma.

Deirdre sacó un papel arrugado y ligeramente húmedo de tanto manosearlo. Se sabía las líneas de memoria, y ya había leído y estudiado la carta cientos de veces sin haber sido capaz de llegar a ninguna conclusión. Por eso fue a ver a su amiga.

Michelle tomó el papel y leyó en voz baja:

Deirdre, siento si he dicho o hecho algo que te haya ofendido. A veces soy demasiado torpe y no se me dan bien las palabras. No quería herirte. Por favor, perdóname. Stuart.

Michelle leía con atención, mientras Deirdre observaba sus expresiones. Primero frunció el ceño, y luego una leve sonrisa se dibujó en sus labios, lo que desconcertó a Deirdre. Cuando Michelle levantó la mirada, sus ojos brillaban.

—Es muy dulce.

—¿Dulce? —repitió Deirdre con incredulidad, señalando el papel —. ¿No me has estado escuchando? Explícame dónde está la dulzura.

Michelle dejó el mensaje a un lado.

—Creo que Stuart se siente inseguro.

—Me cuesta creerlo.

—Vale, cielo, voy a contarte algo sobre él que no sabes. Después seguro que lo ves con otros ojos y entenderás estos problemas de comunicación.

—Ni siquiera sé si quiero saberlo —refunfuñó Deirdre, poniendo una mueca con el labio inferior. En el fondo sí quería escuchar lo que Michelle sabía de Stuart.

—No te hagas la orgullosa ahora, ¿vale? ¿Quieres saberlo o no?

Deirdre se mordió el labio inferior, claramente indecisa. Finalmente asintió.

—Stuart es igual que Wallace: duros por fuera, blandos por dentro —explicó Michelle.

—Pues yo creo que no se parecen en nada —replicó Deirdre.

Michelle rio.

—Si tú supieras… Tendrías que haber visto a Wallace al principio. Los dos hemos aprendido mucho desde entonces, créeme. Pero volviendo a Stuart, escúchame, ¿quieres?

Deirdre suspiró y mordisqueó su cruasán desganada.

—Está bien —murmuró con la boca llena.

—Stuart esconde sus sentimientos detrás de una fachada de tío frío. Sí, tiene fama de mujeriego y de tener un carácter… digamos, desenfrenado. Pero todo eso es pura autoprotección.

—¿Autoprotección? ¿Me vas a decir que tuvo una infancia difícil? Porque conozco a su familia y son encantadoras.

—No va por ahí.

—¿Entonces de qué tiene que protegerse?

—Madre mía, qué impaciente eres. Escúchame y presta atención: Stuart estuvo prometido hace años, pero lo dejaron plantado en el altar. O, para ser más precisa, estaba de pie en la iglesia y la novia ni siquiera apareció. Creo que entonces tenía poco más de veinte años.

—¡No! —exclamó Deirdre con un chillido. Se tapó la boca con una mano y murmuró—: Me estás mintiendo, ¿no?

Michelle negó con la cabeza, con una expresión completamente seria.

—No. Esa mujer, su primer gran amor, le rompió el corazón. Lógicamente, algo así deja cicatrices profundas. Desde entonces no ha dejado que nadie se le acerque. A su corazón, claro.

—Eso sigue sin explicar por qué se comporta como un gilipollas conmigo.

Michelle frunció el ceño, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—¿De verdad que no? Piensa un poquito.

La cabeza de Deirdre daba vueltas.

—¡Ayúdame, Michelle!

—Venga, vale… Stuart está actuando así porque se preocupa por ti. ¡La carta lo dice todo!

Deirdre frunció las cejas, confundida.

—¿Eh? No dice eso.

—Hay que leer entre líneas —insistió Michelle.

Deirdre escaneó el mensaje por enésima vez, suspirando frustrada.

—No pone nada de eso.

—A ver, dice que lamenta haberse expresado torpemente y dice que no quería herirte. Para mí, está claro.

—Creo que alucinas. Para mí, es solo una forma ¿educada? de decir que ha tenido suficiente con acostarse una vez conmigo.

Michelle suspiró, exasperada.

—Yo no lo veo así. Si fuera eso, no habría escrito nada. Stuart siempre deja claro desde el principio que no está interesado en sentimientos ni en relaciones. No se disculpa, no escribe notas. Pero contigo es diferente, lo ha sido desde el principio.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó Deirdre, aunque su corazón empezó a latir traicioneramente rápido tras las insinuaciones de Michelle.

—No solo le gustas. Siente algo por ti que le asusta, pero no tanto como para huir del todo.

—Pues ya se ha escapado.

—Sí, claro, porque tú lo echaste. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

Deirdre frunció los labios, incómoda. Se levantó y comenzó a caminar arriba y abajo, algo que no era fácil en la diminuta cocina.

—Deberías hablar con él —sugirió Michelle.

—No lo sé —murmuró Deirdre. La sola idea provocó pánico en su interior, junto con un torbellino en su estómago.

—¿Sabes? Resulta que los gorriones me han chivado que ha estado trabajando a destajo en su casa el poco tiempo libre que tiene desde que llegaste aquí.

—¿En su piso?

—No. Stuart tiene una casa, pero aún no vive allí. Si sigues el sendero junto al lago Ness, llegarás a ella.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Deirdre, recordando que había oído golpes en uno de sus paseos, pero no había prestado atención. Sabía que había un par de parcelas más allá de la propiedad de Matt. ¿Podría ser una de ellas?

—Si pasas de largo la casa de Maisie y Matt y sigues avanzando, la encontrarás, no tiene pérdida —le explicó Michelle.

—¿Pero no vive allí?

—No, aún la está arreglando. Como te dije antes, aquí o reformas mucho o esperas a que alguien se divorcie para conseguir una casa.

—¿La compró con su… ex?

—No, que yo sepa. Eran muy jóvenes. Creo que la adquirió después.

Deirdre sintió alivio, aunque no podía explicar exactamente por qué.

—Vamos, ve y habla con él —instó Michelle.

Una mezcla de mareo y cosquilleo de esperanza se extendió por el estómago de Deirdre.

—¿Y qué se supone que debo decirle?

—Quizá que ya no estás enfadada con él.

—Pero es que se pasó tres pueblos.

—Solo lo dijo porque está celoso. ¿Aún no te has dado cuenta?

—¿Celoso? ¿De Lewis? ¡Pero si no estoy interesada en él!

—Stuart no lo sabe —respondió Michelle con una sonrisa traviesa —. Lewis tiene ese aire de tío irresistible, ¿verdad?

—Sí, sí, pero no me atrae nada.

—Stuart no lo sabe —repitió Michelle, arqueando una ceja.

Aunque los celos de Stuart le resultaban molestos y completamente innecesarios, Deirdre no pudo evitar sentirse un poco halagada. En su lugar, quizá también habría sacado conclusiones equivocadas.

Quizá Michelle tenía razón. Tal vez debería hablar con Stuart, pero, ¿con qué fin?

* * *

Stuart estaba en su casa revisando los planos de la obra después de haber retirado los últimos azulejos de las paredes del baño por mañana. Estaba llegando al punto en el que necesitaba decidir el diseño interior de su futura casa para poder encargar los materiales a Colin. Quizá sería mejor esperar a que volviera Ava. Él no tenía el talento para ese tipo de cosas, aunque hasta hacía bien poco creía

que se las apañaría solo. Bueno, otra cosa en la que se había equivocado, como en tantos otros aspectos de su vida recientemente.

Inevitablemente, su mente volvió a la noche anterior. Se preguntó cómo había podido ser tan estúpido como para mencionar a Lewis.

«Se me escapó», pensó, pasando la mano, frustrado, por su rostro antes de abrir una botella de agua y beber unos sorbos. Por más vueltas que le daba, no encontraba la forma de arreglarlo.

Resignado, salió al sol del mediodía y respiró hondo varias veces. Los pájaros gorjeaban en las ramas de los altos robles que bordeaban la propiedad, mezclados con algunas hayas cuyo frondoso follaje proyectaba sombras sobre el terreno. Años de abandono habían convertido el césped en un espacio salvaje. Un conejo huyó de un salto cuando Stuart avanzó.

Era un día caluroso para lo habitual en Escocia, debían estar por encima de los veinte grados. Al sol hacía aún más calor, así que se quitó la camisa y se la colgó del hombro. «Tal vez debería buscar un lugar donde echarme una siesta», pensó. Después de la metedura de pata de la noche anterior, no había podido conciliar el sueño.

Entonces oyó pasos. Rápidos, decididos.

Por un instante, pensó en Deirdre, pero descartó la idea de inmediato. Primero, porque ella no sabía dónde estaba su casa. Y segundo, porque estaba claro que no le buscaría para hablar. La había cagado, pero quizá era lo mejor. Habría sido peor si ella hubiera esperado algo más que sexo. El peligro había existido, y tal vez debería agradecer a su propia estupidez haber eliminado ese riesgo.

Sin embargo, cuando una mujer con un vaporoso vestido amarillo dobló la esquina, Stuart se quedó paralizado.

Era Deirdre.

La luz del sol hacía brillar su cabello, y el contraste con el color del vestido le quedaba perfecto. Las sandalias apenas asomaban bajo la tela. Parecía una diosa.

Se quedó paralizado, sin poder decir ni hacer nada. Por un momento, pensó que estaba soñando, pero cuando ella se detuvo

frente a él y su perfume llenó el aire, supo que era real.

—¿Cómo me has encontrado? —consiguió decir, y al instante quiso abofetearse. ¿Por qué siempre decía estupideces cuando la tenía delante?

Deirdre levantó una ceja, con una expresión entre divertida y exasperada.

—Las noticias vuelan en este pueblecito, no hay secretos. Deberías saberlo mejor que nadie.

Él se encogió de hombros, pero no pudo evitar notar cómo la mirada de ella se deslizaba por su torso desnudo. Stuart se alegró de no dejarla completamente indiferente. Pero la pregunta más urgente era ¿por qué estaba allí? Desde luego no parecía una coincidencia. Su corazón empezó a latir con fuerza.

—Tienes razón —respondió en voz baja, mirándola directamente a los ojos.

La tensión entre ellos era palpable, la atracción era irresistible. Él no podía pensar con claridad cerca de ella, y parecía que a ella le pasaba lo mismo.

—Bonita casa —comentó Deirdre, moviendo la cabeza hacia la construcción.

—¿Te la enseño? —ofreció Stuart, dando un paso a un lado.

Ambos sabían que estaban evitando el verdadero tema de la visita de Deirdre. Aun así, sorprendentemente, ella aceptó.

—Sí, me encantaría. Siempre y cuando no necesite ponerme casco.

La sonrisa de Deirdre, que mostraba la *sexy* hendidura entre sus dientes, provocó un cosquilleo inesperado en el estómago de Stuart. Se sintió aliviado al verla relajada y radiante, y habría dado cualquier cosa por estrecharla entre sus brazos y besarla. Aunque, por supuesto, no lo hizo.

—Ven conmigo, te la enseñaré. Y no te preocupes, no hace falta casco, es segura.

Dos tablones tambaleantes conducían a la entrada de la casa, así que le ofreció la mano. Ella la tomó sin dudar y notó esa piel cálida e increíblemente suave sobre la suya. Stuart reprimió un suspiro y apretó los dientes. La soltó tan pronto como pasaron el umbral.

La luz del sol se filtraba por las ventanas, haciendo que las motas de polvo bailaran bajo los rayos dorados. Las paredes estaban desnudas, sin enlucir, porque había quitado todo el revestimiento y quedaban a la vista los ladrillos. La casa estaba completamente vacía, pero Stuart ya podía ver su potencial. Había tenido una visión cuando la compró, y estaba decidido a convertirla en realidad. Aún le faltaba definir los pequeños detalles del diseño interior, pero lo arreglaría. Quería que esa casa fuera más que un refugio, sería su hogar.

Cuando miró a Deirdre, la expresión de su rostro le hizo contener el aliento, observaba la obra con aprecio y curiosidad, estaba radiante, aunque no sonreía. Su mirada recorría cada rincón como si entendiera lo que él sentía en ese desastre. ¿Era posible que viera algo más allá de la suciedad y los escombros? ¿Y que le gustara? Por extraño que pareciera, en ese momento Stuart deseó algo inesperado… encontrar a alguien con quien vivir allí y dejar de estar solo. Se sobresaltó.

«¡No, no quería eso!»

Esa casa era para él y solo para él. No necesitaba a nadie, y menos a una mujer de ciudad como Deirdre que solo estaba en Kiltarff temporalmente, aprovechando unas vacaciones para trabajar en el castillo y llenar aún más sus bolsillos. Sin duda, Deirdre desaparecería y volvería a su mundo de lujo y glamur en Londres. Era bueno recordarlo. No podía perderse en fantasías románticas. Casi lo olvidaba, pero la realidad seguía ahí, ni Deirdre era una segunda Sandra ni planeaba casarse con ella.

Sin embargo, el hecho de perder constantemente el control cuando ella estaba cerca demostraba que, tal vez, no había cambiado tanto como creía y que, a pesar de sus intentos por enterrar al romántico empedernido que una vez fue, ciertas cosas eran imposibles de hacer desaparecer.

—¿Ocurre algo? —preguntó Deirdre, con voz clara mientras lo miraba con el ceño fruncido.

Stuart recobró la compostura y esbozó su sonrisa más entrenada, la máscara que había perfeccionado durante años.

—No, todo está bien, pero ten cuidado por donde pisas. Aún así, estaré pendiente de ti.

Ella le dirigió una mirada que no supo interpretar antes de tomar de nuevo su mano. Esta vez, la sensación de su piel lo ayudó a recuperar un poco el control sobre sus pensamientos. Si bien seguía sintiéndose físicamente atraído por ella, al menos ya no fantaseaba con futuros imposibles y no se le ocurriría preguntarle qué tipo de cortinas le gustaban para el dormitorio.

Menos mal, porque esa vulnerabilidad, esa maldita esperanza de algo que nunca tendría lo asustaba. Stuart se había jurado a sí mismo que nunca volvería a estar en una situación que pusiera en riesgo su corazón. Deirdre no se quedaría en el lago Ness, y no podía permitirse que se llevara su corazón cuando hiciera las maletas.

CAPÍTULO 14



A Deirdre le gustó todo lo que Stuart le mostró de la casa. No, que le gustara era quedarse corta, le encantó. Aunque aún era un esqueleto de vigas y columnas que requería imaginación, podía visualizar el potencial de aquella encantadora casita antigua. No era diseñadora de interiores, pero era capaz de ver que las posibilidades eran emocionantes.

Stuart la condujo por una estrecha escalera que llevaba a tres habitaciones pequeñas y un cuarto de baño. Las paredes estaban desnudas, y las ventanas, del suelo al techo, dejaban entrar bastante luz. El suelo carecía de revestimiento, y las viejas baldosas de color verde menta del baño yacían en el suelo, desportilladas y cubiertas de polvo.

—¿No querrás quedártelas? —bromeó Stuart, señalando el montón de escombro.

Deirdre había percibido el cambio; no sabía exactamente qué había dicho o hecho, pero sintió cómo levantaba un muro para ocultar sus verdaderos pensamientos. Stuart volvió a ser el bromista coqueto que no parecía tomarse nada en serio. Unos momentos antes había vislumbrado esa otra faceta de él, la vulnerable y esperanzada, y le habría gustado acurrucarse junto a él, decirle cuánto le gustaba. Afortunadamente, no lo hizo, porque habría quedado como una completa idiota.

Aun así, las palabras de Michelle sobre el pasado de Stuart seguían rondándole. ¿No sería comprensible que alguien se volviera cauteloso después de una experiencia como la suya?

«¿Y por qué me importa tanto?».

Deirdre no quería responderse a esa pregunta. Su vida ya estaba construida sobre demasiados pilares tambaleantes. No podía permitirse pensar, ni siquiera soñar, en un futuro con Stuart. Lo mejor era vivir el presente. Todo lo demás eran tonterías.

—El verde menta no es mi color —comentó Stuart sosteniendo un catálogo que había recogido del suelo—. Pensaba más bien en algo como esto.

Abrió una página con la imagen de un baño. Las paredes estaban revestidas con baldosas rectangulares de color crema, y el centro lo ocupaba una bañera exenta. La idea de Stuart instalando esa bañera justo allí la hizo sonrojarse. Al levantar la mirada, vio el mismo deseo reflejado en los ojos de él. Su corazón se aceleró, y rápidamente bajó los párpados para concentrarse en la imagen del catálogo.

—Tiene mucha mejor pinta, desde luego —dijo, aunque su voz se quebró ligeramente. Se aclaró la garganta mientras Stuart dejaba el catálogo en el suelo y salía del baño. Deirdre se abanicó brevemente con una mano antes de seguirle.

—Aquí están el dormitorio principal y dos habitaciones más para las que aún no tengo planes. Quizá una de ellas la convierta en un despacho…

Deirdre cometió el error de mirarle de nuevo. ¿Estaría pensando en una habitación para niños? El pensamiento fue breve, pero Stuart debió leerlo en su rostro, porque su expresión se endureció. Y lo peor de todo fue que, por un momento, deseó ser la madre de esos dulces y hermosos bebés que había imaginado. Era un deseo absurdo, incluso para ella, que ni siquiera se había planteado si quería tener hijos.

Stuart se aclaró la garganta, rompiendo la tensión.

—Vamos abajo. No hay más que ver aquí arriba. Te enseñaré el salón.

Pasó junto a ella y la adelantó para empezar a bajar las escaleras. Deirdre no pudo evitar observar los músculos de su

espalda. Stuart era más que un hermoso cuerpo, y eso la atraía aún más y la hacía más vulnerable. Se obligó a desterrar cualquier pensamiento romántico, no habría futuro con él, con o sin atracción.

Cuando llegaron al salón ya había recuperado algo de compostura.

—Oh —exclamó al verlo.

Era un espacio diáfano, lleno de luz.

—Instalé una viga de acero aquí y, después de tirar la pared, quedó muy luminoso y espacioso.

—De verdad, es genial. ¿Y usarás tablas de esas largas para el suelo, en un color natural? ¿En roble?

Él levantó una ceja.

—Algo así. Y sé que probablemente no te guste, pero creo que una cocina rústica quedaría bien. Con grandes grifos de latón y una enorme isla para cocinar.

Deirdre tragó saliva. Sonaba perfecto, tan perfecto que se le formó un nudo en el estómago.

—Sí, una cocina rústica encaja aquí, por supuesto. Al fin y al cabo estamos en el campo, ¿no? —rio insegura, arrepintiéndose al instante.

Stuart le dirigió una mirada que no supo interpretar.

—Me gustaría ofrecerte algo, pero me temo que solo tengo agua embotellada —dijo, señalando un envase de seis que descansaba donde pensaba instalar la cocina.

—No pasa nada. No he venido por eso —respondió ella, sacudiendo la cabeza.

Stuart la miró con una intensidad que la atravesó como un rayo.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó él brusco, con la voz llena de tensión contenida.

Deirdre tragó saliva para tratar de deshacerse del nudo que se le acababa de formar en la garganta. Se humedeció los labios con la lengua, intentando reunir valor para hablar. En su cabeza había sido fácil planear cómo explicarle que ya no estaba enfadada, pero ahora, frente a él, parecía más complicado.

—He leído tu mensaje —dijo finalmente.

«Genial», pensó.

Había sonado tan torpe como si hubiera dicho «llevo una sandía». Desde luego dudaba que Stuart conociera esa cita de *Dirty Dancing*, pero eso no hacía que se sintiera menos ridícula.

Stuart hizo un gesto casi imperceptible, como si algo le doliera. Aquello la sorprendió. Intentó hablar casual y calmada, no que sonara como un comentario hiriente, pero parecía que él interpretaba su declaración con más peso del que ella imaginó.

En ese momento, Deirdre se dio cuenta de lo que pasaba, aquella disculpa era genuina. Stuart lo sentía de verdad. Ese reconocimiento la llenó de una inesperada alegría. Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro casi sin que ella lo notara, mientras una oleada de mariposas parecía invadir su estómago. Se sintió desconcertada y un poco horrorizada por la intensidad de la emoción, pero no podía evitarlo.

—¿Y? —preguntó Stuart, dando un paso hacia ella.

Deirdre fue aún más consciente de su torso desnudo, y su cercanía hizo que las mariposas revolotearan con más fuerza. Sus hormonas estaban fuera de control. Pero, al mismo tiempo, había algo reconfortante en esa sensación. Estar cerca de Stuart la hacía sentirse más viva que con cualquier otra persona. Aunque la intensidad debería haberla asustado, lo cierto era que quería más. Mucho más.

—No debería haberme ofendido tanto —admitió, mirándole directamente a los ojos—. Siento haberte echado.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Stuart, cuyas cejas se levantaron ligeramente.

—¿Lo sientes?

Deirdre asintió. Solo les separaban unos centímetros y podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Probablemente fue su testosterona lo que le robó la última pizca de cordura, un olor que a ella le encantaba y que provocaba que hiciera tiempo que no le quedara ni rastro de razón. Sin poder evitarlo, colocó las manos sobre la parte superior del cuerpo de Stuart y dejó que las yemas de los dedos se deslizaran por él. Sintió cómo sus músculos se tensaban bajo su roce y él emitía un profundo suspiro. El calor se acumuló en su abdomen, se estremeció de excitación. Puede que tuvieran

dificultades para comunicarse con palabras, pero físicamente no existían malentendidos entre ellos. Realmente no era algo que le disgustara, a Deirdre le encantaba cómo se sentía en su presencia. Hermosa. Deseable. Perfecta.

—Esto es peligroso— murmuró Stuart mientras le pasaba las manos por el pelo.

—¿Peligroso?

—Si no quieres que te arranque la ropa aquí y ahora, tienes que parar. —Su voz sonaba ronca. Y llena de anhelo.

Le gustaba cómo se estremecía bajo su contacto. Tenía los labios abiertos y las pupilas dilatadas. Deirdre sintió los latidos de su corazón bajo las yemas de sus dedos.

—Es tentador… —respondió ella y le mordió tiernamente uno de los pezones.

—Ahhh… —gimió y la levantó en el aire por la cintura con un solo movimiento.

Caminó unos pasos con ella y la dejó de pie, apoyada contra una pared, como si hubiera intuido que le flaquearían las rodillas. Stuart apretó su cuerpo contra el de ella y la besó exigente. Sin dudas, sin vacilaciones. Su lengua invadió su boca y dejó bien claro cuáles eran sus intenciones.

Deirdre nunca se había sentido tan deseada como en aquel momento. Notaba sus manos en todas partes. Cuando notó que le subía el vestido y se ponía de rodillas frente a ella, cerró los ojos y se rindió al deseo. Stuart casi le arrancó las bragas, le levantó una pierna, se la puso sobre el hombro, sujetó sus nalgas y le cubrió los muslos de excitantes besos. La acarició y se abrió camino hasta su lugar más íntimo dejando una estela de ternura ardiente y abrasadora. No había dudas. Solo había un objetivo, una posibilidad, a la que Deirdre respondió con un gemido. Su excitación crecía furiosamente, ella enterraba las manos en su pelo mientras él la hacía perder el control. La dulce tortura era casi insoportable, deseaba tanto este orgasmo y sin embargo no quería que terminara todavía. Pero Stuart no le dejó elección, la lamió, chupó y acarició hasta que su mundo se disolvió en destellos blancos. Gritó palabras incoherentes, se retorció y tembló hasta que en un momento dado

se desplomó sin fuerzas. Stuart la cogió, se sentó de espaldas a la pared y la abrazó con fuerza, tanta que no podía moverse. Se sentía en la gloria, segura y protegida.

Cuando Deirdre por fin, después de lo que le pareció una eternidad, recuperó el aliento, volvió la cara hacia él y lo miró. Él sonrió de vuelta, pero no era esa sonrisa ensayada de hacía un rato, sino una que irradiaba felicidad, como si no fuera ella quien acabara de experimentar uno de los orgasmos más increíbles de toda su vida, sino él.

—¿Y tú? —quiso saber ella, pasándole las manos por el pecho.

La besó suavemente.

—Más tarde —declaró con voz ronca. La evidencia de su excitación presionaba el muslo de Deirdre, pero no parecía querer continuar lo que acababa de empezar—. ¿Tienes algún plan? Necesito una ducha, apesto... —susurró.

Ella le miró, traviesa, y se sentó a horcajadas sobre él. No estaba cómoda, el suelo rugoso se le clavaba en las rodillas, pero él no se había quejado antes.

—Dios, no me pones nada fácil contenerme— refunfuñó con una sonrisa de dolor en sus sensuales labios.

—¿Y si me gustara el sudor masculino fruto del trabajo duro...? —susurró ella y le cubrió la clavícula de besos.

Stuart gimió.

—Estoy tan loco por ti que me asusta.

Deirdre escuchó sus palabras, las asimiló, pero no las comentó. En lugar de eso, se frotó lascivamente contra él. Él la sujetó por la cintura y la miró con los ojos desbordados de lujuria.

—Te deseo, Deirdre, pero no aquí. La próxima vez que te haga el amor, quiero estar dentro de ti. Completamente. No llevo preservativos, y si no paras ahora, me olvidaré de todo y de los anticonceptivos. Yo... oh, Dios... Me estás volviendo loco.

Deirdre apretó los labios contra la boca de él para darle un beso breve pero intenso. Luego se separó y se levantó. Tenía razón, por supuesto. Por mucho que lo deseara dentro de ella, no podía prescindir de los anticonceptivos. Estaban en una casa en obras, esa que él estaba preparando para su futuro. Pero ella no era parte de

ello y lo había olvidado por un momento. No entendía porqué había deseado por unos instantes que fuera ella para quien estuviera construyendo un hogar.

Tragó saliva y sonrió. Solo era sexo. Tendría que recordárselo una y otra vez. Y desde luego le resultaría más fácil si no lo hicieran en su futura casa. ¿Desde cuándo se dejaba llevar así por sus hormonas? Solía reírse cuando las parejas decían que no podían quitarse las manos de encima. Ahora sentía lo mismo. Si bien a Deirdre siempre le había gustado el sexo, esto iba mucho más allá de sus experiencias anteriores.

«Disfrútalo mientras puedas», susurró una vocecita en su cabeza. Otra quiso expresar dudas, pero la acalló antes de que la incertidumbre pudiera siquiera sembrarse.

—¿Cuándo terminas? —quiso saber— Dime una hora y vendré a verte.

Stuart se levantó y se pasó las manos por el pelo. Estaba bastante sucio y el bulto de sus pantalones aún no había desaparecido. Su sonrisa le llegó al corazón, lo que inquietó a Deirdre.

—Tú también estás bastante llena de polvo, cariño, ¿qué tal si nos duchamos juntos?

«Cariño».

No quería darle importancia, pero no podía ignorar el extraño salto que había dado su corazón ante ese «cariño».

—No voy a rechazar la oferta —respondió ella, esperando sonar ligera y juguetona.

—Nos vamos entonces ¡Por hoy he terminado!— conlcuyó Stuart con una sonrisa sugerente.

Por el camino, charlaron como viejos amigos, lo cual era aún más extraño que el hecho de que estuvieran a punto de acostarse. Era la primera vez que hablaban sin bromas, sin segundas intenciones, relajados. Se sentía bien, mejor que bien, y al mismo tiempo, estaba nerviosa y expectante.

Stuart se había puesto la camiseta para volver al pueblo, lo cual era una pena, aunque pronto se la arrancaría de nuevo. No podía esperar.

Solo es un poco de diversión, se dijo a sí misma. Sin sentimientos. No podía ser tan difícil, ¿verdad?

* * *

El piso de Stuart era pequeño, y el mobiliario viejo, pero, en cierto modo acogedor, porque su estilo personal era reconocible a primera vista. El típico hogar masculino, con múltiples catálogos y revistas sobre todo tipo de coches, clásicos, modernos… Por suerte, no había carteles de pilotos de carreras en las paredes. Los muebles eran una colorida mezcla de piezas individuales que encajaban perfectamente a su manera. Deirdre se sorprendió cuando vio dos plantas verdes en sendas macetas a las que parecía gustarles los cuidados de Stuart. Nunca habría pensado que se preocupara por la botánica; al parecer, aún le quedaban muchas cosas por descubrir de él. Este pensamiento le asustó, porque su plan de mantener al margen los sentimientos se suponía que seguía en pie, por supuesto, pero al parecer había empezado a flaquear un poco y tenía que evitarlo.

Sintió su cercanía antes de que hablara. Su aliento caliente le rozó la nuca y ella se estremeció involuntariamente.

—¿Puedo ofrecerte algo? —le susurró al oído sin tocarla.

Se dio la vuelta y sonrió para a continuación poner las manos en su nuca.

—Tú —fue lo único que respondió.

El movimiento de la nuez de Stuart como respuesta bastó para que las mariposas de su estómago volvieran a revolotear. No necesitó que se lo pidiera dos veces, entrelazó sus dedos con los de ella y la condujo al cuarto de baño. Allí abrió el grifo de la ducha y volvió a correr la cortina de plástico. Ahí también se notaba claramente la antigüedad de la vivienda, pero a Deirdre no le importó. Vio cómo Stuart se quitaba la camiseta de un tirón y la metía en el cesto de la ropa sucia; no podía apartar los ojos de él. Él la miró, y supo exactamente lo que estaba pensando, porque la sonrisa que apareció en sus labios lo decía todo.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el vestido.

Le encantaba lo educado que era, con ese punto de timidez. Deirdre asintió.

Con delicadeza y cierta ternura, imposible de imaginar a primera vista, la ayudó a quitarse el vestido.

—Me encanta tu ropa interior —murmuró y le acarició los pechos, envueltos en un *sexy* sujetador de encaje.

Afortunadamente, no se detuvo mucho en él, sino que desabrochó el cierre y lo dejó caer al suelo. Luego le tocó el turno a las bragas. Deirdre no estaba cohibida, se sentía hermosa y deseada, Stuart la devoraba con la mirada.

—Me temo que a ti también te sobra ropa —anunció, y le desabrochó el botón superior de los pantalones.

Era imposible no ver el bulto, y ella se sintió orgullosa del efecto que causaba en él. Cuando por fin estuvieron los dos desnudos, él la ayudó a meterse en la ducha como si no pudiera hacerlo por sí misma, le gustaba lo cariñoso que podía llegar a ser y le encantaba dejarse mimar por aquel tipo tan guapo. La enjabonó con fruición, sin dejar ni un centímetro de su piel. Ella siguió su ejemplo. Se besaron mil veces, explorando cada rincón del otro hasta que necesitaron más. Ambos respiraban agitadamente cuando Stuart cerró el grifo y llevó a Deirdre a su dormitorio. No les importó estar mojados. Él cogió un preservativo de la mesilla y se lo puso. Deirdre lo observó, Stuart tampoco le quitaba los ojos de encima. Cuando por fin se inclinó sobre ella, enseguida abrió los muslos para recibirlo en su interior. Gimió al sentir su tamaño, su longitud y el poder que emanaba de él.

Deirdre rodeó las caderas de Stuart con las piernas y le instó a acelerar el ritmo. Quería más, mucho más. Su respiración era entrecortada y se le marcaba una vena en el cuello. Los músculos de Stuart estaban tensos y Deirdre se acercaba rápidamente a otro orgasmo. La excitación y la lujuria hacían que todo lo demás pareciera secundario. Lo único que importaba eran ellos dos y la pasión que los unía. Deirdre gemía su nombre y suplicaba entre jadeos. El gruñido profundo y gutural de Stuart indicaba que él tampoco podía contenerse más. Abrió los párpados y se encontró con su mirada. Y entonces llegó. Tembló bajo él y sintió que él

también se ponía rígido. No se perdieron de vista ni un segundo. Ella gritó y él dijo su nombre cuando las olas de sus orgasmos se abatieron sobre ellos.

Tardaron un rato en recuperar el aliento. Stuart se levantó para deshacerse del preservativo y traer toallas. Empezó a secar a Deirdre, aunque apenas fuera necesario, aparte de su pelo. Aun así, se tomó su tiempo, parecía disfrutarlo. De pronto se sorprendió al ver que ya estaba duro de nuevo.

—Eres insaciable, ¿eh? —murmuró y sonrió bajo los párpados entreabiertos. Para su sorpresa, también notó un placentero tirón en el abdomen.

«¿Por qué no aprovechar la oportunidad?», se dijo a sí misma, y lo empujó suavemente para tumbarle.

—Ahora me toca a mí —anunció mientras empezaba a hacerle todo lo que siempre había soñado hacerle...

CAPÍTULO 15

Unos días después, Stuart estaba en su cocina con Deirdre preparando tortitas para cenar. No era una cena tradicional, pero ella era muy golosa y le encantaban. Stuart llevaba los calzoncillos bajos sobre las caderas, sabía que a ella le gustaba y disfrutaba de sus miradas de aprobación. En los últimos días, o más bien noches, se habían estado viendo bastante. El sexo con Deirdre era fantástico. No solo eso, le gustaba su presencia, su cercanía, le gustaba dormirse a su lado y despertarse.

El fin de semana estaba a la vuelta de la esquina, y el plan era que todos los amigos se reunieran en el Lantern el sábado. Ava y Colin habían vuelto de viaje y tenían mucho que contar.

—¿Vamos por separado? —quiso saber Stuart mientras daba la vuelta a tres tortitas en la sartén.

Se notaba ansioso por oír su respuesta, no quería presionarla ni sugerir nada él mismo, no fuera a ser que volviera a meter la pata. Si por él fuera, podían aparecer juntos, después de todo, su aventura no era ningún secreto. Desde la fiesta del fuego, el pueblo de Kiltarff al completo supo lo que pasaba entre ellos, y le pareció bien. La verdad es que no le molestaba en absoluto, al contrario, y eso era extraño, aunque cuidaba de guardarse las dudas.

—No lo sé —respondió Deirdre mientras se acurrucaba a su espalda—. No me gustan los secretos, y además creo que sería un

poco tarde para eso. Parece que todo el mundo ya lo sabe —añadió con una sonrisa que reflejaba los mismos pensamientos que él.

Stuart se sintió aliviado porque, por un momento, había temido que ella insistiera en ir sin él.

Deirdre pasó las manos por su vientre, provocando un hormigueo en sus entrañas. Era una locura lo sensible que era a sus caricias. Habían tenido relaciones sexuales con frecuencia en los últimos días, y noches, así que esas reacciones no podían deberse a ningún tipo de abstinencia...

—No me refería a eso —intervino él, intentando concentrarse en las palabras y no en las caricias que le profería.

—Tampoco quiero ponernos una etiqueta —dijo Deirdre, y él se puso rígido.

—¿Qué quieres decir? No te sigo —se volvió hacia ella, con la espátula aún en la mano.

—Tú no quieres una relación, y yo tampoco. Eso es lo que quiero decir. Nos divertimos juntos mientras nos guste, ¿no? —Se encogió de hombros, despreocupada, como si estuvieran hablando de su próxima salida de compras y no de cómo estaban llevando su aventura.

«Nos divertimos juntos mientras nos guste», repitió Stuart en su cabeza. «O hasta que te marches de vuelta a Londres», pensó. Esperaba que no viera esos pensamientos en sus ojos, porque no le gustaba lo que provocaban en él. Por si acaso, se volvió hacia la sartén.

—Estoy de acuerdo. Disfrutemos entonces. ¿Quieres probar las primeras tortitas? —intentó desviar la atención del tema, porque, de lo contrario, se pondría de mal humor, y no quería.

Le interesaba que Deirdre no se ilusionara, que no soñara con un futuro con él, pero no podía explicar por qué apretaba los dientes y deseaba salir corriendo. Sacó un plato de la alacena y puso en él las deliciosas tortitas. Luego les echó un poco de sirope por encima.

—Aquí tienes, horneadas con amor —anunció, colocando el plato sobre la pequeña y tambaleante mesa de la cocina y añadiendo los cubiertos.

Deirdre le rodeó la cintura con los brazos y le dio un beso. Había tanta calidez en sus ojos que a Stuart se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Y qué recompensa tenías en mente por tus esfuerzos? —se burló ella.

Afortunadamente, no tenía problemas para comunicarse a ese terreno. Sonrió.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo, dándole una palmada en el trasero—. ¡Pero come primero, no vayas a perder ninguna de tus excitantes curvas con toda esta... actividad!

Deirdre se rio y se sentó, cruzando sus largas piernas.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes hambre?

—Tú primero —explicó Stuart mientras añadía tres raciones más a la sartén.

Deirdre le dirigió una mirada extraña, como si no pudiera creer lo que acababa de decir. Pero luego la expresión desapareció, y devoró las tortitas con un suspiro de placer.

—Cuéntame, ¿de dónde viene tu pasión por los coches clásicos? —quiso saber poco después.

—No sé, ¿de dónde viene tu interés por los bolsos? —bromeó él.

—Ja, ja, muy gracioso. ¿Siempre te han gustado?

—Sí, en cierto modo. ¿Por qué lo preguntas?

—Perdona, solo era curiosidad.

Stuart lamentó su brusca respuesta.

—Lo siento, no pasa nada, está bien que preguntes, no es ningún secreto.

No podía explicarle que Sandra siempre había desaprobado su afición por los coches. Que le había exigido más: un trabajo mejor, un sueldo más alto, un futuro diferente. Y por fin lo encontró, pero no con él. Stuart apartó los recuerdos del capítulo más oscuro de su vida.

—Creo que estás muy *sexy* con el mono de mecánico —confesó Deirdre, sacándolo de sus sombríos pensamientos y devolviéndolo al presente.

—¿Qué? —preguntó sorprendido. ¿Lo encontraba atractivo en ropa de trabajo? Esa información le alegró más de lo debido—. Creía

que te gustaban los hombres con trajes elegantes —intentó disimular su alegría.

—¿Crees que estaría aquí entonces? —replicó ella con una ceja arqueada e inclinando la cabeza de un modo peculiar que intensificó el extraño cosquilleo en la boca del estómago de Stuart.

Él habría contestado que aquí apenas había alternativas, pero después de la reciente experiencia al preguntar por Lewis, prefirió contenerse.

—Probablemente no —fue todo lo que respondió.

Si a Deirdre le irritó su respuesta, no lo demostró. Seguía sonriendo.

—¿Y quieres dedicarte a ello profesionalmente? A los coches clásicos…

Asombrado, levantó la cabeza y la miró directamente.

—No lo sé. ¿Por qué quieres saberlo?

—No sé, creo que podrías hacerlo, que sería genial.

Hacía unos días, tras un largo y agotador día de trabajo en el taller, le había comentado a Deirdre que ya no disfrutaba tanto como antes con las reparaciones normales. ¿Por eso estaba interesada?

Stuart decidió ser sincero.

—En realidad, he pensado que podría comprar coches clásicos, restaurarlos y volver a venderlos.

—¡Vaya, si se te iluminan y todo los ojos! Eso sí te gustaría, ¿verdad?

Stuart asintió y cruzó los brazos delante del pecho mientras se apoyaba en la encimera de la cocina.

—Sería un sueño, sí. En realidad, llevo deseándolo desde hace tiempo.

—¿Y qué te detiene?

La pregunta quedó suspendida en el aire, no tenía una respuesta preparada. Entonces pensó en su abuela. En su madre. En el legado de su padre y de su abuelo.

—No lo sé. Tengo tantas cosas que hacer, ¿y cómo sé que podría vivir de ello? También tengo que pensar en la gasolinera y en la abuela, ella no podrá encargarse siempre. Por suerte está bien de salud y en forma, pero llegará el día en que eso cambie. Por eso

llevo meses diciéndole que deberíamos comprar un surtidor automático. Eso le quitaría trabajo, pero no hay forma, se niega.

—Podría intentar hablar con ella —se ofreció Deirdre.

—De hecho, hace tiempo que quería pedírtelo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

«Eso, ¿por qué no lo había hecho?».

—No quiero que tengas la impresión de que, de alguna manera, me estoy aprovechando de ti.

Deirdre dejó el tenedor.

—¿Qué? No me creo que sea por eso.

Stuart se sintió cohibido. No quería que siguiera indagando, así que volvió su atención a su tarea de cocinar y a la sartén.

—¿Quieres un poco más?

—No, gracias, estoy llena y a punto de reventar, esas cosas eran enormes. Come algo, anda, hombretón.

Deirdre se levantó, puso su plato en el fregadero y luego empujó a Stuart hacia una silla. Le sirvió las tortitas a su manera especial: con una sonrisa, un beso y un tenedor con el que le dio de comer.

Resultó ser una cena muy larga…

* * *

Colin y Ava tenían mucho de qué hablar; su viaje había sido, aparentemente, la aventura romántica perfecta. Stuart había superado su nerviosismo inicial tras la primera cerveza y unas cuantas conversaciones. No había sido tan extraño volver a ver a todo el mundo en el *pub* como había temido en un principio. Sus compañeros apenas hicieron comentarios, cosa que agradeció. Por otro lado, probablemente sus amigos habían tenido tiempo de sobra para analizar su relación con Deirdre, desde la fiesta del fuego, para ser exactos. Stuart no tenía ningún interés en escuchar sus opiniones al respecto, y eran lo suficientemente inteligentes como para guardárselas para ellos mismos. Incluso estaba sorprendido de que ni siquiera su madre o su abuela le hubieran hecho aún ningún comentario fuera de lugar. Y eso era extraño. Tremendamente

extraño. Normalmente, las dos opinaban de todo y de todos. Intentó no pensar en ello y simplemente alegrarse de que no le hicieran preguntas comprometidas.

Estaba en la barra, con una cerveza en la mano y disfrutaba de la velada. La música sonaba suave por los altavoces y el ambiente del bar era relajado. Se sentía a gusto. No, eso era quedarse corto. Se sentía mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Y no se debía solo a su satisfactoria vida sexual. Aunque era consciente ello, no quería darle vueltas ni analizar sus sentimientos.

Vio a Deirdre hablando con Lewis. Parecía tensa, casi sombría. Era una suerte que Stuart hubiera superado sus celos. Sabía que Lewis no representaba una amenaza y, si lo hiciera, no podría evitarlo. Sabía que los celos eran un sentimiento estúpido y todavía estaba un poco avergonzado de lo inadecuadamente que había reaccionado en la fiesta del fuego. Para su alivio, Deirdre parecía haberlo olvidado. Había aceptado sus disculpas y punto. La vida con ella era sorprendentemente fácil, no había problemas. ¿Quizás demasiado fácil? Hasta el momento no había podido encontrar nada en ella que le molestara.

Bueno, excepto por el hecho de que solo estaba en Kiltarff con un objetivo. Su forma de vestir y de arreglarse no era un inconveniente, más bien contrario. Le gustaba mucho su aspecto y su estilo. Quizá demasiado. Si era sincero consigo mismo, no había mirado a otra mujer desde que la conoció. Eso debería asustarle, pero no dejó que aflorara el miedo. Ni ahora ni después. Quería vivir el momento, porque una cosa estaba clara, por maravilloso que fuera su tiempo con Deirdre, era limitado.

Aún no se había atrevido a preguntarle por su marcha. Ese tema se evitaba con tanta seguridad como cualquier otro relacionado con los sentimientos o los planes de futuro. Deirdre no hablaba de ello por iniciativa propia, y él tampoco. Eso era bueno. Sin embargo, a menudo aparecían interrogantes en su cabeza que cada vez le costaba más disipar.

—Oye, ¿por qué pones esa cara? —Ellie le dio un codazo en el costado. Ni siquiera la había visto venir.

—Hola, Ellie, ¿qué tal? —contestó sin responder a su comentario.

Su amiga estaba radiante.

—De maravilla. Deirdre nos ayuda tanto que no sé por dónde empezar a elogiarla. El sitio web se puso en marcha ayer y, gracias a su fantástico trabajo con los anuncios de Google y Facebook, ya hemos podido generar una cantidad considerable de tráfico y, por tanto, un montón de reservas. Es increíble lo que ha conseguido en tan poco tiempo. Y, por cierto, también está organizando mi boda, no sabría dónde estaría sin ella. Probablemente habría acabado en un sanatorio por un ataque de nervios —Ellie se echó a reír.

Stuart tragó saliva, de repente había aparecido un nudo en su garganta. ¿Qué le pasaba?

—Eh, sí, es muy competente —fue todo lo que se le ocurrió.

Ellie le dio unas palmaditas en el brazo con una mirada extrañamente cómplice, lo que le irritó aún más.

—Hacéis una pareja encantadora. Espero que te parezca bien que os ponga juntos en la boda.

De nuevo tragó saliva. La boda. No había pensado en ello.

—Sí, claro. Si a Deirdre le parece bien.

«Si es que para entonces sigue en Kiltarff», pensó a continuación, aunque no lo verbalizó.

Ellie le guiñó un ojo.

—Lo averiguaré, pero para ser sincera, no tengo ninguna duda.

Kenneth se puso al lado de Ellie y rodeó con un brazo el hombro de su prometida.

—Déjame adivinar, ¿habláis de la boda? —quiso saber el conde, sonriente de oreja a oreja.

Ellie asintió.

—Por supuesto.

—No sabes lo agradecidos que estamos a Deirdre —continuó Kenneth, dirigiéndose a Stuart—. Me temo que no habría habido boda este año sin ella.

Ellie torció los labios en una sonrisa culpable.

—Me temo que mi maravilloso prometido tiene razón en eso.

Stuart no sabía qué replicar. De pronto se sintió extrañamente inquieto. Pensar que un día Deirdre ya no estaría allí le hacía

sentirse mucho peor de lo que había imaginado. Sonrió, pero sospechó que era algo mecánico.

—Sois tan asquerosamente felices que apenas puedo soportarlo. —Luego tuvo que reírse. —No, en serio, me alegro mucho de que las cosas os vayan tan bien. Y vamos a solucionar lo de los coches clásicos.

Después de charlar un rato con ellos, se abrió paso entre la multitud para ir en busca de Deirdre. Estaba delante de los aseos, hablando con Michelle. Parecía emocionada. Cuando le vio, sonrió, pero no de una forma tan abierta y radiante como de costumbre. Stuart se acercó a las dos.

—Ya he tenido bastante por hoy —le dijo a Deirdre—. Mañana tengo que madrugar, ya sabes, tengo que seguir con la reforma. ¿Te importa si me voy ya?

Deirdre entrecerró los ojos un momento y luego asintió.

—Claro, por supuesto, no tienes que quedarte por mí.

No la dejó seguir hablando, le dio un beso en la frente y luego abrazó a Michelle.

—¡Que os divirtáis! Nos vemos.

Tras eso, salió por la puerta trasera. En el patio, respiró hondo. El aire frío entró en sus pulmones, que se dilataron un poco. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de la presión que tenía el pecho. No sabía qué le había pasado en el bar, pero su humor había cambiado. Prefirió no pensar en ello, no era nada que una buena noche de sueño no pudiera arreglar. Al menos eso se dijo a sí mismo y se marchó a casa.

Ya tumbado en la cama, sus dedos revoloteaban sobre el teléfono móvil. ¿Debía enviarle un mensaje a Deirdre diciéndole que era bienvenida si quería acercarse cuando dejara el Lantern?

Se sentía solo ahí tumbado sin ella. En las últimas noches, se había acostumbrado a su cercanía, a su calor. No. Precisamente esa razón ya era suficiente para no escribirle. Era peligroso habituarse a una rutina duraría poco tiempo. Stuart apartó el móvil tras ponerlo en silencio. Luego miró al techo en la oscuridad y esperó a dormirse. Por desgracia, de repente estaba completamente despierto.

CAPÍTULO 16



—¿De qué iba eso? —preguntó Michelle a Deirdre. Seguían de pie frente a los aseos del Lantern, donde llevaban un rato charlando. Stuart se había ido del *pub* hacía unos minutos—. ¿Os habéis peleado? —insistió.

—No, para nada —Deirdre se encogió de hombros.

—¿Entonces por qué se va a casa sin ti?

Deirdre tampoco lo sabía, pero le resultaba extraño. Aunque, por otro lado, recordó, ¿no habían acordado el día anterior que no iban a etiquetar lo que tenían? ¿Y no había sido ella la que había insistido? Deirdre esbozó una sonrisa y le restó importancia.

—Que sepas que no necesito niñera. Además, me vendría bien irme a la cama una noche sin él. Es un hombre bastante insoportable.

Quiso que sonara a broma, pero Michelle se dio cuenta de que era un comentario forzado. Su mirada preocupada lo decía todo.

—Podrías ir tras él.

Deirdre contestó la sugerencia con un movimiento de cabeza.

—Me temo que no. En primer lugar, no sé qué bicho le ha picado y, en segundo lugar, no creo que tenga que ver conmigo. La última vez que hablé con él, todo iba bien. Muy bien, de hecho, ya sabes a lo que me refiero —movió las cejas sugestivamente.

Michelle se encogió de hombros.

—Bueno, lo que tú digas. Seguro que no tiene nada que ver con Lewis. Teníais las cabezas muy juntas.

—No, ese asunto está resuelto. Se supone que puedo hablar con Lewis. —Deirdre le había contado por fin a Michelle lo de su desastre laboral y ella había entendido su silencio, aún se sentía avergonzada por encontrarse en semejante situación, aunque no fuera culpa suya —. Esa es la razón por la que quería hablar contigo. Lewis me dijo antes que tenía noticias, pero que su compañero tuvo que esconderse de repente, así que tendremos que ser pacientes. Esperemos que solo por unos días.

—Madre mía, qué sospechoso parece todo —dijo Michelle—. ¿De qué noticias hablas?

—El *hacker*, del que ni siquiera me ha dicho el nombre, supuestamente encontró algo, pero tuvieron que interrumpir la conversación porque alguien irrumpió en su escondite. La verdad es que suena como una película.

Deirdre se había esforzado por no preocuparse demasiado sobre quién podría estar detrás de las acusaciones. En cualquier caso, preocuparse no cambiaría nada. Sin embargo, los pensamientos no dejaban de dar vueltas en su cabeza como un carrusel sin control. ¿Quién tendría interés en perjudicar al cliente? ¿Era este escándalo solo la punta del iceberg? ¿Y por qué la habían arrastrado a ella? La idea de que el *hacker* pudiera tener información que la exonerara era su única esperanza, pero no quería hacerse demasiadas ilusiones.

—Espero que no te metas en problemas —dijo Michelle con suavidad.

—Desde luego que no. No tengo ninguna conexión con ese tipo —respondió Deirdre con firmeza—. Además, Lewis me aseguró que es normal que su compañero tenga que desaparecer de vez en cuando. No quiero saber los detalles, pero, sinceramente, tengo la esperanza de que esto termine resolviéndose pronto.

—¿Y ya sabes lo que quieres hacer después?

Deirdre se tensó. Era una pregunta que había evitado hacerse, y por el momento no estaba lista para afrontarla. De todos modos,

aún tenía muchas cosas por resolver antes de siquiera pensar en su futuro profesional.

—Una cosa cada vez, Michelle. Primero, necesito limpiar mi nombre. Esa es ahora mismo mi prioridad.

—Claro, lo entiendo —dijo Michelle, asintiendo lentamente—. Pero hasta entonces, podrías trabajar aquí. A veces sueño con que abras una pequeña oficina en el lago Ness. Podrías montar tu propia agencia, es probable Ellie y Kenneth te contraten.

Deirdre no respondió de inmediato. En los últimos días, había imaginado escenarios similares, pero siempre los desterraba como fantasías lejanas. No podía permitirse soñar despierta en un momento tan complicado. Sin embargo, la idea había plantado una semilla en su cabeza.

—¿Y cómo podría hacerlo? —preguntó finalmente, con una mezcla de incredulidad y curiosidad.

Michelle se encogió de hombros, sonriendo despreocupada.

—Donde hay voluntad, hay un camino.

—¡Amén! —replicó Deirdre, poniendo los ojos en blanco para disimular su leve emoción ante la idea—. Venga, vamos a por otra copa.

Mientras alzaba su copa, no pudo evitar que su mente volviera a Stuart. Se preguntó qué estaría haciendo y si estaría pensando en ella. La idea era tan frustrante como tentadora. Sin embargo, decidió que prefería evitarle. Si Stuart realmente hubiera querido que se fuera con él, se lo habría dicho.

Por ahora, el único camino claro era centrarse en su presente y dar el siguiente paso para limpiar su nombre. Al fin y al cabo, cualquier otro asunto podía esperar.

* * *

Deirdre se despertó pronto. Los rayos de sol inundaban la habitación a través de las cortinas. La cama estaba tan vacía como el buzón de su teléfono.

Con un suspiro, se levantó, se preparó un café y se sentó en el porche bajo el sol de la mañana. Los dedos le picaban de las ganas que tenía de escribir a Stuart, pero lo dejó pasar. No pensaba ir detrás de él como una loca enamorada. Quizás ya se habría cansado de ella, lo cual era posible. Aunque no le gustara esa opción, para nada.

Una especie de desesperanza se anidó en su estómago. Terminó de beber el café y se preparó para empezar el día. Primero iría a la gasolinera. Para comprar, se dijo a sí misma, aunque en el fondo tenía la esperanza de encontrarse a Stuart allí. Algo estúpido e infantil. Se había enamorado.

«Mierda».

Deirdre se quedó paralizada. Su corazón se había saltado un latido y comenzó a trabajar al doble de su velocidad. Había pasado. Se había enamorado de Stuart, pese a haber sido la única cosa que se había prometido impedir. Genial, lo estaba llevando muy bien.

Se pasó las manos por el pelo y siguió su camino. A lo mejor desaparecían los sentimientos por arte de magia como la carroza de Cenicienta al llegar la medianoche. Sí, claro. Casi se echa a reir. Pero era algo demasiado triste como para hacerlo.

Era típico de ella enamorarse del chico con el que no podía tener futuro. Tenía que asimilar sus sentimientos. No se lo diría a nadie, ni siquiera a Michelle, no fuera a darle por actuar como casamentera. Stuart había sido claro desde el principio, él no se enamoraría de ella porque no quería una mujer en su vida, no quería ninguna relación, y podía entender sus razones.

Le habían roto el corazón suficientes veces, aunque no solo eso, por experiencia sabía que para que una relación funcionara debían tenerse un mínimo de cosas en común y ella, desde luego, no cumplía los requisitos para una vida en el lago Ness. No había tenido problema con ese detalle antes, pero ahora casi la avergonzaba.

«¿Se puede saber por qué estoy tan sensible hoy?», pensó mientras continuó caminando.

Para cuando llegó a la gasolinera, aún no había sacado ninguna conclusión. Intentó recomponerse, entró y saludó a Shona, la cual estaba sentada tras el mostrador como siempre, con un crucigrama.

—Buenos días, cielo. ¿Me ayudas? Con diez letras, unión de dos personas —Shona la miró esperando su respuesta

—Matrimonio —contestó Deirdre sin entusiasmo —. Buenos días —añadió intentando sonar más animada.

Shona levantó su bolígrafo como si hubera tenido una epifanía.

—¡Eso es! Me alegra de que hayas pensado en esa palabra.

Deirdre frunció el ceño. ¿Era alguna indirecta sobre Stuart?

—Eh... no voy a casarme, solo venía a hacer algo de compra.

—Sí, por supuesto. Una boda necesitaría de ciertos preparativos y antes hay que superar una serie de experiencias. En mi época era diferente, antes de poder vivir con tu pareja debías firmar un documento en el que jurabas amor eterno delante de un cura. Ahora es más sencillo, ¿verdad?

Deirdre no entendía dónde quería llegar la mujer. Y, para ser sincera, tampoco quería hablar con ella sobre Stuart. Por fortuna, podía dar la vuelta a la conversación; tenía que ser lista para que Shona no se cerrara en banda.

—Es cierto, hoy en día las cosas pueden ser más fáciles y la tecnología tiene mucho que ver en ello. Yo no podría prescindir de ciertos servicios. Y si yo fuera tú, instalaría un surtidor automático para poder irme a casa antes. ¿No te parece buena idea? No tendrías que esperar a que volvieran a echar esa serie que tanto te gusta, podrías verla tan pronto como estuviera disponible.

Deirdre consideró una pequeña victoria que no dijera directamente que no. Estaba deseando escuchar su réplica

—Para mí es difícil cambiar mis rutinas. Pero desde que estás aquí, hay un pensamiento que ha ido tomando forma en mi cabeza.

—¿Y de qué se trata?

—¿No está claro? —continuó Shona —. Si te casas con Stuart, no tendrá tiempo de ocuparse de todo. Tendría una familia y no podría quedarse aquí conmigo por las noches y los fines de semana.

A Deirdre se le abrió tanto la boca que creyó que se le saldría la mandíbula de su sitio. Estuvo a punto de decirle que nunca se casaría con Stuart, pero las palabras no consiguieron formarse, quizás porque se negaba a adminitir que Shona estuviera

equivocada. Respiró de alivio cuando vio entrar a un cliente para pagar el repostaje. Aprovechó la oportunidad para irse.

—Bueno, te veo más tarde, Shona.

—¡Pero si no has comprado nada! —dijo la abuela.

Deirdre salió de la tienda sin mirar atrás, y se encontró de frente con el nieto de Shora. Stuart llevaba pantalones de trabajo y una camiseta limpia.

—Hola —saludó, y el brillo de sus ojos hizo que las mariposas del estómago de Deirdre se alzaran —. Buenos días.

La sujetó y la apoyó contra una pared. Allí, retiró un mechón de pelo de su cara, a lo que su cuerpo respondió estremeciéndose. Su mirada se fijó en sus labios y el deseo de Deirdre se encendió en sus venas.

—Te eché de menos anoche —dijo por fin, mientras fijaba su profunda mirada en sus ojos.

Si Deirdre hubiera sido un cubo de hielo, seguro que se habría derretido en un segundo.

—Yo también —admitió.

Entonces fue cuando él la besó dejándole claro lo que había significado pasar la noche sin ella. Le hubiera gustado decir algo como ¿por qué no me llamaste?, pero teniendo en cuenta cómo la estaba besando, el pensamiento se esfumó, había olvidado cualquier duda. Le sostuvo y disfrutó de su cercanía.

No pasaron el resto del día en la cama. Si bien es donde se dirigieron en primer lugar, después Deirdre acompañó a Stuart a la casa que estaba reformando. En esta ocasión, ambos pusieron en práctica otro tipo de trabajos manuales. Juntos empezaron a pintar las paredes de la parte de arriba de un color que les gustó a ambos. Unos días antes, habían estado hablando sobre las opciones de decoración de la casa y, sorprendentemente, sus ideas habían coincidido.

Deirdre no quería pensar que Stuart le había pedido consejo. Ni siquiera ahora, mientras él miraba el trabajo conjunto con satisfacción.

—Si tu carrera en tu empresa de Londres no funciona, siempre puedes venirte a la de Ava, tienes talento —dijo con una sonrisa en

los labios.

Deirdre quiso contestar algo ingenioso, pero no pudo. Le hubiera gustado confesarle que solo hacía falta una palabra suya para que dejara su apartamento y su vida de Londres. Algo tremendamente estúpido, y peligroso. Pero él solo estaba tan relajado con ella porque sabía que no se quedaría, porque no tenía que preocuparse por que le pusiera unas cadenas o le fuera a exigir algún tipo de compromiso, incluso siendo eso lo que más deseaba ella en ese momento. No las cadenas, pero sí una promesa, una confirmación de que lo que sentían el uno por el otro era algo más que lujuria.

Deirdre miraba a Stuart, que estaba enrollando la manta protectora mientras silbaba suavemente una melodía.

—¿Pasa algo? —preguntó levantando la vista de su tarea.

—Nada —respondió Deirdre evasiva.

Stuart no se movió durante un momento, la estaba observando. No había nada más que decir por su parte, no quería parecer una estúpida enamorada, así que se calló y concentró toda su atención en limpiar las brochas. ¿Desde cuándo se había vuelto todo tan complicado?

CAPÍTULO 17



Unos días después, Stuart estaba sentado con Deirdre en su casa mientras alargaban el desayuno. Se suponía que era un día laborable normal. Aunque, por supuesto, estar con ella así, como si fueran un viejo matrimonio, no era algo demasiado habitual para él. Lo más extraño era que no sentía pánico como cuando pensaba en otras ocasiones sobre ello.

Deirdre le dio la vuelta al portátil para enseñarle la pantalla.

—Mira, he estado haciendo cositas.

Stuart fruncía el ceño mientras miraba la página web. Las imágenes le resultaban familiares, muy familiares...

—¿Ese es mi taller?

Ella asintió y le miró tan emocionada como una niña.

—No es más que un primer borrador, por supuesto. —Se movió por la pantalla —. El texto es solo una sugenencia.

—¡Vaya!

A Stuart le pilló por sorpresa, pero no en un sentido negativo. Se había quedado sin palabras. Ella aún sonreía.

—Después de que me contaras que alguna vez habías soñado con especializarte en los coches clásicos, estuve echando un vistazo a tu posible competencia. Es muy importante cómo se presenta el trabajo y esas cosas. Por supuesto, tendrás que ser tú quien ponga los precios, yo solo soy la chica de *marketing*.

—Eres mucho más que eso, Deirdre. Eres alucinante.

Ella se ruborizó.

—Estudié Diseño y Comunicación, resulta que es mi trabajo hacer estas cosas. Pero mira, esto no se trata de mí, es por tú sueño.

Stuart observó lo que había hecho y las imágenes empezaron a volverse borrosas. No... ¿estaba llorando? Joder. Se limpió los ojos con disimulo, como si algo se hubiera metido en ellos. Después, se aclaró la garganta. Le avergonzaba lo emocionado que estaba.

—¿Te gusta la idea para tu nuevo negocio? Puedes desarrollarlo mientras sigues con el trabajo normal del taller, así tampoco correrás ningún riesgo.

Era muy extraño hablar con el sueño de su vida con Deirdre. No lo había compartido con nadie desde hacía bastante tiempo, por varias razones. Incluso ahora, no estaba seguro de lo que decir.

—Creo que la página web es genial, aunque no sé si valdrá para algo.

—¿Por qué no? —Deirdre pareció decepcionada.

—Porque la situación con la abuela no ha cambiado. No puedo vivir mis sueños cuando tengo tantas cosas de las que ocuparme.

—El otro día le comenté a tu abuela lo del surtidor.

—¿Y? —¡Por favor!, si hasta su voz había sonado esperanzada.

Se llevó la taza a los labios y miró a Deirdre. Ella parecía nerviosa mientras apartaba un mechón de pelo de su cara y sonreía tímidamente.

—Tu abuelita dice que si nos casamos aceptará poner el surtidor.

Stuart se atragantó y empezó a toser. Ella evitó su mirada e hizo un gesto para decirle que iba a seguir hablando.

—No te preocupes, ya le dije que eso no iba a pasar. Pero al menos no hay un no rotundo por su parte. Ha admitido que sabe que no podrá trabajar en la gasolinera para siempre.

Stuart estaba completamente desubicado. No era capaz de encontrar las palabras para expresar lo que estaba sintiendo. Algo se había resquebrajado en su interior. Su abuela hacía constantemente comentarios de ese tipo, sobre que debía casarse, y nunca se lo había tomado en serio, nunca le había afectado. ¿Por qué ahora?

Stuart no quería analizarlo ni quería pensar en ello. Se levantó, dejó la taza en el fregadero y besó a Deirdre.

—Debo irme, tengo trabajo que hacer. ¿Te veo después?

Si ella se había enfadado, lo escondió con una sonrisa.

—Claro, por supuesto. Yo también tengo lío, aunque he avanzado bastante con la boda y todo va bien con el hotel. Por desgracia, no puedo ayudarles con el tema del personal, así que... Perdona, te estoy entreteniendo, vete, nos vemos después.

Deirdre volvió su atención al ordenador, estaba mirando algo y parecía de repente muy ocupada. ¿Se habría ofendido? No podía quitarse el extraño presentimiento de que algo había cambiado entre ellos, aunque no tenía claro el qué exactamente. Eso sí, lo único seguro ahora mismo es que tenía que tener unas palabras con su abuela. Esto no podía seguir así.

Tras salir de la casa de Deirdre, Stuart se pasó por la gasolinera de la abuela, como de costumbre. Por supuesto, ella ya estaba ocupada trabajando en una de sus muchas tareas cuando llegó.

—Buenos días —saludó, dándole un beso en la mejilla.

—Oh, buenos días, muchacho. Se te ve fresco y descansado.

—¿Eh? —fue todo lo que respondió.

No podía decirle que dormía mucho mejor desde que se acostaba con Deirdre. Pero su comentario le dio pie para tratar el tema para el que había ido a verla.

—Abuela —empezó, y su tono sonó severo—. No puedes decirle a Deirdre que debería casarse conmigo.

Shona levantó ambas cejas.

— ¿Y por qué?

—¿Cómo que por qué? —¡Dios mío, su abuela era realmente agotadora!— Esa chica es perfecta para ti, y, además, es la primera que no me responde espantada un no cuando saco el tema. Hasta un ciego podría ver lo mucho que os gustáis.

Stuart frunció los labios e inhaló audiblemente.

—Gustar no es suficiente para casarse hoy en día, abuela.

Shona le hizo un gesto para que se fuera.

—No digas tonterías, Stuart. Enseguida vi que por fin había aparecido una chica que podía llegar a tu corazón. Desde la primera

vez que Deirdre compró en mi gasolinera, supe que estabais hechos el uno para el otro.

Tuvo que resistirse a poner los ojos en blanco. Además, su pulso se había acelarado y no era algo que pudiera explicar. Tal vez fuera porque estaba alterado. Maldita sea, la abuela tenía que parar antes de que él mismo empezara a creérselo.

—Te agradecería de veras que no te metieras en mis asuntos. ¿Qué condiciones son esas? ¿No aceptarás instalar un surtidor automático hasta que me case?

Shona puso cara de no haber roto un plato.

—Que sepas que he oído ultimátums más escandalosos. Mucha gente solo deja su dinero a sus herederos si cumplen ciertas condiciones. ¿Por qué no voy a poder hacer yo lo mismo?

—En primer lugar... —respiró hondo—. Porque, afortunadamente, sigues viva. Y en segundo lugar, porque ves demasiadas telenovelas. Son tonterías, abuela.

—¿Ah, sí? ¿Tonterías? ¡Entonces dime que no te importa la chica!

«¡Maldita sea!». Stuart apretó los dientes.

—Sabes muy bien que me preocupo por ella, pero hay una gran diferencia entre que te importe alguien y una boda.

De repente, la sonrisa de la abuela, que dejaba entrever algunos huecos entre los dientes, lució radiante, como si hubiera conseguido una pequeña victoria, lo que no ayudaba precisamente a los nervios de Stuart.

—Llegará el momento en que te des cuenta —explicó con calma.

Stuart ya había oído suficiente.

—Si tú lo dices.

Se ahorró el explicarle que era muy probable que Deirdre hiciera las maletas para marcharse de Kiltarff muy pronto. Al fin y al cabo, acababa de contarle que todo iba bien en el hotel y que la boda de Ellie y Kenneth estaba prácticamente organizada. ¿Por qué iba a quedarse Deirdre? No había ninguna razón.

«A menos que...».

No. No podía dejar sus pensamientos ir por ahí. Stuart resopló y se dirigió al taller de mal humor. El primer cliente ya estaba esperando con su Land Rover de dos años para que Stuart

sustituyera un fusible. La verdad es que no tenía muchas ganas de hacerlo. Pensó en la página web que Deirdre había creado para él. No. Tampoco era una opción. Tenía que dejar de soñar con una vida que nunca podría llevar.

CAPÍTULO 18



El cielo estaba cubierto y llovía a cántaros. Deirdre permanecía sentada en la mesa de la cocina de su casa repasando la colocación de los invitados de la boda de Ellie y Kenneth. Estaba satisfecha, había quedado perfecto. Por supuesto, era de esperar alguna cancelación de última hora por enfermedad u otros motivos, pero entraba dentro de lo razonable y no presentaría dificultades insalvables. Básicamente, su trabajo en Kiltarff había terminado. Por supuesto, le gustaría seguir gestionando las campañas publicitarias del hotel, pero era algo que podía hacer desde cualquier parte del mundo.

Deirdre suspiró. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Al principio pensó en Stuart, pero le había dicho que no llegaría hasta las siete, y eran poco más de las seis. Se levantó y abrió la puerta, encontrándose con Lewis que, aunque se había cubierto la cabeza con la capucha de la sudadera, estaba completamente empapado.

—¡Oh, corre, entra! —exclamó Deirdre, haciéndose a un lado para dejarle pasar—. No podías haber elegido peor momento para venir a verme.

Lewis se sacudió como si fuera un perro mojado y se quitó la sudadera.

—Pensé que querrías oír la noticia que traigo lo antes posible. ¿Puedo dejar esto en algún lado?

El corazón de Deirdre se detuvo un segundo, para enseguida latir a toda velocidad. No porque Lewis estuviera medio desnudo frente a ella, sino porque había venido a decirle que el *hacker* había descubierto algo. Ojalá fueran buenas noticias.

—Claro, dame; la voy a poner sobre el radiador —dijo con voz nerviosa.

Tomó la sudadera y corrió al baño, encendió el radiador y extendió la prenda sobre él. Regresó con una toalla grande.

—Toma, sécate un poco —le dijo con una sonrisa mientras le ofrecía la toalla—. Ven, vamos al salón; será más cómodo que quedarse en la entrada.

Lewis se quitó las zapatillas, también empapadas, y la siguió hasta el salón, tras colgarse la toalla al cuello. Afortunadamente, Stuart ya no estaba celoso de su compañero, pero la forma en que Lewis estaba ahora podía dar lugar a malentendidos: con el torso desnudo, el cabello húmedo y las mejillas sonrojadas.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Quieres algo de beber? —le preguntó —. ¿Por qué no te sientas?

Lewis retiró una silla y se sentó.

—No hace falta, solo he venido a darte un mensaje de mi compañero.

Deirdre también tomó asiento, sus rodillas amenazaban con fallarle.

—Mmmm —fue todo lo que pudo decir. Sentía la garganta seca y las manos húmedas.

Lewis sacó su móvil, desbloqueó la pantalla y buscó algo en él.

—Aquí está. Échale un vistazo. Mi amigo pudo rastrear la dirección IP que inició la filtración de Londres. Es un ordenador privado, o eso parece. Hackeó la cámara... Mira, ¿conoces a esta mujer?

Lewis le mostró una foto ligeramente borrosa. Deirdre se quedó sin aliento. Claro que la conocía.

—A juzgar por tu expresión, entiendo que sí —dijo Lewis mientras ella intentaba recuperar el habla.

Deirdre tragó saliva, parpadeó varias veces y se aferró al borde de la mesa antes de asentir.

—Es... —balbuceó—. Es Lucy. Mi compañera de trabajo.

—¿Por qué lo habrá hecho?

—Es lo que a mí me gustaría saber. ¿Puedo usar esto en el juicio? —preguntó.

—Tendrás que trazar un plan. Mi compañero no puede subir al estrado para testificar a tu favor. Lo importante es que sabemos que ella lo hizo, eso está claro.

Deirdre no sabía qué pensar. Estaba abrumada. Por un lado, se sentía aliviada de saber quién se la había jugado, pero la respuesta al porqué seguía retorciéndose en sus entrañas. Y luego estaba el hecho de que quería hacer borrón y cuenta nueva, aunque no tenía ni idea de cómo lograrlo. Enterró la cara entre las manos y cerró los ojos.

—Necesito pensar —murmuró, confusa.

—Es normal. Una traición así duele mucho. ¿Erais amigas?

—No exactamente, pero tampoco nos llevábamos mal. No entiendo por qué lo hizo. ¿Qué conseguiría con ello?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo? —Deirdre bajó las manos y miró a Lewis.

—¡Pensemos! —dijo él, poniéndose de pie y empezando a pasear por la habitación.

Deirdre se alegró de que no la dejara sola. Lewis irradiaba una confianza que le ayudaban a no perder la cabeza. Hablaron sobre varias estrategias, evaluando pros y contras, hasta que acordaron que Deirdre debía contactar con Maggy y contárselo todo. Juntas intentarían que Lucy confesara para que así se retiraran los cargos contra ella. Estaban tan absortos en sus planes cuando un golpe en la puerta los interrumpió. Deirdre se levantó de un salto.

«Mierda».

Esperaba que Stuart no malinterpretara la situación. No podía explicarle por qué Lewis estaba allí. Contárselo significaría revelar sus problemas en el trabajo, y no quería hacerlo. Estaba demasiado avergonzada y él podría acusarla de estar en Kiltarff solo por eso. Lo cual, en cierto modo, era verdad.

«¡Maldita sea! ¿por qué todo es tan complicado?».

* * *

STUART HABÍA TENIDO un día largo y tedioso en el taller. Y el tiempo lluvioso no ayudaba precisamente a mejorar su humor. Estaba acostumbrado a los aguaceros repentinos en su pueblo, el tiempo en Escocia era impredecible. Pero ese día no paraba de llover a cántaros.

Cuando llegó a la casa Deirdre, se dio cuenta de que, a pesar de su mal humor, le apetecía pasar una noche tranquila con ella. Antes, se daría una ducha caliente y, tal vez, podría convencerla de que lo acompañara a ver el coche antiguo con el que quería ponerse a trabajar. Quería compartir con ella unas cuantas ideas que tenía en mente, solo pensar en ello ya le levantaba el ánimo.

Llamó a la puerta y Deirdre tardó menos de diez segundos en abrir. Enseguida se dio cuenta, por cómo había abierto sus ojos, de que algo iba mal.

—Oh, hola —balbuceó ella, parecía no solo disgustada, sino de algún modo... descubierta.

—¿Interrumpo? —No sabía por qué lo había dicho, pero daba la impresión de que no lo esperaba. Lo cual era extraño, ya que habían quedado a las siete.

—No, tú nunca —respondió, dándole un beso rápido que, desafortunadamente, no logró calmarlo.

Stuart entró y se quitó el impermeable. Vio un par de zapatillas en el pasillo. Preguntar si tenía visita era, pues, innecesario. Por una fracción de segundo temió que hubiera otro hombre sentado en la cocina. Tal vez su novio de Londres. Pero enseguida lo descartó, estaba rememorando algo del pasado. Deirdre no era una mujer que mintiera. Ella no era Sandra. Sin embargo, una pequeña duda permanecía; en realidad, no sabía mucho de Deirdre. Era posible que tuviera un novio en Londres del que no le hubiera hablado.

—¡No te mosquees, ya me voy! —La voz de su compañero lo sacó de sus divagaciones.

Casi se alegró de ver a Lewis saliendo del dormitorio de Deirdre mientras se ponía un jersey mojado.

—Vaya, si eres tú —murmuró Stuart.

Lewis puso cara interrogante al principio, pero luego contestó.

—Tenía que comentar unas cosas con Deirdre. Pero no os preocupéis, tortolitos, ya desaparezco.

Stuart, por supuesto, no tenía ni idea de lo que ambos tenían que comentar, pero por la forma en que Deirdre se miraba los pies, estaba claro que se sentía incómoda.

—Estaba mojado, así que colgué el jersey en el baño —explicó ella, nerviosa.

Esa era la razón de su nerviosismo. Ella temía que tuviera otro ataque de celos. Por suerte, era algo que ya había superado y le alivió ser consciente de ello. Sin embargo, algo en la situación le escamaba, aunque todavía no sabía qué era.

—Que sepas, Lewis, que no eres competencia para mí —le dijo Stuart, dándole una palmada en el hombro con una sonrisa burlona.

Lewis le dio un golpe en el costado.

—Eres un idiota arrogante, ¿lo sabías?

—Claro, soy consciente de ello —respondió Stuart.

Por el rabillo del ojo, notó que Deirdre parecía tranquila. Sin embargo, tenía curiosidad por saber qué hacía Lewis en su casa. Dudaba mucho que se hubieran convertido en grandes amigos en tan poco tiempo; era él quien pasaba muchas horas a solas con ella. En la cama. Durante el sexo. No. No era cuestión de celos, estaban fuera de lugar. Sin embargo, intuía que había algo extraño en esa visita, aunque no sabía qué era.

Cuando Lewis salió de la cabaña, Stuart se quitó los zapatos.

—¿Qué quería? —preguntó sin poder evitarlo.

—Era una visita de trabajo —explicó ella escueta.

—¿Ah, sí? ¿Va a ser cliente tuyo?

Deirdre cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Necesitas que te dé todos los detalles?

Stuart estaba a punto de replicar cuando sonó su móvil. Lo miró, era la policía. Como estaba de guardia, ató cabos. Probablemente había pasado algo, lo cual no era raro con ese tiempo.

—Perdona un momento —le dijo a Deirdre mientras respondía la llamada.

Su primera suposición resultó correcta. Un hombre de ochenta y tres años se había salido de la carretera en una curva. Estaba ileso, pero el coche estaba destrozado.

—Lo siento, Deirdre, pero tengo que irme.

—Está bien, tranquilo, no pasa nada. ¿Te espero para cenar? Hice algo de compra. Sabes que no soy muy buena cocinera, pero me las puedo apañar para preparar un poco de pasta con pesto.

Stuart se alegró por su oferta y dio un paso hacia ella. Le puso las manos en las mejillas y la miró profundamente a los ojos.

—Me encantaría que me esperaras, pero puedes ir comiendo. No sé cuánto tardaré.

Luego la besó. Stuart sintió que Deirdre se derretía bajo su contacto, y él sintió lo mismo. No, no tenía por qué preocuparse. Probablemente le inundaban las dudas y las sospechas por culpa de los malos recuerdos, pero todo estaba bien entre ellos, significara lo que significara para ambos en esa situación.

—Hasta luego entonces —le dijo antes de besarla de nuevo.

Se calzó y se puso el impermeable y salió hacia la grúa.

CAPÍTULO 19



Deirdre estaba terriblemente nerviosa. Después de hablar el día anterior con Lewis y elaborar una especie de plan, había llamado a Maggy por teléfono. Pensó un instante en Stuart, y en su expresión cuando los vio juntos. No habían sido celos lo que leyó en su rostro, sino desconfianza. Estuvo a punto de contárselo todo, pero entonces sonó su móvil y tuvo que marcharse.

Hoy estaba contenta, aunque no del todo. Deirdre odiaba los secretos y odiaba aún más tenerlos con Stuart. Aunque, por otra parte, temía su reacción cuando le contara el desastre que era su vida. Afortunadamente, la situación había cambiado un poco desde que Lewis le había dado la noticia sobre su compañera.

Deirdre gimió y se frotó las sienes. Tanto pensar le había provocado un fuerte dolor de cabeza. Esperaba que llegara el día en que pudiera reírse de todo aquello, porque de momento, no le apetecía nada. Al mismo tiempo, tenía miedo incluso de pensar en el futuro.

El sonido de su teléfono la sobresaltó. Era el número de la oficina de Londres.

—¿Hola?, ¿Maggy? —contestó Deirdre.

—Hola, Deirdre, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. —Aunque no era cierto del todo. Aún estaba lejos de estar bien.

—¿Podríamos hacer una videollamada? —quiso saber Maggy.

—Sí, por supuesto.

Deirdre había configurado las aplicaciones para ello hacía tiempo y las había utilizado innumerables veces para planificar la boda y la campaña del hotel. No obstante, sus dedos temblaban al enviarle a Maggy el enlace con los datos de acceso desde su dirección de correo electrónico privada.

Solo tardaron unos segundos en encontrarse en una sala de reuniones virtual. Maggy era la de siempre, con sus gruesas gafas de pasta colgando de la nariz y su traje oscuro perfectamente planchado. A Deirdre se le pasó por la cabeza que, como muestra de gratitud, debería invitar a Maggy a ir de compras cuando todo aquello terminara. Pero la duda sobre el «cuándo» bastó para mantenerla callada.

—¿Has conseguido algo? —preguntó Deirdre finalmente.

Maggy asintió y sonrió de forma alentadora.

—Efectivamente, pero creo que deberías escucharlo por ti misma. Espera un momento.

Se levantó y salió de la imagen. Entonces, la cámara se movió y aparecieron dos sillas frente a la pantalla. Maggy se sentó en una de ellas y... Lucy tomó asiento en la segunda.

Deirdre abrió la boca, su pulso se aceleró. No se le llegó a revolver el estómago, pero se sentía mal.

Maggy retomó la palabra.

—He hablado con Lucy, y quiere explicártelo todo ella misma.

Lucy estaba tan rara como siempre. Su cabello negro caía sobre su cara, y estaba tan pálida como si la luz del sol nunca la tocara.

—Hola, Deirdre —comenzó Lucy.

Deirdre apretó los dedos, no sabía qué más hacer para contenerse.

—Hola —respondió con dificultad.

—Me gustaría pedirte disculpas. He intentado ponerme en contacto contigo varias veces, pero nunca contestabas al teléfono.

—Una simple disculpa no bastará en este caso —refunfuñó Deirdre.

Lucy asintió, con expresión culpable.

—Lo siento. Fue estúpido, pero no pensé que pudiera tener esas consecuencias. Aquí todo el mundo te quiere; eras la favorita del jefe.

Deirdre hizo un ruido antes de contestar.

—Gracias a ti ya no soy la favorita de nadie y estoy en paro.

Maggy levantó una mano para calmarla.

—Deja que Lucy te lo cuente todo primero, por favor.

—¿Ahora estás de su lado? —rugió Deirdre.

—¡No, pero, maldita sea, Deirdre, escucha! —regañó Maggy, dándole la palabra a Lucy.

Deirdre se quedó callada.

—No quise hacerte daño, por favor, créeme, pero comprendería que no quieras volver a hablarme. Los remordimientos no me dejan dormir —dijo Lucy, jugueteando nerviosa con su jersey negro de cuello alto—. Utilicé tus cuentas porque quería hacer pública esa información. No sé si lo sabes, pero trabajo para una organización ecologista en mi tiempo libre, y llevábamos mucho tiempo detrás de esa empresa. Cuando nos encargaron la campaña, lo vi como una gran oportunidad para hacer algo realmente grande.

Deirdre no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y tenías que hacerlo a mi costa? ¿Sin consultarme? Fuera una causa noble o no, es mi vida la que has arruinado.

Nada más decir esto, se dio cuenta de que no era cierto. Claro que había estado desesperada al principio, pero habían cambiado muchas cosas desde entonces. En el lago Ness era más feliz de lo que había sido en mucho tiempo, quizá, incluso, que en toda su vida. Tragó el nudo que se había formado en su garganta y se mordió los labios a la espera de la respuesta de Lucy.

—Ahora me doy cuenta de que fue un error, pero, como dije, pensé que recibirías una pequeña reprimenda y ya está. No quería que te pusieran una demanda.

—Por desgracia, ya es demasiado tarde —refunfuñó Deirdre con tristeza.

Maggy intervino.

—No del todo, Deirdre. Lucy acaba de ir a ver a Mike y le ha contado todo. Ha asumido toda la responsabilidad y reconocido su

culpa. Has sido absuelta de todos los cargos, por así decirlo, y, por supuesto, se hará oficial en los próximos días.

—¿Y mi supuesto despido? —preguntó Deirdre, abrumada por la emoción.

—Ya me ocuparé de eso —respondió Maggy con naturalidad.

Lucy bajó los hombros y añadió:

—Lo siento de corazón, Deirdre. Sé que estuvo mal. Pero no te preocupes, mantendré mi palabra, incluso en los tribunales. Aun así, me enorgullece que esa gente tenga que responder, por fin, de sus actos. Debería haberlo hecho de otra manera. Comprendo que no aceptes mis disculpas, pero lo digo en serio. No esperaba que te pasara nada. Lo habíamos planeado de otra manera.

Deirdre suspiró. Su enfado con Lucy se había desvanecido.

—Hasta cierto punto puedo ver que, aunque sea extraño, lo que querías hacer era noble. A mí también siempre me dio mala espina la campaña. Aunque también te digo que no habría aceptado tu plan en absoluto. Sin embargo, me ha servido para aprender algo. Solo desearía... —dejó escapar un profundo suspiro— que hubieras tenido el valor de hacerlo en tu nombre y no arrastrar el mío por el barro.

Lucy bajó los ojos.

—Lo sé.

—Pero bueno, tampoco podemos cambiar el pasado —continuó Deirdre—. Ninguna de las dos supo hacerlo mejor en su momento. Me alegro de que al menos hayas contado la verdad y espero que mantengas tu palabra.

La puerta del despacho de Maggy se abrió, y el jefe entró.

—Deirdre, cariño, me alegro de verte —ronroneó Mike Miller ante la cámara—. Tienes buen aspecto. Te hemos echado mucho de menos.

Deirdre no podía creer lo que veía y oía. Después de su última conversación, en la que la había echado de la empresa, no había vuelto a saber nada más de él.

—¿Cuándo vuelves? Todos te estamos esperando. Esto no ha sido lo mismo sin ti —continuó.

Deirdre parpadeó.

—Yo... no lo sé.

De hecho, no sabía qué más decir. Era demasiado lo que tenía que asimilar. De repente, parecía como si todos los problemas se hubieran desvanecido en el aire. Nunca en su vida habría esperado este desenlace.

«Eso es lo que has estado deseando durante semanas», dijo una vocecita en su cabeza.

Sí, era cierto, pero, de algún modo, ya no era lo que quería. No podía pensar con claridad.

—Hasta pronto, Deirdre —se despidió finalmente Mike, después de pasar varios minutos contándole lo mucho que la había echado de menos en la empresa—. Estamos encantados de que te reincorpores al equipo y, por supuesto, tu despido ha sido anulado.

¿Así de fácil?

«No me lo puedo creer».

Deirdre no respondió.

Al cabo de unos minutos, Lucy también se marchó.

—¿Estás contenta? —quiso saber Maggy.

—Yo... um, sí, por supuesto.

—Pues no lo pareces.

Deirdre se abanicó con una mano. Tenía calor y frío al mismo tiempo.

—Estoy un poco abrumada. ¿Tan fácil es retroceder un despido?

Maggy guardó silencio durante unos segundos antes de responder con un leve encogimiento de hombros.

—En realidad, no debería contarte esto, pero estoy de tu parte. Sinceramente, no es tan sencillo. Si yo fuera tú, vendría aquí y exigiría una indemnización y un aumento de sueldo como es debido, como mínimo. Te lo has ganado, y te lo deben. También es verdad lo que ha dicho el jefe, la empresa no ha sido la misma sin ti, y los clientes también lo han notado.

Deirdre se sorprendió al oírlo, pero también se alegró.

—Ni siquiera sé qué decir.

—Piénsalo. Concertaremos una cita con Mike donde podrás poner tus demandas sobre la mesa. Y créeme, dirá que sí a casi todo. Está en deuda contigo, Deirdre. Porque tú quieres volver, ¿verdad?

No podía dar una respuesta sincera a esa pregunta.

—Claro —respondió, pero su voz no sonó convincente.

Maggy también se dio cuenta.

—Escucha, voy a citarte para el próximo lunes. Con eso debería ser suficiente para resolver tus asuntos actuales y volver a Londres, ¿no?

Deirdre aún estaba en *shock*, pero asintió. Viajar a Londres no significaba que tuviera que aceptar el trabajo de nuevo. Aunque, por otra parte, ¿qué otra cosa podía hacer?

«Quédate aquí», le susurró la vocecita.

Pero eso significaría que tendría que hablar con Stuart sobre sus sentimientos. ¿Y si él no la correspondía?

Estaba claro que Stuart era un gran hombre y que la vida con él era estupenda, pero todo se basaba en la premisa de que solo se divertirían juntos mientras ambos quisieran. Nunca se habían hecho ninguna, ni mucho menos hablaron de un «para siempre».

Deirdre cerró el portátil y se levantó. Se sentía mal. Realmente mal. Tenía casi más miedo de hablar con Stuart que el que había sentido al pensar en enfrentarse a un tribunal.

* * *

STUART ESTABA SENTADO en la trastienda de la gasolinera, navegando por internet. En realidad, hoy quería haber seguido trabajando en la reforma, pero era imposible. Le había dado un tirón mientras remolcaba un coche, el mismo punto en la ingle que ya le había molestado en otra ocasión.

Tal vez debería considerar pedir una cita con Michelle. Si había ayudado a sus compañeros, ¿por qué no a él? No tenía necesidad de soportar una molestia que tal vez pudiera solucionarse con uno de esos «tratamientos mágicos» en su camilla. Así que no lo pensó más y cogió el teléfono para marcar el número de la consulta.

La recepcionista le dio cita para mediados de la semana siguiente. Hasta entonces, tendría que armarse de paciencia, ya que

no era una urgencia. Stuart no quería darse más importancia de la necesaria, así que aceptó y anotó la hora en la agenda de su móvil.

—Genial, tarea hecha —murmuró, volviendo a hacer abrir el sitio web de coches clásicos que había visitado tantas veces.

«Era ahora o nunca», pensó.

Deirdre tenía razón. Podía empezar a trabajar en en ello cada vez que encontrara un hueco. Si bien su agenda estaba apretada, entre la reforma y todo lo demás, si no lo intentaba, acabaría arrepintiéndose en algún momento.

Decidido, escribió un correo electrónico mostrando interés en comprar un coche y solicitando una cita para verlo *in situ*. Al pulsar «enviar», respiró hondo. Se sintió aliviado y expectante. Había hecho bien.

Stuart cerró la ventana del navegador y se dirigió a su abuela.

—Me voy, abuela.

—Está bien, muchacho. Ah, por cierto... —Se recolocó las gafas en la nariz.

—¿Sí?

Esperaba que no volviera a hablar de matrimonio ni nada por el estilo. Aunque la idea empezaba a disgustarle menos que antes.

—¿Has pedido por fin el surtirdor de gasolina?

Stuart entrecerró los ojos.

—¿Perdón?

—¿Quién es ahora el viejo y duro de oído, tú o yo?

Exhaló suavemente.

—¿Quieres decir que puedo comprarla e instalarla? ¿No será hoy el Día de los Santos Inocentes y me estás tomando el pelo?

La abuela hizo un gesto con la mano, señalando el calendario detrás de ella.

—Para mí todavía es quince de agosto, así que no, no estoy bromeando. Pide esa cosa antes de que cambie de opinión.

Stuart se quedó estupefacto.

—¿Estás enferma? —preguntó sin pensar.

—¡Ya basta, Stuart!

Levantó las manos.

—Vale, de acuerdo. Yo me encargo.

Se retiró a la oficina y revisó todo cuidadosamente antes de decidirse por un modelo y enviar el pedido. Era increíble todo lo que había conseguido y organizado ese día. Sentía que se le acababan de abrir muchas puertas. Nada podía ir mejor. Se levantó, sonrió y cogió una botella de champán de un estante de la gasolinera. Quería brindar con Deirdre por todas las cosas maravillosas que había puesto en marcha hoy.

Cuando salió al sol del atardecer, tomó otra decisión, no iba a engañarse más. Lo que estaba experimentando con Deirdre iba mucho más allá de la mera atracción física. Estaba enamorado de ella. Cerró los ojos brevemente. Aunque sus sentimientos aún le asustaban, estaba dispuesto a admitirlos. Esperaba que ella sintiera lo mismo y que estuviera dispuesta a que se dieran una oportunidad.

No sabía cómo sería el futuro, pero ya no quería fingir que no le importaba. Porque eso no era cierto. Deirdre era importante para él. No quería que se fuera de Kiltarff.

El corazón de Stuart latía desbocado mientras se dirigía a su casa. Era una tarde fría que dejaba claro que el verano llegaba a su fin. También se acercaba la boda de ensueño de sus amigos. Hacía tiempo que temía ese momento porque el tema del matrimonio evocaba malos recuerdos. Sin embargo, se daba cuenta de que ya no luchaba contra el pasado. Estaba preparado para el futuro. Un futuro en el que, con suerte, Deirdre también estaría.

Stuart estaba emocionado.

Si no fuera por esas dudas… esa última reticencia.

No. Hoy no podía pensar en eso. Por fin le confesaría a Deirdre lo que sentía por ella. Y un cosquilleo en el estómago le decía que era muy probable que ella sintiera lo mismo.

CAPÍTULO 20



Olía maravillosamente cuando Stuart entró en la casa. Nada más cruzar la puerta besó los labios de Deirdre.

—Hola, preciosa.

Ella sonrió. Al ver el champán, preguntó:

—Vaya, ¿hay algo que celebrar?

—De hecho, bastante. Déjame darme una ducha y te lo cuento todo.

—Qué intriga. Me encantaría acompañarte, pero tengo la comida al fuego.

Stuart deslizó una mano por su nuca y apoyó la frente en la suya.

—Me parece increíblemente *sexy* esa propuesta. Te he echado de menos.

Deirdre dio un paso atrás y lo miró. No parecía asustada, pero sí muy nerviosa. ¿Por qué estaba nerviosa? Intentó no darle demasiadas vueltas. ¿Se habría pasado con esa pequeña confesión?

«No, no voy a dudar ahora», se dijo. «Voy a hacerlo».

—Ahora vuelvo —murmuró, desapareciendo en el baño.

Por suerte, tenía algo de ropa en casa de Deirdre que había dejado en las últimas semanas. A veces estaban juntos en su casa, a veces en la de ella, pero pocas veces dormían separados. Todo entre ellos fluía con naturalidad, sin discusiones por tonterías. Tenía la impresión de que ella sentía lo mismo, lo cual reforzaba sus planes.

Se duchó a toda velocidad. Aún con el cabello húmedo, salió al salón en vaqueros, poniéndose una camiseta blanca mientras caminaba.

Deirdre sonrió al verlo.

—Aquí estás. Ven y siéntate, está todo listo.

Fue entonces cuando Stuart se dio cuenta de que había decorado la mesa con esmero. Había servilletas, un jarrón con flores silvestres y una vela encendida en el centro.

—Vaya, esto parece... muy romántico —dijo, sorprendido.

—Vamos, siéntate —le instó ella.

—¿Puedo ayudarte?

—Llegas tarde para eso, aunque puedes fregar los platos después —respondió con un guiño.

Stuart no dijo nada; estaba totalmente absorto observándola. Mientras dejaba la comida en la mesa, no podía apartar los ojos de ella. Le habría encantado dejar a un lado la sopa y arrastrarla directamente a la cama. Pero no se trataba solo de deseo, era algo más. Deseaba a Deirdre de una forma que nunca antes había experimentado.

Si alguna vez pensó que lo que sintió por Sandra era intenso, ahora sabía que estaba equivocado. Lo que tenía con Deirdre era mucho más profundo, algo que iba más allá de todo lo que había conocido. Era aterrador, pero a la vez increíblemente hermoso.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, pasándose nerviosa los dedos por los labios—. ¿Tengo algo?

—No, no tienes nada, eres perfecta —respondió Stuart, notando lo áspera que sonaba su voz.

Deirdre lo miró brevemente con una expresión dubitativa, pero luego sonrió.

—¿Y el champán?

—¡Oh, mierda, casi lo olvido! —Stuart se levantó de un salto y fue hacia la nevera.

Mientras él descorchaba la botella, ella sirvió la comida en los platos. Como no había copas de champán en la casa, cogió dos de vino y lo sirvió. Luego volvió a la mesa y se sentó.

—¿Brindamos? —preguntó él, notando que su propia voz titubeaba.

Deirdre parecía tensa. Tenía los hombros encorvados y sus ojos no brillaban como de costumbre. El estómago de Stuart empezó a revolverse.

—Te pasa algo, ¿verdad? —preguntó con cuidado.

—Sí. De hecho, hay algo que quería comentar contigo. Pero, ¿y tú? ¿No ibas a contarme tus buenas noticias?

—Tú primero —exigió él, sintiendo un nudo en el pecho.

Deirdre tragó saliva y forzó una sonrisa mecánica. Stuart bajó su copa y la miró fijamente.

—Tengo que ir a Londres, tengo una cita con mi jefe. Mi proyecto aquí está, um, bueno, más o menos terminado. Quiere hablar sobre un aumento de sueldo... Por supuesto, no puedo faltar.

La palabra Londres le golpeó como un mazo. Sabía que este momento llegaría, pero el hecho de que fuera precisamente ahora lo pilló desprevenido. ¿Su proyecto había terminado? ¿Se trataba solo de un aumento de sueldo? Esas palabras dieron vueltas en su cabeza y formaron una nueva imagen de Deirdre. No, no exactamente una nueva. Se acababa de dar cuenta de que su burbuja había estallado. La realidad les había alcanzado. Su tiempo había terminado.

¿Por eso había cocinado y preparado la mesa así? ¿Como despedida?

Era posible.

No, no solo posible, era más que probable.

Habían acordado que se divertirían juntos mientras pudieran. Se suponía que, igual que debía haber hecho él, Deirdre no había invertido ningún sentimiento. Ahora quería darle las gracias por lo bien que lo había pasado con él, y despedirse.

De hecho, no se podía denominar separación, ya que ni siquiera estaban oficialmente juntos. Y hoy quería hablar de ello con ella. Menos mal que aún no había dicho nada. Habría hecho el ridículo.

Otra vez.

Aunque no lo pretendía, los paralelismos con su pasado aparecieron de inmediato. A pesar de la tormenta de emociones que

se desató en su interior, no se movió.

Se sentía fatal.

Sinceramente, no era ninguna sorpresa que Deirdre no quisiera quedarse en Kiltarff, pero él había deseado que lo hiciera. No quería que ella lo supiera, no quería hacer el idiota. Sus sentimientos eran asunto suyo.

—Claro, no hay problema. Diviértete en Londres. ¿Vas a volver alguna vez, o ya está todo hecho aquí en Kiltarff? —dijo Stuart de forma automática, sin mirarla a los ojos.

Clavó la mirada en su copa de champán, observando cómo las pequeñas burbujas subían, flotaban y finalmente estallaban. Como sus sueños.

Al sentir que Deirdre no respondía, levantó la cabeza y la miró.

Podía ver en la línea que formaban sus labios que la había herido. Stuart se arrepintió de su tono insensible, pero no podía evitarlo. El miedo a mostrarse vulnerable delante de ella y luego sentirse decepcionado era demasiado grande.

De acuerdo, lo aceptaba, ya estaba decepcionado. Solo podía imaginar lo malo que habría sido si realmente le hubiera confesado lo que sentía. Se alegró, en parte, de no haberle dicho que estaba enamorado de ella. Durante las semanas que habían pasado juntos en el lago Ness, Deirdre no había dado ni una sola señal de que pudiera imaginarse quedándose. Y él no se lo iba a preguntar. No después de lo que acababa de decirle.

—Entonces brindemos por eso —dijo, intentando sonar indiferente mientras levantaba su copa—. Por tu aumento de sueldo y tu vida en Londres. Qué bien que pronto se acabe tu estancia aquí, ¿verdad?

Deirdre enderezó la espalda. Parecía conmocionada, algo que Stuart no supo entender del todo. Pasaron uno, dos, tres segundos antes de que ella también levantara su copa.

—Por ti, y por el hecho de que me hayas aguantado durante tanto tiempo. Lo hemos hecho bien, así que brindemos por ello. Por lo bien que lo hemos pasado juntos.

Stuart se sorprendió de lo fría que sonaba Deirdre, pero decidió seguirle el juego. Años de práctica le permitían ponerse una máscara

sin apenas esfuerzo.

—Que aproveche —dijo, mientras comenzaba a comer.

—Igualmente —respondió ella, removiendo la pasta con el tenedor, pero sin llegar a comer nada.

Pero no podía. Quería irse. Sentía una roca en el estómago.

El ambiente no era tenso, sino algo peor, parecía un funeral. Stuart no pudo aguantar más. Dejó los cubiertos a un lado y habló:

—Creo que no deberíamos engañarnos, Deirdre.

Ella levantó la mirada y, por un instante, le pareció que estaba triste, pero su expresión cambió rápidamente. Su rostro se volvió indescifrable.

—¿Qué quieres decir?

—Esto ha estado bien, pero se acabó. —Se levantó de la silla—. Si quieres, lavo los platos y me voy.

Deirdre alzó una ceja y se recostó en la silla.

—No hay problema, Stuart. Puedo ocuparme yo misma. No hace falta que estés aquí más tiempo del necesario.

Vaya. Así que estaba deseando que se se marchara. ¿Lo habría planeado durante las últimas semanas? Tal vez. Entonces, era mejor actriz de lo que él había supuesto. Menos mal que todo había terminado. La función no había terminado, precisamente era ahora cuando empezaba.

Recogió su plato y su vaso y los llevó a la cocina. Tiró las sobras directamente a la basura.

—Por favor, no hagas eso —siseó Deirdre detrás de él.

Stuart dio un paso atrás, encogiéndose de hombros.

—Vale, claro. Recogeré mis cosas y me iré. Seguro que tú también tienes... mucho que recoger.

Sin mirarla, salió del salón. Le bastaron menos de cinco minutos para meter todas sus pertenencias en una simple bolsa de plástico. Mientras tanto, escuchó a Deirdre en la cocina, haciendo sonar la vajilla. No quería marcharse sin despedirse, pero tampoco sabía qué decir. Una parte de él quería quedarse, pero la acalló rápidamente. No tenía intención de hacer el ridículo, había aprendido la lección. Esta vez sería más listo.

Stuart volvió al salón y se detuvo a unos tres metros de ella. Carraspeó, prefiría mantener una distancia prudencial. Sabía que si se acercaba más, acabaría dejándose llevar por sus deseos.

—Ya estoy listo —refunfuñó.

Deirdre se giró lentamente para mirarlo. Estaba inusualmente pálida.

—Genial. ¿Lo tienes todo?

—Sí, eso creo.

—¿Nos vemos entonces?

Stuart arrugó las cejas. ¿Y esa pregunta?

—No, no lo creo. Ya sabes que estoy muy ocupado. Ah, por cierto...

—¿Sí?

—He encargado el surtidor automático. La abuela dijo que no tenemos que casarnos para que la acepte.

Deirdre pareció brevemente sorprendida.

—Oh, bien. Entonces eso que te ahorras.

Y ahora, sarcasmo en sus palabras. No entendía por qué se comportaba así. Era ella quien había anunciado que regresaba a Londres.

—Te deseo lo mejor, Deirdre —consiguió decir, aunque le resultó difícil. Pero no iba a detener a una mujer que quería irse. Era inútil, como él bien sabía.

—Yo también.

Su voz sonaba débil. Casi triste.

Stuart no volvió a mirarla. Salió de la casa con sus pocas pertenencias y se arrastró hasta la suya. Se sentía vacío. Impotente. Como si hubiera perdido todo su vigor junto con el fin de aquella aventura.

No quería pensar en ello. Se tumbó en la cama y trató de dormir. Se obligó a cerrar los ojos y se dijo una y otra vez que debía estar contento de volver a estar en paz.

Ni siquiera se dio cuenta de lo húmeda que estaba poniéndose la funda de su almohada.

Los hombres como él no lloraban.

CAPÍTULO 21



—¿Cómo que habéis roto? —repitió Michelle por segunda vez, incapaz de comprender lo que acababa de oír.

Era sábado por la mañana, y Wallace ya se había ido a trabajar. Deirdre estaba sentada en el sofá con Michelle. Estaba hundida. Apenas había dormido y, para colmo, sola.

—No se puede romper si no se está juntos —murmuró Deirdre, jugueteando con el dobladillo de su vestido.

—No lo entiendo. Todo iba bien, ¿no? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Llegó a casa de buen humor, incluso trajo champán porque tenía buenas noticias. Yo también tenía algo que celebrar, así que cociné, encendí una vela... el ambiente era muy romántico. Supongo que se asustó. Ya me dijo desde el principio qué podía esperar de él.

Michelle negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Eso son tonterías. Stuart está enamorado de ti.

—Estaba, querrás decir —corrigió Deirdre, con una amargura que no pudo disimular.

—Debe haber algo más.

—¿Sabes? Quería contárselo anoche, los problemas del trabajo y todo lo demás. Tenía miedo de que pensara que esa era la única razón por la que permanecía en Kiltarff. Y, al principio, lo era. Pero han cambiado muchas cosas desde entonces. Me gustaba este sitio.

Tú estás aquí, he hecho nuevos amigos... incluso me gustan esos aguaceros de mierda que caen sin avisar.

Una lágrima rodó por el rabillo de su ojo. Deirdre moqueó y se secó la cara con furia.

—¡Maldita sea! No quería llorar.

Michelle chasqueó la lengua y acarició su espalda con suavidad.

—¿Qué más le dijiste?

—Ese es el problema, que no había dicho nada. Iba a empezar cuando ya se había terminado todo. Creo que me equivoqué con él. Solo quería sexo. Tendré que vivir con ello. Me las arreglaré, como siempre. Tengo que estar en Londres el lunes, así que mejor me voy hoy. Nadie me necesita aquí.

—No corras tanto. ¿Desde cuándo eres de las que tira tan pronto la toalla?

—Ya me conoces. Si alguien no me quiere, no corro detrás de él. Yo valgo más que eso.

—Pero ya sabes que Stuart también tiene su historia.

—Sí, y tal vez es que no estábamos destinados a estar juntos. Le dije que el lunes tenía una reunión con mi jefe en Londres, pero lo que realmente quería explicarle era que me imaginaba dejando el trabajo. No me dio tiempo a contarle tanto.

Michelle alzó una ceja.

—Un momento, ¿no le dijiste que te habían echado del trabajo?

—No. Al principio me dio vergüenza contarle lo que había pasado y ahora, que todo se había resuelto, tampoco le veía el sentido.

—Entonces, Deirdre, ¡no me extraña! Stuart pensó que le ibas a dejar.

—Seguro, pero, fíjate, se adelantó él.

—En los cuentos de hadas nos dicen que los príncipes conquistan a las mujeres, pero en la vida real no es así. Tenemos que guiarles nosotras paso a paso.

Deirdre frunció los labios.

—No te sigo.

—Deberías ir a verle y explicarle la verdad.

—¿Estás loca? ¿Quieres que le diga que me he enamorado de él? ¿Que empezaría de nuevo en Kiltarff si él estuviera de acuerdo?

—Sí, ¿por qué no? ¡Sería un buen comienzo! Dios, con todas las veces que os habéis acostado, ¿nunca habéis hablado?

Deirdre se sonrojó.

—Bueno…

—Escúchame, tenéis que comunicaros.

—No puedo hacerlo.

—¿Quieres tirarlo todo por la borda?

—¿Y qué pasa con él? Nunca dijo que sintiera algo por mí.

Michelle suspiró con exasperación.

—Cariño, Stuart es un hombre, ¿recuerdas? Preferiría que le apretaran las pelotas con unos alicates antes que hablar de sentimientos.

—Entonces quizás no sea el adecuado para mí. Tal vez me lo he imaginado todo.

—No seas tonta. No te lo has imaginado. Habla con él. Si no lo intentas, te arrepentirás para siempre.

Deirdre dudó un momento antes de responder:

—Creo que debería hacerlo.

Michelle le dedicó una mirada firme.

—Si no funciona, no importa quién tenga la culpa. Pero te puedo asegurar que, si no lo intentas, no te lo perdonarás. El amor siempre es arriesgado, Deirdre.

Deirdre suspiró, con los ojos nublados por la confusión y el miedo.

—No puedo poner mi corazón en sus manos sin saber si lo dejará caer.

—Stuart no es esa clase de hombre. En el fondo lo sabes.

Deirdre reflexionó sobre las palabras de Michelle. Su amiga tenía razón. Stuart era de fiar, un hombre honesto y… también un poco desastre. Igual que ella. Por eso habían hecho tan buena pareja. Al menos, eso había pensado.

—¿Y? —insistió Michelle al ver que no contestaba.

Deirdre suspiró y se levantó del sofá.

—Está bien. Iré a verle y le explicaré lo que me pasa y por qué no se lo había contado todo.

Michelle también se puso de pie y la abrazó con fuerza.

—Esa es mi chica. Buena suerte.

Deirdre sonrió con ironía.

—Voy a necesitarla.

Poco después, Deirdre cruzó el pueblo para llegar al taller. Sentía cómo el corazón le latía con fuerza en la garganta. No sabía exactamente qué iba a decirle, pero había comprendido una cosa, si no lo hacía, se arrepentiría. Se detuvo en el patio. Parecía desierto. No había nadie. Se oía a un perro ladrar cerca y los pájaros piaban, pero por lo demás, todo estaba tranquilo. Demasiado tranquilo para un sábado por la mañana.

Se acercó a la puerta, estaba cerrada.

«Mierda».

Quizá estuviera en la gasolinera. Decidió probar suerte allí.

Al llegar, Shona la recibió con una sonrisa cálida. Pero cuando preguntó por Stuart, tuvo que contener las lágrimas al oír la respuesta.

—¿Por casualidad no sabrás dónde está Stuart? —inquirió, esforzándose por sonar tranquila.

—¿No te dijo nada?

—No… —Deirdre sintió que el calor subía a sus mejillas.

—Se ha ido a Aberdeen. No volverá hasta mañana o… no sé. Decía que quería ver unos coches.

Deirdre tragó saliva y se obligó a mantener la compostura. Incluso consiguió forzar una sonrisa. No estaba en Kiltarff. Stuart se había marchado sin despedirse, sin hablar con ella.

—Vale, genial, gracias, Shona. Tengo que irme. Adiós.

Al salir, casi chocó con Betty, la madre de Stuart.

—Oh, hola, Deirdre. Buenos días.

—Hola, Betty.

—¿Estás bien? Pareces un poco pálida.

Deirdre no pudo soportar la mirada preocupada de Betty. Sus ojos se llenaron de lágrimas que luchó por contener.

—Yo, mmm… lo siento…

—Espera —dijo Betty, poniendo una mano en su hombro—. Sé que Stuart puede ser difícil a veces, pero se preocupa por ti.

—¿Ah, sí? —Deirdre quiso gritar «Entonces, ¿por qué se ha ido?», pero calló.

—No quiero justificar su comportamiento, sea lo que sea que haya hecho. Pero estoy convencida, al mil por cien, de que eres perfecta para él. Hace años que no lo veía tan feliz como en las últimas semanas. Le estás haciendo bien, Deirdre.

—Gracias —murmuró, incapaz de decir más. Luego añadió—: Me temo que tengo que irme.

La mirada de Betty era comprensiva, casi triste, como si presintiera que todo había terminado entre Deirdre y su hijo.

Cuando Deirdre se marchó —sin contarles nada sobre Londres—, decidió dar un paseo alrededor del lago Ness.

Pasó por delante de la casa de Stuart y miró con nostalgia los muros exteriores y el jardín.

Podría haberse imaginado construyendo una vida con él allí.

Un futuro.

«¿Por qué quieres rendirte?», gritó la vocecita en su cabeza.

Deirdre dudó. No quería hacerse daño.

Tenía miedo.

«El miedo es para cobardes», pensó, y entró en la casa.

Sabía que la puerta no estaba cerrada, ¿qué más se podía robar allí, aparte de escombros?

En la futura cocina encontró un bloc de notas en el que estaban apuntadas las listas de la compra de materiales para las próximas semanas. Pasó las páginas hasta encontrar una hoja en blanco. Se sentó en el suelo y empezó a escribir. Si él no quería hablar con ella, tal vez así leería lo que tenía que decirle.

Cada palabra que trazaba en el papel le parecía un peso que se quitaba de encima. Era difícil, pero no imposible. Lo que Stuart decidiera hacer después con esas palabras ya no dependía de ella.

Cuando terminó, dejó la libreta abierta por su escrito y se aseguró de que quedara en un lugar visible.

Miró alrededor una última vez, dejando que sus ojos recorrieran la estancia. En algún momento, había imaginado ese lugar como el

corazón de una vida compartida.

—Es tu turno, Stuart —murmuró antes de salir y cerrar la puerta tras de sí.

* * *

STUART ESTABA TUMBADO en la camilla de Michelle. Había dudado en acudir a la cita. No quería ser interrogado. Lo que le faltaba. Los últimos días habían sido duros. Más que duros. No podía comer ni dormir. Nunca se había sentido así, ni siquiera en el pasado.

«A la mierda el amor», se repetía.

—Puede que duela un momento —anunció Michelle, y él casi se echó a reír.

Su cuerpo —su alma— sufría desde que Deirdre ya no formaba parte de su vida, pero no lo pensaba compartir con nadie.

Stuart no hizo ningún ruido mientras ella trabajaba en un punto de su ingle que le hizo ver estrellas. Cuando terminó, notó gotas de sudor en su frente.

—Eres un tío duro —dijo Michelle, sacudiendo la cabeza.

—¿Ah, sí?

—Tus amigos siempre se quejan.

Sonrió cómplice, pero solo se encogió de hombros. No estaba de humor para bromas ni, mucho menos, para charlas.

—Son unos blandengues.

—¿Puedo preguntarte algo?

Levantó una ceja, queriendo decir que no, pero sabía que no valdría para nada.

—¿Qué pasa?

—¿No significó nada para ti la carta de Deirdre?

—¿Carta? ¿De qué estás hablando? No te sigo.

—Conmigo no hace falta que disimules.

—Caray, ¿por qué no hablas claro? No sé de qué carta me hablas.

—¿Entonces no la has leído?

—¡Michelle! —interrumpió, impaciente. Sus nervios estaban al límite.

—Sí, vale, de acuerdo. ¿No has pasado por tu casa, la que estás reformando?

Exhaló de forma audible.

—¡Cielos, no! ¿Por qué crees que estoy aquí, tumbado en tu camilla?

Michelle se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Mierda.

—¿Puedo irme ya? —refunfuñó Stuart.

—No, espera y escúchame con atención —respondió ella con severidad, en un tono que no admitía discusión.

Él no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Qué pasa?

—Estás hecho una mierda. Nunca te había visto en tan mal.

Stuart hizo una mueca.

—Vaya, gracias. Me encanta tu sinceridad.

—En serio. No puedes decirme que no tienes el corazón roto.

Se rio sin humor.

—Qué palabras más bonitas. No, no lo tengo.

—¡Por favor!, vaya mentiroso estás hecho —replicó Michelle, sacudiendo la cabeza con frustración.

—¿Qué quieres? —presionó Stuart entre dientes.

—Deirdre no es solo mi mejor amiga. También resulta ser una persona muy especial. Ahora está en Londres, donde su jefe intenta convencerla de aceptar un trabajo que ya no quiere.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —insistió.

—Deberías ir a tu maldita obra y leer su carta. Deirdre quería contártelo todo, pero tú, bonito, tuviste que irte a Aberdeen a ver unos dichosos coches antiguos. ¿Al menos los compraste?

No, no lo había hecho. No le había visto el sentido, pero se guardó el detalle.

—¿Y qué cambiaría una carta?

—Si no lo sabes, entonces eres más estúpido de lo que pareces —soltó Michelle, visiblemente furiosa.

Stuart exhaló suavemente.

—¿Has terminado?

—Sí. Vuelve la semana que viene. Eso es todo.

Stuart se levantó y quiso marcharse, pero Michelle lo detuvo con un último comentario:

—Deirdre ha pasado por mucho, y me alegró verla resplandeciente contigo. No se merecía que la trataras así.

Stuart se giró lentamente, la mandíbula apretada.

—¿Quién huyó de Kiltarff? ¿Ella o yo?

—Yo diría que los dos. ¿Quién estaba en Aberdeen mientras ella estaba en tu puerta para confesar que estaba enamorada de ti?

Stuart se quedó con la boca abierta.

—¿Qué estás diciendo?

—Que Deirdre fue a verte. Quería confesarte que te ama, pero tú no estabas.

Esa frase golpeó a Stuart como un mazo. No pudo evitar que algo en su interior se rompiera. Pero no estaba dispuesto a reconocerlo.

—Bueno, es una pena que no estuviera allí. Adiós, Michelle.

—¡Eres un idiota! —le gritó enfadada.

Ya lo sabía, así que no contestó.

Cuando Stuart salió de la consulta, se quedó pensativo. ¿Quería saber lo que Deirdre había escrito? Una parte de él apenas podía esperar. Otra preferiría quemar la carta antes de leer… ¿qué exactamente? ¿Podría hacerle sentirse peor de lo que ya estaba? Seguramente no. Ella ya se había ido, él estaba solo.

No se dio cuenta hasta que casi había llegado de que iba corriendo hacia la su casa en obras. Sentía el corazón golpeándole con fuerza en el pecho cuando paró, empujó la puerta y comenzó a buscar por toda la casa aquella maldita carta.

¿Dónde estaría? ¿Qué había dicho Michelle? No lo recordaba con claridad.

Stuart estaba empapado en sudor y le temblaban las las manos mientras revisaba cada rincón. Pero su búsqueda fue infructuosa.

Finalmente, se detuvo en la cocina y apoyó la frente contra la pared.

—Vaya mierda —murmuró sombríamente.

Entonces sus ojos se posaron en el bloc de notas. Estaba tirado en medio del suelo con un bolígrafo encima. ¿Cómo no lo había visto antes? Se agachó y reconoció la letra de Deirdre. Su respiración se detuvo un instante. Luego se sentó, dejando que sus manos temblorosas sostuvieran la hoja mientras empezaba a leer.

Stuart, mi querido Stuart,

Siento que hayamos tenido que separarnos así. Lo había imaginado diferente, muy diferente. Pero déjame empezar por el principio. Hay muchas cosas que no sabes de mí, no porque no quisiera decírtelas, sino porque no sabía si querrías oírlas.

Ahora que lo hemos estropeado todo, quizá sea demasiado tarde. Pero aún hay tantas cosas que necesito sacar de mi pecho. No puedo irme sin decir lo que siento.

En primer lugar, debo admitir que no soy tan segura como siempre pretendo parecer. Probablemente ya te habrás dado cuenta. Contigo era diferente; siempre me hacías sentir bien, guapa, deseable… más que eso. Yo era perfecta a tus ojos. Lo sentía. Mi apariencia es mi fachada, mi protección. Puede que te suene estúpido, pero es la verdad. De adolescente, tuve experiencias que no fueron buenas, que fueron una mierda, vaya, y que me marcaron. Pero también me hicieron ser quien soy hoy. Lo único que siempre he querido es que me acepten.

En Kiltarff tuve la sensación, por primera vez, de que me querían por mí misma, por quien soy. No solo tú, sino también tu familia, tus amigos. Aquí encontré un hogar.

Quizá solo fuera una ilusión.

Puede que no me creas, pero es verdad. Al principio vine a Kiltarff para distraerme, porque estaba estresada. Al menos, eso me decía a mí misma. Tenía problemas graves con mi empresa, y por eso el secretismo con Lewis. Me daba vergüenza hablar de ello, así que no lo hice. Un error, ahora me doy cuenta.

Pero déjame ser completamente sincera. En mi situación, no tenía por qué venir a Kiltarff, pero después de conocerte en mi primera visita, solo tenía una cosa en mente, tú. Durante mucho

tiempo no quise admitirlo, e incluso ahora me cuesta, pero ya no tiene sentido negarlo. Me enamoré de ti, Stuart. Desde el primer momento, desde el primer beso, supe que eras diferente. Llegaste a mi corazón como nadie lo había hecho antes. Pero fui demasiado estúpida para darme cuenta y reconocerlo. Quizá nos parecemos en eso. O eso espero, porque significaría que tú y yo aún tenemos una oportunidad.

Hay más que decir, más que explicar, pero no sé si querrás oírlo o leerlo. Quería decírtelo en persona, pero no estabas aquí, y ahora tengo que irme a Londres. Sí, porque está en juego mi medio de vida.

En realidad, quería decirle a mi jefe que podía coger mi trabajo y metérselo por donde le cupiera, pero eso fue cuando pensaba que tú y yo teníamos un futuro.

A veces, el amor puede no ser suficiente. Duele escribir eso, porque mi corazón solo quiere una cosa, a ti.

Es todo lo que quería decirte, Stuart. Contigo, todo fue más hermoso de lo que jamás podría haber sido sin ti.

Una parte de mí siempre estará contigo, al igual que llevaré tus recuerdos en mi corazón.

Te amo,

Deirdre.

STUART NO TENÍA ni idea de cuántas veces había leído esas palabras. Las frases resonaban en su mente como un eco interminable. Sentía los miembros rígidos y la garganta seca.

El sol ya estaba bajo en el cielo y teñía el horizonte de un rosa cursi que normalmente le habría parecido ridículo. Ahora, ni siquiera lo notaba.

Era una carta de despedida. Las palabras de Deirdre sonaban tan tristes como él se sentía. Pero, en cualquier caso, ya era demasiado tarde.

Cerró el bloc. Lo suyo nunca hubiera funcionado. ¿Cómo iba a mantener a una mujer como Deirdre en un lugar como Kiltarff?

Imposible, puede que ella lo aceptara de momento, pero ¿y dentro de un año o dos?

Se levantó y se fue a casa. No quería ver a nadie. Por desgracia, eso era casi imposible en un lugar como Kiltarff.

En el canal de Caledonia, se encontró con Maisie, quien lo saludó y lo detuvo con una sonrisa amplia.

—Hola, Stuart, ¿ya lo sabes? Deirdre está de vuelta.

Su corazón vaciló un instante.

—¿Y?

La expresión de Maisie era inescrutable.

—Está con Matt. Están hablando de su indemnización.

—Muy bien.

¿Por qué Maisie le decía eso? No quería saberlo.

—Le haremos una pequeña fiesta de despedida el viernes. La echaremos mucho de menos. Le sugerí que podría abrir una oficina aquí, pero...

—Maisie —la interrumpió Stuart, con una voz más dura de lo que pretendía—. Sé que las noticias vuelan en este pueblo, así que me sorprende que no te hayas enterado. Deirdre y yo hemos terminado.

Maisie parpadeó, desconcertada.

—¿En serio? Quiero decir, todas las parejas discuten, tienen sus diferencias, Matt y yo…

—Déjalo. Tengo que irme.

—Espero que vengas el viernes —añadió ella en voz baja, casi como un ruego.

Stuart no dijo nada más. Simplemente siguió su camino, con el pecho encogido y los pensamientos desordenados.

CAPÍTULO 22



—¿Crees que vendrá?

Deirdre se dio cuenta de lo esperanzada que sonaba su voz. Durante los días anteriores había estado al borde de un ataque de nervios, pero hoy estaba aún más tensa. Era viernes, su última noche en el pueblo.

«O no».

Eso dependía de Stuart. Le había servido su corazón en bandeja. Lo único que tenía que hacer él era aceptarlo. Si no aparecía, ya tendría su respuesta.

De pie frente al espejo, Deirdre ajustó su vestido y respiró hondo.

—No has sabido nada de él, ¿verdad? —preguntó Michelle con una expresión preocupada.

Deirdre suspiró.

—No, por desgracia, no. Y estoy segura de que sabe que la fiesta es esta noche.

—Sí, eso seguro.

—Bueno, pues entonces, es mi despedida. No creo que venga. Seguro que estábamos equivocadas y no me quiere. Si lo hiciera, ya se habría puesto en contacto conmigo. Te aseguro que estar ahora mismo aquí me parece una tontería.

Michelle la miró con empatía.

—También son tus amigos, Deirdre. Si planeas irte, es justo que les des a todos la oportunidad de despedirse.

—Volveré para la boda —murmuró Deirdre, aunque ni siquiera estaba segura de eso. ¿Podría soportarlo?

—Deberías quedarte, con o sin Stuart.

Deirdre apretó los labios.

—No me lo pongas más difícil de lo que ya es. No puedo hacer nada más. Además, si él no me quiere, será lo mejor.

—Tenía una opinión diferente de él.

—Bueno, todos la teníamos… o no. Desde el principio me dejó claro qué podía esperar.

—Aun así, el sentido común dicta que al menos hablara contigo.

—No sé si podría soportarlo. Se mostró tan... frío la última vez. Tal vez ese es el verdadero Stuart.

Michelle se encogió de hombros.

—Entonces todos nos equivocamos con él. Ahora, vamos. Tú eres la protagonista esta noche.

Deirdre se miró al espejo una última vez. Se había recogido el pelo en un elegante moño y llevaba un vestido azul oscuro que caía holgadamente sobre sus curvas. Unas sandalias plateadas de tiras y tacón estrecho completaban su *look*.

Estaba fantástica, pero el brillo en sus ojos había desaparecido. Probablemente tardaría en recuperarlo, si es que alguna vez lo hacía.

Sin Stuart, muchas cosas le parecían inútiles. Siempre había creído que no necesitaba a un hombre para ser feliz, pero lo había sido, y mucho, con él. El problema no era la ausencia de un hombre. El problema era que quería a Stuart.

—Sí, estoy lista —suspiró, aunque estaba lejos de estarlo.

Deirdre se alegró de haber entrado en el lugar de la fiesta junto a Michelle. La mansión era grandiosa, pero también acogedora e increíblemente agradable. Sabía, por Ava, que Matt y Maisie la habían remodelado con su ayuda.

La pequeña reunión se celebraba en el comedor, donde un bufé cuidadosamente preparado por Ellie y su equipo ocupaba el centro.

Alejandro y Kendra habían cerrado el *pub* esa la noche y encontrado un sustituto en el hotel para que Ellie y Kenneth pudieran asistir.

Matt charlaba con Colin, mientras Ava servía una copa a Deirdre y Michelle. Una música suave sonaba desde altavoces invisibles y, en la chimenea, el fuego crepitaba.

Era una velada perfecta. Excepto por una cosa. Stuart no estaba allí.

Deirdre no podía dejar de mirar el gran reloj de péndulo. La manecilla pequeña marcaba las once. Ya era muy tarde. Probablemente no aparecería.

A pesar de todo, Deirdre sonreía con valentía, charlaba y bromeaba con todo el mundo. Cuando le preguntaban por el futuro, se encogía de hombros y respondía:

—Ya veremos.

Pero realmente no tenía ni idea. Ya no quería quedarse en su antigua empresa. Londres le había puesto tan nerviosa en solo dos días que se alegró de regresar. Porque, en el fondo, seguía esperando que Stuart entrara en razón.

Pero se equivocaba. No la quería.

La verdad cayó sobre ella como un jarro de agua fría. De repente se sintió mal. Se había agarrado a un clavo ardiendo y ahora se estaba quemando. Solo había sido un maldito sueño, una ilusión.

Aunque la fiesta aún no había terminado, no quería quedarse más tiempo. Quizás los demás lo entenderían. Agradeció que nadie hubiera preguntado por Stuart, pero, por las miradas de sus amigos, se dio cuenta de que ellos también estaban decepcionados.

Por desgracia, en la vida real, algunas personas no encontraban su final feliz y Deirdre iba a ser una de ellas.

Había salido de la mansión y caminaba por el sendero de grava. La luna brillaba y bañaba los árboles con una luz mágica. Un búho ululó a lo lejos. Las lágrimas brotaron, no pudo contenerlas más. Deirdre echó a correr. No le importaba llevar tacones altos. Solo quería escapar.

* * *

Stuart esperó escondido tras un muro cerca de la casa de Deirdre. Oyó el ruido de sus zapatos antes de verla. Se le encogió el corazón. No sabía por qué estaba allí. Se sentía como un acosador. No había ido para hablar con ella, pero tampoco era capaz de mantenerse alejado.

La echaba de menos. La echaba de menos tanto como si le hubieran amputado una pierna. Aunque tenía la sensación de que era más doloroso que una operación. Las ganas verla eran enormes, pero se resistió. ¿Qué sentido tenía?

No creía en el amor eterno. Solo existía el dolor.

Sus silenciosos sollozos llegaron hasta él al otro lado de la calle. Le temblaban los hombros. Solo cuando ella abrió la puerta y entró, volvió a respirar.

El coche de Michelle estaba aparcado delante de la casa. Deirdre se lo había comprado porque quería viajar sin rumbo. Supuestamente aún no tenía planes. Se iría al día siguiente por la mañana, le había dicho su abuela. Por supuesto, todo el mundo estaba enterado de todo. Stuart solo volvería a encontrar la paz cuando ella se hubiera ido. Esta vez para siempre.

Tuvo que tragar saliva al pensarlo.

—No sabía que fueras tan pervertido —le dijo alguien.

Stuart no vio a Lewis hasta que estuvo a su lado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo también podría preguntarte lo mismo.

—Pero yo pregunté primero.

—Fui a buscarte a tu casa, idiota, quería ver cómo estabas. Pero no estabas allí, así que solo uní las piezas.

—Ya veo.

—¿No pensas entrar?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás aquí de pie en la oscuridad? Esto no es sano, Stuart.

Ya se había dado cuenta.

—Bueno, ¿y qué?

—Nunca pensé que daría un consejo a alguien, pero contigo es muy obvio.

—¿Qué quieres decir?

—Deberías decirle cómo te sientes.

—¿Para qué?

—¿De verdad eres tan estúpido, o solo estás fingiendo?

—Me temo que soy así de estúpido.

—Sí, eso pensaba. Si la dejas ir, nunca te recuperarás.

—¿Hablas por experiencia?

Stuart no sabía exactamente qué le había pasado a Lewis, pero supuso que tenía que ver con un corazón roto.

Lewis le dio una palmadita en el hombro y suspiró:

—Todavía puedes arreglar las cosas, Stuart. No como yo, aunque tampoco se trata de mí. Te aseguro que empecé a creer de nuevo en el amor cuando os vi juntos.

—Siento si te decepciono.

—Te estás decepcionando a ti mismo ante todo, amigo mío.

—Tonterías. Está deseando volver a su vida de glamur. Kiltarff fue solo una escala para llenar su cuenta bancaria.

Sabía que no era cierto, pero intentó convencerse de que amar a Deirdre era una mala idea. Desafortunadamente, su corazón no estaba de acuerdo.

—¡Eres gilipollas! No cobró ni un euro por el trabajo que hizo a Ellie y Kenneth. Les hizo un favor.

Stuart se quedó con la boca abierta.

—Imposible.

Su castillo de naipes se derrumbó. Ahora ni siquiera tenía la excusa de la ambición por el trabajo y el dinero de Deirdre, como si no se hubiera dado cuenta antes.

—Eres una causa perdida.

Stuart podía responder porque Lewis tenía razón.

—Se va de Kiltarff mañana —fue todo lo que Stuart añadió —. Todo irá mejor a partir de entonces.

—Tú verás. Decidas lo que decidas, que sepas estoy aquí para lo que necesites. Tendré el teléfono cerca por si en algún momento quieres hablar o lo que sea.

Stuart asintió y vio cómo Lewis desaparecía.

CAPÍTULO 23



Deirdre odiaba las grandes despedidas, así que eran más de las nueve cuando se montó en el coche. El pequeño y destartalado medio de transporte no parecía especialmente fiable, pero confiaba en que la llevara donde hubiera un futuro mejor para ella. Primero iría a ver a su familia, hacía tiempo que no visitaba a sus padres.

Echó un último vistazo a la casa. Intentó impedir que ciertas imágenes invadieran su mente, pero no pudo. Algún día, sin duda, sería capaz de recordar su estancia como algo bonito, pero hoy estaba muy lejos de sentirse así.

«No tengo por qué irme», pensó, pero entonces recordó por qué no podía quedarse. Kiltarff era demasiado pequeño para Stuart y ella. Él ni siquiera soportaba compartir estancia, de lo contrario habría aparecido el día anterior.

«No pienses más en él», se dijo a sí misma y arrancó el motor.

Percibió un movimiento con el rabillo del ojo que reclamó brevemente su atención, pero cuando se volvió, no había nada. Seguramente solo una ilusión. Otra. Por supuesto que Stuart no había venido. Y esta había sido la última oportunidad. Era una estúpida por seguir albergando una mínima esperanza. Pero se acabó.

Metió primera y puso el coche en marcha. Debía ir en dirección sur, no podía equivocarse demasiado, aunque tampoco tenía prisa.

Deirdre consiguió dejar atrás Kiltarff sin llorar. No había mirado a izquierda ni a derecha, no quería ver nada. Solo quería alejarse.

No había avanzado mucho cuando dos camiones de bomberos la adelantaron a gran velocidad con las luces azules y las sirenas encendidas. Debía haber sucedido algo.

«Estupendo».

Esperaba que no hubiera ningún obstáculo en la carretera.

Por desgracia, su temor se confirmó tras la siguiente curva. Los camiones rojos de los bomberos estaban parados en medio de la carretera reteniendo el tráfico. Tampoco es que tuvieran gran cosa que hacer en la zona en esa época del año.

Deirdre frenó y suspiró. El viaje había comenzado bien, apenas cinco minutos en el coche, y ahora esto.

Se recostó en el asiento y cerró los párpados. No es que estuviera cansada después de haber pasado la noche en vela, es que estaba agotada emocionalmente.

—¡Deirdre, por favor, sal! —escuchó una voz retumbando por los altavoces del coche de bomberos.

Reconoció la voz al instante, pero no era Stuart, sino Lewis.

Cuando lo vio sentado en el camión, saludándola alegremente, se enfadó.

«¿De qué va esto? ¿Qué clase de espectáculo han montado ahora?».

Deirdre salió del coche, visiblemente molesta. Llevaba un cómodo conjunto de *jogging* de dos piezas, zapatillas a juego y el cabello recogido en una trenza. Era el atuendo perfecto para un largo viaje, no para un espectáculo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, cruzándose de brazos mientras miraba a Lewis, quien bajó la ventanilla del camión y sacó la cabeza.

—Auque lo parezca, no es ninguna broma. Por cierto, ya era hora —respondió Lewis con una sonrisa de suficiencia.

Deirdre puso los ojos en blanco.

—Lo siento, Lewis, pero hoy no estoy de humor.

Él asintió paciente, como si estuviera tratando con una niña pequeña.

—Cielo, no pagues tu frustración conmigo. Las quejas a él —dijo señalando detrás de ella.

Deirdre sintió un nudo en el estómago mientras se giraba lentamente. La puerta del copiloto del coche de Stuart estaba abierta, y él estaba allí, a unos cinco metros de distancia. No le había oído acercarse.

«¿A qué viene esto ahora?».

Su confusión dio paso al vértigo. Las rodillas le temblaban y el corazón le latía desbocado. Quizá se tratara de un sueño. Después de todo lo que había pasado, no podía ser real.

—Deirdre —empezó Stuart, y solo el sonido de su voz fue suficiente para marearla —. ¿Puedes escucharme un momento? —preguntó él sin moverse.

—¿Escucharte? —repitió ella, incapaz de formar un pensamiento coherente.

Desde el camión, la bocina retumbó y la voz de Lewis interrumpió el momento.

—¡Stuart, dile ya que la amas!

Deirdre miró a Stuart. Tenía las cejas fruncidas y parecía cansado, pero había calidez en su mirada.

—¿Por qué no te callas, Lewis? —gruñó Stuart, claramente irritado—. Ya puedes irte. Lo que tengo que decirle es privado.

—No, mejor me quedo antes de que vuelvas a liarla —respondió Lewis desde el camión, haciendo que a Deirdre se le escapara una sonrisa involuntariamente.

Stuart avanzó hasta ella, ignorando el bullicio detrás.

—No le hagas caso —dijo suavemente.

Había tanta calidez e incertidumbre en sus ojos que Deirdre sintió una oleada de emociones.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, tratando de mantener la compostura mientras su corazón luchaba por salir de su pecho.

—¡Maldita sea, Deirdre! Te quiero —dijo Stuart con una intensidad que parecía dolerle.

La bocina volvió a sonar, tan oportuna como antes.

—¡Por fin! —gritó Lewis con entusiasmo.

Stuart soltó un suspiro exasperado, pero luego sonrió.

—Te pido disculpas por él —murmuró, con un atisbo de humor en su voz—. Es un idiota. Pero me gustaría olvidarme de Lewis por un momento.

Le tomó la mano y, para sorpresa de Deirdre, se arrodilló ante ella.

—No quiero perderte, Deirdre. Siento lo que dije, lo que hice, y lo que dejé de hacer. Por favor, dame una oportunidad para compensarlo. Por favor, no me dejes.

Deirdre tragó saliva, mientras sus ojos se nublaban por lágrimas a duras penas contenidas. Lo levantó con suavidad, sin soltar su mano.

—Ven aquí, idiota. Lewis tiene razón.

Ella sonrió, y desde el camión se escuchó el claxon una vez más, en señal de aprobación.

Ambos rieron al unísono, liberando semanas de tensión acumulada. A continuación, Stuart tomó sus mejillas entre sus manos y la miró directamente a los ojos.

—Te quiero, Deirdre. Te quiero más de lo que puedas imaginar.

Lágrimas de felicidad rodaron por las mejillas de ella mientras contestaba:

—¡Te quiero, Stuart!

Se besaron, profunda y apasionadamente, sellando lo que ambos habían tardado tanto en admitir.

El sonido del camión alejándose pasó desapercibido mientras ellos seguían abrazados, sin intención de separarse. Finalmente, Stuart rompió el silencio.

—¿Podrás perdonarme? —preguntó con la voz rota, aún sin aliento.

Deirdre asintió, con una sonrisa que no podía contener.

—Solo si me perdonas a mí por no ser sincera desde el principio ni decirte lo que siento. A los dos nos queda mucho por aprender.

—Solo te necesito a ti.

Deirdre sonrió, dejando que esas palabras calaran en lo más profundo de su ser. Se acurrucó contra él para sentir el calor de su abrazo.

—Entonces, el resto no será difícil —susurró.

—¿Vienes a casa conmigo?

—¿A casa? —repitió ella, con un atisbo de sorpresa.

—Kiltarff no es nada sin ti. Tú perteneces allí... me perteneces a mí.

El corazón de Deirdre se expandió, tan lleno de felicidad que sintió que iba a estallar.

—No tienes idea de cuánto anhelaba esas palabras.

Stuart acarició su mejilla con ternura, mirándola con una intensidad que la dejó sin aliento.

—A partir de ahora, no habrá un solo día en el que no te diga lo mucho que te quiero.

Antes de que pudiera responder, él selló su boca con un nuevo beso que hizo que olvidara lo que quería decir. Aunque nunca lo había creído del todo, ahora sabía que había encontrado en Stuart al amor de su vida.

Y nunca lo dejaría marchar.

EPÍLOGO

Los rayos del sol bañaban las ondulantes colinas y el lago Ness con una luz maravillosa. Había llegado el gran día.

Stuart se colocó frente al espejo y se observó por última vez. Había llevado la falda escocesa en muchas ocasiones, pero hoy era diferente. Hoy era un día especial. Normalmente vestía el traje tradicional con orgullo, aunque nunca se había sentido tan cómodo con él.

Deirdre se acercó silenciosamente por detrás y rodeó su cuerpo con las manos.

—Me temo que tengo que irme —dijo en un susurro—. Aún hay muchas cosas que comprobar. Queremos que la boda sea todo un éxito.

Stuart se giró hacia ella y sonrió, sus ojos brillaban con calidez.

—Nadie pone en duda que lo será. ¿Te he dicho hoy lo mucho que te quiero?

La sonrisa de Deirdre se ensanchó, iluminando aún más la habitación.

—Cuéntamelo otra vez —respondió, exhalando suavemente.

—Te quiero. Te quiero tanto que siento que voy a reventar.

Deirdre rio entre dientes, y el sonido llenó el aire con música.

—Yo siento lo mismo.

—Estás preciosa —dijo Stuart, admirándola.

—¿Entonces no te parece mal que no vaya vestida con el traje tradicional? —preguntó ella, arrugando ligeramente la frente.

—Para nada. Debes ponerte lo que te haga sentir cómoda.

—Quizá lo intente una de las próximas noches en el Lantern, ¿qué me dices? —bromeó, mientras daba un paso al lado y sacaba un vestido con un tartán del armario.

Deirdre se había mudado con él, ya no tenían ganas de hacer las cosas a medias. La casita de campo donde vivía ella se había quedado vacía, pero no podía importarle menos. Estaba encantado de que Deirdre hubiera metido en su casa todo lo que tenía, aunque no fuera mucho. Los muebles de su piso de Londres los había dejado en un guardamuebles y había conseguido inquilino en menos de veinticuatro horas. Todo había fluido.

El vestido que sostenía se lo había regalado hacía una semana y Deirdre solo lo había usado una vez, para que él se lo quitara.

El recuerdo de esa noche llenó su mente, y su cuerpo respondió al instante.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Deirdre, mirándolo con curiosidad.

Stuart sonrió, sin poder evitar el brillo travieso en sus ojos.

—En que no me importa lo que te pongas, siempre y cuando estés a gusto. Aunque, si soy sincero, me gustas más desnuda.

Deirdre soltó una carcajada y le dio una palmada juguetona en el pecho.

—¡Serás tonto!

Stuart se rio mientras se ajustaba el chaleco.

—¿Crees que voy bien? Al fin y al cabo, conduzco el coche nupcial.

Deirdre se puso de puntillas para alcanzarle, aunque ya llevaba unos tacones de infarto que complementaban perfectamente su vestido de verano hasta la rodilla.

—Estoy muy orgullosa de ti. Y, por supuesto, estás fantástico.

Le dio un beso en la punta de la nariz, haciéndolo sonreír.

—Entonces cumpliré con mi deber.

—Ellie probablemente aún no haya terminado. Tengo que ir a ver cómo está. Estaba muy nerviosa.

—Entonces te llevo yo.

A Deirdre se le iluminó la cara.

—Me encanta, estaba deseando que me lo dijeras.

Salieron juntos hacia el coche, uno blanco de época, un Rolls Royce del 72 decorado con un arreglo floral que hacía juego con las flores de la iglesia y la decoración festiva del castillo, rosas rojas. Los últimos días habían sido estresantes, pero también hermosos. Deirdre había estado al pie del cañón sin descanso para asegurarse de que todo saliera a la perfección en esta boda. Profesionalmente, aún no sabía exactamente hacia dónde dirigirse, pero, gracias a Matt, tenía un colchón bastante aceptable, se había encargado de negociar una generosa indemnización para ella.

STUART ABRIÓ la puerta del acompañante y ayudó a Deirdre subir al coche. Un día, deseó en silencio, sería ella la novia. Pero aún no le había dicho nada al respecto, de momento era el turno de sus amigos. Ellie y Kenneth llevaban mucho tiempo esperando su propio final feliz, y él se alegraba de poder formar parte de ello.

Después de sentarse junto a Deirdre y arrancar el motor, ella comenzó a hablar con una mezcla de asombro y emoción.

—No tenía ni idea de que los sueños pudieran hacerse realidad tan rápido aquí, en el lago Ness. Sueños que ni siquiera sabía que tenía. —Suspiró y Stuart notó el brillo de sus ojos—. Casi no puedo creerme todo lo que ha pasado. Tú y yo y todo —añadió con la voz cargada de emoción.

—¿A qué te refieres con todo? —preguntó él, entre curioso y divertido, mientras le cogía la mano.

Deirdre lo miró con una sonrisa enamorada que le hizo palpitar el corazón.

—Sabes, creo que hacemos un equipo perfecto. Estamos haciendo lo que más nos gusta. No sé qué te parecerá que convierta tu piso en una oficina cuando terminemos la reforma y nos mudemos.

Stuart rio suavemente.

—Eso suena fantástico, pero te has equivocado en algo.

—¿En qué? —preguntó ella, con las cejas alzadas.

—No es mi piso, es nuestro.

Deirdre se inclinó hacia él, sus ojos brillaban con cariño.

—Te amo, ¿lo sabes?

—Yo te amo más —respondió Stuart, sonriendo.

—Eso tendrás que demostrarlo.

Stuart dejó ese comentario sin respuesta y centró su atención en conducir el coche nupcial hacia el castillo.

Cuando llegaron, Kenneth apareció por la puerta, acompañado por Matt y Colin. El novio parecía nervioso, pero increíblemente feliz.

—¡Ya verás cuando te toque! Estoy enfermo, no me encuentro bien —dijo Kenneth, pasándose nerviosamente la mano por el cabello.

Deirdre lo abrazó con calidez y le sonrió.

—Todo irá bien. Puedes estar tranquilo. Nada se interpondrá en tu día perfecto. Todo está controlado. A partir de ahora, dedícate a disfrutarlo al máximo. Y puedes estar seguro de que tu novia llegará a tiempo. Deberías ir a la capilla a saludar a los invitados. ¿Quieres que esté a tu lado? —le ofreció con amabilidad.

Stuart observaba, admirado por la calma y pericia de Deirdre. Su lado empático hacía maravillas, y hasta Kenneth pareció relajarse un poco.

—Gracias, eres muy amable —respondió Kenneth, sacudiendo la cabeza—, pero será mejor que vayas a ver cómo está Ellie. A mi prometida aún le preocupa que con el título que compartirá conmigo venga algún tipo de maldición o que sea demasiado exigente. Yo, en cambio, no veo la hora de tenerla como condesa a mi lado.

Deirdre le dedicó una sonrisa alentadora.

—¡Estupendo! Entonces nos vemos luego en la capilla. Y no te preocupes, estaré allí para asegurarme de que todo salga perfecto. Disfruta, eso es todo lo que tienes que hacer. Y, por supuesto, recuerda decir que sí.

Kenneth rio suavemente.

—Hasta donde yo sé, ese es el principio básico del matrimonio.

Stuart, que había estado observando en silencio, se sorprendió al darse cuenta de que no se sentía incómodo ante esa conversación

sobre bodas. Hasta ahora, había intentado evitar ese tipo de ceremonias y todo lo que las acompañaba.

Sin embargo, le era imposible que su mente no viajara al pasado, a aquella vez en que todo salió mal. Pensó en Sandra, en cómo había creído que ella se estaba arreglando el pelo mientras él la esperaba, cuando en realidad había huido, dejando atrás Kiltarff sin mirar atrás.

Hoy, en cambio, Stuart se sentía feliz por ello. Exultante, para ser más preciso. El hecho de que ella lo hubiera dejado plantado era lo mejor que le podía haber pasado —aparte de Deirdre, por supuesto —, porque gracias a ello, había estado libre para ella.

Stuart sabía con certeza que solo quería decir el sí, quiero una vez en su vida. Y sería en su boda con Deirdre.

Como si intuyera sus pensamientos, Deirdre volvió la mirada hacia él. Él le sonrió y asintió suavemente con la cabeza.

—Iré a ver a la novia. Parece que todo va bien por aquí —dijo ella, dirigiéndole una mirada cómplice antes de desaparecer del castillo.

* * *

UNA HORA MÁS TARDE, Deirdre estaba de pie en la entrada de la capilla. Los invitados ocupaban los bancos y charlaban en voz baja mientras esperaban. Kenneth estaba ya frente al altar, elegante pero visiblemente nervioso. El padre de Maisie oficiaría la ceremonia, y todo estaba preparado. Un violinista esperaba la señal en un rincón.

Deirdre miró su reloj. Todo iba según lo previsto. Sin embargo, no podía evitar sentirse algo inquieta. A su lado, el padre de Ellie esperaba, listo para acompañar a su hija al altar.

Por fin, el sonido de un coche rodando por la grava interrumpió el murmullo de los invitados. El coche de época decorado con flores llegó frente a la iglesia, y Deirdre vio a Ellie asomarse por la ventana. Levantó la mano para saludarla con una sonrisa cálida. Ella le devolvió la sonrisa tímidamente, aunque los nervios eran evidentes en su rostro. Deirdre lo entendía. Aquella era la boda de

ensueño de Ellie y Kenneth, y se sentía orgullosa de haber ayudado a hacerla realidad.

Mientras observaba la escena, no pudo evitar imaginarse a sí misma en ese lugar, casándose con Stuart. Siempre había soñado con una boda en una playa de arena blanca, pero eso fue antes de conocerlo. Ahora, ningún escenario caribeño le parecía tan atractivo como este rincón de Escocia. La idea de una boda con una gran puesta en escena había perdido su encanto; lo que realmente importaba era estar con la persona con la que quería pasar el resto de su vida.

Desde que Stuart le había confesado su amor, su relación solo había mejorado. Él era tan intenso y cariñoso que Deirdre daba gracias al universo cada día por haberlo encontrado en este pequeño pueblo escocés. No solo amaba a Stuart, sino todo lo que le rodeaba, su familia, sus amigos, este lugar. Era curioso cómo, tras una gran crisis, la vida podía cambiar de una manera tan hermosa.

El coche se detuvo frente a la iglesia, y Stuart salió para ayudar a Ellie a bajar. Deirdre dio una señal al violinista, quien comenzó a tocar las primeras notas, y el oficiante indicó a los invitados que se pusieran de pie.

Mientras la música llenaba la capilla, Deirdre sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Ellie era una novia preciosa. El vestido largo y sencillo, con un sutil escote, le quedaba a la perfección. Habían elegido juntas cada detalle, y el velo, el único elemento lujoso de su atuendo, completaba la imagen.

El padre de Ellie abrazó a su hija con fuerza antes de secarse los ojos rápidamente y ofrecerle el brazo. Deirdre le dedicó una última sonrisa a la novia antes de girarse hacia Stuart, quien acababa de cerrar la puerta del coche y se acercaba a ella.

—Eres fantástica —le susurró él, inclinándose en su oído.

—Hoy la novia brilla —respondió Deirdre con una sonrisa.

—¿Qué novia? —replicó Stuart, mirándola intensamente—. Yo solo tengo ojos para ti.

El corazón de Deirdre se aceleró. Podía sentir con cada fibra de su ser que hablaba en serio.

—Puedes ir a la parte delantera —dijo ella suavemente—. Aún quedan asientos libres, y así no te perderás nada.

—¿Y tú?

—Yo vigilaré, me quedaré cerca de la puerta.

—Entonces me quedo, quiero estar a tu lado.

Stuart tomó la mano de Deirdre durante toda la ceremonia. A lo largo de esta, sintió su mirada sobre ella una y otra vez. Esa conexión constante la hacía sentirse segura. La llegada de ese día le había causado cierto temor porque conocía su pasado. Habían hablado de ello, pero él siempre se mostraba algo reservado, así que había decidido no insistir. Sin embargo, hoy, al verlo allí con ella, sintió que este momento era importante para él. Estar ahí juntos era, en cierto modo, una sanación.

—...y por eso te pregunto, Ellie Schröder, ¿aceptas...?

Deirdre contuvo la respiración.

Cuando Ellie respondió con un firme «Sí, acepto», Deirdre sintió el impulso de aplaudir, pero se contuvo. Luego, Kenneth respondió con un claro «Sí, quiero», y el conde, finalmente, besó a su condesa.

El fotógrafo capturó cada instante de la pareja, moviéndose discretamente entre los invitados. Deirdre no podía estar más contenta, todo estaba saliento a la perfección.

De repente, Stuart se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Un día, esos seremos nosotros.

Deirdre sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Volvió los ojos hacia él, claramente sorprendida. No estaba preparada para aquellas palabras, pero Stuart parecía haber anticipado su reacción y sonrió suavemente.

—Eres todo lo que quiero. Hoy lo sé, Deirdre. Bueno, lo supe desde que nos conocimos, pero tenía miedo de admitirlo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, y un día nos casaremos aquí mismo. —Stuart le apretó la mano, añadiendo con un tono ligero —. Pero no te preocupes, esto no es una propuesta de matrimonio... todavía. Hoy tampoco es el momento, no quiero robarles el protagonismo a ellos.

Deirdre le devolvió una sonrisa nerviosa, aliviada de no tener que responderle en ese instante.

Los novios se habían levantado y comenzaban a salir de la iglesia, mientras dos pequeñas damas de honor del pueblo esparcían pétalos de rosa por el camino.

Deirdre y Stuart salieron al sol por una puerta lateral. Las campanas de la iglesia repicaban, anunciando a todo Kiltarff que el conde por fin tenía a su condesa.

De repente, Stuart la empujó suavemente contra la pared de piedra, bloqueándola con su cuerpo. Sus ojos se encontraron, y él le dijo con una intensidad que la dejó sin aliento:

—Te amo, Deirdre. Te amo más cada día, aunque no creí que eso fuera posible.

—Eres más de lo que podría soñar —respondió ella, con voz temblorosa—. Quiero envejecer contigo, con o sin licencia matrimonial.

Stuart sonrió con picardía.

—Primero disfrutemos de ser jóvenes —bromeó, mientras mordisqueaba suavemente su labio inferior.

Antes de que pudiera responder, él selló sus labios con un beso profundo y apasionado. Con ese gesto, Stuart le demostró todo lo que sentía, sin necesidad de más palabras.

Sin embargo, el deber les llamaba. Ella lo apartó suavemente, respirando con dificultad.

—Cumple con tu deber, mi querido chófer.

Stuart sonrió, feliz.

—Hoy soy el chófer de Ellie y Kenneth, pero a partir de mañana, soy todo tuyo.

—¿Todo mío?

—Conduciría hasta el fin del mundo por ti.

GRATIS PARA TI

Al final de un libro, siempre hay una serie de personas a las que me gustaría dar las gracias. En primer lugar, por supuesto, a mis lectores, sin ustedes no me sería posible vivir mi sueño. Agradezco cada reseña, correo electrónico o mensaje en Facebook.

Para no perderte ninguna novedad, suscríbete ahora a mi boletín. Recibirás una sorpresa especial de mi parte como agradecimiento.

Pasión bajo protección

La vida de Abbie da un vuelco cuando de repente se convierte en testigo de un importante caso criminal. Finalmente, la embarcan en un avión con destino a lo desconocido, con el objetivo de que pueda esconderse allí hasta el juicio. Cuando llega a Alaska, conoce a Dexter Clark. Este no sólo es diabólicamente guapo, sino que también será su protector durante las siguientes semanas. Aunque Abbie está bajo la tutela de Dexter, él se siente atraído por ella. Abbie también siente que hay algo entre ellos. La tensión erótica está a flor de piel, pero, entonces, descubren su tapadera y Dexter tiene que tomar una decisión: el deber o el amor...



Con mucho cariño

Karin Lindberg

ACERCA DE LA AUTORA



Karin Lindberg pasó diez años trabajando en consejos de administración de empresas internacionales. Sin embargo, en cuanto se publicó su primera novela, dejó su trabajo para dedicarse a tiempo completo a su pasión por escribir. Le apasiona crear heroínas fuertes y héroes atractivos que se enfrentan a ciertos obstáculos de su vida, para finalmente permitirles vivir un final feliz soñado. Hoy, Lindberg deleita a sus fans con historias llenas de humor, pero sobre todo con su talento para los grandes momentos emotivos. Karin es una de las autoras alemanas de mayor éxito, con títulos que encabezan regularmente las listas de los más vendidos. La autora vive con su familia en las afueras de Hamburgo. Ha publicado más de cincuenta novelas, de las que se han vendido más de dos millones de ejemplares.